
MARIAH EVANS
UN VALS BAJO LAS estrellas

MARIAH EVANS

UN VALS BAJO LAS *estrellas*

Esta novela quiero dedicarla a todos mis lectores.
Muchas gracias por ayudarme en mi sueño.

Un fuerte abrazo.
María.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32

Agradecimientos

1

Ducado de Norfolk
—1803—

Ashby Hall era una de las casas señoriales más hermosas de Inglaterra, situada en el ducado de Norfolk, con más de seiscientas hectáreas de terreno donde habitaban numerosos ciervos rojos, criados desde tiempos remotos para el noble arte de la caza.

De un diseño isabelino que simulaba un palacio italiano, la mansión Ashby Hall pertenecía a una de las familias más opulentas de Inglaterra. El décimo duque de Norfolk, el excelentísimo señor Charles Howard II, era un hombre que se distinguía por su sobriedad, siempre con un comportamiento impecable y evitando expresar sus emociones, un hombre alto, de cabello negro con ojos extremadamente azules y un porte muy distinguido.

Era un hombre que siempre se había hecho respetar.

Su esposa, la duquesa de Norfolk, lady Margareth, era una mujer de modales impecables, una mujer que siempre se había caracterizado por su empatía y una sonrisa muy dulce, siempre dispuesta a ayudar a todo aquel que se lo pidiese. Su cabello era rubio como el sol y contrastaba con sus enormes ojos azules y su piel blanca. Vestía siempre a la moda y lucía unos vestidos increíbles, unas joyas y peinados que causaban tendencia en las temporadas de Londres. Se decía que la mayoría de sus vestidos imitaban a los de la corte francesa, por lo que en los bailes de las primeras temporadas en Londres todas las mujeres se fijaban en qué llevaba puesto para imitarla.

Los duques de Norfolk habían sido bendecidos con cuatro hijos: tres varones y la recién nacida. Había sido toda una sorpresa y una fuente de alegría que su último bebé fuese una niña, pues Margareth deseaba con todo su corazón tener una hija.

Los tres hijos mayores eran Lord James Robert Howard, que se convertiría en el decimoprimer duque de Norfolk, y los más

pequeños, lord Jack Williams y lord Henry. Por último, estaba la pequeña lady Nicole Mary, de pocas semanas de vida, a la que sostenía su madre entre sus brazos, la cual se había convertido en la princesa de la casa desde su llegada.

—Es preciosa —susurró Jacqueline, gran amiga de la duquesa—. Sin duda ha heredado tus facciones y tu cabello —le sonrió.

—Y menos mal… —bromeó el duque con una gran sonrisa y orgullo.

El barón Lennox, lord Edward Thomas, era uno de los grandes amigos del duque desde su infancia, y pese a que su residencia habitual se encontraba en Londres, eran invitados habitualmente a Ashby Hall para gozar de unos días en el campo junto a su familia, siempre que no coincidiese con la temporada de Londres a donde ambas familias acudían.

La familia Lennox tenía tres hijos: la mayor de todas era la honorable Cassandra Lennox, la mediana, la honorable Sophie, y el más pequeño, el cual tenía un año de edad, lord Thomas.

Ambos padres, el décimo duque de Norfolk y el barón Lennox, gozaban de una gran amistad desde pequeños, y así también lo habían hecho sus predecesores. Las casas donde se hospedaban cuando acudían a la temporada de Londres se encontraban la una frente a la otra, por lo que eran dos familias que siempre habían estado muy unidas.

—Las niñas son más fáciles de llevar —indicó Jacqueline a la duquesa que hasta ese momento solo había dado a luz varones.

—Aunque dan más quebraderos de cabeza cuando se convierten en mujeres —reconoció el barón Lennox mostrando una sonrisa al duque.

—Esperemos que no sea así —respondió el duque.

El clima favorecía poder tomar el té en el porche trasero, con unas vistas increíbles a toda la pradera de Ashby Hall. Al final de la pradera y del enorme lago se ubicaba un bosque donde varias veces al año acostumbraba a cazar.

El barón miró con una sonrisa a sus hijas jugar con los hijos del duque, pero le llamó la atención que faltase su hija mayor.

Miró a su esposa confundido.

—¿Dónde está Cassandra? —preguntó.

Jacqueline apartó la mirada de la recién nacida para observar el descampado.

El duque dio un paso hacia delante mirando también de un lado a otro.

—¿Y mi hijo? —preguntó también confundido.

Lord James Robert Howard, futuro duque de Norfolk, miró a su amiga Cassandra Lenox sorprendido y ladeó su cabeza.

—¿Cómo dices esas cosas con tan solo ocho años? No está bien que una señorita hable y se comporte así —la riñó.

Cassandra sacó la lengua por un lateral de su boca en un gesto gracioso.

—Disculpe, su gracia —bromeó ella. James la miró de la cabeza a los pies—, es que yo prefiero correr detrás de los gansos por el jardín antes que montar a caballo.

James resopló mirándose la camisa de franela manchada de barro. Cassandra era una niña encantadora, excepto cuando se encontraba a solas con él… entonces se volvía muy traviesa. No le importaba que él fuese el futuro duque de Norfolk, lo trataba como a un niño más con el que jugar, lo cual le gustaba, si bien, por otro lado, tal y como le había dicho su padre, debía hacerse respetar. A sus trece años sabía perfectamente cómo debía comportarse en sociedad, pero cuando se encontraba con Cassandra, por más que lo intentase, aquella niña lo sacaba de quicio.

James dio un paso hacia delante.

—¿Me estás comparando con un ganso? —preguntó ofuscado. Ella situó su mano llena de barro frente a su boca intentando controlar una sonrisa, aunque no pudo evitarlo y rompió en una carcajada. James puso los ojos en blanco, armándose de paciencia —. Oh, vamos… Cassy… —se quejó tuteándola—, así no debe comportarse una señorita. Jamás encontrarás un marido si… — James se calló cuando recibió otro salpicón de barro en su camisa. Apretó los labios y dio un paso amenazante hacia ella—. Cassandra —dijo más serio, intentando imponerse a la niña, aunque ella no parecía nada asustada, al contrario, se conocían desde pequeños y

había una gran confianza entre ellos. Cassandra dio unos pasos atrás muy sonriente—. Cuando mi madre vea lo que has… —Volvió a recibir otro salpicón de barro. James la miró seriamente, aunque poco a poco sus labios se fueron relajando y una sonrisa apareció en ellos—. Como te pille… —rio acelerando hacia ella.

Cassandra gritó divertida y salió corriendo en dirección a los establos para esconderse en una de las cuadras.

James corrió con más ganas intentando atraparla. Cassandra era escurridiza y no era la primera vez que huía de él. Muchas veces lo había conseguido, pero aquella no sería una de ellas.

La niña entró con premura en los enormes establos donde había diez caballos, cada uno en su cuadra individual.

Entró en la primera cuadra y cerró la puerta tras ella, evitando así que él pudiese entrar.

Por suerte, los caballos y las yeguas estaban muy hechos al contacto con las personas y no se asustaron al verla entrar a toda prisa y cerrar la puerta.

Echó rápidamente el pasador justo cuando James llegó hasta ella, impidiendo que pudiese entrar a la cuadra.

—¡Sal de ahí! —ordenó el niño.

—Ni hablar —gritó ella moviéndose hacia el otro lado mientras el caballo comía el forraje.

James se puso firme y miró la puerta de madera mosqueado.

—Como futuro duque de Norfolk te ordeno que salgas de ahí de inmediato —dijo con un tono impositivo, aunque lo único que recibió por parte de Cassandra fueron más risotadas. Así no iba a lograr nada, Cassandra le tomaba el pelo como quería y no lo respetaba en absoluto. Eso no era lo que le había dicho su padre que debía hacer. Resopló y miró a la cuadra de al lado donde había una yegua descansando. Se introdujo en el interior y cogió una pequeña escalera que usaban para subir a los caballos cuando querían dar un paseo—. Cuando le explique a tu madre lo que estás haciendo… —dijo subiéndose a la escalera.

—Oh, no… no le digas nada… —Cassandra sí se expresó esta vez con un tono de voz más nervioso—, solo estamos jugando. —James no pronunció nada más y se asomó con cuidado a la cuadra,

justo por encima de la separación. Ella se encontraba al principio de la estancia, mirando la puerta con cierto nerviosismo. Al no escuchar respuesta por parte de él, se agachó sin importarle ensuciarse su precioso vestido de color azul, a conjunto con sus enormes ojos, y miró por debajo intentando encontrar a James—. ¿James? —preguntó nerviosa al no ver los pies de él por debajo de la puerta de madera.

James apoyó los brazos en la separación y de un salto pasó a la siguiente cuadra, aunque lo hizo en silencio, sin que ella se percatase.

Cassandra seguía agachada mirando de un lado a otro, cada vez más nerviosa. ¿Habría ido a avisar a su madre de su comportamiento? Sabía que no era un comportamiento adecuado para una niña de su edad, pero con él se divertía y lograba escabullirse del protocolo correcto, algo que no podía hacer con el resto de sus hermanos o amigos con los que jugaba. Siempre que acudían a la casa de campo de los duques podía disfrutar corriendo y jugando por su jardín.

Miró asustada de un lado a otro e iba a ponerse en pie cuando sintió una presencia tras ella.

—Buuu —dijo James en su oído.

—Ahhh —gritó Cassandra que no esperaba su presencia allí, perdiendo el equilibrio.

James la cogió rápidamente del brazo para que no cayese, pero se la llevó con él cayendo sobre la paja amontonada en una esquina de la cuadra que servía de alimento para el caballo.

James cayó a su lado y giró su cuello para mirarla.

—Ayyy —se quejó Cassandra moviendo su cuerpo—. Pincha —se quejó provocando que James riese aún tumbado sobre la paja del establo. La miró gracioso, viendo cómo su cabello largo y rubio se había cubierto de paja. Ella lo miró mosqueada—. No me hace gracia —se quejó.

—Eso te pasa por desobedecerme —pronunció. Luego situó directamente su mano en el estómago de ella. Cassandra lo miró mosqueada, sobre todo cuando apartó su mano y se dio cuenta de

que la tenía sucia y llena de barro, manchándole su precioso vestido azul.

—¡Ohhh! —gritó ella al ver las huellas de la mano de James en su vestido—. ¿Y esta es la actitud de un futuro duque? —se quejó la niña intentando levantarse de encima de la paja—. Ayyy… —volvió a quejarse.

James se puso en pie riendo con mucha más agilidad que ella, pues su vestido ralentizaba sus movimientos. Observó cómo intentaba ponerse de pie y, finalmente, le tendió una mano.

Ella lo miró con rabia y resopló sin aceptar su ayuda.

—Vamos, Cassy… toma mi mano —le ofreció.

—Ni hablar —se quejó ella apoyando sus manos en la paja para intentar levantarse.

—Con ese vestido te va a costar ponerte de pie. —Ella lo miró hecha una furia y finalmente suspiró, consciente de que no lo lograría. Tomó la mano de James, el cual dio un paso hacia atrás para ayudarla a levantarse con el impulso, pero antes de que ella consiguiese mantener el equilibrio la soltó provocando que cayese sobre la paja de nuevo.

—Ayyy —gritó la niña.

—Eso para que aprendas a respetar a tus mayores —bromeó.

Ella lo miró llena de rabia, tumbada sobre la paja.

—¿Mis mayores? Solo tienes cinco años más que yo —dijo girándose de nuevo para ayudarse con las manos a levantarse—. Y futuro duque o no… —continuó ella—, ahora mismo has soltado a una niña sobre la paja de un establo —lo miró desafiante—. ¿Qué futuro duque hace eso?

—El futuro duque al que le salpican con barro para provocarlo —dijo con los dientes apretados—. Deberé guardar el respeto ante las mujeres como indica el protocolo, pero tampoco soy tonto… Búscame y me encontrarás —acabó con una sonrisa. Ella resopló y logró ponerse en pie finalmente. Se agachó, cogió un puñado de paja con la mano y lo arrojó hacia el pecho de James que le sacaba más de una cabeza. Él volvió a ladear su cuello—. Ay, qué daño —ironizó este—. ¿Sabes? Si fuese tu padre o tu marido te daría unos buenos azotes —acabó con una sonrisa. Cassandra volvió a coger

otro fardo de paja y volvió a arrojárselo al pecho, lo que provocó que James pestañease sorprendido—. Por el amor de Dios, Cassandra, ¿nadie te ha enseñado modales?

—Oh, calla, James —se quejó sacudiéndose la falda. Él enarcó una ceja y ella ladeó su cuello en su dirección—. Por suerte no eres ninguna de las dos cosas… —Le mostró los dientes sonriente.

—Pues sí, por suerte —ironizó él—. No sé si toleraría a una señorita como tú que…

—Oh —lo interrumpió situando sus manos en su cintura—, ¿por qué te quejas tanto? Te lo pasas en grande conmigo —bromeó.

Él acabó sonriendo y, finalmente, asintió como si fuese obvio.

—Sí, pero como amiga, no como esposa. Una esposa debe reunir las cualidades de… —Ella puso los ojos en blanco y resopló. Él se quedó callado mirándola y al final rio absorto con su comportamiento—. Creo que deberás mejorar mucho si quieres encontrar un prometido.

Ambos se giraron al escuchar unos pasos rápidos.

—¿Cassandra? —escuchó la voz de su padre, el barón.

—¿James? —la voz del duque también sonó en el interior del establo.

James se llevó la mano a la cara, angustiado, y abrió la puerta mientras Cassandra retrocedía temerosa de la reacción de su padre. Él la miró de reojo y suspiró.

—Padre… —lo saludó él saliendo de la cuadra, miró hacia atrás y observó a Cassandra retrocediendo, sin atreverse a salir. La miró gracioso—. ¿Ahora te avergüenzas? —bromeó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el duque y miró de un lado a otro—. ¿Está Cassandra contigo?

James chasqueó la lengua y asintió lentamente.

—Sí.

Pudo escuchar cómo Cassandra resoplaba.

El padre de Cassandra, Edward, se asomó a la cuadra y puso su espalda recta al observar a su hija. Tenía el vestido azul todo sucio de barro y la paja por el pelo.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó el barón más enfadado, pues obviamente no le gustaba ver a su hija en esas circunstancias.

—Mmm… —comentó la pequeña intimidada por la actitud de su padre.

James la observó e inspiró lentamente.

—Quería subir a un caballo, pero es peligroso —contestó James, como si estuviesen allí por interés de montar a caballo, no por estar peleando y por el placer de ensuciarse.

Ambos padres se miraron como si no estuviesen muy de acuerdo con lo que el pequeño narraba, pero lo dejaron estar.

—Vamos, Cassandra —dijo su padre cogiéndola del brazo—. Ya verás cuando tu madre te vea así…

—Ay, ay, ay… —se quejó ella mientras su padre la arrastraba fuera del establo. Estaba segura de que le iba a caer una buena reprimenda.

Charles miró a su hijo y le hizo detenerse para que no saliese de la cuadra. James puso cara de avergonzado.

—Lo siento, padre…

—Me parece muy bien que la protejas, es tu amiga, pero sabes quién eres… —James suspiró—, no suspires —ordenó su padre—. Eres el futuro duque de Norfolk, tu comportamiento debe ser impecable. —James tragó saliva y asintió—. Tienes suerte de que solo tienes trece años y Edward no exige nada, en otras circunstancias, otro padre ya estaría solicitando un posible matrimonio a futuro… —James asintió y Charles situó una mano en el hombro de su hijo—. Te convertirás en el onceavo duque de Norfolk y de ti depende la continuidad de nuestra descendencia. Eso es lo más importante. Deberás casarte con una mujer de buena posición económica y asegurar nuestro linaje. ¿Entiendes?

—Sí, padre —asintió el muchacho, aunque aquellas palabras produjeron un pesar en él. ¿A qué se refería con una buena posición económica? Por lo que él entendía, el señor Edward Thomas Lennox y su esposa, lady Jacqueline, formaban parte de la aristocracia, cierto que pertenecían al escalón más inferior de esta, eran barones, pero ¿por qué los rechazaba de aquella forma?

James miró confundido a su padre.

—Padre, el barón y la baronesa son amigos suyos, ¿cierto?

El duque asintió, aunque le pareció comprender por dónde iba su pregunta.

—Una cosa es la amistad y otra son los negocios, ¿comprendes? —preguntó iniciando su camino hacia la casa, saliendo de los establos—. Nunca deben mezclarse los unos con los otros. El matrimonio es solo un negocio y sirve para perpetuar nuestro linaje gracias a nuestros descendientes y, todos… —enfatizó apretando disimuladamente el hombro de su hijo—, deseamos que nuestro linaje sea lo más puro posible y económicamente rentable, ¿verdad?

James asintió.

—Claro, padre —respondió directamente.

James se fijó en que unos metros por delante el barón llevaba de la mano a su hija Cassandra, la cual se giró e hizo un gesto atemorizado que provocó que James riese. Sí, estaba claro que ambos sabían que sus madres no serían tan comprensivas como sus padres y seguramente pondrían el grito en el cielo al verlos tan sucios.

Con ella siempre se divertía, era una gran amiga. Cuando estaba a su lado era como si todas las obligaciones de las que tanto le hablaba su padre desapareciesen. Sabía que tenía un gran futuro por delante, aunque cargado de responsabilidades. Desde siempre le habían explicado y dejado claro cuáles serían sus funciones: administrar correctamente el ducado y encontrar una buena esposa con un gran patrimonio que enriqueciese más el ducado y con la que poder engendrar un varón.

Inspiró hondo y caminó al lado de su padre en silencio.

El resto de sus hermanos y su hermana no tendrían tantas obligaciones, solo mantener el buen nombre de la familia. Aquella era su carga, aunque estaba decidido a cumplirla, era algo que llevaba a fuego grabado en su sangre. Sus padres se sentirían orgullosos de él, se convertiría en duque, heredaría todo el patrimonio y administraría las tierras correctamente, a cambio solo debía encontrar a una esposa con la que tener un hijo. No era un mal trato.

Caminó despacio hacia el porche acompañando a su padre mientras escuchaba a su madre y a lady Jacqueline vociferando al

verlos aparecer así.

—Esto no son modales, señorita —se quejó su madre.

Cassandra agachó la cabeza y miró arrepentida a su madre.

—Lo siento, madre —susurró cohibida.

Jacqueline suspiró y se puso en pie cogiendo la mano de su hija.

—Menos mal que hemos traído ropa para todos estos días —susurró arrastrando a su hija al interior de Ashby Hall.

2

—Londres—
Temporada del año 1808

La marquesa de Winchester organizaba uno de los bailes más importantes de la temporada y, cómo no, a él acudían la flor y nata de la sociedad londinense.

Un baile no se consideraba un verdadero baile si no acudía la duquesa de Norfolk.

Aquel era el primer baile al que acudía James. No estaba nervioso, más bien asqueado con la idea de tener que acudir con sus padres. Al ser el primer baile al que acudía, su padre le haría de anfitrión, posteriormente ya acudiría solo o con algún amigo.

La mansión era realmente hermosa. La marquesa de Winchester se había encargado de decorarla con flores y guirnaldas. Además, el clima aún era frío y, por eso mismo, el festejo se celebraba en el interior de la mansión, donde habían preparado varios salones con música, copas y comida.

Su madre se acercó a James para explicarle.

—Ahora iremos a saludar a la anfitriona, la marquesa de Winchester… —James asintió conforme—, se encuentra junto a su marido Charles Ingoldsby Burroughs-Paulet, decimotercer marqués de Winchester. —La duquesa se giró para mirar a su hijo mientras tomaba una copa y se la tendía—. Estudió en el Eton and Clare College de Cambridge. En 1774, su padre se convirtió en el presunto heredero de algunos títulos nobiliarios y propiedades de su primo tercero Harry Powlett, sexto duque de Bolton. Tras graduarse en Cambridge, Paulet fue nombrado alférez del primer Regimiento de la Guardia de Infantería, cargo que ocupó entre 1784 y 1786. Posteriormente, fue diputado por Truro entre 1792 y 1796. Su padre le sucedió como marqués de Winchester en 1794, otorgándole a Paulet el título de cortesía de conde de Wiltshire. En 1796, regresó a la vida militar a tiempo parcial como teniente coronel de la Milicia del

Norte de Hampshire y en 1798 se convirtió en lord teniente de Hampshire. En 1800 sucedió a su padre como marqués de Winchester —siguió explicando.

James miró a su madre confundido.

—¿Vas a ponerme al corriente de cada uno de los invitados a este baile? —preguntó desesperado mientras daba un sorbo a su copa.

—Shhh… hijo, es importante que los conozcas.

Su padre, el duque, se acercó a él con una sonrisa.

—El marqués tiene dos hijas —confirmó su padre provocando que James enarcase una ceja hacia su madre.

—Oh, duque —se quejó su madre—, es responsabilidad nuestra que conozca todas las oportunidades.

—Querida —comentó su padre—, no creo que nuestro hijo, el futuro duque, esté deseando festejar sus nupcias este año.

—Oh —se quejó su madre y lo cogió del brazo para atraerlo mientras James suspiraba. En ese momento, James se dio cuenta de que muchas de las mujeres jóvenes de su edad que pasaban cerca de él lo miraban sonrojadas e intimidadas por su presencia. Era obvio que todos conocían que a aquel baile asistiría por primera vez toda la familia Howard.

James se quedó observando a unas muchachas que pasaban frente a él, cuchicheando y riendo nerviosas, mirándolo de arriba abajo como si lo evaluasen—. Escucha bien, hijo… —continuó su madre sacándolo de su ensoñamiento—. Está casado con la marquesa, lady Anne Andrews, hija de John Andrews de Shotley Hall. Se casaron hace unos doce años —continuó explicando, aunque James no le prestaba mucha atención—. Y tienen ocho hijos. Entre ellos, dos hijas: lady Annabella, de siete años de edad…

—¡Madre! —exclamó James al escuchar la edad de la niña.

—Y lady Cecilia, de seis años de edad —continuó su madre ignorando su comentario.

James la miró sin comprender.

—Madre… —enfatizó—, para que esa niña sea presentada en sociedad faltan once años, diez si apuramos mucho. Para entonces

tendré veintiocho años, no deseo casarme ahora, pero tampoco espero postergarlo tanto.

—Ya, bueno… —dijo su madre dándole unos golpecitos en el brazo—, yo solo te doy la información —comentó un poco nerviosa —. Vamos, ven… —comentó, aunque se giró para hacerle un gesto con la cabeza a su marido para que le siguiese—. Te los presentaré.

Su padre instó a James a que acompañase a su madre, así que dejó que ella se sujetase de su brazo mientras se dirigían hacia los anfitriones esquivando a todos los invitados.

—Duquesa —exclamó la marquesa encantada con su presencia.

—Lady Anne —respondió Margareth ante la reverencia de los marqueses.

—Nos complace mucho verlos aquí, es todo un honor, se lo agradezco mucho —comentó la marquesa emocionada.

—Oh, ¿cómo iba a perderme un baile así? Sin duda va a ser uno de los mejores de la temporada —respondió sonriente provocando la sonrisa de toda la familia Paulet allí presente. Margareth carraspeó e hizo que su hijo avanzase un paso hacia delante—. Permítame que le presente a mi hijo, el futuro duque de Norfolk, James Robert.

James obedeció a su madre mientras el resto también le hacían una leve reverencia.

—Un baile espectacular —comentó sin saber qué otra cosa decir.

—Muchas gracias. Debo decir que… —tartamudeó la marquesa, pues era consciente de que aquel era el primer baile al que acudía el futuro duque de Norfolk. El que los duques hubiesen decidido que aquel baile era el adecuado para que su hijo acudiese por primera vez la llenaba de orgullo, tanto, que se encontraba sofocada—, es un placer tenerlo aquí. Espero que disfrute mucho de este baile. Diviértase. —James asintió y apretó los labios dando un paso atrás para mantener las distancias—. Si… si no le importa —dijo mirando a la duquesa como si le pidiese permiso—, me gustaría presentarle a mi sobrina, es una joven encantadora. Es su primer baile, su entrada en sociedad…

—Oh, claro… por supuesto —respondió la duquesa con un tono de voz pausado, como si aquello no le importase mucho, aunque,

conociendo a su madre, James sabía que estaría pletórica de felicidad.

La marquesa se giró e indicó a una muchacha que se acercase.

La chica parecía nerviosa, ya que ni se atrevía a elevar la mirada. Su cabello negro y rizado estaba recogido en un moño a su nuca, sus ojos eran enormes y de un color marrón verdoso. Su vestido, de color blanco, resaltaba la pureza de su piel. Era una chica delicada y bonita.

—Duquesa… —pronunció la marquesa como si le pidiese permiso de nuevo—, le presento a mi sobrina, lady Brigitte Devon.

—Oh, qué hermosa joven —susurró Margareth. La muchacha hizo una reverencia hacia ellos con la mirada hacia abajo, ciertamente se notaba intimidada por ellos. James sintió lástima de la joven, lo cierto era que a las jóvenes se las exhibía como mercadería, era normal que estuviesen nerviosas, pues se jugaban su futuro—. Un placer conocerla —la saludó la duquesa y luego señaló a su hijo, el cual la miró de reojo—. Le presento a mi hijo, el futuro duque de Norfolk. —La muchacha se mantenía agachada, sin levantar su cabeza, pero intuyó que sus manos temblaban sujetando su vestido.

James miró de reojo a su madre que observaba a la muchacha, inspeccionándola, así como a la familia Devon que vigilaban que la muchacha hiciese una buena presentación. No pudo evitar sentir lástima por ella.

—Lady Brigitte —la saludó James haciendo también una leve reverencia y tomando su mano.

Ella apretó los labios.

Todos fueron conscientes de que la muchacha estaba tan nerviosa que parecía que iba a perder el equilibrio. La marquesa cogió a su sobrina del brazo para mantenerla firme y sonrió a la duquesa.

—Será mejor que le dé algo de beber —comentó avergonzada.

—Sí, creo que sí —respondió la duquesa totalmente absorta con la reacción de la muchacha.

—Espero que sea una velada de su gusto —comentó la marquesa.

—Seguro que lo haremos —se despidió su madre con una leve reverencia.

James la imitó y luego le tendió el brazo a su madre para alejarse, aunque observó cómo llevaban a la joven Brigitte a un asiento y le tendían un vaso de agua mientras la abanicaban. Sí, no parecía que se encontrase muy bien.

Mientras se alejaban, su madre se dio cuenta de que James miraba en dirección a la joven, preocupado.

—Oh, no te preocupes, James, es normal que las jóvenes se mareen e incluso que se desmayen —explicó—. La mayoría están sometidas a mucha presión y, bueno… —rio la madre cogiéndose más fuerte a su brazo—, que le presenten el día de su estreno a un futuro duque… —dejó la frase sin acabar mientras caminaban entre toda la gente hasta que se detuvo y elevó la mano hacia los conocidos que tenía por delante—. Mira a quién tenemos aquí —sonrió la duquesa feliz.

El barón Edward Thomas Lennox junto a su esposa, la baronesa lady Jacqueline, iban hacia ellos con una copa en la mano y una gran sonrisa.

Margareth se acercó a Jacqueline y le dio un abrazo mientras los hombres se saludaban con un fuerte apretón de manos y grandes sonrisas, parecía que entre ellos había mucha complicidad.

El barón le tendió la mano a James, el cual se la estrechó.

—Me alegro de verte, James, desde que te vi por última vez has crecido mucho —lo miró de la cabeza a los pies. El joven se estaba convirtiendo en todo un hombre. Le sacaba prácticamente una cabeza a su padre y sus ojos azules destacaban con su cabello casi negro.

—¿Cuándo fue la última vez que nos vimos? —preguntó la duquesa—. Hará más de cuatro meses. Hace mucho tiempo. —Se giró hacia su gran amiga—. Oh, ¿recibiste mi carta?

—Si, por supuesto, duquesa —contestó Jacqueline—, por eso mismo estamos aquí —rio.

La duquesa tomó su mano con una gran sonrisa.

—Tenemos que ponernos al día de todo, pero, por lo pronto, ¿cómo se encuentra la pequeña Cassandra?

—Muy bien, espero que durmiendo a estas horas —rio su madre —. ¿Vendréis mañana a tomar el té? —preguntó emocionada.

—Por supuesto, ¿verdad, duque? —preguntó a su marido.

—¿Qué? —preguntó él que se mantenía inmerso en una ociosa conversación con su buen amigo el barón—. Ah, sí, sí… —respondió analizando las últimas palabras de su esposa.

—Tengo una ginebra fantástica preparada para ser abierta —propuso el barón.

—Eso es lo que necesito ahora mismo —bromeó el duque.

El barón miró a James, el cual se mantenía estático al lado de su padre, vestido con un atuendo de color negro que realzaba su cuerpo. Se dio cuenta de que las mujeres que pasaban a su alrededor lo miraban de la cabeza a los pies y sonreían sin parar.

—Me parece que tu hijo va a tener dónde elegir cuando desee el matrimonio —bromeó el barón.

El duque sonrió con orgullo.

—Sí, estoy seguro de que conseguirá un buen matrimonio cuando lo desee —indicó su padre situando una mano en el hombro de su hijo y dando una palmada.

—De momento, no —confirmó el joven en un susurro, provocando que tanto su padre como el barón sonriesen.

—Cuéntame, ¿cómo van los estudios por Oxford?

—Muy bien —respondió James—. Está siendo una experiencia maravillosa y muy enriquecedora. Conocer a los grandes filósofos, grandes artistas, dominar las lenguas clásicas…

—¿Qué es lo que más disfrutas? —preguntó el barón emocionado—. Recuerdo aquella época como una época de descubrimiento. —Miró al duque con una sonrisa—. Lo pasamos bien —comentó con una sonrisilla traviesa que fue correspondida por el duque.

—Sin duda, la filosofía y la literatura. —El barón asintió—. Estoy pensando que, cuando acabe en Oxford, acudiré un tiempo a Cambridge —confesó—. Me gustaría estudiar también algo de ciencias en Cambridge.

El duque sonrió orgulloso.

—Mi hijo pretende superar a su padre en conocimientos y eso está muy bien —rio.

—Después me gustaría recorrer mundo, sobre todo Europa y Anatolia.

—¿Planeas un viaje? —preguntó el barón sorprendido al ver las inquietudes del joven.

—Mi hijo está pensando en viajar durante un tiempo, creo que es una buena experiencia para valerse por sí solo y nutrirse de vivencias —corroboró el duque.

—Por supuesto que sí. Como consejo, comienza por París, la cuna del arte. Puedes visitar museos y hablar con grandes artistas… además de muchas otras cosas más que ya descubrirás —bromeó—. ¿Tienes alguna ruta pensada?

—Algo tengo en la cabeza, pero aún tengo que darle forma. De todas formas, es un proyecto que tengo planeado para dentro de unos años, cuando acabe mi formación en Cambridge.

—Creo que podrían irte bien los mapas que guardo en casa —le ofreció el barón.

—Eso sería fantástico —reaccionó James con una sonrisa.

—Pues mañana, mientras mi buen amigo el duque y yo tomamos una ginebra y fumamos un puro, puedes ojear los mapas y atlas que guardo en mi biblioteca.

—Se lo agradezco mucho —respondió.

—No hay de qué —respondió el barón.

James escuchó a su madre hablar sobre su hermana y los quebraderos de cabeza que tenía solo de pensar en cuando tuviese que presentarla en sociedad y miró de un lado a otro. Se sorprendió cuando entre todos los jóvenes reconoció a uno.

—Si me disculpan… —pronunció con una reverencia.

—¿Ya nos abandonas? —preguntó su padre.

—He reconocido a alguien de Oxford, iré a saludarlo.

—Claro, disfruta, hijo —lo animó su padre antes de que se alejase.

Se alejó antes de que su madre pudiese retenerlo más junto a ella y caminó con paso apresurado entre la gente. Se sentía totalmente observado, sobre todo por las jóvenes debutantes y sus

madres que parecían cazadoras en busca de una presa. Quizá, en un futuro, cuando tuviese en mente el matrimonio, lo disfrutaría más, pero en esos momentos no le gustaba aquel ambiente.

El joven que estaba frente a él lo miró sorprendido y luego elevó los brazos hacia él, perdiendo toda compostura.

—¡James Robert Howard! —exclamó dirigiéndose hacia él con una gran sonrisa.

James le estrechó la mano efusivamente.

—Óscar Lamb, vizconde de Melbourne, qué alegría verte aquí —rio James.

Óscar se acercó medio abrazándolo, aunque estaba claro que quería decirle algo en secreto.

—Por Dios, sé compasivo y sácame de aquí.

James rio y lo miró a los ojos mientras hacia una mofa.

—Iba a hacerte la misma petición —dijo colocando una mano en su hombro.

Óscar asintió y se giró hacia un grupo de hombres con el que estaba hablando.

—Señores, les presento a James Robert Howard, futuro duque de Norfolk y gran compañero de Oxford. Disfrutamos de muchas aventuras durante este medio año que hemos compartido.

Todos hicieron una reverencia hacia él en señal de respeto.

—Un placer, señores.

Óscar lo miró de reojo y asintió.

—De acuerdo, pues… ¿vamos a por la copa que me has prometido? —improvisó para alejarse de allí.

—Claro, amigo… tengo que contarte muchas cosas —le siguió la corriente.

—Si me disculpan… —se despidió Óscar con una reverencia. James lo imitó.

Ambos se giraron y se alejaron rápidamente de allí, caminando entre todos los presentes.

Óscar había sido compañero durante los últimos meses en la Universidad de Oxford, acudiendo juntos a clases de historia, filosofía y lenguas clásicas. Habían salido en el mismo grupo de

amigos a tomar unas copas y se habían internado por las calles de la ciudad de Oxford en busca de aventuras.

Fueron hacia uno de los rincones de aquel salón y se detuvieron.

—Me has salvado —bromeó Óscar mientras tomaba una copa y le tendía otra a James—. Mi padre y mis tíos estaban deseando presentarme a unas debutantes.

James rio.

—A mí ya me han presentado a una… —Miró alrededor, observando que varias de las mujeres los miraban disimuladamente —, son como animales salvajes en busca de presas —bromeó.

—Siento que soy el ciervo que cacé hace unas semanas —le siguió la corriente Óscar antes de dar un sorbo a su copa—. ¿Y cómo tú por aquí? No sabía que ibas a acudir.

—Mi padre, el duque, es de la idea de que tengo que comenzar a mezclarme con la alta sociedad. Esto será bueno para mi futuro.

—Igual que el mío —respondió Óscar con sorna.

James lo miró gracioso.

—Y yo lo único que tengo es ganas de escapar de aquí —pronunció cruzándose de brazos y apoyándose en la pared mientras una pequeña orquesta comenzaba a tocar una melodía a piano y violines.

El centro del salón se llenó de varias parejas que iniciaban un baile lento, cogidas de la mano al ritmo de la melodía.

James soltó la copa y metió las manos en sus bolsillos, apoyándose de nuevo en la pared.

—Mañana hemos quedado en el Brooks's —James giró su cuello hacia él—. Me encontré con Michael Wellesley y Arthur Herbert. ¿Vendrás?

James asintió.

—Claro, gracias. ¿Por la noche?

Óscar asintió.

—Sí, sobre las nueve y media, tomaremos un buen whisky y Michael ha dicho que traerá unos puros que su padre consiguió en Cuba: *Hoyo de Monterrey*.

—Suena bien —aceptó James y miró hacia delante. Algunas parejas seguían bailando, otras simplemente hablaban mientras tomaban algo… aun así, de nuevo se dio cuenta de cómo muchas de las mujeres que se encontraban cerca de ellos los observaban con interés. La mayoría de ellas seguramente ya sabrían quiénes eran, aunque nunca hubiesen hablado ni se hubiesen cruzado con ellos. Suspiró y miró a su amigo de reojo—. Mejor que esto sin duda —pronunció.

Eran las cuatro cuando los duques de Norfolk habían acudido a casa de la familia Lennox para tomar el té, justo frente a la suya. La noche anterior lo habían pasado en grande. Al final, James también se había divertido junto a su amigo Óscar y habían pasado gran parte de la velada tomando copas y recordando anécdotas de la Universidad de Oxford. Pasados unos meses, volverían e iniciarían de nuevo las clases.

Después de tomar el té, el barón había acompañado a James a una de las habitaciones superiores, ya había estado allí anteriormente, aunque no había pasado mucho rato, solo para acompañar a su padre allí.

El despacho del barón era casi igual de impresionante que el de su padre, un lugar solo para los hombres, dividido en dos partes. La primera zona era un despacho con una gran mesa de madera de caoba a conjunto con un esponjoso y cómodo butacón. La alfombra era de color azul a conjunto con las cortinas. Era un despacho muy elegante y sobrio. En el lateral, clavada a la pared, había una gran estantería con gruesos libros y enciclopedias y, cerca de esta, reposaba una enorme bola del mundo.

Había una puerta corredera que dejaba paso a la otra parte de la habitación, dedicada a los hombres, con varios sofás y muebles que guardaban todo tipo de bebidas espirituosas. En resumen, un espacio para disfrutar y mantener amistosas charlas y algunas reuniones.

El barón indicó a James que lo siguiese y le mostró unos libros. James miró la enorme biblioteca quedando impresionado, ni siquiera su padre disponía de tantos libros como el barón.

—Es impresionante —susurró.

El barón situó una mano sobre el hombro de James y sonrió hacia el duque.

—Cursé también estudios clásicos en Oxford, con tu padre —señaló al duque que se acercaba por la espalda de su hijo—, y luego pasé un año más en Cambrigde.

James lo miró sorprendido.

—¿Estudiaste ciencias o ingeniería?

—Un año de ciencias sobre el cuerpo humano… es apasionante —le susurró.

James le sonrió y asintió.

—Sí, me encantaría formarme en ciencias e ingeniería cuando acabe en Oxford —confirmó.

El barón, Edward, miró al duque con una gran sonrisa.

—La juventud de hoy en día está ansiosa de conocimiento. —Su amigo el duque asintió con orgullo—. Mira… —le mostró el barón agachándose y abriendo unos cajones. Sacó unas grandes carpetas y las depositó sobre la gran mesa. Las abrió con cuidado y le mostró unos enormes planos de países—. Los conseguí en mis viajes —comentó mientras James miraba asombrado los mapas hechos a mano.

James lo miró sorprendido.

—¿Usted viajó? —preguntó.

El barón asintió.

—Sí, y fue una de las experiencias más gratificantes de mi vida. —Señaló los cajones y la estantería—. Puedes usar los libros y los mapas siempre que lo desees. Sabes que mi puerta siempre está abierta.

—Gracias. Se lo agradezco mucho —pronunció con la mirada clavada en los libros.

—Disfruta. Tienes papel, tinta y pluma en el primer cajón, por si quieres tomar notas —sonrió el barón mientras indicaba a su amigo el duque que se dirigiesen a la sala para hombres—. Nosotros también vamos a disfrutar —rio.

—Muéstrame esa ginebra que tienes —comentó el duque mientras entraba en la estancia.

El barón cerró la puerta dejando a James solo en el despacho.

James miró los libros. Había varias enciclopedias, libros que hablaban de diversas partes del mundo, sobre el cuerpo humano e incluso libros de astronomía. Su padre tenía una gran biblioteca, pero el barón tenía muchos más libros que su padre, al menos sobre estudios.

Se acercó asombrado cuando observó libros de música con partituras.

Era extraordinario. Si algo tenía claro era que cuando tuviese su propia casa tendría una biblioteca igual de extensa o más que la del barón. Siempre se había sentido atraído por los libros y el barón parecía que sentía lo mismo.

Abrió el cajón sacando un papel, pluma y tinta que depositó a un lado.

Le llamó la atención un enorme libro que había en la estantería, lo sacó y lo situó en la mesa. Se sorprendió al ver que era un libro que explicaba las plantas y los remedios naturales, así como su uso medicinal. Era impresionante la de conocimientos que había por adquirir.

Comenzó a pasar las páginas lentamente, observándolo todo. Se giró y miró que también había libros de geometría, matemáticas e incluso de alquimia. Tenía que ir más a menudo por allí, no sabía que el barón tuviese tantos libros.

—Hola —escuchó una delicada voz femenina tras él.

James se giró y observó la fina figura de Cassandra bajo el marco de la puerta. James le sonrió mientras ella hacía una leve reverencia.

—Oh, Cassandra, por favor, no hagas eso… —bromeó James—. Hay confianza entre nosotros.

Ella se adentró unos pasos en el despacho de su padre.

—Cuánto tiempo —comentó ella alegre de volver a verlo.

James dio unos pasos hacia ella.

—Sí, hará casi un año que no nos veíamos —recordó James mirándola de la cabeza a los pies. Cassandra había crecido un poco más y estaba más delgada. Era una muchacha muy bonita—. ¿Qué tal todo?

—Muy bien, acabo de venir de las clases con la institutriz, hoy me tocaba piano —comentó apoyándose en el marco de la puerta—. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

Él se giró y miró la biblioteca.

—No sabía que el barón tenía tantos libros, es una maravilla.

Ella sonrió y asintió.

—Sí, a mi padre le encanta leer.

Señaló hacia la puerta corredera.

—Está reunido con el mío, degustando una rica ginebra y fumando unos puros —comentó de espaldas a ella, observando la enorme biblioteca.

Ella miró en aquella dirección y chasqueó la lengua, luego volvió a observarlo. James permanecía embelesado con los libros.

Dio unos pasos más al interior de la estancia.

—Ayer fuiste al primer baile de la temporada, ¿verdad? —Él se giró y asintió—. He escuchado hablar sobre ello a mis padre mientras desayunábamos. ¿Qué tal fue? —preguntó emocionada.

James se giró hacia ella con una leve sonrisa y se encogió de hombros.

—Pues normal, un baile —respondió sin emoción alguna.

Ella enarcó una ceja.

—Pero… ¿cómo es?

—Hay mujeres y hombres bailando, tomando alguna copa…

Ella ladeó su cuello.

—¿Muchas mujeres atractivas? —preguntó con voz socarrona, acercándose un paso más a él.

James rio y chasqueó la lengua.

—¿Me estás preguntando si me interesa alguna? —preguntó sorprendido.

Ella se encogió de hombros.

—Para eso están los bailes, ¿no? Para buscar un marido y una esposa —respondió como si nada, luego le sonrió de una forma traviesa—. Si te interesa, tengo información de muchas de las mujeres que fueron al baile.

James rio y negó con la cabeza.

—No estoy interesado en el matrimonio, al menos no de momento —explicó volviéndose hacia la librería—. De todas formas, el matrimonio no es más que un mero contrato y una forma de tener herederos.

—Ya —rio ella y chasqueó la lengua—. Una pena… tengo una de las mejores institutrices de Londres y nos explica muchas cosas…

—Cuando me interese, ya te contactaré —bromeó él—. Si bien, de momento, ni se me pasa por la cabeza contraer matrimonio. Me gustaría estudiar un par de años más y viajar…

—Ah —pronunció acercándose y se situó al lado de James, el cual agachó su cabeza para mirarla. Con tan solo trece años de edad estaba claro que Cassandra destacaría por su belleza—. ¿Y qué tal es la Universidad de Oxford?

—Interesante.

Ella suspiró.

—Me encantaría ir —pronunció apoyándose en la mesa—. Poder escuchar las conferencias de literatura, de historia… —lo miró sonriente—. Debe de ser apasionante.

Él asintió.

—Ya, pero esas cosas no interesan a una señorita…

—Sí nos interesa —lo cortó provocando que él la mirase—, otra cosa es que no se nos permita —pronunció bajando la mirada—. Al menos a mí —apuntó.

James se quedó observándola y finalmente indicó hacia la biblioteca.

—Bueno, aquí tienes una gran fuente de conocimiento. El barón es un hombre muy ilustrado, si lees estos libros aprenderás mucho.

—Sí, los leeré… —luego se acercó como si fuese a confesarle un secreto—, te diré una cosa, alguno he leído —rio.

—Oh, vaya… qué traviesa —bromeó él. La miró intrigado—. ¿Cuál has leído? —Ella lo miró divertida y fue hacia la estantería. Buscó entre todos los libros y extrajo uno de ellos. Se lo tendió—. Los viajes de Gulliver —pronunció—, de Jonathan Swift. Me suena.

—Es entretenido —respondió ella—. Aunque mi libro favorito es este… —comentó dejando el de Los viajes de Gulliver en la estantería y tendiéndole otro.

—¿Sentido y sensibilidad? —preguntó James—. Este no me suena. —Miró el autor—. Por una lady —comentó. Miró a Cassandra con una sonrisa tímida—. Con ese título no sé si preguntarte de qué va la trama.

Tomó el libro entre sus manos y suspiró.

—Es precioso. Trata de una familia. Tras la muerte del señor Dashwood, la herencia pasa a manos del hijo del primer matrimonio, obligando a la señora Dashwood y a sus tres hijas a buscar una nueva vida y un nuevo hogar. Habla de sus experiencias amorosas y muestra cómo funciona la sociedad, cómo buscan el amor… —pestañeó varias veces.

—Ajá —bromeó él con una ceja enarcada.

—Tengo que buscar más libros de "por una lady". Creo que han publicado alguno más.

—¿Ya está tu padre de acuerdo con que leas este tipo de novelas?

Ella apretó los labios mientras volvía a dejar el libro en la estantería.

—Bueno, estos libros son de mi madre… —susurró y lo miró tímida—, mi padre no sabe que… —tragó saliva—, que he leído esta novela…

James la miró gracioso y asintió.

—Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo… no diré nada —susurró.

Ella le sonrió y miró hacia arriba, pues James le sacaba bastante altura. Él la observaba de una forma divertida, como quien mira a su hermana pequeña.

—¿Os vais a quedar a cenar? —preguntó ella apoyándose contra la estantería.

—Yo al menos no, he quedado con unos amigos en el Brooks's club.

—Ah, un club de hombres —comentó con sorna—, ¿también beberás y fumarás? —ironizó señalando hacia la puerta corredera donde se encontraba el duque junto a su padre.

—Es posible —respondió mirando la estantería.

Ella suspiró y cerró los ojos unos segundos, como si se armase de paciencia.

—Será mejor que me marche, mi madre y la duquesa me esperan para que les explique mis evoluciones en el protocolo. —Puso los ojos en blanco mientras se dirigía a la puerta.

—A modo de consejo: no pongas los ojos en blanco ante ellas —bromeó—, a no ser que quieras que tu madre ponga el grito en el cielo y te cambien de institutriz.

Cassandra rio haciendo un gesto gracioso.

—Lo tendré en cuenta —dijo antes de desaparecer tras la puerta.

Esta vez fue él quien puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Se fijó en los libros y luego abrió el cajón con los mapas. Bien, hora de comenzar a conocer mundo.

Extrajo uno y lo situó en la mesa para observarlo con interés.

3

El Brooks's era uno de los clubs de caballeros más exclusivos de Londres, situado en el número 60 de Saint James's Street, en Westminster.

Desde su fundación, se había convertido en lugar de encuentro de los caballeros de mayor nivel social. Fundado en 1764 por 27 socios que se reunían en un local llamado Almack's, con el objetivo de conversar, comer y jugar. En 1773, el local pasó a ser regentado por William Brooks, mercader de vinos y prestamista, del que tomó el nombre. Tres años más tarde, Brooks encargó al arquitecto Henry Holland la construcción de un nuevo edificio en el lugar que ocupa en la actualidad, y fue en 1778 cuando abrió sus puertas.

El objetivo inicial consistía en ofrecer a los caballeros una residencia fuera de su hogar y, especialmente, un lugar en el que jugar.

Las salas de juego eran una de las principales atracciones. Los caballeros apostaban verdaderas fortunas jugando al whist, un juego de cartas de origen británico, y a los dados, jugándose más de 70 000 libras en una sola noche.

Otro pasatiempo muy frecuente consistía en las apuestas, que podían realizarse a partir de cualquier tema, ya fuese la guerra, el tiempo o las mujeres, tal y como refleja el libro de apuestas de la institución, que recoge algunas apuestas auténticamente extravagantes.

Óscar Lamb tendió un vaso de whisky a James, quien lo aceptó y dio un sorbo.

Se encontraba sentado junto a Michael Wellesley y Arthur Herbert, dos compañeros más de la universidad. Arthur se encontraba en segundo y último año, mientras el resto estaba en el primer año.

—Os recomiendo que acudáis a las clases del profesor Harper sobre las grandes obras de la literatura. Es impresionante —

sentenció antes de dar un sorbo a su vaso.

—¿Y las clases de historia sobre el antiguo Egipto? —preguntó Michael.

Arthur asintió con efusividad.

—Muy buenas. El profesor que imparte esas clases, el señor Douglas, viajó al antiguo Egipto hace unos años y habla maravillas.

—Es uno de los lugares que me gustaría visitar —intervino James.

—¿El antiguo Egipto? —preguntó Óscar sorprendido. James asintió—. ¿Planeas un viaje?

—Tengo intención de acabar mi segundo año en Oxford y luego hacer algún año en Cambridge. Cuando acabe, me gustaría recorrer el mundo.

—¿Qué lugares planeas recorrer? —preguntó Óscar emocionado.

—Me gustaría comenzar en París, dicen que es una de las cunas del arte, seguir por Europa con calma hasta la Anatolia y, posteriormente, tomar un barco hasta el viejo Egipto. Tengo que planificar bien el viaje.

—¿Me puedo unir? —preguntó Óscar con los ojos muy abiertos. Aquella súplica sorprendió a James. Obviamente, sería mucho mejor viajar acompañado que solo—. Me encantaría viajar —continuó—. Se puede aprender mucho, y sería una experiencia apasionante. ¿Aceptarías un compañero? ¿O prefieres hacerlo en soledad? Si prefieres ir solo, lo entenderé…

—Ni hablar —comentó con una sonrisa—. Estaría encantado de que me acompañases. Sería mucho mejor, un viaje más tranquilo y seguro. —Le tendió la mano como si así sellasen el acuerdo—. Dentro de unos tres años.

Óscar asintió y tomó su mano para sellar el acuerdo.

—En unos tres años —confirmó.

James miró a Arthur y a Michael.

—¿Os queréis apuntar también? —ofreció.

—Tengo intención de viajar a París cuando acabe mi segundo año en Oxford —explicó Michael—. No tengo intención de ir a

Cambridge. Viajaré a París un par de años con mi tío para que me enseñe el negocio familiar —explicó.

—Yo no sé qué haré dentro de tres años —dijo Arthur—. Acabo este año en Oxford y tengo intención de trabajar también en el negocio familiar. Mi padre está deseando que lo sustituya algunas temporadas para tomarse algunos períodos de descanso. —Los miró a todos con cara graciosa—. Y luego está el matrimonio. Mi madre está deseando que me case, algo con lo que yo aún no estoy muy de acuerdo.

—Creo que ninguno de los que está aquí piensa en el matrimonio de momento —confirmó Óscar provocando que todos elevasen su copa antes de dar un sorbo.

—El matrimonio no es más que un negocio patrimonial y para engendrar un heredero —corroboró James.

Óscar chasqueó la lengua.

—Bueno, yo aspiro a algo más, al menos a sentirme atraído por mi futura esposa —comentó.

James se encogió de hombros.

—No es algo que me preocupe —confirmó—. Mis obligaciones como futuro duque de Norfolk son las de administrar el ducado y engendrar un heredero que, tal y como me ha repetido mi padre desde niño, permita que nuestro linaje prospere. —Se encogió de hombros—. Y es lo que haré. —Se acabó el vaso de un sorbo y miró hacia la barra donde un camarero aguardaba. Elevó su mano y señaló el vaso. El camarero asintió y tomó la botella de whisky, salió de detrás de la barra y se acercó a la mesa que compartían aquellos cuatro amigos. Llenó medio vaso y ofreció al resto de los que se encontraban allí, aunque ninguno pidió más—. Gracias —le agradeció al camarero—. ¿Os quedáis aquí en Londres hasta el final de la temporada?

—Tengo intención de volver un poco antes a Oxford —explicó Michael.

—Yo igual —dijo Arthur.

Óscar asintió dando a entender que él tenía la misma intención.

—Bueno… así nos veremos bastante por Londres estos días y en los bailes. Menudo alivio —rio James provocando que el resto

también riese, pues parecían pensar lo mismo.

—De hecho —intervino Óscar—, mi madre tiene intención de que la acompañe mañana al baile de los Harper. ¿Acudiréis?

James inspiró hondo.

—Sí, debo acudir. Según mi padre debo hacerme ver mientras esté en Londres.

Michael y Arthur también asintieron. Bueno, al menos no estaría solo en aquellos aburridos bailes. Era mucho mejor disfrutar de la compañía de sus amigos que no de sus padres, sobre todo de la de su madre que estaba ansiosa por presentarle a todas las debutantes de la temporada. Nunca le había gustado exhibirse, sin embargo, parecía que eso era lo que le exigía su título.

Estaría entretenido con ellos y podrían distanciarse para tomar un copa y hablar.

Una hora después tomaba un carruaje en dirección a su vivienda en Londres. Se detuvo ante su vivienda y bajó de este. Pagó y esperó a que se alejase. Cuando se giró, se dio cuenta de que la casa de enfrente, la de la familia Lennox, tenía una luz encendida en la segunda planta. No sabía si esa era la habitación de los barones o bien el despacho, pero parecía que en aquella casa aún no todos dormían.

En la suya, por el contrario, sus padres dormían hacía rato, al igual que el personal de su hogar.

Subió a la segunda planta y llegó a su alcoba. Se quitó la ropa y se metió en la cama. Solo esperaba no tener mucha resaca al día siguiente o sería horrible.

La duquesa tomó del brazo a su hijo mientras paseaban por los hermosos salones de la familia Harper. La música sonaba y no dejaban de ofrecerle bebidas y algo de picar.

De nuevo, las miradas volvían a centrarse en ellos. Esta vez había escogido una camisa blanca con chaleco de color dorado y una casaca negra, al igual que los pantalones.

Su padre caminaba unos pasos tras ellos saludando a varios de los hombres que deseaban un saludo o unas palabras por parte del

duque, como si de aquella forma se sintiesen honrados o reconocidos.

—He escuchado que hoy se presenta en sociedad la hija de los Cavendish. —James suspiró y no pasó desapercibido para su madre, la cual apretó su brazo—. Dicen que es una de las bellezas de esta temporada. Recuerdo que la vi cuando Anne tenía once años. Una niña preciosa.

—Madre, no es que no agradezca tus esfuerzos… —Saludó a unos hombres que habían dado unos pasos hacia delante con la intención de hacerse ver—, pero sabes que no estoy interesado en el matrimonio, ¿verdad?

—Oh, tonterías… —susurró su madre—, es cierto que un hombre debe instruirse primero antes de contraer matrimonio, pero eso no implica que no puedas conocer a las nuevas debutantes.

—¿Con qué intención, madre, si no deseo el matrimonio en estos momentos? —preguntó en el mismo tono de voz que su madre.

Su padre se acercó por el otro lado.

—Hijo, en breve volverás a Oxford… —Se detuvieron ante los anfitriones—, deja que tu madre disfrute de estos días que te tiene a su lado.

James hubiese resoplado si no fuese porque la familia Harper había ido hasta ellos para saludarlos también.

Después de las palabras de su padres, James permitió que su madre disfrutase presentándole con orgullo a sus amigas y a algunas de las hijas y sobrinas de ellas. Ciertamente, su madre disfrutaba de ello. Suponía que cuando le llegase el turno a su hermana pequeña, Nicole Mary, lo pasaría en grande.

Una vez pasada la primera hora, James comenzó a distanciarse poco a poco de sus padres.

Se movió entre los bailarines mientras tomaba una copa hasta que dio con Óscar, el cual pareció alegrarse de verlo también.

—Otro día más aquí —pronunció Óscar situando una mano en su hombro.

—Eso parece —respondió James situándose a su lado—. ¿Arthur y Michael no están por aquí?

—He visto solo a Arthur, no a Michael. Arthur me ha dicho que me buscará en un rato.

—Ajá —respondió James. Miraron hacia el centro de la pista donde numerosas parejas bailaban al son de la música. Dio un sorbo a su copa y la dejó vacía en la bandeja de un camarero que pasaba por allí—. Mi madre me ha presentado a unas cuantas debutantes.

—¿Unas cuantas? —bromeó—. A mí mi madre me ha presentado a todas. —James rio ante el comentario de su amigo—. Qué ganas de iniciar el viaje, ¿verdad?

—No te haces una idea, amigo —respondió James. Miró a su amigo con una sonrisa de soslayo—. ¿Y tienes alguna vizcondesa en mente?

Óscar escudriñó a su amigo con la mirada y suspiró como si aquella broma no le hiciese gracia.

—De momento, no. Confieso que no estoy ciego y supongo que, al igual que tú, me fijo en las debutantes, pero no con la intención de casarme —susurró—. Con toda sinceridad, no hay ninguna que me atraiga lo suficiente. ¿Y tú? ¿Alguna digna de convertirse en duquesa?

James negó.

—Al igual que tú, no estoy por la labor —respondió, aunque no entró a valorar a las mujeres. Alzó la mano hacia Arthur que se acercaba hacia ellos. Este le tendió la mano a James y luego a Óscar, estrechándola—. Bienvenido.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Óscar.

—Esta noche nos acompaña mi tío, ha venido de París y estará unos días. Debía estar un rato con él —explicó.

—¿De París? —preguntó James interesado.

Arthur asintió.

—Está valorando que mi prima venga en unos meses a presentarse en sociedad, aquí en Londres.

—¿Qué edad tiene?

—Cumple dieciocho la semana que viene —explicó Arthur—. Siempre han vivido en Londres, hasta que hace cuatro años se mudaron a Paris por la empresa familiar. —Miró a los dos amigos—. Importa telas de seda para París y Londres.

—Un buen negocio en esta época —lo felicitó James.

—No tiene descendiente varón, solo tres hijas, así que quiere que sea yo quien herede la empresa y, a cambio, debo ayudarlo a que sus tres hijas tengan un buen matrimonio. —Miró a sus dos amigos con interés, pues en ese momento cayó en la cuenta de que uno sería el futuro duque de Norfolk y otro vizconde de Melbourne —. ¿Os interesa conocer a mi prima?

—Te lo agradezco —respondió James en primer lugar—, pero este año no tengo intención de contraer matrimonio. De hecho, ayer, mientras tomábamos un whisky, te expliqué mis planes para el futuro —le recordó sonriente—. Debería esperar unos… seis o siete años —alzó sus cejas repetidas veces—. No creo que tu prima esté dispuesta a esperar tanto tiempo.

Arthur chasqueó la lengua y miró a Óscar.

—Suscribo las palabras del futuro duque —pronunció rápidamente—. Igualmente, te agradezco la oferta, seguro que es una mujer preciosa y que causará sensación en Londres —intentó ser cortés.

—Sí, de eso no cabe duda. No es porque sea mi prima… —explicó Arthur—, pero es una mujer realmente preciosa y llamativa. Estoy seguro de que en esta temporada o como mucho la siguiente encontrará un hombre con el que casarse.

A lo lejos vieron acercarse a Michael, el cual mostraba una sonrisa pilla mientras esquivaba a todos los bailarines y a los grupos que hablaban animadamente.

—Hola a todos —dijo estrechando sus manos con una sonrisa.

Al menos, así todos juntos se divertían mucho más. Michael los saludó a todos y los miró con una sonrisa de soslayo.

—¿Qué pasa? —preguntó Óscar al detectar aquella sonrisa enigmática.

—¿Has conocido alguna señorita que te haga sonreír de esta forma? —preguntó Arthur.

—En absoluto… —respondió abriendo su casaca y mostrando una tabaquera pequeña—. ¿Os apetece una copa y salimos al jardín?

—Hace frío —se quejó Arthur—. Podemos fumar en…

—Lo sé, pero mi padre está al final de este salón y la tabaquera es suya, no creo que le haga mucha gracia que la haya cogido y la comparta con todos vosotros —rio.

Todos rieron traviesos y, sin pensárselo dos veces, se dirigieron a los jardines de la mansión de los Cavendish para degustar unas nuevas copas y fumar en el exterior, donde podrían conversar con más calma sin que sus familias, sobre todo sus madres, insistiesen con tenerlos cerca para que conociesen a las nuevas debutantes. Era agotador.

James y el resto pasaron las horas en el jardín fumando y bebiendo hasta que, a medida que pasaron los minutos, el frío se hizo más intenso y ya les fue insoportable estar a la intemperie.

Volvieron de nuevo al salón. La familia de James decidió no irse muy tarde. Le ofrecieron la posibilidad de quedarse allí un rato más, pero este declinó la oferta de forma amable y decidió irse con sus padres.

Tomaron un carruaje y volvieron a su hogar.

Sus hermanos pequeños, Jack, Henry y Nicole Mary, estaban durmiendo plácidamente. La duquesa se encargó de ir a ver a cada uno de ellos y finalmente entró en su habitación.

James hizo lo mismo y fue directo a la suya.

Con suerte, en un par de semanas volvería a Oxford y dejaría de lado todos aquellos bailes.

Se acercó a la ventana y observó la casa de enfrente. En un principio, el barón y la baronesa se habían quedado en el baile un rato más, por lo que todas las luces estaban apagadas, aunque se dio cuenta de que una sutil luz provenía de la biblioteca.

¿Cassandra estaría leyendo? ¿Le habría quitado un nuevo libro a su padre o a su madre?

Se giró cuando escuchó una puerta, seguramente la del personal que cuidaba a sus hermanos pequeños, vigilando.

Inspiró y fue directo a la cama.

Se arrojó sobre ella mirando al techo y se quedó inmerso en sus pensamientos hasta que, finalmente, se durmió.

4

—Londres—
Temporada de 1812

—Helen hace unos recogidos preciosos… —dijo Jacqueline pasando los dedos por el moño de su hija—. Aunque me gustó más el que te hizo ayer.

Cassandra dio un paso atrás apartándose de la mano de su madre.

—Madre —le susurró mirando hacia la puerta.

Como cada viernes, acudían a casa de la duquesa de Norfolk a tomar el té. Normalmente, su madre se presentaba allí varias veces a la semana, concretamente los días que no había baile, así hablaban sobre las nuevas debutantes y los chismorreos que se cocían en la sociedad londinense y en la aristocracia aquel año. Cassandra solo iba los viernes, pues cada mañana acudía con la institutriz de protocolo y a sus clases por las tardes, excepto los viernes.

Aquel era un año importante para ella. En solo un año sería presentada en sociedad, de modo que su madre y la duquesa dedicaban parte de los viernes a tomar el té con ella e indagar sobre sus avances, así como corregirla en posibles errores. Ambas se lo pasaban en grande y, aunque agradecía que la duquesa se interesase tanto por ella, se sentía agobiada con la situación. No era nada cómodo tomar el té ante una madre supervisora y una duquesa intachable en conducta y modales.

Jacqueline llamó a la puerta y esperó a que abriesen, luego observó a su hija de la cabeza a los pies.

—¿Por qué te has puesto el abrigo de paño? —preguntó su madre observándolo.

—Hace frío. —Su madre enarcó una ceja, pues en su opinión no hacía tanto frío como para vestir aquella prenda—. No quiero ponerme enferma, debo asistir a todas mis clases de protocolo.

Aquella respuesta le gustó más y asintió.

Justo en ese momento abrió la puerta el mayordomo y se inclinó para recibirlas.

—Buenas tardes baronesa, buenas tardes lady Cassandra. —Ambas entraron—. La duquesa les espera, como siempre, en la sala para tomar el té —informó.

—Muchas gracias, Tom —respondió la baronesa quitándose la mantilla.

Cassandra dio un paso atrás y miró hacia las escaleras.

—Madre, ahora me uno a vosotras, voy a saludar a lady Nicole Mary —dijo dirigiéndose a las escaleras antes de que su madre pudiese decir nada.

Jacqueline asintió. La suerte que tenía con su madre era que cuando llegaban a casa de la duquesa, Jacqueline tenía tantas ganas de ponerse al corriente de todo lo que ocurría en la sociedad que Cassandra pasaba a un segundo plano, lo cual beneficiaba a esta última.

Cassandra subió las escaleras en dirección a la segunda planta, sujetándose con fuerza el abrigo, y giró a la derecha, hacia las habitaciones donde se encontraba lady Nicole Mary, la cual tenía nueve años en esos momentos.

Caminó despacio por el pasillo y escuchó las risas de la pequeña a través de la puerta de una de las habitaciones. Debía de estar con una de las doncellas asignada a su cuidado. Miró la puerta, aunque se desvió y fue a la siguiente.

Miró hacia atrás, asegurándose de que no había nadie más en el pasillo y que el personal de los duques no se encontraba por allí, y fue directa a la habitación de James.

Abrió poco a poco y entró directamente. Cerró la puerta de inmediato y suspiró. Sabía que no era apropiado que entrase en la alcoba de James, aunque él no se encontrase en esos momentos en Londres, pero había descubierto que James tenía unos libros impresionantes y le gustaba leerlos.

Había leído prácticamente todos los libros de la estantería de su padre, algunos los había releído, así que uno de los días en los que la duquesa les había mostrado los cambios que había efectuado en

la habitación de su hijo con respecto a las cortinas y las colchas, se había dado cuenta de que James tenía varios estantes repletos de novelas y libros educativos.

No solía hacerlo, pero de vez en cuando cogía alguno de ellos prestado para leerlo. No creía que a James le importase.

Se abrió el abrigo de paño y sacó el libro que había cogido la semana anterior para leer. Le había encantado aquel manuscrito: *El Códice Hammer*, una colección de escritos y dibujos científicos de Leonardo da Vinci, creada entre 1508 y 1510, que abarcaba temas como la astronomía, el agua y la geología. Trataba sobre decenas de ideas, teorías científicas y técnicas, y estaba compuesto por setenta y dos páginas. Le había asombrado las ideas que desarrollaba, como la circulación de la sangre a través del corazón… eran teorías que, aunque le parecían un poco alocadas, tenían su parte de lógica y la hacían pensar.

Depositó el manuscrito en la estantería, en el mismo sitio de donde lo había cogido la semana anterior, y miró cuál de ellos podía coger esta vez. James tenía unos manuscritos realmente interesantes.

Le parecían cautivadores los manuscritos sobre el cuerpo humano y astronomía. Eso era lo que más le gustaba. Su padre no tenía prácticamente libros sobre aquellos temas, así que la librería de James, aunque menos extensa por el momento, le parecía mucho más emocionante.

Miró los libros que tenía delante, leyendo los lomos, intentando decidirse por cuál coger, cuando escuchó unos pasos dirigirse hacia la puerta de aquella habitación.

¿Unos pasos acercándose? ¿Y ella allí en la habitación de James?

Puso su espalda recta y miró de un lado a otro, nerviosa.

—Ay, no… —susurró cuando escuchó que alguien se situaba frente a la puerta. El pomo de la puerta se movió—. No, no, no… —gimió moviéndose sobre sus pies.

Se giró de golpe y se estrelló contra la estantería.

—Ayyy… —se quejó llevándose la mano al hombro.

Corrió hacia el biombo y se escondió detrás de él, encogiéndose. El biombo era más alto que ella, por lo que era imposible que la viesen, pero igualmente se encogió, como si así pudiese volverse invisible.

—Patrick, saldré ahora —escuchó la voz de James, el cual entraba a su habitación.

Cassandra sintió que el corazón se le paralizaba.

¿James estaba allí? ¿No estaba en la Universidad de Cambridge? ¿Qué hacía allí?

No sabía que había vuelto, aunque también era imposible que hubiese recibido aquella información, puesto que había subido directamente a la segunda planta sin saludar a la duquesa.

Cerró los ojos con fuerza y se llevó la mano a la boca, como si así pudiese remediar el sonido de su respiración acelerada.

James entró en su habitación y directamente fue hacia una silla donde el ayuda de cámara, Patrick, había preparado la ropa para montar su caballo.

Patrick entró a la habitación, fue hacia él y le ayudó a quitarse la casaca, como si acabase de llegar de la calle.

—Su ropa de montar está aquí preparada —le informó el ayuda de cámara.

—Sí, gracias —dijo quitándose la camisa.

Cassandra resopló cuando escuchó aquellas palabras. ¿Se iba a desvestir? Si no corriese el riesgo de ser descubierta hubiese gemido. Apretó los ojos con fuerza y se abrazó a sí misma.

James se desabrochó los botones de la camisa y Patrick le ayudó a sacársela por los brazos. En ese momento, atisbó en el reflejo de su espejo un sutil movimiento en el biombo. El biombo era de madera, alto, pero debajo tenía unos recuadros sin madera, por lo que podía ver claramente que había alguien escondido.

Miró de reojo a Patrick mientras este le tendía la camisa y se fijó de nuevo en el reflejo del espejo. Sin duda, podía apreciar un vestido.

Había escuchado a su hermana pequeña en la habitación, así que ella no podía ser. Tenía claro de quién se trataba, pues en la planta baja se encontraba la baronesa Lennox.

Sonrió y miró de reojo a su ayuda de cámara.

—Patrick, por favor, ¿mis botas están limpias?

—Sí, las he limpiado yo mismo, señor —explicó Patrick mientras le entregaba la camisa que usaba para montar.

Lord James miró en dirección a la mesa sin encontrarlas, justo lo que esperaba.

—¿Podría traérmelas, por favor? —preguntó mirando al espejo.

—Por supuesto —respondió haciendo una reverencia.

Patrick salió de la alcoba y James miró de nuevo fijamente al espejo mientas se ponía él mismo la camisa, luego se giró con una leve sonrisa mientras se abrochaba sus puños.

—Hola, Cassy —comentó como si nada.

Cassandra resopló y se pasó la mano por la cara.

—Buenos días, lord James —escuchó el gemido de ella.

James rio al escuchar su voz, había intuido bien.

—Por favor, no me llames así, hay confianza entre nosotros —bromeó—. ¿No te han dicho que no es correcto entrar en la alcoba de un caballero?

—Lo siento —sollozó Cassandra muerta de vergüenza, sin atreverse a salir de detrás del biombo.

James rio y fue hacia allí acabando de abrocharse los botones de la camisa. Se asomó al biombo y la miró muy sonriente.

Hacía cerca de un año de la última vez que la había visto. Estaba más cambiada, o al menos el vestido que lucía le hacía una figura más femenina y esbelta. Llevaba su cabello rubio enroscado en un moño a su nuca. Le hacía las facciones más tiernas.

—Perdona —se disculpó ella que no sabía dónde meterse—, no sabía que estabas aquí.

Él ladeo su cuello.

—¿Qué haces aquí en mi alcoba? —preguntó aún asombrado.

Ella apretó los labios y se movió avergonzada, luego señaló temblorosa hacia la estantería.

—He venido a devolver uno de tus libros —susurró.

Él la miró confundido.

—¿Uno de mis libros?

—Tomé… —tartamudeó—, tomé prestado alguno de tus libros para leerlo —dijo agachando su cabeza—. He venido a devolverlo. —Chasqueó la lengua—. Pensé que no te importaría que cogiese alguno de ellos para…

—No me importa —la cortó sin salir de su asombro, luego miró la estantería—. ¿Qué libro has leído?

—¿Esta semana? —preguntó ella. Él enarcó una ceja—. He… he leído unos cuantos —aclaró rápidamente—. Esta semana he leído *El Códice Hammer*.

James pestañeó varias veces seguidas.

—¿*El Códice Hammer*?

Ella apretó los labios y bajó la mirada, avergonzada.

—Lo siento, debería haber pedido permiso, pero dudaba que me…

—No, no te preocupes —la interrumpió alzando su mano—. ¿Qué te ha parecido? —preguntó intrigado.

Esta vez fue Cassandra quien lo miró asombrada. James parecía estar esperando una respuesta, aunque su mandíbula estaba desencajada.

—Interesante —comentó ella—. Sobre todo, la teoría de la sangre circulando por el corazón…

James la señaló con una sonrisa.

—¿Verdad? Esa teoría es impresionante —respondió con una sonrisa—, sobre todo porque fue formulada en el año 1500, cuando aún no se tenían conocimientos sobre el funcionamiento del cuerpo humano. Más de cien años antes de que William Harvey publicase su obra *Exercitatio Anatomica motu Cordis et Sanguinis in Animalibus*, donde se demostró la circulación de la sangre como un movimiento continuo impulsado por el corazón.

—Reemplazó la teoría de Galeno… —susurró ella pensativa, asombrando más a James.

James sonrió incrédulo y ladeó su cuello.

—Tu padre no sabe que lees estos libros, ¿verdad?

—Oh, no… —sentenció ella con voz fúnebre.

—Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo —bromeó y señaló hacia la estantería—. Si quieres coger cualquier otro libro, eres libre

de hacerlo.

Ambos se giraron hacia la puerta cuando escucharon un ruido que provenía del exterior.

—Uy, uy, uy… —reaccionó Cassandra saliendo de detrás del biombo y dirigiéndose a toda prisa hasta la puerta. James se quedó observándola, con su vestido azul oscuro abrochado hasta el cuello, marcando una figura espectacular. Cassandra llegó hasta la puerta y abrió lentamente—. Discúlpame… —suplicó. James negó con la cabeza—. Me alegro de volver a verte —dijo antes de salir a toda prisa de la habitación.

—Yo también.

Dudó que Cassandra hubiese escuchado su respuesta, pues antes de que acabase de pronunciarla ya se encontraba fuera de la habitación.

Nada más cerrar la puerta, Cassandra inspiró hondo intentando calmar los latidos de su corazón antes de seguir caminando. Se movió de forma ágil hacia la habitación de lady Nicole Mary y llamó a la puerta con unos suaves golpes, intentando calmar sus nervios.

—Adelante —escuchó la voz de una mujer detrás de la puerta.

Cassandra abrió y simplemente informó de que se encontraba allí, por si la pequeña lady Nicole Mary quería jugar un rato con ella después de tomar el té.

Cerró la puerta y se alejó justo en el momento en el que el ayuda de cámara de lord James subía las escaleras con las botas de montar en sus manos.

El ayuda de cámara la saludó con una reverencia, ella contestó con una simple sonrisa y descendió rápidamente las escaleras.

Si la hubiesen encontrado en las dependencias de James la hubiesen castigado durante meses. Aquella semana no tendría libro, pero al menos se había librado de una buena.

¿Lord James había vuelto? Se alegraba de volver a verlo. Se le notaba cambiado después de no verlo durante casi un año. Por suerte, entre ambos había una gran confianza y James no había puesto el grito en el cielo por encontrarla allí, al contrario, lo había tomado casi como una broma.

El servicio cogió el abrigo de Cassandra y ella se dirigió a la salita donde siempre tomaban el té. Su madre y la duquesa ya estaban hablando, por lo que apenas fueron conscientes de su presencia hasta que Cassandra tomó asiento.

—Oh, Cassandra —pronunció la duquesa sujetando la taza de té frente a sus labios.

—Excelentísima señora —la saludó ella con una leve reverencia, sentándose posteriormente en la silla.

La duquesa asintió y felicitó a su madre.

—Buena reverencia —comentó.

La baronesa asintió con una sonrisa.

—Sí, Cassandra ha mejorado muchísimo —pronunció con orgullo —. Ya queda muy poco para que sea presentada en sociedad.

—El año que viene será un gran año —confirmó la duquesa, la cual elevó la mano en dirección al servicio para que trajeran otro té.

El servicio situó una taza con té frente a Cassandra sin siquiera preguntar si deseaba tomar.

Cassandra metió la cuchara en la taza y comenzó a darle vueltas lentamente ante la supervisión de ambas mujeres.

Tras asegurarse de que Cassandra tomaba el té correctamente según el protocolo exigido, la duquesa y la baronesa comenzaron a hablar sobre el baile de la noche anterior.

Cassandra evitó mencionar que se había encontrado con lord James, aún podía traerle problemas. James tuvo que pensar lo mismo porque cuando apareció en la salita vestido con la ropa de montar las miró a todas con una sonrisa.

La baronesa lo miró sorprendida mientras se ponía en pie. Tuvo que dar un pequeño golpe en el brazo de su hija para que ella también se pusiese en pie.

—Lord James —pronunció lady Jacqueline sorprendida.

—Baronesa —respondió con una sonrisa y luego miró a Cassandra realizando una reverencia también—. Honorable Cassandra.

Ella lo miró con una sonrisa pilla e inclinó su cabeza.

—Lord James —pronunció.

James se puso erguido y sonrió hacia ellas.

—Me alegro mucho de verlas —dijo evitando decir que ya había visto a Cassandra hacía unos minutos en su habitación, pues sabía que aquello podía traerle problemas.

La duquesa dio un paso hacia él señalándolo con la mano.

—Mi hijo llegó ayer de la Universidad de Cambridge —explicó con orgullo.

La baronesa asintió mientras Cassandra sonreía más.

—Supongo que habrá sido una experiencia impresionante —comentó ella con sus manos unidas por delante de su falda, sorprendiendo a su madre y a la duquesa.

—Muchísimo —respondió girando su cuello hacia ella—. Han sido unos años de gran aprendizaje y descubrimiento personal.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Han sido unos años? —preguntó ella ante la atenta mirada de su madre que parecía evaluar cada uno de sus movimientos—. ¿No va a volver más a la universidad, lord James?

—Por el momento no, tengo otros planes en marcha. —La miró con una leve sonrisa—. Igualmente, soy una persona ávida de conocimiento, por lo que seguiré instruyéndome comprando libros y estudiándolos yo mismo.

La sonrisa que le ofreció a continuación lord James le dio a entender muchas cosas, entre otras que él le podía ofrecer más libros con los que entretenerse, aunque no fuese ya a la universidad.

Ella asintió.

La duquesa miró a los dos y luego sonrió.

—Hijo… —comentó provocando que él apartase la mirada de Cassandra y mirase a su madre—, ¿nos acompañas en el té?

Él se puso erguido.

—Lo siento, madre… —respondió—, pero he quedado con lord Óscar para planificar el viaje.

Cassandra lo miró sorprendida.

—¿Un viaje? —preguntó emocionada, aunque al no poder controlar su emoción agachó su cabeza y apretó sus labios.

—Sí, señorita Cassandra —comento James volviendo a girarse hacia ella.

—¿Se marcha? —preguntó elevando la mirada de nuevo hacia él.

Lord James asintió.

—Mi hijo quiere recorrer el mundo —intervino la duquesa provocando que ella la mirase.

—Es maravilloso —susurró Cassandra con deseo. Estaba claro que la muchacha parecía deseosa de realizar también un viaje así.

—Me marcho en una semana —aclaró él.

Ella dio un paso hacia delante mostrando más interés del que debía.

—¿Podría decirme a dónde irá?

Cassandra tenía un brillo especial en su mirada.

—Nos dirigiremos en primer lugar a París, posteriormente quiero visitar toda la zona de Anatolia y el Antiguo Egipto.

—Qué precioso viaje —pronunció ella y tragó saliva bajando la cabeza de nuevo.

Recibió la mirada de la duquesa y de su madre.

James le sonrió y luego miró de reojo a su madre, la cual observaba a Cassandra, analizándola. Borró la sonrisa de sus labios y se inclinó con una leve reverencia.

—Agradezco mucho la invitación, pero debo partir, me esperan y no quiero llegar tarde. Espero que se diviertan. Madre —la miró—, lady Jacqueline, lady Cassandra.

Se puso erguido mientras ellas hacían una reverencia despidiéndose de él.

Esperaron a que él saliese de la salita para volver a sus sillas y tomar asiento.

No había nada que desease más que poder vivir una vida así, una vida llena de aprendizaje, de conocimiento…, pero era una opción que a ella le era vetada por el simple hecho de ser mujer.

Durante unos segundos se quedó pensativa, con la mirada perdida en el té mientras la duquesa y su madre retomaban la conversación sobre las debutantes. Sus voces resonaban en su cabeza sin comprender las palabras, pero con las imágenes y las pinturas que había visto en los libros en esta ocasión de su padre, lugares increíbles que soñaba con visitar, pero que sabía que nunca

podría. Ella no estaba hecha para aquel tipo de vida, sin embargo, estaba obligada a vivirla tanto si era lo que deseaba como si no.

—Querida… —interrumpió la duquesa sus pensamientos. Ella la miró sorprendida—, se te enfriará el té.

Cassandra asintió rápidamente.

—Claro —respondió tomando su taza con delicadeza y dando un pequeño sorbo.

Tanto su madre como la duquesa la miraron y asintieron con una sonrisa ante la posición de la espalda y de sus manos.

—Muy correcta —la felicitó la duquesa—. Cada semana lo hace mucho mejor.

—Oh, la institutriz es maravillosa —explicó Jacqueline.

—Por supuesto —comentó la duquesa que miró a Cassandra y asintió.

5

Adelaide Caloway era la hija de una familia naviera ubicada en el puerto de Londres que transportaba manufacturas entre Londres y España, concretamente el puerto de Sevilla. Era una de sus mejores amigas desde hacía dos años, cuando su madre había cambiado de institutriz y ambas recibían clases de protocolo por parte de la misma.

Aunque el cielo estaba nublado, no llovía desde hacía dos días, aun así, el ambiente había refrescado bastante.

Cassandra giró su cuello observando cómo su doncella y la de su amiga las seguían a unos metros de distancia, dándoles un poco de intimidad.

Adelaide se cogió a su brazo con fuerza mientras reía.

—Mi madre me ha explicado que este año lady Bellerose parece que recibirá alguna propuesta de matrimonio…

—¿La hija de lord Bellerose? —preguntó Cassandra sorprendida.

Su amiga asintió.

—¡En su primera temporada! —exclamó. Luego suspiró—. Imagínate recibir una propuesta de matrimonio en tu primera temporada —pronunció embelesada.

Adelaide era una chica preciosa, con su cabello caoba y sus ojos azules.

—Tú también la conseguirás —la elogió Cassandra.

Adelaide sonrió pensando en ello, algo que Cassandra no comprendía muy bien. ¿Por qué muchas de las jóvenes sentían aquella necesidad de contraer matrimonio tan rápido?

—¿Tú crees? —preguntó esperanzada. Luego rio—. Imagínate, quizá el año que viene por estas fechas estemos las dos casadas. Cassandra apretó los labios y se encogió de hombros, algo que no pasó desapercibido para su amiga—. Oh, vamos… Cassandra, ¿por qué eres tan reacia?

—No soy reacia —aclaró—, simplemente me gustaría disfrutar de la temporada. No siento la necesidad de atarme a un hombre, al menos, no en la primera temporada. Me gustaría aceptar una buena propuesta de matrimonio, no la primera que me llegue —indicó—. En el caso de que me lo propongan, claro —reaccionó rápidamente.

—Claro que te lo propondrán —aclaró su amiga—. Causarás sensación el año que viene. La próxima temporada será la nuestra —rio ilusionada.

Cassandra sonrió a su amiga.

—Bueno, ¿y quién va a pedir la mano de lady Bellerose?

Adelaide dio un saltito, emocionada al ver que su amiga por fin le hablaba sobre aquel tema.

—Dicen que será el segundo marqués de Northamptom, lord Spencer —susurró—. Dicen que lo han visto bailar con ella en cada baile de esta temporada y, además… —continuó con la explicación emocionada—, lo vieron visitar la vivienda del señor Bellerose hace dos días. Creen que es posible que den a conocer el compromiso en los próximos días. ¡Qué emoción!

Cassandra le sonrió y miró hacia delante.

—Lady Bellerose debe de estar muy emocionada, será marquesa.

—Oh, sí, imagínate por un segundo que a nosotras nos pidiese la mano un hombre con un alto título de la aristocracia —sonrió y luego suspiró como si ese fuese su mayor sueño—. Estoy deseando que llegue el año que viene. Estoy un poco nerviosa, lo admito, pero emocionada. —Miró a su amiga e intentó animarla—. Oh, venga, anímate, Cassandra.

Cassandra enarcó una ceja hacia ella.

—Wiii —bromeó moviendo los brazos con emoción, aunque estaba claro que, de momento, la idea no le hacía tanta gracia como a su amiga.

—Así me gusta —confirmó su amiga ignorando el tono de burla de Cassandra—. Mira, ¡es esta tienda! —exclamó de emoción, deteniéndose ante un escaparate donde había varios maniquíes con vestidos importados de Francia, a la última moda—. Son preciosos. El año que viene pediré a mi madre que me consiga hora con esta

modista. Me encanta. Siempre que paso por aquí me quedo embobada mirando las telas, los vestidos, los sombreros…

—Sí, confecciona unos vestidos preciosos —susurró Cassandra observándolos también. Ahí sí tenía que darle la razón a su amiga, no había otra modista que ofreciese unas prendas en Londres como las de lady Rose Winster—. Vamos, necesito unos guantes —tiró de su amiga hacia la puerta—, se me hielan las manos.

El local era amplio y espacioso, con las cuatro paredes repletas de telas, sombreros y guantes ya confeccionados.

Una de las paredes estaba llena de telas, todas colgadas. Había todo tipo de telas, de todos los colores, brillantes, mates, sedosas… En la otra pared había decenas de sombreros, guantes, bufandas…, en definitiva, todos los complementos necesarios para combatir el frío de la temporada. Aun así, suponía que en breve cambiarían el género, porque, como mucho, quedaba un mes más de bajas temperaturas.

Había bastante gente mirando y comprando, sobre todo madres con sus hijas debutantes que venían a confeccionar algún vestido más para su armario, seguramente queriendo imitar uno de los vestidos que había lucido la duquesa de Norfolk en los últimos bailes.

—Oh, fíjate en estos sombreros —susurró Adelaide anonadada, con la vista clavada en unas estanterías donde se lucían unos hermosos sombreros.

Se soltó de ella y avanzó en aquella dirección, esquivando a alguna de las mujeres.

Cassandra se giró y observó otra de las estanterías donde se encontraba lo que ella buscaba: guantes.

Fue hasta allí y los observó. Prefería que fuesen de color negro, ya que así le conjuntarían con todos los vestidos.

Sabía perfectamente lo que quería, se lo había visto a una mujer cuando paseaban los sábados por el parque y había quedado totalmente prendada de ellos.

Fue observando los guantes en exposición mientras escuchaba que a su espalda la puerta de la tienda se abría y cerraba con la

entrada y salida de los clientes. Sin duda, era uno de los locales más visitados de todo Londres.

Se fijó en unos guantes preciosos de color verde esmeralda y los tomó. Eran suaves al tacto y por dentro eran de lana merino, por lo que serían muy calentitos. Los dejó y observó otro par de guantes negros, aunque no le gustaban tanto como los verdes. Los cogió y los tocó, pero no eran tan suaves como los anteriores.

En ese momento, sintió una presencia a su espalda.

—Me gustan más los verdes —pronunció una voz masculina a su espalda.

Se giró de golpe y observó a James frente a ella con una sonrisa divertida.

Miró de reojo a su doncella que hablaba tranquilamente con la doncella de su amiga, la cual, en esos momentos, permanecía embelesada mirando y tocando las telas que colgaban de unas perchas al final de la tienda.

—Lord James —realizó una breve reverencia.

Él enarcó una ceja gracioso, ya le había dicho que no realizase ese saludo con él, pues había confianza, pero en este caso el protocolo lo exigía.

—Lady Cassandra —respondió con otra corta reverencia.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó un poco nerviosa, mirando de reojo a la doncella.

—Realizando mis últimas compras antes del viaje. Estoy con mi amigo lord Óscar —señaló a su lado. Un joven de cabello rubio y ojos marrones se acercó y tomó la mano de Cassandra, haciendo una reverencia—. No se emocione demasiado, lord Óscar… —bromeó James—, lady Cassandra aún no ha sido presentada en sociedad.

Óscar sonrió soltando su mano con delicadeza y asintió hacia ella.

—Estoy seguro de que, cuando lo haga, los hombres se pelearán por usted —pronunció a modo de cumplido. James carraspeó ante aquellas palabras y su amigo apretó los labios—. Disculpe, un cumplido un tanto grosero por mi parte.

James rio hacia su amigo y le indicó con un movimiento de cabeza que se alejase. Se giró hacia ella y la miró divertido.

—Disculpa a mi amigo por lo que ha dicho.

Ella negó con la cabeza.

—Su amigo no me ha ofendido, lord James, así que no se preocupe tanto por mí —bromeó.

—Oh, vaya… —contestó mientras ella se giraba de nuevo para seguir observando los guantes—. Una mujer que lee, estudia en secreto, que no se ofende ante comentarios de los hombres… te estás convirtiendo en una mujer muy interesante —comentó él mientras ella seguía observando los guantes—. Tu presentación será en la siguiente temporada, ¿verdad?

—Así es… —contestó ella cogiendo unos guantes de color azul, aunque luego arrugó la nariz y negó con la cabeza mientras los dejaba de nuevo en el estante. Siguió caminando mientras James la seguía a su espalda—. ¿Cuánto tiempo estarás de viaje? —preguntó en un susurro, tuteándolo.

—Aún no lo sé. La ruta que tenemos pensada nos llevaría unos dos años y medio como mínimo —respondió—, aún no sé hasta dónde llegaremos.

Ella se giró con los ojos muy abiertos.

—¿Tanto tiempo? —preguntó sorprendida.

Él se encogió de hombros.

—Sí, quiero aprender sobre otras culturas, aunque me perderé tu presentación en sociedad.

—Tampoco vas a perderte nada especial —ironizó ella.

—Es posible que para cuando regrese del viaje ya estés casada y con hijos.

—O que siga soltera… —respondió lentamente.

James la escudriñó con la mirada.

—No me digas que eres una de esas mujeres que dicen que están mejor solas que…

—No, no… —rio mientras se giraba hacia él—, es simplemente que no quiero apresurarme en mi decisión ni aceptar la primera propuesta que me llegue si no estoy segura del todo —respondió como si nada—. No tengo la necesidad de contraer matrimonio en mi primera temporada.

—Ya veo —respondió él.

Ella siguió observando los guantes hasta que miró de reojo a James que no se alejaba de su lado.

—¿Me escribirás? —preguntó ella con timidez.

—Si quieres…

—Sí, claro —respondió con una sonrisa—. Sé que no está bien visto, pero siento envidia de tu viaje —rio—. Me gustaría que me explicases todo lo que veas, lo que aprendas, cómo son las otras culturas…

James asintió.

—Lo haré, pero prométeme que me contestarás entonces —respondió—. Si para cuando te presentes en sociedad aún no estoy de vuelta quiero que me informes de todo.

Ella enarcó una ceja.

—¿En serio? ¿Qué puede tener de interesante una presentación en sociedad comparado con poder investigar nuevas culturas de primera mano?

—También tiene su encanto, más aún si es una amiga la que se presenta en sociedad —pronunció mirándola divertido.

Ella le sonrió y luego le hizo un gesto gracioso.

—Te cambio el lugar sin dudarlo —suplicó.

—No lo quiero —respondió él—, pero gracias por el ofrecimiento —bromeó.

Ella suspiró y lo miró a los ojos con una sonrisa llena de ternura.

—Diviértete y aprende mucho —le pidió.

Él asintió justo cuando Adelaide se situó a su lado con un sombrero en sus manos.

—¿Crees que debería comprarlo? —le preguntó mostrándoselo a Cassandra, aunque al darse cuenta de que no estaba sola se quedó callada.

Cassandra tragó saliva y elevó su mano hacia James.

—Lady Adelaide, él es lord James Robert Howard, hijo de lord Charles Howard segundo y décimo duque de Norfolk.

Adelaide pestañeó varias veces conmocionada por el dato y, finalmente, hizo una reverencia hacia él.

—Lord James —pronunció su amiga.

—Encantado de conocerla, lady Adelaide. —Miró a Cassandra y se inclinó también, despidiéndose de ella—. Mi lady —pronunció en un tono de voz cariñoso que llamó la atención de su amiga.

Cassandra le hizo una reverencia.

—Lord James

James se acercó de forma disimulada mirando hacia su amigo Óscar.

—Mejor los verdes —pronunció antes de alejarse, dejando a Cassandra con una sonrisa en los labios.

Puede que los demás viesen a las personas de alta aristocracia como personas soberbias y estiradas, y lo cierto es que muchos de ellos lo eran, pero no era el caso de lord James ni el de sus padres, con los que había mantenido una estrecha relación desde pequeña.

Cuando se giró hacia su amiga, Adelaide tenía la mandíbula desencajada. La miró con los ojos como platos.

—¿Conoces al futuro duque de Norfolk? —preguntó nerviosa.

Cassandra sonrió un poco nerviosa y sonrió.

—Sí, mi familia y la suya son amigas. Lo conozco desde que era pequeña.

—Vaya, había escuchado que era atractivo, pero no tanto —susurró mirando su espalda. Ella se giró para observar a James que pagaba un par de sombreros y capas que parecía que había mandado confeccionar y abandonaba con su amigo Óscar el local.

Se quedó observando su espalda mientras se alejaba, esperando que se girase para despedirse de nuevo de ella, pero no lo hizo. Quizá esa era la última vez que lo veía en mucho tiempo. Tanto la vida de James como la de ella cambiarían durante ese tiempo.

—¿Vas a comprar el sombrero? —preguntó Cassandra a su amiga que seguía anonadada.

—Ah, no… solo quería enseñártelo —respondió dejando el sombrero sobre un estante—. Oye, ¿crees que podrías presentarme a lord James de una forma más formal?

Cassandra fue hacia los guantes verdes, los que le había recomendado lord James, y se dirigió a la dependienta para pagar.

—Lo siento, pero se marcha de viaje.

—Ah, ¿sí? —preguntó.

—Sí —dijo entregando los guantes a la dependienta para que se los cobrase—, puede que esté varios años de viaje. No lo sabe con exactitud. —Miró a la dependienta con una sonrisa—. ¿Cuánto le debo?

—Lord James me ha pedido que le diga que son un regalo para usted —comentó la mujer tras el mostrador.

Tanto Cassandra como su amiga pusieron su espalda recta.

—¿Un regalo? —preguntó Adelaide intentando controlar su voz, pero cogiéndose rápidamente a su brazo—. ¿Del futuro duque de Norfolk?

Cassandra se soltó disimuladamente de las manos de su amiga y miró intrigada a la dependienta.

—¿Ha pagado los guantes lord James? —insistió.

—Sí, señorita, así es. Son para usted, ¿desea una bolsa para guardarlos?

Cassandra se quedó unos segundos en silencio hasta que finalmente negó con la cabeza y se los puso.

—No hará falta la bolsa, gracias —dijo mientras su amiga se cogía de nuevo a su brazo—. Buenas tardes.

—Buenas tardes, lady Lennox —respondió la dependienta antes de alejarse.

Cassandra y Adelaide salieron de la tienda de la mejor modista de Londres a toda prisa, seguidas de cerca por sus dos doncellas.

—Si ya me ha parecido un hombre atractivo cuando lo he conocido, ahora mucho más —suspiró Adelaide llevándose las manos al corazón—. Te ha regalado los guantes, qué bonito gesto —dijo parpadeando.

Cassandra acabó de ponerse los guantes y miró a su amiga arrugando la nariz.

—Son solo unos guantes —indicó—, además, ya te lo he dicho, lord James y yo somos amigos desde pequeños, no tiene importancia, tiene dinero para comprar no solo unos guantes, sino todas las tiendas de Londres y más.

—El futuro duque de Norfolk te ha comprado unos guantes —repitió su amiga ignorando a Cassandra y sin salir de su asombro.

Cassandra suspiró y negó—. No me habías dicho que tuvieses amigos tan influyentes.

Cassandra resopló y esta vez fue ella quien se cogió al brazo de Adelaide para instarla a caminar.

—Somos amigos —le explicó mientras se giraba para observar a las dos doncellas que las seguían—, pero nos vemos poco. Ha estado estudiando en Oxford y en Cambridge. Estos últimos años apenas lo he visto. —Decidió cambiar de tema—. ¿Quieres tomar un té en el salón?

—Sí, claro —respondió su amiga—, así podrás explicarme cosas sobre lord James.

Parecía que su amiga había caído prendada de James. Lo cierto era que ahora que pensaba en él… sí le resultaba atractivo. En ningún momento lo había pensado de aquella forma hasta entonces.

—No tengo nada que contar, Adelaide —rio y ladeó su cabeza—. Prefiero que me cuentes tú las noticias que tienes…

Adelaide se detuvo provocando que Cassandra también lo hiciese y la miró con decepción.

—Lo único que sabía es lo que te he explicado sobre lady Bellerose. —Cassandra chasqueó la lengua al escuchar aquello. No es que le entusiasmasen los cotilleos, pero prefería tener a su amiga entretenida con ellos a tener que hablar de lord James—. Pero seguro que en el salón del té podremos enterarnos de algo más —susurró emocionada.

Cassandra asintió efusiva.

—Vamos a ver —pronunció antes de que comenzasen a caminar en dirección al salón del té con paso apresurado.

6

El puerto de Londres era un puerto fluvial bullicioso, un centro comercial vital para el Reino Unido que se expandía y modernizaba con muelles más grandes y grúas. Estaba abarrotado de buques mercantes y buques de guerra, y su actividad aumentaba con el comercio transatlántico, a pesar de las restricciones impuestas por la guerra con Estados Unidos y la Guerra Napoleónica en curso.

El río Támesis era el eje de su actividad portuaria y cada vez se extendía más. Allí se podía encontrar desde barcos mercantes hasta naves de guerra de la Royal Navy, la Marina Real.

Allí era a donde se dirigirían y donde tomarían su primer barco rumbo a Francia.

Una gran aventura les esperaba, estaba ansioso por comenzar el viaje. Después de una larga semana de preparativos, había seleccionado algo de ropa para llevar. No pensaba cargar con baúles, ya compraría lo que necesitase en el viaje. Había acomodado unos cuantos trajes, zapatos, casacas, sombreros y guantes, así como sus enseres de limpieza y poca cosa más en una de sus maletas.

Cuando Óscar había llegado a su casa, los asistentes habían subido las maletas al carruaje y el cochero esperaba a que diesen la orden para llevarlos hasta el puerto marítimo de Londres.

Su madre, la duquesa, suspiró intentando controlar las lágrimas y abrazó a su hijo.

—Ve con mucho cuidado, y escríbenos para decirnos que estás bien —suplicó intentando controlar las emociones.

James sonrió y abrazó a su madre.

—No te preocupes, mamá… —pronunció intentando calmarla—, os tendré informados a todos —dijo separándose de ella.

Tendió una mano hacia su padre, el duque, y la estrechó.

—Diviértete y aprende mucho. Debes vivir muchas experiencias con las que luego entretener a la alta sociedad.

James rio y asintió.

—Lo intentaré.

El frío aire provocó que su casaca se abriese. Aunque en breve llegaría el buen tiempo, aún hacía el frío suficiente como para usar el abrigo.

Se encontraban en el portal de su vivienda, con el carruaje enfrente esperando a que James y Óscar subiesen para partir. Por suerte, el puerto de Londres estaba bastante cerca y en veinte minutos llegarían a él. Allí deberían esperar prácticamente una hora y media para partir en uno de los barcos mercantes.

James miró a sus hermanos pequeños y situó una mano en la cabeza de Jack, de catorce años.

—Ahora eres el mayor de los hermanos —comentó.

Jack asintió efusivamente.

—¿Puedo quedarme con tu habitación? —preguntó rápidamente, provocando la sonrisa de James.

Jack compartía habitación con su hermano Henry, de doce años. James miró a su madre preguntándole si podía darle aquella alegría. La duquesa hizo un gesto gracioso con su cabeza y, finalmente, asintió.

James situó sus dos manos en los hombros de su hermano pequeño y asintió.

—Puedes quedártela, pero solo hasta que regrese —le señaló con el dedo—. Luego tendrás que volver a mudarte.

—¡Bien! —exclamó el chico alzando los brazos y provocando que todos riesen.

James se arrodilló frente a la más pequeña de todos, lady Nicole Mary, la cual lo miraba con gesto triste.

—¿Qué te ocurre? —preguntó tomando su mano.

La niña apretó los labios y sollozó.

—No quiero te que te vayas.

James ladeó su cuello.

—No te preocupes, volveré más pronto de lo que imaginas —le sonrió—. ¿Qué quieres que te traiga de regalo?

Nicole abrió los ojos y sonrió con felicidad.

—Un pony —dijo—. Quiero un pony —insistió.

—No sé si podré traerte un pony —rio James—, pero lo intentaré, y si no te traeré algo muy, muy especial.

La niña evaluó lo que su hermano mayor le decía y finalmente asintió. James abrazó a su hermana y luego se levantó para situarse delante del barón Lennox y de la baronesa.

—Barón —dijo mientras estrechaba su mano.

—¿Has cogido los mapas que te di? —preguntó emocionado.

James asintió.

—Por supuesto, me van a ir muy bien. Se lo agradezco mucho.

—No hay de qué. Ve marcando todos los sitios que visites y recuerda escribir un diario para recordarlo todo.

—Así lo haré —confirmó con una sonrisa.

James saludó a la baronesa también con una leve reverencia mientras todos prestaban atención a lady Nicole Mary que hacía pucheros por la partida de su hermano mayor.

—No llores, cariño. James volverá pronto… —intentó calmarla su madre mientras la baronesa también se arrodillaba al lado de la niña para consolarla.

James miró a su hermana con ternura y luego se giró hacia Cassandra.

La miró con una leve sonrisa hasta que ella elevó su mano y le tendió una bolsa. James la miró confundido.

—Es para ti —le susurró.

—¿Para mí? —preguntó sorprendido y luego rio abriéndola.

—No, no… —lo paró Cassandra rápidamente—. Puedes abrirlo cuando te marches.

James la miró sorprendido, aunque respetó su petición y cerró la bolsa.

—Está bien. Vaya… gracias sea lo que sea.

Ella le sonrió y miró de reojo a los hermanos pequeños de James que se desvivían por consolar a la pequeña.

—Tu hermana pequeña está devastada por tu partida —susurró ella.

Él la miró y chasqueó la lengua.

—¿Te puedo pedir un favor? —preguntó James.

Ella le sonrió y asintió.

—Jugaré con ella, y mi hermana Sophie también, no te preocupes —respondió como si supiese que iba a pedirle aquello—. No te preocupes, no estará sola.

James aceptó de buen grado sin apartar la mirada de la pequeña. Se giró de nuevo hacia Cassandra y la miró a los ojos. Ella siempre había sido una gran amiga. De repente, le embargó una gran pena al saber que pronto se alejaría de Cassandra.

—Recuerda —susurró James—, infórmame de todo —le pidió.

—Lo haré —sentenció ella—, y no solo de mí —dijo señalando con la cabeza hacia sus padres y sus hermanos, lo cual agradó a James—, seré tus ojos aquí en Londres —rio. Se miraron unos segundos con cariño hasta que Óscar subió al carruaje y lo llamó para que se acabase de despedir, pues el tiempo apremiaba y no podían retrasarse mucho más. Cassandra tragó saliva mientras él se volvía hacia ella de nuevo—. Pásalo bien —le susurró emocionada.

James asintió sin apartar sus ojos de los enormes ojos azules de ella y le hizo una breve reverencia a modo de despedida.

—Mi lady —volvió a repetir con cariño.

Ella le sonrió emocionada y tuvo que contenerse desviando su mirada hacia su familia.

James se puso erguido y fue hacia el carruaje donde Óscar ya lo esperaba en el interior.

Uno de los lacayos cerró la puerta cuando este entró y en pocos segundos el cochero azuzó a los caballos con un movimiento de correa para que comenzasen a avanzar.

Se asomó por la ventana despidiéndose de su familia y de sus amigos. Su última mirada fue para Cassandra que también lo imitaba con el movimiento de su mano.

Estaba emocionado por el viaje, por todo lo que estaba por vivir, sin embargo, también sentía pena por alejarse de sus seres queridos.

Cuando el carruaje giró la esquina y perdió de vista a todos, se sentó correctamente y situó sobre sus piernas la bolsa que Cassandra le había entregado. ¿Le había comprado algo?

Óscar, sentado frente a él, lo miró intrigado, pero no dijo nada, se giró de nuevo para mirar a través de la ventana las calles de

Londres, queriendo memorizarlas y sabiendo que tardaría mucho en volver a verlas.

James abrió la bolsa de tela y extrajo una cajita, también había un sobre. Dejó la cajita a un lado y miró el sobre. Lo abrió y extrajo la nota que había en el interior.

Querido James,
Gracias por los guantes del otro día.
Por favor, escríbeme, de esta forma yo también
estaré viajando.
Ahora ya no tienes excusa para no hacerlo.
Cassandra Lennox.

Su caligrafía era exquisita, se notaba que había ensayado muchos años.

Sonrió al leer por segunda vez la nota y luego la guardó en la bolsa. Abrió la cajita y miró sorprendido la pluma de escribir y el bote de tinta. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

Cogió la pluma y la observó. Cassandra tenía buen gusto, sin duda era una pluma de cuervo, pues con aquella pluma y gracias a su dureza, se conseguía un mayor control para las líneas delicadas. Él solía usar las de cisne, consideradas de alta calidad para trazos finos, aunque las de cuervos eran las que usaban, según la mayoría de la gente, los más experimentados.

Guardó la pluma en la caja y metió esta última en la bolsa, situándola sobre sus piernas.

James también guardó silencio mientras se dirigían al puerto, observando las calles de su ciudad, memorizándolas, consciente de que durante un largo período de tiempo no volvería a pasear por ellas.

Por suerte, el barco mercader iba en hora y a la una de la tarde partió del puerto de Londres atravesando el Támesis. La habitación era compartida. Al ser una sola noche podría vivir con ello, pues ambos valoraban demasiado su intimidad.

Habían salido a cubierta mientras el frío viento les acariciaba la piel y se iban desplazando a pocos nudos por el río.

Óscar situó una mano en el hombro de James mientras sonreía.

Allí comenzaba una nueva etapa en su vida que esperaba que fuese muy enriquecedora, llena de aventuras, aprendizajes y, por qué no, de romanticismo.

Calais se había fundado como pueblo pesquero antes del siglo X. En el año 997, Calais fue ampliado por el conde de Flandes y en 1224 fortificado por el conde de Bolia. Su estratégica posición lo convirtió en objetivo clave para el creciente poder del Reino de Inglaterra. La ciudad había sido tomada por el rey inglés Eduardo III en 1347, tras once meses de asedio.

Años después, la ciudad de Calais había sido conocida como "la joya más reluciente de la corona inglesa", debido a su gran importancia en el comercio de estaño, plomo, productos textiles y lana.

Los españoles asediaron y capturaron la ciudad en 1596 mediante un ejército expedicionario procedente de los Países Bajos españoles. La ocupación se prolongó hasta 1598, cuando se devolvió la ciudad de Calais a Francia por el tratado de Vervins.

Calais, y en concreto su puerto marítimo, tenía gran relevancia durante las guerras napoleónicas que acontecían, de hecho, gran parte del ejército y la flota de Napoleón se encontraba allí.

Nada más llegar habían conseguido un carruaje. Tras casi diez horas de trayecto, habían logrado llegar a París, una de las ciudades que más ganas tenía de visitar.

Por suerte, la mansión privada Crillon los podía alojar. Era uno de los más lujosos palacios del mundo, situado a los pies de los Campos Elíseos. Esta mansión privada recibía el nombre de su actual propietario desde 1788, François-Félix-Dorothée Bertos des Balbes, conde de Crillon.

Habían dormido cómodamente en habitaciones contiguas y disfrutado de un maravilloso desayuno. Después, habían ido a visitar la ciudad, dejándolos totalmente impresionados, no solo por la belleza de sus edificios, los grandes y hermosos Campos Elíseos, sino porque a medida que avanzaba el día y este se convertía en

noche, la ciudad adquiría un color, un sonido y un olor diferentes, pues el libertinaje inundaba sus calles.

En el París medieval ya habían intentado limitar la prostitución a un distrito en particular. El rey Luis IX designó nueve calles en el Beaubourg Quartier donde se permitía, pero no había sido hasta hacía poco más de diez años que habían empezado a aparecer los burdeles franceses controlados por el estado, los conocidos como "*maisons de tolérance*" o "*maisons close*". Por ley, debían ser manejados por una mujer, generalmente una exprostituta, y su aspecto debía ser discreto por dentro. Además, se requería que las *maisons* encendiesen una linterna roja cuando estaban abiertas, de ahí que todo el mundo indicase que la mejor prostitución se encontraba en el barrio rojo.

Por lo que les había explicado un joven inglés que llevaba viviendo allí más de dos años, había llegado a contar más de 180 burdeles oficiales en París, por lo que era normal que París se tiñese de rojo por las noches.

Estos burdeles o *maisons* estaban regulados por la calidad de las mujeres y las condiciones del local, encontrando desde lujosos hasta los más asequibles.

Óscar se detuvo ante una de las puertas y llamó repetidas veces.

Un hombre abrió la puerta desde dentro y directamente les dio paso. Sin duda, habían informado correctamente a Óscar y aquel era uno de los burdeles más lujosos de París. Su decoración interior era impresionante, compitiendo con la mansión de Crillon donde se alojaban. Entraron a un enorme distribuidor enmoquetado de rojo, al igual que sus paredes, de donde colgaban lámparas doradas.

Una mujer, que debía de ser la madama les cobró la entrada y accedieron a través de unas cortinas a un lujoso y espacioso comedor repleto de hombres bien vestidos. Las mujeres, ligeras de ropa, repartían las bebidas que los clientes habían solicitado y se dejaban tocar riendo con todos los allí presentes.

Había música que provenía de una pequeña orquesta situada en un lateral. Era extraño escuchar música clásica y ver todo aquel alboroto donde bebían, tenían sexo allí mismo y fumaban.

—Vamos —le animó Óscar hacia una mesa que estaba libre.

James lo siguió quitándose la casaca, pues en el interior del local hacía calor, y se sentaron. No pasaron más que unos segundos antes de que una preciosa mujer de cabellos dorados y recogidos a la nuca, con un vestido corto muy escotado que dejaba ver más de lo que escondía, se acercase a ellos.

—¿Qué desean beber, caballeros? —preguntó en un inglés muy marcado por el acento francés.

—¿Tanto se nota que somos extranjeros? —ironizó Óscar hacia la mujer, la cual rio. Óscar alzó su mano señalando el número dos con sus dedos—. Tráenos dos calvados. —La mujer asintió y se apartó en dirección a la barra. Se acercó a James que observaba con una leve sonrisa aquel alboroto—. Dicen que es la bebida típica de París, habrá que probarla —se encogió de hombros.

—Veo que te has informado muy bien sobre los lugares que debemos visitar y qué beber —ironizó.

—¿Pensabas que solo recorreríamos las calles emblemáticas de Paris o que veríamos museos? —rio—. Ah, no… amigo, también hay que divertirse. —Alzó sus cejas repetidas veces. Sin previo aviso, una mujer se sentó sobre las rodillas de James, el cual la miró contrariado—. Y aquí viene la diversión —canturreó Óscar riendo.

La muchacha se echó sobre el pecho de James, acariciándolo mientras él la sujetaba por la cintura para que no se cayese. Se fijó en la forma en que la muchacha lo miraba, una mezcla entre inocencia y perversión. No la echó de su regazo, sino que sonrió hacia ella.

Ya había visitado con anterioridad algún burdel de Londres, pero no se asemejaba en nada a aquello.

Otra mujer se sentó en el regazo de Óscar que la acogió de buen grado.

—Y aquí viene la mía —canturreó este con ilusión.

La camarera les dejó las bebidas sobre la mesa y James cogió el vaso bebiendo más de la mitad de su contenido de un solo trago. Sintió cómo la mujer comenzaba a besarle el cuello de forma delicada y gimió de placer. Se giró hacia ella sintiendo cómo el fuego se encendía en su interior y, finalmente, la mujer besó sus labios con

cuidado. Luego lo miró fijamente y le hizo un movimiento de cabeza señalando hacia las escaleras para dirigirse a la segunda planta donde seguramente estarían las habitaciones.

James le sonrió. Aquellas mujeres no perdían el tiempo y sabían perfectamente cómo engatusar a un hombre.

Giró su cuello hacia su amigo Óscar, el cual pasaba su mano por la espalda de la muchacha, acariciándola, y le señaló hacia las escaleras.

Óscar asintió elevando su copa como si brindase por ello.

James se puso en pie mirando a la mujer y asintió. Esta tomó la mano de él y directamente lo arrastró hacia las escaleras para subir a la segunda planta.

Aquella era una buena forma de comenzar su viaje.

7

—Lady Cassandra Lennox —pronunció el mayordomo saliendo al porche donde tomaba el té junto a su amiga Adelaide. Cassandra se giró hacia el mayordomo que se dirigía hacia ella y este le tendió una carta—. Ha llegado esto para usted.

Ella miró asombrada al mayordomo.

—¿Para mí? —preguntó sorprendida cogiendo la carta.

El mayordomo asintió y entró al interior de la mansión.

Cassandra miró el sobre y lo giró para ver de quién provenía, aunque ya se lo imaginaba.

—Lord James Robert Howard —susurró con una sonrisa, aunque rápidamente depositó la carta sobre su regazo.

Su amiga la miró con una sonrisa.

—¿Es una carta del duque? —preguntó risueña.

—Futuro duque —remarcó ella y se encogió de hombros como si no tuviese importancia—. Ya te dije que éramos grandes amigos.

—¡Qué ilusión! Sigue de viaje, ¿verdad? —Cassandra asintió. Adelaide la miró intrigada—. ¿No vas a abrirla? —preguntó con interés.

—La leeré luego, no es urgente —contestó depositando la carta sobre la mesa.

—¿Que no es urgente? —exclamó—. El futuro duque te escribe una carta mientras está de viaje y… ¿no es urgente? —Cassandra volvió a encogerse de hombros.

Sí quería leerla, deseaba leerla más que nada en el mundo, pero no con su amiga allí presente. Durante los últimos tres meses había esperado una carta por parte de James, una en que le explicase sus vivencias, sus aventuras, lo que estaba aprendiendo..., sin embargo, no había llegado carta alguna hasta ese momento. Ansiaba leerla, pero quería hacerlo tranquilamente en la intimidad de su alcoba.

—No te preocupes, ahora estabas contándome sobre lady Helen y los nuevos vestidos que estaban confeccionando para su debut.

Ahora mismo me interesa más eso que la carta del duque.

Adelaide enarcó una ceja en su dirección, pero dejó estar el tema.

—Está bien —contestó—. Por lo que sé, lady Helen, la hija de lord Barson, ha acudido ya a la modista para confeccionar los vestidos para la temporada siguiente. Imagínate, se está preparando ya para su presentación en sociedad y queda casi un año.

Cassandra la escudriñó con la mirada.

—No tiene lógica…

—Eso mismo pienso yo —le dio la razón su amiga.

—No sabemos lo que estará de moda el año que viene, de hecho, suele ponerse de moda lo que viste la duquesa de Norfolk.

Su amiga ladeó su cuello, mirándola.

—Y, ahora que lo pienso… ¿tu familia no es amiga de los duques? —Cassandra asintió—. ¿No podrías preguntarle? Quizá nos podría ayudar ir vestidas desde un principio como la duquesa.

Cassandra parpadeó varias veces, ni siquiera había pensado en ello.

—Tienes razón… —susurró provocando que su amiga sonriese —. Suelo tomar el té con mi madre y con la duquesa los viernes, le preguntaré. —Tomó la taza de té y dio un último sorbo—. Supongo que será mejor tener unos cuantos vestidos preparados antes de la temporada, más que nada porque luego lady Rose Winster tiene muchos encargos.

—Exacto —confirmó Adelaide que la miró intrigada—. ¿Compartirás esa información conmigo? —preguntó emocionada.

—¿Qué pregunta es esa? Por supuesto que sí —rio—. Iremos las dos a la última moda.

Adelaide cogió la mano de su amiga con cariño.

—¿Quieres decir que ya estás más emocionada con encontrar un marido?

Cassandra negó.

—No, me hace mucha ilusión la presentación en sociedad, poder disfrutar de los bailes… pero no el hecho de tener que encontrar un marido. No me cierro puertas, pero me lo tomaré con calma, un matrimonio es para toda la vida, es una decisión muy importante.

Adelaide suspiró y puso ojitos.

—Yo deseo casarme en mi primera temporada —susurró.

Cassandra ladeó su cuello y situó una mano sobre la de ella con cariño.

—Pues tendré que interrogar a la duquesa sobre lo que piensa que puede estar de moda el año que viene —bromeó.

Media hora después, Adelaide abandonaba la vivienda de los Lennox. Fue entonces cuando Cassandra se dirigió a su habitación y se encerró en ella para leer la carta de James.

Fue hacia la silla situada al lado de su ventana, por donde entraba la claridad del día, y abrió el sobre mientras las manos le temblaban por los nervios.

Se sentía muy ilusionada por todo lo que podía explicarle James.

Tragó saliva y dejó el sobre encima de la mesa. Se sentó en la silla mientras observaba varias hojas manuscritas. Vaya, lord James le había escrito bastantes hojas.

Mi querida Cassy,

En primer lugar, quiero disculparme por tardar tanto en escribirte. He estado muy ocupado aprendiendo y, sobre todo, cuando te escribiese quería explicarte muchas cosas, pues sé de sobra que tu curiosidad es grande. Estoy escribiéndote con la pluma que me regalaste.

Cassandra rio al leer aquellas líneas, James la conocía demasiado bien.

El viaje en barco hasta Francia fue rápido y bien. Desde el puerto marítimo de Calais hasta Paris tomamos un carruaje y tardamos bastante en llegar.

Estos últimos meses en Paris han sido extraordinarios. Nos hemos alojado en la mansión privada Crillon, el lugar es muy cómodo y, a base de pasar los días ahí, conocíamos a otros viajeros con los que recorríamos la ciudad. Hemos recorrido cada calle, así

que te voy a relatar los lugares más hermosos, en mi opinión, de Paris.

Desde mi habitación privada en la mansión privada Crillon disfruto de unas vistas extraordinarias de los Campos Eliseos.

Los Campos Eliseos es una de las avenidas más importantes de París.

La historia de los Campos Elíseos comienza en 1640 con la creación de una avenida arbolada, pero su nombre y el carácter de paseo se consolidan en el siglo XVIII, inspirados en los "Campos Elíseos" de la mitología griega, un lugar idílico para las almas virtuosas. Es ahí donde puedes conocer a grandes pintores, escultores… es increíble ver cómo una pintura evoluciona día a día, o una escultura… la mayoría de estos grandes artistas parisinos se emocionan cuando te interesas por su trabajo. Así que he pasado largas tardes inspirado por estos grandes artistas, perfeccionando mi técnica de dibujo aprendida en Oxford. Me gusta mucho pasar las tardes en el balcón de mi habitación, dibujando.

La ciudad está llena de grandes construcciones y monumentos, otro de mis favoritos es el Arco de Triunfo, no está lejos de donde nos alojamos y muchas tardes, en nuestros paseos, pasamos por allí. Este monumento está inspirado en las palabras de napoleón Bonaparte: "Volveréis a casa bajo arcos triunfales". Bonaparte quería construirlo en la plaza de la Bastilla, al este de París, pero se realizó un decreto imperial el 18 de febrero de 1806 donde se ordenó la construcción de ese arco triunfal dedicado a perpetuar la memoria de las victorias francesas en ese lugar. Como dato curioso, hace unas semanas hablamos con un pintor que estaba dibujando el progreso del Arco de Triunfo, y nos explicó que en tiempos de Luis XV, en ese lugar, estuvo proyectado otro monumento: un elefante de más de 50 metros de altura que expulsase un chorro de agua por la trompa, ¿te lo imaginas?

Este monumento comenzaron a construirlo en 1806, por lo que lleva seis años de construcción y, según nos informan, creen que podrá estar acabado para el 1835 o 1836. Con suerte, dentro de unos años, volveré a París y lo veré acabado.

Cassandra sonrió mientras giraba la página. Lord James se había extendido a base de bien en sus explicaciones, tal y como a ella le gustaba.

Otro de los monumentos que más me ha gustado visitar es la catedral de Notre Dame. Creo que es de los lugares más hermosos que he visitado nunca. Su construcción se demoró casi dos siglos, entre 1163 y 1345, aunque ha sufrido varias modificaciones posteriores. El interior de la catedral destaca por su luminosidad, ya que posee unos grandes y amplios ventanales. Es muy espaciosa y contiene en su interior unas gigantescas columnas y bóvedas. Por lo que nos han explicado, el gran tesoro de la catedral era que guardaba la Corona de espinas de Jesús, un fragmento de la Vera Cruz y uno de los clavos que sirvió para la crucifixión. Todo esto fue comprado por el rey Luis IX al emperador de Constantinopla[1]*. En agosto de 1239, el rey en persona llevó las reliquias a Notre Dame mientras se construía un edificio adecuado para ellas, lo que se llamaría la Sainte Chapelle. Durante la Revolución Francesa, las reliquias fueron llevadas a la Biblioteca Nacional, y tras el Concordato de 1801 se entregaron a la custodia del arzobispo de Paris, que las depositó de nuevo en la catedral el 10 de agosto de 1806. Así que hemos tenido muchísima suerte de visitar la Catedral ahora y poder ver la Sainte Chapelle. No sabía que dichas reliquias estuviesen aquí, pero sin duda es una de las cosas más extraordinarias que he hecho aquí en París. Me siento muy honrado de haber podido ver las reliquias y estar tan cerca de ellas. Hemos tenido una gran suerte.*

Cassandra leía rápidamente, con la necesidad de nutrirse de todo lo que él le explicaba. Qué belleza poder realizar aquel viaje y visitar aquellos lugares.

Dejó la hoja sobre la cama y siguió con la siguiente.

Mañana partiremos para Roma, así que para cuando te llegue esta carta supongo que llevaré días de camino. Pensamos estar unos meses en Roma. Unos viajeros con los que coincidimos en París nos

informaron sobre dónde alojarnos, así que esperamos tener suerte. Cuando lleguemos allí y estemos establecidos, te escribiré de nuevo dándote la dirección para que puedas escribirme. Me gustaría poder recibir alguna carta de Londres, saber cómo está todo por allí y, sobre todo, saber cómo está mi familia.

Por otro lado, esperamos pasar dos o tres meses en Roma y, tras esto, partiremos rumbo a Anatolia. Sinceramente, es la parte que tengo más ganas de visitar. Muchos de los viajeros con los que nos cruzamos han viajado hasta allí y hablan maravillas de esa zona, así que estoy deseando verla con mis propios ojos.

Espero que mis explicaciones te hayan gustado, prometo escribirte desde Roma en cuanto esté instalado allí.

Para que puedas visualizar mejor mis explicaciones, te envío los dibujos que he realizado yo mismo. En algo deben notarse mis dos años en Oxford.

Cassandra rio ante aquel comentario.

Dibujé las vistas que tenía desde mi balcón en la mansión privada Crillon, desde donde podía observar los Campos Elíseos.

Pasó la página y observó el dibujo a carboncillo de aquel hermoso paisaje. Se quedó impresionada con el dibujo. A James se le daba mejor de lo que había esperado. Observó con una mirada llena de emoción el dibujo que le había realizado para que así pudiese hacerse mejor a la idea, todo un detalle.

En la siguiente hoja te he dibujado el Arco de Triunfo tal y como está ahora, todavía le queda mucho por construir y, aun así, ya es majestuoso.

Miró la siguiente hoja con el dibujo a carboncillo, sintiendo cómo sus ojos se humedecían de la emoción. De aquella forma se sentía mucho más cerca de aquellos lugares que tanto añoraba visitar. Le conmovió que James se hubiese tomado aquella molestia de dibujarle todo aquello.

Tendrás que perdonarme, pero me es imposible dibujar la Catedral de Notre Dame.

Prometo ir enviándote el dibujo de los lugares más hermosos para que los veas. Sé que disfrutarías mucho aquí.

Espero que valores más mi esfuerzo que la técnica.

Cassandra volvió a reír. James siempre había tenido un gran sentido del humor.

Recibe un fuerte saludo, my lady.
Lord James Robert Howard.

Debajo se encontraba la firma.

Cassandra suspiró, se llevó aquellas hojas a su pecho y cerró los ojos.

Lord James se había extendido en sus explicaciones, no había sido una simple carta explicando que se encontraba bien. Él sabía del interés que ella tenía por las culturas diferentes a la suya y había querido brindarle una explicación detallada, incluso había incluido unos dibujos realizados a mano.

Sonrió con lágrimas en los ojos observando aquellos dibujos.

Qué injusto era el mundo, ¿por qué él podía viajar, nutrirse de toda aquella cultura, y ella no podía moverse de allí?

Cassandra deseaba ver mundo, aprender… ¿Por qué no le estaba permitido ir a la universidad?

Ella ansiaba algo más que ser la señora de la casa, deseaba instruirse, conocer a grandes artistas, visitar lugares de interés…

Se levantó de la silla y dobló la carta con cuidado. Esa carta, sin duda, era uno de los objetos más preciados que tenía en ese momento, unas páginas escritas de su puño y letra con tanto conocimiento y descubrimientos que ya estaba deseando recibir la siguiente.

No sabía cuánto tiempo habría de viaje entre París y Roma, pero esperaba que se estableciese pronto en Roma para recibir otra de sus magníficas cartas.

Se quedó estática en medio de la habitación.

Su padre tenía muchos mapas, quizá podría saber cuánto tiempo y territorio tendría que recorrer para llegar hasta Roma.

El barón Lennox siempre había sido un entusiasta de los mapas, suponía que por los viajes que también había realizado de joven y de los que tanto le gustaba presumir.

Sonrió mientras salía de su habitación y se dirigía al despacho de su padre, donde estaba segura que lo encontraría.

No se equivocó. Ahí estaba su padre, sentado a la mesa y con varios documentos sobre ella.

—Buenas tardes, padre —comentó ella con un susurro.

El barón Lennox elevó la mirada hacia su hija y sonrió.

—¿Ya has acabado de tomar el té con tu amiga? —preguntó.

Ella entró en el despacho de su padre con paso lento.

—Hace un rato. —Miró los documentos sobre la mesa—. ¿Qué haces? —preguntó con curiosidad.

Él le sonrió.

—Simplemente repaso unas cuentas, nada importante —respondió apartando unos documentos de la mesa.

—¿Podrías ayudarme con una cosa? —preguntó con timidez.

Su padre la miró sorprendido.

—Claro, dime.

—¿Cuánto se tarda en ir de París a Roma?

Su padre la miró sorprendido.

—¿Y esa pregunta? —preguntó con una sonrisa.

Cassandra se encogió de hombros.

—Lord James está de viaje y sé que está haciendo ese recorrido ahora. —Su padre la miró sorprendido—. Me ha escrito una carta —admitió—. Le pedí que me explicase el recorrido.

Aquello pareció gustar a su padre que, sin duda, era un gran amante de los viajes y la geografía. Se puso en pie de inmediato y fue hacia el mueble, hacia uno de los cajones.

—Vamos a ver… —dijo abriendo uno de ellos y sacando un mapa. Lo extendió sobre la mesa colocando unos pesos en las puntas para que no volviese a enroscarse—. ¿Está en París aún? —preguntó.

—No, ahora debe de estar ya de camino a Roma —respondió.

Su padre miró el mapa y le indicó con un dedo dónde se encontraba París.

—Aquí está París —señaló. Ella le sonrió. Luego señaló con otro dedo dónde se encontraba su siguiente destino—. Y aquí está Roma.

Ella observó el largo recorrido.

—Está muy lejos —susurró asombrada.

—Sí, bastante —confirmó—. Depende de cuántas horas de viaje haga al día —comentó pensativo—. Cuando yo hice ese trayecto tardé una semana en llegar.

—¿Una semana? —preguntó asombrada.

Su padre asintió.

—Sí, y hacía varias horas de trayecto al día, algunos días incluso estaba todo el día en el carruaje. ¿Van a caballo o en carruaje? —Ella negó con la cabeza dando a entender que no lo sabía—. Piensa que, como mínimo, tienen siete días de trayecto, aunque depende de la prisa o la calma que tengan por llegar.

Ella le sonrió y miró el resto del mapa.

—Me ha explicado que estarán un tiempo allí, en Roma, y luego se dirigirán a otros lugares como Anatolia.

—El Imperio otomano —concretó él—. Es un lugar muy hermoso, yo solo visité la frontera y quedé fascinado. ¿Va a llegar a Constantinopla?

—No lo sé.

—Dicen que es uno de los lugares más hermosos del mundo —concretó, luego chasqueó la lengua—. Es una de las ciudades que me quedé con ganas de visitar —sonrió a su hija.

Ella le devolvió la sonrisa.

—¿Hasta dónde llegaste en tu viaje? —preguntó intrigada.

El barón miró el mapa y señaló un punto.

—El reino de Hungría, perteneciente al Imperio austriaco. —Miró a su hija—. Estuve en Viena cerca de tres semanas, recorriendo el Danubio. Fue impresionante.

—Debe de ser maravilloso —susurró con tristeza. Él asintió—. ¿Por qué yo no puedo hacer esas cosas? —preguntó con dolor.

Su padre ladeó su cuello, mirándola con cautela.

—Sabes que no es lo que dictan las normas sociales —comentó lentamente. Ella apretó los labios y asintió—. Puedes viajar por la ciudad, y siempre acompañada. Cuando estés casada podrás viajar. Por cierto… —recondujo la conversación mientras enrollaba el mapa. Ella hizo un gesto de desagrado cuando apartó el mapa de la mesa —, en poco más de medio año será tu presentación en sociedad.

—Sí —respondió a disgusto.

—¿Cómo van las clases con la institutriz?

Ella asintió.

—Muy bien.

—¿Y el fondo de armario?

Ella hizo un gesto de no estar muy segura.

—Sé que algunas de las debutantes del año que viene ya están preparando su armario —comentó con disgusto—. Quería hablar con la duquesa de Norfolk sobre qué preparar para el año que viene.

—Es una buena idea —indicó—. Cuando lo sepas, ve con tu madre y encargad a la modista todo lo que necesitéis —dijo guardando el mapa en el cajón. Pasó al lado de la gran mesa donde habían observado el mapa y la rodeó para dirigirse al escritorio.

Cassandra se quedó mirando a su padre que tomaba asiento en el gran butacón y ordenaba de nuevo unos documentos.

Dio unos pasos hacia él, pensativa, y se apoyó en la mesa.

—¿Pasaría algo si no encontrase marido en mi primera temporada? —preguntó con timidez.

Su padre la miró de nuevo, esta vez intrigado.

—No, claro que no. Pocas debutantes son las afortunadas que se casan en su primer año —respondió. —Ella asintió pensativa—. ¿Te preocupa algo?

Ella lo miró como si despertase de sus pensamientos y negó con la cabeza.

—No, es… es solo que…

—Cassandra… —la llamó su padre por su nombre—, no estés asustada. Eres una mujer preciosa, llamarás la atención de muchos de los…

—No me preocupa eso, padre —lo interrumpió—. Es… es solo que no quiero precipitarme y con eso quiero decir que, por favor,

cuando llegue el momento… —susurró dando unos pasos hacia delante—, no quiero que aceptes la primera petición de mano que te llegue.

Él la miró seriamente.

—Claro.

—Y me gustaría poder tener algo de voz y voto en esa decisión…

Su padre tomó su mano para que se tranquilizase.

—Cassandra, jamás daría tu mano a alguien que no te mereciese o que no fuese de tu gusto —susurró con cariño—. Eres demasiado importante para mí como para entregarte a alguien que no vaya a tratarte como creo que te mereces. —Aquellas palabras la calmaron y acarició la mano de su padre con cariño—. No es fácil para un padre entregar a su hija —concluyó.

Ella tragó saliva y asintió.

—Gracias —pronunció agradecida por aquel momento de sinceridad.

Como el hombre de la casa, sabía que él tenía la última palabra a la hora de concretar el matrimonio de su hija, que en parte su futuro marido debía pasar el escrutinio de su padre y ser este quien se la entregase. Sabía de sobra que en muchos matrimonios ni siquiera tenían en cuenta la opinión de la mujer, simplemente la entregaban a cambio de un título o un determinado patrimonio. Sabía que su padre no era así, y estaba tranquila por ello, pero prefería aclarar cuáles eran sus intenciones.

Su padre soltó su mano y le sonrió.

—Vamos —dijo señalando la puerta—, aún tengo que repasar muchos documentos.

—Claro —respondió ella dirigiéndose hacia la puerta. Salió del despacho, pero antes de cerrar se giró hacia él—. Hasta luego, papá.

Su padre elevó la mirada y le sonrió antes de volver a sus quehaceres.

Cassandra volvió a su habitación y se encerró en ella.

Fue hacia la ventana cogiendo en el trayecto la carta que lord James le había enviado. Se sentó en el poyete interior observando a decenas de personas pasear por las calles.

Se apoyó contra la pared y suspiró mientras su mente viajaba a todos aquellos lugares que lord James le había dibujado.

8

—Roma—
Año 1813

Los últimos meses en Roma estaban siendo increíbles. Cada vez estaba más convencido de que aquel viaje era una de las mejores cosas que estaba haciendo en su vida. Sabía que vendrían otras fases importantes, pero exprimía cada momento como si no hubiese un mañana.

Por suerte, su compañero de viaje era igual que él. Óscar se mostraba fascinado por los lugares que visitaban.

Se abrochó la casaca y volvió a tomar entre sus dedos la pluma, sumergiéndola en la tinta.

En aquella época del año comenzaba a hacer frío.

Por eso mismo, hemos decidido quedarnos aquí durante el invierno.

Escribió y volvió a sumergir la pluma en la tinta.

—¿Otra carta? —preguntó Óscar mientras cogía una manzana del frutero y se acercaba a la ventana para observar. Desde hacía dos días no dejaba de llover y había bajado la temperatura drásticamente.

—¿Tienes otra cosa que hacer? —ironizó James—. Deberías escribir más a tu familia, puede que se preocupen.

Una vez pase este frío, partiremos hacia una villa romana situada cerca de Venecia. Pensamos pasar un tiempo allí y, posteriormente, ya partiremos en dirección a Anatolia. Dicen que es un viaje fascinante y largo, así que debemos prepararnos bien.

Le gustaba escribir las cartas e informar de sus aventuras, sus experiencias. También tenía un diario donde iba escribiendo lo que

hacía cada día, la experiencia que tenía y lo que aprendía.

Había visitado el Vaticano varias veces, así como el Coliseo de Roma, donde había quedado totalmente fascinado. Una de las tardes se había dedicado a estar tumbado frente al Vaticano, dibujándolo. Ese era uno de los dibujos que enviaría a Cassandra y esperaba que una vez recibiese su carta ya pudiese responderle, teniendo en cuenta que finalmente pasarían mucho más tiempo allí.

No habían contado con las inclemencias del tiempo hasta que los había cogido una gran tormenta y la temperatura había caído en picado. No iban a arriesgarse a viajar con un tiempo así, de modo que habían decidido seguir hospedados en el Palacio Doria Pamphili, una de las residencias de la nobleza romana. Además, este palacio albergaba una valiosa colección de arte, así que cuando no podían salir a pasear por las calles de Roma o a disfrutar de una de sus noches, se entretenían recorriendo sus largos pasillos, observando con atención las maravillosas esculturas y pinturas que albergaba.

Habían tenido la gran suerte de encontrar hospedaje en aquel lugar. Los primeros tres días habían compartido habitación, aunque James apenas había podido pegar ojo, pues había descubierto que su buen amigo Óscar roncaba, roncaba mucho, sobre todo cuando estaba muy cansado.

Días después, uno de los huéspedes había dejado su habitación y él se había trasladado a la nueva, ganando no solo espacio e intimidad, sino también horas de sueño.

El sonido del trueno hizo vibrar los cristales del hermoso salón del palacio donde estaban pasando la tarde y él había decidido escribir las cartas.

Cómo no, nada más pisar Roma y encontrar alojamiento, Óscar se había encargado de buscar una de las casas para divertirse. En este caso, los lupanares eran casas de encuentros organizados para el comercio sexual, y también había prostitutas que ejercían en viviendas privadas. Óscar iba prácticamente cada noche a uno de estos locales, mientras él había acudido las primeras noches para, posteriormente, decidir recluirse en su habitación o bien pasear por las calles de Roma. Aun así, debía admitir que aquella ciudad era muy diferente a París, sobre todo con respecto a sus noches.

Recordaba las calles de París iluminadas por luces rojas, señalando los lugares de encuentros, mientras que allí en Roma los locales se disimulaban como posadas, sin luces, aunque los grabados explícitos en el exterior e interior de la vivienda explicando de qué se trataba aquel lugar no dejaba ninguna duda.

Una de las razones por las que no los visitaba más era porque los lugares no eran tan elegantes y limpios como en París, donde estaban mucho más preparados para este tipo de actividad. Las pequeñas celdas en el interior estaban equipadas con camas de mampostería cubiertas por un colchón de paja y en los muros había decoración de frescos y grabados de carácter sexual. La iluminación era tenue, a menudo con lámparas de aceite que dejaban hollín en las paredes. Además, las lámparas de aceite emitían un olor fuerte y distintivo debido a los espacios cerrados y a la falta de ventilación. No era un lugar agradable de visitar, así que no era tan asiduo como lo había sido en París.

Eso, obviamente, era algo que no iba a explicar en sus cartas, pero era extremadamente común conocer a viajeros de Londres en aquellos lugares.

—Madre mía, parece que se va a caer el cielo —susurró Óscar asomado a la ventana.

Acabó de firmar la carta y dejó que la tinta se secase mientras iba al lado de su amigo y observaba. Sí, definitivamente no era un buen día para pasear ni seguir con su viaje.

—Esperemos que deje de llover en los próximos días, aún nos queda mucho por descubrir y visitar de esta ciudad —pronunció James.

—Tranquilo, amigo, vamos a estar aquí todo el invierno, nos dará tiempo.

—Habrá que tener paciencia —respondió James—. No queda otra.

Se volvió hacia la mesa y se acercó a su manuscrito.

La carta ya estaba seca. La dobló varias veces y la metió en un sobre.

Se fijó en varios jóvenes que se encontraban también allí sentados, hablando entre ellos, otros observaban la lluvia relajados y

otros jugaban al ajedrez.

—¿Una partida? —le preguntó Óscar señalando a los jóvenes que jugaban.

De todas formas, no tenía otra cosa que hacer.

—Claro, pero permíteme que entregue la carta —dijo caminando por el largo salón rumbo a un pasillo donde sabía que encontraría a alguien del servicio a quien entregar la carta.

Óscar asintió mientras iba a una estantería donde había otro tablero y fichas de ajedrez.

James salió del salón y se dirigió a uno de los mayordomos que se encontraban allí de pie, esperando a cumplir las órdenes de cualquiera de los alojados.

Le entregó la carta y tras pedirle que la enviase volvió al salón donde Óscar lo esperaba ya preparado.

—¿Blancas o negras? —le preguntó mientras James se sentaba frente a él.

Cassandra se miró en el espejo mientras la modista ajustaba el vestido que usaría para su debut en la alta sociedad.

Clavó un alfiler con cuidado y se agachó para coger el largo.

—Estás preciosa —susurró su madre visiblemente emocionada.

Cassandra la miró de reojo y se volvió a mirar en el espejo. Lo cierto era que aquel vestido le quedaba muy bien. Un vestido de tela blanca y seda, bastante ajustado hasta su cintura y luego una falda que caía por su peso hasta los pies, sedosa y sin resultar muy ajustada.

El corpiño era totalmente blanco y solo llevaba algo de pedrería en la cintura, creando formas de flores y mariposas. Sin lugar a dudas, iba a causar sensación con aquel vestido. Tenía pensado hacerse un moño alto que estilizase su cuello y dejase sus rasgos al descubierto. Según su padre, sus ojos eran uno de sus mayores atributos.

Gracias a la duquesa de Norfolk había pedido a la modista que crease unos vestidos que parecían obras de arte. Había escogido tonos pastel, concretamente uno de color azul claro, otro rojo y otro amarillo, más el de su debut de color blanco. Normalmente, las

debutantes solían vestir de ese color, el blanco, mostrando así su pureza.

—Un arreglo más y estará perfecto —dijo la modista con una gran sonrisa.

Su madre se acercó, observándola antes de que se quitase el vestido.

—Lady Rose, ha diseñado usted unos vestidos realmente preciosos —comentó la madre con una sonrisa, alabando el trabajo de la modista.

La modista le sonrió y asintió.

—Gracias, baronesa —respondió haciendo un dobladillo en la parte baja del vestido y sujetándolo con alfileres. Se puso en pie y miró el reflejo de la joven en el espejo—. También es cierto que una muchacha así es fácil de vestir, todo lo que se ponga lo luce —piropeó a Cassandra, la cual sonrió.

Aquellos últimos meses donde ya comenzaba su preparación de armario para ser debutante se había emocionado. Jamás había vestido así… y lo cierto era que aquellos vestidos realzaban sus encantos.

—Son preciosos —pronunció Cassandra, felicitándola también.

—Gracias —respondió de nuevo la modista—. Vamos, te ayudaré a quitártelo —le ofreció.

Media hora después, Cassandra junto con su madre tomaban el té en el salón del té, rodeadas de todas las mujeres de la aristocracia que se reunían allí para comenzar a lucir a sus hijas y enterarse de todos los hombres que iban a buscar esposa aquella temporada.

Lady Wyatt era una de las mujeres más influyentes de la sociedad londinense, su marido, que en paz descansase, el señor Wyatt, había sido poseedor de una de las navieras más importantes de Londres y su hijo, el actual propietario, se había casado con la segunda hija de lord Carringhton, vizconde de Amberley.

Una mujer que estaba muy bien posicionada en la sociedad londinense y que era conocedora de todos los chismes de la temporada, esa era lady Wyatt.

Su madre había iniciado una gran amistad con ella hacía cinco años, cuando lady Wyatt, tras la muerte de su marido, había trasladado su domicilio oficial a Londres. Incluso alguna vez su madre había reunido a lady Wyatt y a la duquesa de Norfolk en su casa para tomar té las tres juntas.

—¿Es eso cierto? —preguntó su madre emocionada.

Lady Wyatt sonrió y se acercó a ella por encima de la mesa mientras depositaba su taza de té sobre el platillo.

—Sí. Hablé el otro día con la vizcondesa viuda de Linley, así que puedo asegurarlo al cien por cien. Su hijo, lord Frank Louis, vizconde de Linley, buscará esposa este año.

Su madre se removió nerviosa sobre la silla y situó una mano sobre el brazo de su hija, emocionada.

—¿Lo has escuchado, Cassandra? —susurró con una sonrisa—. Un vizconde —acabó con un tono agudo en su voz, pues no podía disimular su emoción.

Cassandra sonrió levemente a su madre.

—Y no solo eso… —continuó lady Wyatt—, sé de buena tinta que ese no va a ser el plato fuerte de esta temporada. —Su madre abrió los ojos de par en par—. También acudirá el hijo de la marquesa de Bath.

—¿Un marqués? —preguntó su madre extasiada.

Lady Wyatt asintió efusiva.

—Se ha rumoreado que lord Hugh Ceawlin, sexto marqués de Bath, acudirá a la temporada este año.

—¿Busca esposa?

—Eso es lo que no sé. El hombre está cerca de la cuarentena y no se ha desposado aún. Por lo que dicen las malas lenguas, su madre quiere forzarlo a casarse —rio y se encogió de hombros mientras miraba de soslayo hacia los laterales, asegurándose de que esa información solo fuese hacia ellas dos—. Sé que acudirá la semana que viene al baile de los Spencer.

—Oh —susurró su madre—, en tu debut —dijo apretando más el brazo de su hija.

Cassandra apretó los labios e inspiró hondo.

Desde que había comenzado a preparar su fondo de armario para su presentación en sociedad, su madre estaba emocionadísima. Era como si algo hubiese despertado dentro de ella y se hubiese convertido en una depredadora.

—Nada te da más ventaja en la sociedad que conseguir un matrimonio ventajoso en tu primera temporada —señaló a Cassandra, la cual tragó saliva.

No era lo que ella deseaba, no quería acabar casada aquel año. Quería disfrutar de la libertad que experimentaría aquel año, de los bailes, las nuevas amistades, de conocer a gente… no tenía prisa, aunque su opinión no parecía importar a su madre. Por suerte, su padre le había prometido que no daría su mano a su primera petición de matrimonio.

—Imagínate, Cassandra, casarte con un marqués… —decía su madre emocionada.

Ella chasqueó la lengua sin querer entrar en aquella discusión, pues para el resto de mujeres que la rodeaban, ella debía estar entusiasmada con su debut en sociedad y debía esforzarse lo máximo que pudiese en conseguir un matrimonio ventajoso. Era la hija de un barón, aquello la incluía en la aristocracia, aunque en el escalón más bajo de esta. Sin duda, un matrimonio con un marqués o un vizconde sería muy ventajoso para su posición social.

Cassandra miró con curiosidad a lady Wyatt.

—Y… ese marqués… ¿es atractivo? —preguntó con curiosidad.

Su madre y lady Wyatt miraron intrigadas a Cassandra por la pregunta.

—¿Qué más da eso? —preguntó su madre riendo avergonzada por la pregunta de su hija—. Es un marqués… es un título formidable.

Cassandra suspiró y asintió ante la respuesta de su madre.

—Claro, tiene razón, madre, disculpe por la pregunta, lady Wyatt —pronunció con un tono de voz bajo.

A partir de ese momento, se decidió a no intervenir más en la conversación y dedicarse solo a escuchar.

Tras una hora disfrutando del té en el salón de té, se dirigieron en carruaje hacia su hogar mientras su madre no dejaba de recordar

los nombres a tener en cuenta para el baile de los Spencer, el primer baile al que acudiría su hija y con el que iniciaría su debut en la alta sociedad.

Nada más llegar, Cassandra se encerró en su habitación, se apoyó contra la pared y suspiró mientras cerraba los ojos.

Sabía que su madre tenía la mejor intención del mundo, que muchas mujeres ante su debut se encontrarían emocionadas, y sí, ella lo estaba, pero aquel sentimiento se arruinaba cuando se daba cuenta de que ella solo era mercancía para intentar conseguir títulos nobiliarios.

Se quitó los guantes, depositándolos sobre la mesa y se sentó en la silla. Sacó del cajón de su escritorio papel, pluma y tinta, y luego comenzó a escribir una carta.

La última carta que había recibido de lord James era de hacía tres meses, explicándole que se encontraba en Roma. No le había escrito, no por falta de ganas, sino por falta de tiempo. Cuando no tenía clase de protocolo, debía ir a la modista, o a pasear al parque o a la ciudad para comenzar a ser vista… no tenía ni un momento para ella y sabía que aquello no había hecho más que comenzar.

Tragó saliva y miró el papel en blanco.

Lord James,

Discúlpeme por no haberle escrito antes. En una semana iniciaré mi debut y hay muchas cosas que hacer y preparar. No he tenido tiempo para mí, lo cual ansío constantemente…

Lord James observó cómo la nieve se derretía, la última semana no había cesado ni un momento de nevar y, ahora, al fin había parado.

Aquella gran nevada había montado un caos en toda la ciudad de Roma, haciéndola intransitable. Ahora, al igual que su amigo Óscar, se esforzaban por despejar las calles con una pala.

Esperaba que en menos de un mes pudiesen iniciar su camino en dirección a Anatolia. Aquellos últimos días con la nevada y sin opción de salir del palacio habían servido para que Óscar y James

ideasen la ruta hasta Anatolia. Les iba a llevar meses llegar hasta allí, pero habían planeado una ruta preciosa.

Tiró la nieve con la pala a un lateral y dio unos pasos rápidos hacia el cartero que se acercaba al palacio, pues desde antes de la nevada no lo habían visto.

—¿Alguna carta para mí? —preguntó James ansioso.

El cartero miró el paquete que llevaba y negó con la cabeza.

—Lo siento, lord James —pronunció, pues ya lo conocía—, esta semana no hay nada para usted.

James chasqueó la lengua y miró de reojo a Óscar.

—¿Tú no preguntas?

Óscar se encogió de hombros.

—Qué va, a mí no me escribe nadie… ¿verdad? —preguntó al cartero, el cual sonrió.

—Lo siento, tampoco tengo ninguna carta para usted —respondió.

—Qué novedad —ironizó Óscar arrastrando la pala con la nieve.

James se despidió del cartero y miró a su alrededor, estaba cansado ya de echar nieve a un lado.

Había esperado a que pasase aquella última tormenta para ver al cartero, esperaba con todas sus ansias alguna carta de Londres, pero aquella semana no iba a ser.

Sentía curiosidad por saber cómo le habían ido aquellos últimos meses a Cassandra. En su última carta, le explicaba que estaba nerviosa por su presentación en sociedad, aunque también agobiada por la falta de tiempo que tenía para sí misma.

Ahora debía de llevar varios meses desde su debut y no tenía noticias de ella. ¿Habría tenido algún pretendiente? ¿Cómo le iría? Sentía una gran curiosidad.

Por otro lado, la última carta que había recibido era de su madre, pero la duquesa no había explicado nada sobre Cassandra.

Suponía que el no recibir noticias de ella implicaba que estaba muy ocupada, tanto que seguramente no dejaría de tener pretendientes haciendo cola para bailar con ella o para ir a entregarle unas flores a la mañana siguiente.

Sonrió al pensar en eso.

Seguramente, la baronesa y su madre, la duquesa, estarían disfrutando de lo lindo con el debut de Cassandra.

Óscar interrumpió sus pensamientos.

—¿Vamos a comer? —preguntó directamente—. Tengo hambre.

James asintió.

—Sí, yo también tengo hambre. —Miró a su alrededor. Con suerte, en los siguientes días el cielo se despejaría y la nieve se derretiría más rápido. Había sido un invierno muy duro, sobre todo aquellas últimas semanas.

Subieron las escaleras y colocaron las palas apoyadas en una de las columnas.

—Veamos qué hay para comer hoy —canturreó Óscar mientras entraba por la gran puerta.

9

—Londres—
Temporada de 1814

Cassandra miró con una sonrisa la carta que el mayordomo le acababa de entregar. Ya no recibía ni escribía tantas cartas como al principio del viaje de lord James, pues la distancia era muy larga y suponía que debía de tardar meses en llegar hasta allí una de ellas.

En la última carta de lord James, este explicaba que al día siguiente partirían hacia Anatolia, donde pensaban quedarse durante un tiempo, y que seguramente cuando le llegase estarían de camino. Iban a usar diferentes medios de transporte para llegar hasta allí, como el carruaje, caballos o simplemente caminando. Se habían deshecho de parte de su equipaje y ya comprarían ropa nueva durante el viaje, pues no querían ir cargados.

A través de un contacto que habían conocido en Roma durante los meses de invierno que habían pasado allí, les habían recomendado un lugar donde hospedarse. Pocos eran los jóvenes que llegaban hasta Anatolia, así que siempre había dónde hospedarse. Estaba realmente emocionado con aquella parte del viaje, era la que más ansiaba.

Lord James le había enviado un dibujos del Coliseo de Roma. Todas las cartas que recibía las guardaba con cariño en el escritorio de su habitación y, por la noche, cuando no podía conciliar el sueño, las releía.

Suponía que debía de estar ya cerca de Anatolia, pues por la fecha de aquella carta, 13 de marzo de 1814, hacía ya más de dos meses. Le hubiese escrito, pero no sabía a dónde, así que no le quedaba más remedio que esperar a recibir otra carta diciéndole el lugar donde se hospedaba y el tiempo que estaría allí, pues debía calcular si seguiría en aquella zona para enviarle la carta o no.

—Señorita Cassandra —dijeron al otro lado de la puerta.

Cassandra dio un brinco y directamente guardó la carta en el escritorio.

—Sí, adelante —respondió cerrando el cajón.

Johanna, la doncella que la había tratado desde pequeña, entró en su alcoba emocionada y nerviosa.

Fue hasta ella sin mediar palabra y la sentó en el taburete. Había salido a buscar un peine y varias perlas que había dejado en la habitación de su hermana pequeña, lady Sophie.

Comenzó a realizarle un moño, cogiendo sus mechones rubios y enroscándolos a su nuca.

—Han visto a lord Arthur Davenport comprar unas flores… —comentó la doncella emocionada.

Cassandra miró a la doncella en el reflejo del espejo con los ojos muy abiertos.

—¿Crees que vendrá a verme otra vez?

La doncella sonrió.

—Es posible, lleva toda la semana viniendo —comentó mientras insertaba una perla en su cabello. —Cassandra apretó los labios y descendió su cabeza. Aquel gesto llamó la atención de la doncella—. ¿No está feliz? —preguntó sorprendida por el gesto de ella—. Señorita —dijo colocando las manos en sus hombros, intentando animarla—, es un conde, el tercer conde de Bathurst —remarcó—, tiene mucha suerte de que un hombre de su posición se haya fijado en usted.

Cassandra chasqueó la lengua.

—Ya, bueno… —dijo cogiendo una pluma blanca y jugando con ella entre sus dedos, luego miró a Johanna con gesto de desagrado —, es… es un poco mayor, ¿no? —preguntó avergonzada.

Johanna sonrió.

—Más experiencia, señorita Cassandra —comentó con orgullo.

Cassandra suspiró y asintió levemente.

Sí, tenía una suerte infinita de que un hombre de su posición se hubiese fijado en ella. El tercer conde de Bathurst, lord Arthur Davenport, era un político influyente que ocupaba el puesto de Secretario de Estado para la Guerra y las Colonias. Era un hombre al que todo el mundo admiraba. Suponía que debía de sentirse

privilegiada cuando aquel hombre la había visitado varias veces durante la última semana, pero entonces… ¿por qué no se sentía realmente así?

Era un hombre de estatura media, con el cabello negro surcado por algunas canas, de porte elegante, atractivo, de modales cuidados y con muchos conocimientos, sin embargo, no sentía nada por él, no estaba entusiasmada, no sentía aquella emoción al verle. Por el contrario, su amiga Adelaide sí se sentía afortunada al ver a lord Frank Louis, vizconde de Linley, con quien acababa de prometerse hacía menos de un mes. Cassandra ni por asomo sentía esa emoción al ver a lord Arthur Davenport.

Sí, finalmente su amiga Adelaide iba a casarse con un vizconde, su historia había sido preciosa, cocinada a fuego lento, aunque estaba claro que lord Frank Louis se había enamorado de ella nada más verla y la había perseguido por cada una de las reuniones, pidiéndole bailes sin cesar.

Tres meses después de su primer encuentro, el vizconde había pedido la mano de su amiga y, finalmente, se había prometido. Su historia de amor era real, verdadera… y formaban una pareja encantadora. Su amiga le había explicado que cuando tenía al vizconde cerca o cuando cruzaba una mirada con él, sentía que su corazón se aceleraba, incluso su piel se erizaba, le faltaba la respiración… ¿por qué ella no sentía aquello con lord Arthur Davenport? La respuesta era clara, no estaba enamorada de él. Era un hombre amable, atento… pero nada más.

Tenía miedo de que aquel hombre se encaprichase de ella y pidiese su mano a su padre, ¿cómo iba su padre a negarle la mano de su hija a un conde? Por esa razón había decidido no mostrar mucho interés en él, quizá de ese modo, el conde, si era lo suficientemente inteligente, pillaría la indirecta.

—Imagínese… condesa —exclamó Johanna mientras acababa su recogido.

Cassandra le sonrió débilmente justo cuando su madre entró por la puerta. Llevaba la mano en el pecho y tenía la respiración acelerada.

La doncella y Cassandra miraron a la baronesa preocupadas.

—¿Qué ocurre, madre? —preguntó poniéndose en pie directamente.

—¡Viene hacia aquí! —exclamó sin poder contenerse.

—¿Hacia aquí? ¿Quién?

—El conde —respondió acelerada mientras iba hacia ella. Cassandra resopló mientras su madre observaba su vestido y la hacía girar. Luego observó con detenimiento su cabello—. ¿Está acabado el peinado, Johanna?

—Sí, ahora mismo lo he acabado, baronesa —respondió asintiendo.

—Perfecto, perfecto… —exclamó su madre. Tomó la mano de su hija y tiró de ella hacia la puerta justo cuando llamaron al timbre—. ¡Oh! —brincó su madre de los nervios, no sin antes girarse de nuevo hacia su hija, asegurándose de que estuviese perfecta.

—Madre, por favor… —se quejó Cassandra cuando estiró su falda.

Se encontraban en la segunda planta, pero desde allí podían ver la puerta y el recibidor.

El mayordomo fue hacia la puerta, pero la baronesa lo llamó.

—Un momento, un momento… —pronunció cogiendo de nuevo la mano de su hija y dirigiéndose a las escaleras. Las bajaron a toda prisa y se situaron a unos metros del mayordomo que esperaba a recibir la orden de abrir la puerta. Su madre la revisó de nuevo pasando su mano por su cabello mientras Cassandra resoplaba y esquivaba sus manos—. Ya está… —dijo girándose hacia el mayordomo—. Puede abrir. —Miró de reojo a su hija—. Ponte erguida, Cassandra.

Cassandra suspiró e hizo lo que su madre le pedía.

El mayordomo abrió la puerta y ambas mujeres, situadas unos metros por detrás, ladearon su cuello para observar.

Las dos pestañearon varias veces cuando el hombre tendió la tarjeta de presentación al mayordomo para que la leyese.

—Lord George Baker, hijo de Jones Baker, propietario de las herrerías más importantes de Londres —lo presentó el mayordomo.

Las dos permanecían totalmente conmocionadas. ¿No era el conde quien había llamado al timbre?

Ante ellas se encontraba un muchacho muy joven, de unos veintidós o veintitrés años, y bastante nervioso, por cierto.

Cassandra giró su cuello hacia su madre intentando contener la risa mientras la baronesa tragaba saliva.

—Buenos… buenos días —pronunció lord George inclinándose hacia ellas.

Su madre finalmente reaccionó.

—Buenos días, lord George, qué… qué agradable sorpresa —pronunció su madre sin ser consciente aún de lo que había ocurrido.

—Lord George —susurró Cassandra con una reverencia. Cassandra sintió cómo los latidos de su corazón disminuían, sabía que su padre jamás aceptaría un matrimonio con un herrero, por mucha riqueza que tuviese. Su madre estaba aún asimilando aquel cambio de planes, así que fue Cassandra quien dio un paso hacia delante señalándole la salita—. ¿Quiere tomar unas galletas? —preguntó ella mientras caminaba lentamente hacia allí.

—Me… me encantaría de veras —respondió quitándose el sombrero y caminando hacia allí—, muchas gracias.

—¿Un poco de té?

El muchacho negó, aunque rápidamente asintió.

—Sí, sí, claro… —reaccionó nervioso.

Cassandra le ofreció asiento frente a ella mientras les servían un té a los dos.

Ambos se miraron sin saber qué decir. Normalmente, cuando un pretendiente iba a visitar a una mujer, tenía preparados temas de conversación, pero parecía que lord George estaba demasiado nervioso o no se había preparado bien su visita.

Cassandra se removió nerviosa en el asiento y miró de reojo a su madre, la cual se mantenía en el rellano intentando aún encajar lo ocurrido.

—Bien, lord Baker —apuntó con una gran sonrisa—, ¿qué aficiones tiene? —preguntó.

George carraspeó un poco y tomó el té que le ofrecían, aunque la taza titubeó unos segundos entre sus dedos a riesgo de caer al suelo.

—Me gusta… me gusta… herrar —pronunció.

Cassandra se quedó unos segundos estática, sin saber cómo reaccionar ante aquella respuesta.

—¿Herrar? Qué interesante —pronunció sin saber qué otra cosa decir. Depositó la taza en la mesa y juntó sus manos sobre su falda mientras miraba a su madre de reojo. Lord George parecía cada vez más nervioso, ya que comenzaba a dar golpecitos con los pies en el suelo—. Y… ¿qué le gusta herrar? —preguntó.

—Herraduras para caballos —respondió.

—Oh, ¿tiene caballos? —preguntó por darle algo de conversación al muchacho.

—No.

Cassandra suspiró y luego chasqueó la lengua, miró de un lado a otro hasta que sonrió de forma tímida hacia él.

—A mí me gustan los caballos —susurró no muy segura de cómo seguir con la conversación.

Aquella mañana iba a ser muy, muy larga.

En el viaje hasta Constantinopla se habían alojado en diversos caravasares, posadas fortificadas que proporcionaban alojamientos a viajeros y mercaderes. Había sido un viaje duro, pues hasta ellos había llegado el rumor de varios ataques a diferentes caravanas, además, habían sufrido una tormenta de arena que los había mantenido en uno de los caravasares durante días, sin poder salir al exterior de sus aposentos. Había sido toda una experiencia.

Una vez habían llegado a Constantinopla, se habían alojado en un lujoso palacio donde se encontraban unos cuantos viajeros más.

El palacio de Topkapi era uno de los lugares más hermosos donde había estado. Constantinopla olía a especias, era una cuidad en constante movimiento, con sus bazares donde podías comprar todo tipo de especias, frutas, alfombras, juegos de mesa… era increíble.

La construcción de este precioso palacio había sido ordenada por el sultán Mehmed II en 1459 y fue completada en 1465. Estaba formado por muchos pequeños edificios construidos juntos y rodeados por cuatro patios. Ellos se alojaban en uno de los edificios que daba a uno de estos patios.

Normalmente, cuando la familia real se alojaba allí, no permitían que se hospedasen los viajeros. Por suerte para James y Óscar, hospedarse no fue un problema, pues la familia real estaba en otra ubicación por aquellas fechas.

Por lo que les habían explicado, el sultán y su familia no volverían hasta pasados unos meses, así que Óscar y James habían decidido permanecer ese tiempo allí, en concreto, los seis meses que quedaban hasta el regreso del sultán.

James se había apuntado a la Universidad de Constantinopla que gozaba de un gran prestigio, ya que había heredado la tradición griega y romana con figuras como Zenón de Chipre, Oribasio de Pérgamo y Alejandro de Tralles.

Allí se estudiaba la verdadera medicina, no como en Cambridge, ahí veían a enfermos, los trataban e incluso había visto una operación. Era extraordinario todo aquello. Se sentía realmente realizado, sobre todo cuando podía ayudar a personas a combatir sus dolencias. Pensaba aprovechar aquellos seis meses que le quedaban para aprender todo lo que pudiese.

Por el contrario, Óscar se negaba a ver cuerpos humanos y acudía a la biblioteca o bien pasaba las horas muertas en el palacio. James no comprendía cómo teniendo una oportunidad como aquella no la aprovechaba.

En seis meses partirían en dirección a Egipto. Ya habían trazado la ruta, sería bastante larga, aproximadamente un mes o un poco más, pero estaban decididos a llegar hasta allí, posteriormente tomarían un barco hasta Grecia, otro barco hasta Italia y otro hasta España. Por último, desde España subirían a Francia y de ahí hasta volver a Inglaterra.

Sinceramente, no quería que aquel viaje acabase. Llevaba más de dos años viajando y en ningún momento se había arrepentido de emprender aquella aventura. Todas las vivencias, las enseñanzas… era algo que se quedaría siempre con él.

Apoyó la pierna en la ventana y realizó un nuevo trazo, dibujando la mezquita de Santa Sofía, donde había acudido varias veces a su escuela de teología. Dibujó los cuatro minaretes y se quedó observando aquella hermosa imagen. Constantinopla era

mucho más de lo que había imaginado, era una ciudad que lo embriagaba, casi mágica.

Observó el sol ponerse, tintando de un color rosado y anaranjado el cielo tras la mezquita, y acabó de dar los últimos retoques a la estructura de la mezquita.

Estaba seguro de que a Cassandra le encantaría aquel dibujo.

Le había enviado una carta nada más llegar, al igual que a su familia, pero la distancia era tal que sabía que tardarían en llegar. Les había informado de que permanecería hasta finales de año allí, por lo que confiaba en recibir en los próximos meses alguna carta por parte de ellos.

Pese a que estaba disfrutando del viaje muchísimo, comenzaba a echar en falta su acomodada vida en Londres y ver a su familia. ¿Cómo estaría su hermana pequeña? Se había marchado cuando solo tenía nueve años y cuando volviese tendría ya doce. ¿Y sus hermanos? Cuando volviese a verlos tendrían diecisiete y quince años. Por no hablar de él, que se había marchado con veintidós recién cumplidos y en breve cumpliría veinticinco. El tiempo pasaba más rápido de lo que quería, pero era un tiempo bien aprovechado que dotaba a su vida de un conocimiento que en Londres jamás hubiese podido adquirir.

James se giró al escuchar a su amigo Óscar entrar en la habitación.

—¿Qué tal el paseo?

—El paseo bien —respondió Óscar dirigiéndose a una de las sillas para sentarse a su lado—, pero echo de menos los burdeles —susurró directamente. James lo miró de reojo y sonrió.

—Calma, amigo —comentó arrancando la hoja de su cuaderno y doblando en cuatro partes el dibujo que había realizado de la mezquita de Santa Sofía. Cogió el sobre y lo metió en su interior.

—¿Cómo lo haces para aguantar?

James estalló en una carcajada mientras cerraba el sobre.

—Empleo mi mente en algo más que en pensar en mujeres desnudas.

Óscar resopló.

En el Imperio otomano la prostitución estaba relacionada con la esclavitud. La ley islámica, conocida como sharía, prohibía formalmente esta. Sin embargo, dado que el principio del concubinato en la ley islámica permitía a un hombre mantener relaciones sexuales con su esclava, la prostitución era controlada por un proxeneta que vendía a su esclava en el mercado de esclavos a un cliente, al que se le permitía mantener relaciones sexuales con ella como su nuevo propietario y, tras el coito, devolvía su propiedad a su proxeneta con el pretexto de descontento, lo que era un *método legal*[2] ampliamente aceptado para la prostitución en el mundo islámico en aquella época.

—Pues yo lo echo de menos —sollozó Óscar.

—Tranquilo, en un año aproximadamente podrás echar otro polvo —bromeó James.

—¿Un año? —gritó Óscar—. ¿En Egipto tampoco?

James rio ante la desesperación de su amigo y negó con la cabeza.

—Deberías haber escuchado mejor el otro día cuando nos lo explicaron…

—¿El qué? No me acuerdo —exclamó.

—Hace unos quince años, con la invasión francesa de El Cairo, las enfermedades de transmisión sexual se extendieron entre los burdeles de la ciudad y esto llevó a las autoridades francesas a introducir una ley que prohibía a sus tropas acudir a los burdeles o a tener prostitutas en sus habitaciones. Quien infringe la ley, pena de muerte —sentenció.

Óscar lo miró de la cabeza a los pies.

—Nosotros no somos franceses…

—Pues nada, arriésgate —ironizó James. Óscar dejó caer su cabeza hacia abajo y suspiró—. Vamos, aprovecha. Hay muchas formas de matar el tiempo. —Cogió la carta y la guardó en su bolsillo—. ¿Damos un paseo hasta la mezquita? Van a dar una charla, ¿te apetece?

Óscar puso los ojos en blanco y negó tirándose sobre la cama de su amigo.

—No, gracias, he estado dando un paseo mientras tú dibujabas. Tengo las piernas molidas.

James chasqueó la lengua y asintió.

—De acuerdo, voy a enviar la carta y me pasaré por la mezquita un rato, luego, si quieres, vamos a cenar. —Óscar asintió con la cabeza—. No te tumbes en mi cama, vete a la tuya.

Óscar suspiró largamente y se puso en pie poco a poco, como si estuviese agotado.

—Esta parte del viaje no me gusta —pronunció con rabia hacia su amigo, el cual sonrió.

—Cultiva tu mente a través del aprendizaje y el celibato —bromeó este.

Óscar se pasó la mano por la cara, agobiado. Abrió la puerta para salir. James lo siguió.

—Me debes muchas noches de placer, amigo. En cuanto lleguemos a Italia de nuevo, desaparezco.

—Claro, claro… —ironizó James cerrando la puerta tras de sí.

10

—Constantinopla—
Año 1815

Los últimos seis meses habían sido impresionantes.

Giró la esquina rumbo al palacio donde se hospedaban, acompañado de su amigo. Por suerte, era fácil encontrar una caravana que saliese desde allí.

Había pasado un total de ocho meses en Constantinopla y había visitado, gracias a caravanas en las que había participado, ciudades cercanas

En dos semanas partirían rumbo a Egipto, concretamente a El Cairo. Deseaba visitar las grandes pirámides de las que tanto había escuchado hablar, luego regresarían por mar visitando otras partes de Grecia, Italia o España.

Estaba deseando partir, aunque debían esperar a que la caravana iniciase su trayecto, y para eso faltaban catorce días. Aun así, ya tenía más o menos el equipaje preparado. Volverían a llevarse lo indispensable para no cargar en los trayectos y cuando llegasen a los lugares comprarían lo que necesitasen.

La caravana que tomarían los llevaría hasta Bursa, la que fue la primera capital del Imperio otomano en 1326, un importante centro de la seda y la cultura. Fundada en el siglo III a.C. por un rey bitinio, tenía una vasta cultura que provenía de la ruta de la seda.

La ciudad prosperó bajo el Imperio romano y posteriormente el bizantino, con el emperador Justiniano I construyendo un palacio allí donde pensaban alojarse un par de noches. Posteriormente, en el 1326 los otomanos habían capturado la ciudad, convirtiéndola en la primera capital del Imperio otomano, desarrollándose como un centro comercial y cultural importante en la industria de la seda.

Posteriormente la caravana seguiría hasta *Ancya*[3], una ciudad dentro del Imperio otomano que en ese momento estaba bajo el dominio del sultán Mahmud II.

Desde allí deberían buscar una nueva caravana que los fuese acercando a El Cairo. Sabían que no tendrían problemas y que la encontrarían, pues por toda esa zona había muchos comerciantes, así que no les sería difícil.

Estaba entusiasmado con aquella parte del viaje. De hecho, aquella era la parte que más deseaba visitar. Todo era tan diferente con respecto al lugar de donde provenía que le resultaba asombroso.

Hacía cerca de un mes que había recibido la última carta por parte de su familia y de Cassandra. Su familia le ponía al corriente de todas las nuevas noticias sobre sus parientes lejanos mientras que Cassandra le divertía mucho más con sus cartas, sobre todo cuando le explicaba los pretendientes que le surgían y cómo los iba esquivando, aunque no sabía si desde que hubiese escrito aquella carta tendría alguna petición de mano más, pues ya debía de haber comenzado su tercera temporada. También supo, gracias a ella, que lady Adelaide Caloway y lord Frank Louis, vizconde de Linley, habían contraído matrimonio en una boda preciosa. Aun así, y por lo que ella explicaba, pese a que la boda había sido increíble, ella todavía no se encontraba preparada para el matrimonio.

Si la tuviese delante seguramente la hubiese reñido, era ya su tercera temporada, así que debía comenzar a tomárselo en serio. De todas formas, Cassandra siempre había sido así, impulsiva, así que no le extrañaría lo más mínimo que cuando regresase a Londres estuviese ya prometida.

En sus cartas no dejaba de pedirle dibujos de las zonas que visitaba, así que estaba bastante entretenido retratando lo más hermoso de las ciudades que visitaba.

Guardó en su bolsillo un paquete pequeño que había comprado y se dirigieron a la increíble entrada del palacio de Topkapi.

—Señor Howard —lo llamó un joven dirigiéndose hacia él.

James se giró y sonrió al joven. Con el paso de los meses allí, ya conocía a todos aquellos que hacían su función de cartero.

—Amir —pronunció su nombre a modo de saludo. El joven le tendió un sobre—, ¿para mí? —preguntó sorprendido.

El joven asintió, pues no dominaba mucho el idioma.

James buscó en su bolsillo y le tendió al joven una moneda kuruş, la moneda especial del Imperio otomano, agradeciendo su servicio.

—Teşekkür ederim —pronunció James agradeciendo la entrega.

El muchacho cogió la moneda con una sonrisa y se alejó rápidamente.

Óscar lo miró enarcando una ceja.

—¿Otra carta?

James sonrió.

—Ya ves, es lo que ocurre cuando tu familia y tus amigas te quieren… —bromeó.

—Pues ese será mi problema, que a mí no me quieren —continuó Óscar con la broma.

—Desde que partimos de Londres solo te he visto escribir un par de cartas con el propósito de que tu familia supiese que seguías vivo —pronunció mientras entraban al palacio.

Óscar arrugó la nariz.

—No soy tan sociable como tú.

James negó con la cabeza mientras abría el sobre con una sonrisa. Comenzó a leer la carta mientras caminaban por el largo pasillo, pero antes de subir las escaleras se detuvo.

Óscar se giró cuando iba a subir al segundo escalón para observar a su amigo. Se preocupó cuando vio el gesto serio de James mientras leía la carta y descendió el escalón.

—¿Ocurre algo? —preguntó expectante. James leía rápidamente la carta, aguantando la respiración—. ¿De quién es la carta?

James tragó saliva y elevó la mirada hacia él, con sus rasgos en tensión.

—De mi madre —susurró y apretó los labios, luego inspiró aire intentando calmarse—. Tenemos que volver ya.

—Londres—

Margareth Howard, duquesa de Norfolk, se arrodilló sobre la tierra batida sin poder controlar el llanto mientras la lluvia que caía desde hacía tres días sobre la ciudad de Londres lo inundaba todo.

No pudo controlar el llanto y su pecho convulsionó mientras se llevaba el pañuelo a la mejilla para secarse las lágrimas. Un grito salió de lo más profundo de su ser cuando la pala se hundió en la tierra y comenzó a caer sobre el ataúd de madera oscura de su querido marido, el duque de Norfolk, Charles Howard II.

Sus hijos, Jack y Henry, se situaron uno a cada lado, intentando levantar a su madre del barrizal.

Aquel suceso los había cogido a todos por sorpresa.

Todo iba bien, sin problemas. Habían estado paseando aquella mañana por Hyde Park junto a sus amigos, el barón Lennox y la baronesa, incluso habían disfrutado de un pícnic sentados en la hierba.

Más tarde, y a medida que se iba nublando y amenazaba con lluvias, todos habían vuelto a sus casas.

El duque había comenzado a encontrarse mal sobre las siete de la tarde, con un dolor en el pecho que irradiaba hacia su brazo y su cuello. También había comenzado a sudar profusamente. Media hora después, se había desplomado sobre el mármol de su vivienda.

El médico había acudido lo antes posible, había intentado reanimarlo, pero su corazón había fallado.

En un momento eras feliz y, al siguiente, te encontrabas viuda, con tres hijos pequeños a tu cargo y sin saber cómo afrontar la vida.

La baronesa y el barón Lennox se habían trasladado a casa de los duques de Norfolk aquellos tres días para no dejarla sola y para ocuparse de todo el papeleo, en concreto, el barón.

Cassandra se llevó la mano a la boca reprimiendo un puchero al ver la escena, al contemplar cómo su madre y su padre ayudaban también a la duquesa a ponerse en pie. Sabía que su padre se hacía el fuerte, pero lo había escuchado llorar a escondidas. El duque siempre había sido su mejor amigo, desde niños. Era como si hubiese perdido a su hermano.

Cassanda tomó con más fuerza la mano de Nicole Mary, de doce años, la hija más pequeña de los duques y de la que se estaba encargando estos últimos días con mucho cariño junto a la doncella, pues parecía que quería salir corriendo hacia su madre, pero era mejor retenerla allí.

Al entierro había asistido gente de todo Londres, incluso algunos se habían desplazado de las ciudades más cercanas para despedirse del duque de Norfolk y, en ese momento, el duque descansaba ya en la parcela de su casa de campo, donde solo habían acudido los más cercanos, pues la duquesa había pedido discreción.

Toda la compostura que había mantenido en la misa había desaparecido. Ahora necesitaba desahogarse. Todos se lo permitirían. Ahora estaba rodeada realmente de las personas que la amaban y que no la juzgarían ni hablarían de un supuesto comportamiento inapropiado.

Cuando habían acabado de cubrir el ataúd del difunto duque con la tierra, la aplanaron y dieron el pésame a la duquesa que a duras penas podía mantenerse en pie.

En cuanto los trabajadores se marcharon, Margareth intentó tirarse de nuevo sobre la tierra, pero el barón y la baronesa se lo impidieron.

—Vamos, duquesa… —susurró Jacqueline—, entremos en casa, con esta lluvia enfermará.

—Vamos, madre —le instó Jack sujetándola por la cintura.

La duquesa miró a su hijo y se abrazó a él para caminar sin tropezar, pues las piernas le temblaban en exceso y amenazaban con hacerla caer.

Cassandra pasó un brazo por los hombros de Nicole Mary que lloraba en silencio mientras observaba a su madre con dolor.

Entraron en el interior de la mansión donde la chimenea estaba prendida, haciendo el ambiente más cálido, y la ayudaron a quitarse el abrigo.

Margareth tenía todo el cuerpo en tensión y temblaba, aunque no sabían si por el frío o por la pérdida que había sufrido, suponían que por una mezcla de ambos.

El barón cogió una silla y la situó al lado de la chimenea para que la duquesa se sentase y entrase en calor.

Jacqueline se abrazó a sí misma mientras lloraba.

—¿Qué voy a hacer ahora? —sollozó mirándolos a todos mientras lloraba.

Aquel gesto de desgarro los inundó a todos de una tristeza como jamás habían conocido.

Jacqueline se arrodilló a su lado y tomó su mano.

—No vamos a dejarte sola —le dijo con cariño—. Nosotros estaremos contigo, siempre —pronunció acariciando su mano.

—Y nosotros, mamá —lloró Henry abrazando a su madre por la espalda.

A este abrazo se unieron Jack y Nicole Mary que se soltó de la mano de Cassandra para correr hacia su madre. El llanto de la duquesa viuda se hizo más fuerte, refugiándose en el cálido abrazo de sus tres hijos.

—Saldremos adelante, mamá —susurró Jack y besó a su madre en la mejilla.

Cassandra tuvo que girarse y secarse una lágrima de los ojos. Jamás había perdido a alguien tan cercano. No era un familiar, pero lo sentía como tal. Si ella sentía una profunda tristeza que apenas podía controlar, no podía ni imaginar lo que sentirían sus hijos o su esposa que acababan de perder al pilar de la familia.

Jacqueline se puso en pie y miró al mayordomo.

—Traed algo caliente para la duquesa, debe entrar en calor —le pidió.

El mayordomo, visiblemente afectado también por la pérdida, se dirigió rápidamente a la cocina para pedirle a la cocinera que preparase algo caliente para la duquesa.

El resto de personal de la casa de campo encendió las velas en el interior, puesto que, dada la tormenta y pese a ser mediodía, el día era oscuro.

—Necesito papel y tinta —susurró la duquesa mirando fijamente el hipnótico baile de las llamas de fuego—. Tengo que informar a James de lo sucedido. —Cassandra se giró hacia ella y tragó saliva. No quería ni imaginar cómo se sentiría James al recibir aquella carta. Le acercaron papel, pluma y tinta y la duquesa inspiró hondo, reuniendo el valor suficiente para escribir aquella carta.

Cassandra observó cómo la pluma temblaba en su mano y se quedaba mirando la hoja de papel sin saber cómo comenzar a escribir.

—Duquesa… —susurró el barón—, ¿quiere que le escriba yo la…? —se ofreció.

La duquesa negó con la cabeza y le sonrió de forma amable.

—No, debo ser yo —pronunció con valor.

Mojó la pluma en la tinta, pero era tal el temblor de su mano que el bote de tinta cayó sobre la mesa. La duquesa comenzó a llorar desconsolada mientras una de las mujeres dedicadas a la limpieza cogía un trapo y secaba rápidamente la tinta.

—Tranquila —le susurró la mujer—, tómese su tiempo —propuso.

La duquesa intentó paralizar el temblor de su mano, pero no podía. Finalmente, miró al barón y asintió mientras le tendía la pluma.

—Por favor… —gimió.

No hizo falta decir nada más.

El barón tomó asiento al lado de ella y cogió con delicadeza la pluma.

La duquesa tomó aire intentando relajarse y cerró los ojos. Estuvo unos segundos así, donde nadie osó decir nada hasta que los abrió y miró al barón.

—Querido hijo mío… —susurró para que el barón comenzase a escribir—, tengo una horrible noticia que darte. —Tragó saliva—. Hace tres días, tu padre, el duque de Norfolk…

Cassandra se dio media vuelta y salió del salón sin poder aguantar el llanto. No quería escuchar más aquello, era demasiado desgarrador.

El duque había sido siempre un buen hombre, educado, cariñoso con sus hijos y con ella. Había jugado con ellos y reído. Era demasiado joven para morir, y más en aquellas circunstancias, sin avisar, sin poder despedirse de nadie, ni siquiera de su mujer o de su heredero.

Se acercó a una ventana y observó la gran tormenta. Sin duda, el mundo lloraba la pérdida de aquel gran hombre.

Las siguientes semanas se quedarían allí junto a la duquesa, lo cual implicaba que aquel inicio de temporada se lo perderían, pero a ella no le importaba.

Se apoyó en la ventana observando cómo llovía.

Por lo poco que había hablado con su madre, más tarde volverían a Londres en compañía de la duquesa para que se intentase distraer con la temporada. Sabía que Margareth siempre había sido amante de los bailes y puede que, en parte, el hecho de estar rodeada de tanta gente que la adoraba, le hiciese olvidar aquella profunda pena que sentía.

Se giró para observar desde allí cómo su padre seguía escribiendo las palabras que la duquesa le iba dictando. Sabía que lord James se encontraba en aquel momento en Constantinopla y que la carta tardaría en llegar, solo esperaba que llegase a tiempo para leerla. Suponía que al recibirla volvería a Londres, aunque su regreso aún tardaría, pues debía llegar la carta y luego lord James tendría que volver a su hogar, lo cual le llevaría meses.

Tendría un regreso triste. Aquella noticia lo rompería, pues siempre había mantenido una magnífica relación con su padre. Seguramente, cuando leyese la carta, estaría preocupado por su madre y sus hermanos.

Suspiró y se quedó mirando a través de la ventana cómo la lluvia impactaba contra el cristal y descendían por este como lágrimas.

Decidió no entrar más al comedor y quedarse allí hasta que acabasen de escribir la carta, pues cada una de las palabras pronunciadas por la duquesa le rompía el corazón y le era imposible mantenerse serena. Sabía que se avecinaban días muy tristes.

11

—Londres—
3 meses después
Abril de 1815

James observó con nostalgia las calles de Londres. El clima era muy húmedo en comparación con Constantinopla. Al menos, aquel día, pese a que estaba un poco nublado, no llovía, aunque seguramente los días anteriores sí lo había hecho, ya que las aceras tenían charcos.

Se quedó observando por la ventana mientras el carruaje recorría las calles de la ciudad que lo había visto crecer, pero que hacía tanto tiempo que no recorría.

Habían dejado primero a Óscar, prometiéndose que se verían pronto, y se había dirigido directamente a la vivienda de sus padres.

En la última carta de su madre, además de anunciarle la fatídica noticia, le indicaba que en breve partiría para Londres para estar en compañía de la familia Lennox, los cuales, desde la muerte de su padre, no la habían dejado sola ni un solo segundo.

Debía agradecerles todo lo que estaban haciendo por su madre y, seguramente, por sus hermanos. La falta de un padre era algo que te marcaba de por vida, y sentía profundamente no haber estado allí para consolar a su madre y a sus hermanos pequeños.

Había tenido que esperar una semana para poder coger otra caravana e iniciar su camino de vuelta. Le había pedido a Óscar que siguiese él con el viaje, que no se preocupase, pero Óscar era un excelente amigo y había decidido volver con él.

Quizá, en un futuro, pudiese volver a recorrer el mundo de aquella forma, conocer nuevas culturas, pero ahora las obligaciones le llamaban. No le importaba cumplir con sus obligaciones, pero sí le golpeaba la forma en que habían llegado hasta él, pues eso implicaba la muerte de su padre. Ahora, se había convertido por

derecho propio en el duque de Norfolk. Lord James Robert Howard, onceavo duque de Norfolk.

Inspiró hondo e intentó mantener la compostura cuando el carruaje giró la esquina y tomó la calle que lo llevaría hasta su hogar.

Hacía tres años que había partido de allí para ver mundo, para tener sus propias experiencias y, ahora, regresaba convertido en otra persona.

Cuando el carruaje se detuvo ante la puerta de su hogar en Londres, sintió que se le paralizaba el corazón. Había pensado en el momento de abrazar a su madre y a sus hermanos durante los últimos meses, desde que había recibido aquella carta, pero ahora que el momento estaba tan cerca, sentía que se le quebraba el corazón.

Pensar que entraría en aquella casa y que su padre ya no estaría le llenaba de dolor.

Inspiró hondo, se recompuso y bajó del carruaje.

El mayordomo abrió la puerta, pues había visto que llegaba alguien, aunque claro estaba que no pensaba que fuese él.

Se quedó unos segundos paralizado bajo el marco de la puerta mientras James se acercaba, con los ojos llorosos y sin saber qué decir hasta que, finalmente, hizo una leve reverencia hacia él.

—Duque… —pronunció.

James inspiró hondo al recibir aquel tratamiento, pues aquella distinción implicaba la muerte de su padre, pero no dijo nada al respecto.

El mayordomo se apartó para dejarlo entrar. James miró al interior. Todo estaba tal y como cuando él se había marchado hacía más de tres años. Sintió cómo su corazón se aceleraba mientras el mayordomo cerraba la puerta. Se giró y le sonrió con tristeza.

—¿Y mi madre? —preguntó.

—Se encuentra en el porche trasero, iré a llamarla —le informó.

—No, no… —lo cortó James—, iré yo mismo, gracias.

El mayordomo asintió y lo miró con tristeza.

—Siento… siento mucho su pérdida, duque —pronunció el mayordomo.

Finn, el mayordomo, llevaba toda su vida con ellos y siempre había tenido muy buena relación con su padre. James fue hacia él y situó una mano en su hombro.

—Muchas gracias —respondió con voz lenta. Apartó la mano de Finn y suspiró—. Por favor, ¿puedes avisar a mis hermanos y mi hermana de que he llegado a casa?

—Por supuesto, duque.

—Pero… concédeme una hora antes de informarles.

Finn lo miró y asintió, comprendía que quería tener unos minutos a solas con su madre antes de encontrarse con sus hermanos.

James atravesó el recibidor y se dirigió por el pasillo hasta el salón desde el cual accedió a una salita. Desde allí se podía salir al enorme porche trasero del jardín.

Se quedó paralizado en el interior de la salita, observando la espalda de su madre. Se encontraba sentada en una silla, tomando el té y mirando el pequeño jardín que tenían en aquella vivienda. Obviamente, no era como la gran parcela de su casa de campo, pero le permitía dar paseos y disfrutar de los días de sol en verano.

Llevaba el cabello recogido a la nuca y un vestido de color marrón oscuro.

Dio unos pasos hacia ella, sin decir nada, justo cuando su madre sintió una presencia a su espalda y se giró.

Los ojos de la duquesa se humedecieron al instante al observar allí a su hijo mayor.

—Madre —susurró James mientras ella se levantaba.

James la atrapó entre sus brazos mientras ella descansaba su cabeza en el pecho de él y rompía en llanto. La abrazó fuerte mientras apoyaba su frente en la cabeza de ella e intentaba controlar el llanto.

Sintió cómo su madre se rompía entre sus brazos y cómo convulsionaba con un llanto incontrolable. Margareth, la duquesa de Norfolk, se sujetó con fuerza a él, como si sus piernas fuesen a fallar en cualquier momento. James detectó aquella debilidad y la sujetó con firmeza.

—Tranquila, mamá, ya estoy aquí —susurró.

Su madre gimió más fuerte al escuchar aquellas palabras.

Se separó levemente de él y acarició su mejilla, detectando aquella barba de al menos una semana. Los ojos de James estaban rasos, pero al menos controlaba las lágrimas, aun así, tenía un rostro cansado, ojeroso y desgastado por las numerosas horas de viaje que había tenido que hacer para volver desde la otra parte del mundo.

James besó a su madre en la mejilla y la abrazó de nuevo mientras Margareth también hacía lo propio. Ambos sintieron la pena del otro, pero les reconfortaba aquel ansiado reencuentro.

Pese a que el tiempo ya no era muy frío, la tormenta de los últimos días había enfriado la casa y habían encendido la chimenea de la salita.

Había pasado un largo rato consolando a su madre, abrazándola… hasta que finalmente la duquesa había sacado todo lo que llevaba dentro y habían entrado a la salita cerrando la puerta del jardín.

James había mandado encender la chimenea, pues el interior era bastante más fresco que el exterior, donde comenzaba a lucir el sol, un sol que caldeaba el ambiente.

Se quedó observando las llamas del fuego bailar y miró de reojo el asiento donde su padre siempre se sentaba a leer, le era imposible estar allí sin buscar a su padre.

Su madre tenía un pañuelo de tela entre sus manos con el que iba limpiando sus lágrimas.

—Tendría que haber estado aquí —susurró James con dolor—. Lo siento.

La duquesa negó con dolor, sentada en el asiento.

—¿Qué ibas a saber tú, cariño? —preguntó con dolor—. Nadie se esperaba algo así. —James cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza—. Él… —tragó saliva—, él se encontraba bien, estuvimos paseando aquella mañana en Hyde Park, haciendo un pícnic. Se encontraba estupendamente.

James cerró los ojos intentando controlar sus sentimientos.

—No hay excusa, madre… —continuó notando una pesada carga—. Ha sido demasiado tiempo. Tendría que haber vuelto antes.

Su madre se levantó del sofá y fue hacia él para cogerlo de la mano.

—Hiciste lo que quería tu padre que hicieses… además, no hubieses podido hacer nada.

—Pero podría haberte acompañado estos meses —susurró con dolor.

La duquesa le sonrió con ternura y acarició su mejilla, pues comprendía la carga emocional de su hijo.

—El barón y la baronesa Lennox han estado conmigo —explicó —, y tus hermanos. No he estado sola. Además… —dijo soltando su mano—, he… he preferido estar sola, necesito acostumbrarme a que tu padre ya no esté aquí —susurró—. Necesito mis momentos de soledad, para recordar… momentos de calma. —Inspiró hondo y miró la chimenea—. Me gusta sentarme en soledad y recordar los momentos que pasé con tu padre en cada rincón de esta casa. Eso me da paz. —Le sonrió mientras él la miraba con dolor—. Éramos jóvenes, nos acabábamos de casar hacía unos meses… —explicó—, y una noche de tormenta nos tumbamos frente a la chimenea encendida. —Inspiró hondo—. Aquí mismo… —susurró—, oh, fue una de las noches más mágicas que he vivido nunca.

James enarcó una ceja y se puso erguido.

—Madreee —susurró lentamente con una sonrisilla pícara en sus labios, luego miró hacia abajo, a la moqueta que estaba pisando, resopló y dio un paso atrás.

—¿Qué? —preguntó ella con una sonrisa—. Estos recuerdos son los que me animan —explicó—, los que me permiten seguir adelante. Se ha ido, para siempre, pero al menos el tiempo que hemos estado juntos hemos sido muy felices y lo hemos disfrutado de veras, al final lo que queda es eso, James… —susurró—, el tener recuerdos felices con las personas que amas.

James parpadeó varias veces por la intimidad que acababa de explicarle su madre y situó sus manos en su cintura. Ladeó su cuello hacia su madre y le sonrió.

—¿Algún recuerdo más que quieras compartir ahora conmigo? —bromeó.

Su madre sonrió con tristeza y negó con la cabeza.

—Ahora no, que te escandalizarías. —Margareth se encogió de hombros y James esbozó una sonrisa. La duquesa fue hacia su hijo y lo cogió del brazo, llevándolo hacia el asiento—. Mañana mismo mandaré llamar al administrador de la familia para que traiga la documentación que acredita tu nuevo estatus como duque.

—Mamá, no tengo prisa en…

—Es lo que querría tu padre —lo cortó ella ocasionando que él asintiese—. Sabes que tu padre deseaba que el título se transmitiese de generación en generación para que no se perdiese.

—Lo sé —susurró y dio unas palmaditas en la mano de su madre—. Está bien, madre.

La duquesa tomó su mano, sujetándola, e inspiró hondo. Se quedó unos segundos callada, como si un pensamiento rondase su mente.

—¿Qué harás?

James la miró sin comprender.

—¿Qué haré? ¿A qué te refieres?

Su madre se removió nerviosa.

—Bueno, si… si volverás a marcharte o…

—No voy a marcharme otra vez, madre, me quedaré aquí, contigo y con mis hermanos.

Su madre sonrió y tomó su mano con fuerza, como si hubiese necesitado de su compañía todos aquellos meses en los que había estado fuera, aferrándose firmemente a él, sin decirlo con palabras, pero sí con gestos.

La duquesa asintió con más vehemencia y, finalmente, le sonrió.

—Mañana es el baile de los Middleton —explicó su madre cogiéndose con más fuerza a su brazo—. ¿Crees que podríamos…?

—Madre, creo que este año no es el apropiado para…

—Oh… —resopló—, estas paredes me matan —se quejó—, necesito estar rodeada de gente, distraerme… —suplicó—. Si voy sola al baile o con los Lennox, tal y como me han ofrecido, la gente hablará. Dirá que debería tomarme un año de descanso por el fallecimiento del duque —puntualizó—, sin embargo, si voy contigo… —él enarcó una ceja—, con el pretexto de… —James carraspeó, pues ya sabía por dónde iban los tiros—, de tu vuelta y…

—De buscar esposa, ¿no? —ironizó.

—¡Exacto! —sonrió su madre como si lo felicitase, aunque él hizo un gesto de no estar muy seguro—. Oh, vamos, James… —suplicó de nuevo—, necesito salir de aquí, distraerme, pero la sociedad no lo entiende. Tú puedes ayudarme a escapar un poco de la soledad y a distraerme. Necesito salir de aquí —repitió—. Si acompaño a mi hijo, el actual duque de Norfolk que ha vuelto de su viaje por el mundo, la gente no dirá nada, lo verán como algo normal. Por favor… —suplicó mirándolo a los ojos—, hazlo por tu madre.

James suspiró y asintió lentamente.

—Está bien, mamá, tranquila. —Su madre sonrió—. Enviaré una carta al administrador para que traiga todos los documentos sobre el título nobiliario por la mañana y por la tarde acudiremos al baile de los Middleton. ¿Hace falta que avisemos de que vamos a…?

—Oh, no, no… —dijo su madre—, mejor que no sepan que vamos, que nos vean allí. Será una sorpresa. Así evitaremos habladurías antes de tiempo. Diremos que tenías ganas de acudir al baile —dijo pensativa.

Realmente, su madre parecía agobiada de estar allí en casa sin poder tener distracciones. La comprendía. Era bastante cruel vivir allí encerrada en la vivienda mientras el resto disfrutaba de la temporada, más cuando ella necesitaba una distracción desesperadamente.

—Lo que tú desees, mamá —le sonrió acariciando su hombro.

Su madre lo miró de arriba abajo.

—Te lo agradezco mucho —dijo sonriente—, pero me gustaría que fueses un poco más…

—Me afeitaré y me vestiré correctamente, tranquila. Solo necesito una ducha y unas cuantas horas de sueño —explicó divertido.

Su madre asintió. Pudo ver cómo la tristeza que su madre expresaba con sus ojos se disipaba levemente por el hecho de poder salir y distraerse. Suponía que el estar allí encerrada aumentaba su pena.

Lo tomó del brazo y se dirigió con él hacia la ventana.

—Sé que hay varias debutantes este año que podrían… —James la miró de una forma traviesa—. Oh, no me mires así, hijo… en algún momento me gustaría ser abuela —comentó con una sonrisa —. Ya eres mayor… —continuó situándose ante él y colocando una mano en su pecho—, y eres el actual duque de Norfolk. Sabes que era deseo expreso de tu padre.

—Lo sé, madre… —suspiró—, está bien —pronunció tomando su mano y se la besó.

Su madre sonrió.

No era algo que tuviese en mente en ese momento, casarse no entraba en sus planes para ese año, lo único en lo que había pensado era en viajar y disfrutar de la experiencia, pero suponía que no le haría daño conocer a algunas debutantes y de esa forma hacer feliz a su madre. Al fin y al cabo, la decisión de tomar esposa era sola suya, él contaba con aquel privilegio. No tenía prisa, pero su madre estaba necesitada de distracción y haría lo que fuese por resarcirse de aquellos meses tan duros donde no había estado a su lado.

Las voces de sus hermanos los hicieron girarse hacia la puerta.

—¡James! —gritó Jack corriendo hacia él.

James soltó la mano de su madre y se abrazó con su hermano Jack.

—Madre mía, ¡me marcho tres años y te conviertes en todo un hombrecito! —exclamó James soltándose de su hermano y luego colocó una mano en su nuca para observarlo. Lo miró y le sonrió con ternura. Volvió a abrazarse a él esta vez de forma más emotiva y se acercó a su oído—. Gracias por cuidar de mamá en mi ausencia.

—Todos hemos cuidado de todos —respondió su hermano abrazado con fuerza a James y cerrando los ojos.

Inspiró hondo y se separó. Su hermano Henry, de quince años, esperaba también para fundirse en un gran abrazo con él.

—Henry… —pronunció sorprendido por la altura de este, ya que casi lo igualaba.

—Duque —respondió su hermano mientras lo abrazaba.

—No, no… por favor, no hagáis eso —respondió soltándose de él.

—Pero eres el duque —enfatizó Henry mientras James sentía la mano de su madre en su hombro y asentía.

James chasqueó la lengua, sin saber aún cómo encajar aquel título. Aunque su padre lo había preparado toda su vida y había recibido la mejor educación, el título de duque era algo que había llegado de forma repentina y aún debía hacerse a la idea.

—James —dijo una voz femenina.

James se quedó mirando a la jovencita que tenía ante él.

—¿Nicole Mary? —preguntó dando unos pasos hacia ella. Nicole Mary sonrió divertida mientras lo miraba de forma tímida—. Estás… preciosa… —dijo abrazándola.

Nicole se había convertido en toda una joven delicada, llevaba el cabello castaño claro recogido y sus enormes ojos azul verdoso destacaban entre unas largas pestañas.

La soltó y miró a su madre incrédulo.

—¿De verdad eres mi hermana? —preguntó sin dar crédito. Ella asintió—. Vaya, pues… mmm…creo que he fallado en muchas cosas…

Su madre lo miró sin comprender.

—¿A qué te refieres?

James los miró a todos con una leve sonrisa.

—Había traído regalos para todos, pero… os recordaba más pequeños…

—¿Regalos? —preguntó su hermana entusiasmada.

—Ajá… —Señaló hacia el recibidor—, acompañadme —respondió dirigiéndose hacia la puerta.

Su madre miró a sus hijos con alegría, pues parecía que hacía una eternidad que no sonreían. La llegada de su hermano mayor los había dotado a todos de una gran alegría.

Los tres hermanos y la madre lo siguieron hasta el recibidor donde había varias maletas.

Al lado de las maletas había una bolsa de tela que James tomó entre sus manos.

—Vamos a ver qué hay por aquí… —canturreó ante su familia sonriente—. Para la duquesa y proveniente de la lejana y exótica Constantinopla, un hermoso chal de satén y seda. —Se lo tendió a

su madre que lo miró maravillada. Era un chal que le permitiría dar varias vueltas a sus hombros y tapar su cuello de un color blanco donde había dibujada varias flores en color rosa y azul marino.

—Qué bonito… y qué suave —comentó su madre colocándolo sobre sus hombros.

—Qué bonito —sonrió Nicole Mary.

—Y… —continuó James, aunque sonrió con timidez a su hermana—, lo siento, creo que este regalo ya no te hará tanta ilusión.

Su hermana lo miró divertida cuando extrajo una muñeca de porcelana y la cogió.

—Vaya es… es preciosa.

—La compré en Francia —continuó James avergonzado—, cuando inicié el viaje… —Nicole Mary la cogió—. Ha hecho el mismo recorrido que yo. Todo el viaje.

—Oh —respondió observándola—. Es increíble entonces —sonrió a su hermano—. Muchas gracias, me encanta.

James miró a sus dos hermanos y extrajo dos bolsas pequeñas.

—Os he comprado lo mismo a los dos. Son dos pequeños regalos que espero que uséis en un futuro —explicó.

Su hermano abrió una de las bolsas y sonrió a James con una brújula en la mano.

—¡Guaaau! —exclamó Henry sosteniéndola en su mano. La depositó sobre la mesa y extrajo el otro objeto—. ¿Gemelos? —preguntó sosteniéndolos.

—Exacto —respondió James.

—¿Tiene un grabado?

—Son gemelos realizados en Constantinopla. —Los dos lo miraron—. De oro y esmeralda.

—¿Una esmeralda? —preguntó Jack sorprendido.

Henry les susurró.

—Allí son mucho más baratos —reconoció y les guiñó el ojo con una sonrisa.

—Vaya —dijo Henry—, muchas gracias —pronunció y lo abrazó de nuevo—. Me alegro de que estés aquí de nuevo. Te hemos echado mucho de menos —susurró.

James inspiró hondo y abrazó a su hermano.

—Y yo a vosotros —respondió él.

—Bueno, bueno… —dijo su madre con una sonrisa—, vamos a dejar que vuestro hermano se dé un baño y descanse, vamos… —insistió para que se separasen de él.

James sonrió a su madre y miró el interior de la bolsa, observando un último regalo, aunque no se atrevió a sacarlo de ella. Tuvo que recomponerse y miró a su madre con una sonrisa.

—Sí, necesito un buen baño —corroboró James.

—¿Tengo que trasladarme de habitación? —preguntó Jack en un susurro a su madre.

—No, no, tranquilo, Jack, no te trasladarás. —Todos lo miraron intrigado—. Mmm… tengo pensado mirarme una residencia por aquí cerca.

Su madre lo miró confundido.

—¿Una residencia? Este… es tu hogar —recordó—. Te pertenece por derecho.

James le sonrió.

—Lo sé, madre, y te lo agradezco mucho, pero no voy a quedarme aquí a vivir para siempre. Este es tu hogar, y así seguirá siendo.

Su madre se sorprendió al escuchar aquello, pero acabó sonriendo a su hijo.

—Está bien —aceptó la madre.

—Me trasladaré a una de las habitaciones de invitados hasta que encuentre…

—¿A una habitación de invitados? —volvió a preguntar su madre.

—Eres el duque —insistió su hermano.

—No, por favor… —exclamó. Señaló a su hermano—. Tú quédate la habitación, serán solo unas semanas, y mamá… llevo tres años fuera, he vuelto a casa, ¿qué más da dónde duerma?

Su madre no parecía estar de acuerdo con aquella decisión.

—Vale, pues me quedo con la habitación —intervino Jack de nuevo provocando la mirada enfadada de su madre.

—¡Jack! —se quejó la duquesa.

—Bien, quédatela, por favor… —ironizó James que se descubrió riendo ante la riña familiar. Realmente había echado de menos sus discusiones familiares y aquellas reuniones—. Si me perdonáis, necesito un buen baño y horas de sueño.

—Claro, claro… —respondió su madre apartando a un lado a Jack que celebraba con movimientos de ganador el quedarse definitivamente con la habitación de su hermano—. Mandaré que te suban las maletas.

James se giró y comenzó a subir los escalones.

—Sí, a una de las habitaciones de invitados, por favor —pronunció antes de subir las escaleras y girar la esquina con una sonrisa.

12

James miró a través de la ventana del carruaje.

Su madre iba sentada frente a él con una medio sonrisa en su rostro, aunque no sabía bien cómo identificarla, ¿era de felicidad por poder salir de aquellas cuatro paredes?, ¿era una sonrisa fingida y realmente escondía el dolor que sentía?

Fuese como fuese, sabía que el baile de los Middleton la mantendría entretenida durante varias horas. Una mujer viuda siempre debía guardar un tiempo de luto donde no se la vería aparecer en sociedad, normalmente una temporada. Siempre había pensado que aquello era una tortura para quien lo sufría, y ahora que su madre lo estaba viviendo, más lo pensaba.

Con la excusa de su regreso del viaje y de querer buscar una esposa, su madre podría salir y despejarse, pasar un rato agradable y entretenerse. Después de lo que había pasado aquellos últimos meses, se lo debía.

La mansión de los Middleton se encontraba cerca de su mansión en carruaje, a unos quince minutos. Era preciosa, con un porche espectacular donde los carruajes rodeaban una fuente para entrar y podían salir por el lado contrario.

Al menos, aquella noche parecía que iba a haber buen tiempo y la lluvia los respetaría.

Después de tanto tiempo sin asistir a ese tipo de eventos se sentía nervioso. Cuando había cumplido los dieciocho, de eso hacía ya siete años, sí que había acudido a bastantes fiestas y bailes, y decenas de debutantes se habían acercado a él con la intención de conocerlo, pues era el próximo heredero del ducado de Norfolk, sin embargo, ahora acudía como duque, ¿cómo se comportarían con él? ¿Las mujeres insistirían más que las anteriores veces? Y, sobre todo, ¿cómo se comportaría su madre?

Sabía que la idea de que se casase le entusiasmaba e incluso se iba a aprovechar de llevar a su hijo a los bailes aquellos días con el

pretexto de haber vuelto a Londres tras su largo viaje y la excusa de que buscaba esposa.

Suspiró y miró a su madre que ya se preparaba para ponerse en pie, pues el carruaje ya se detenía ante el inmenso porche. Solo esperaba que no se armase mucho jaleo por encontrarse allí. Estaba seguro de que los Middleton estarían encantados y agradecerían la visita de los duques, de hecho, para ellos sería todo un honor, pero esperaba que el resto de la sociedad encajase bien el hecho de que la duquesa viuda hacía apenas tres meses volviese a la vida social.

Cuando la puerta del carruaje se abrió, salió él primero y tendió su mano a su madre para ayudarla. La duquesa se había ataviado con un vestido sobrio de color azul marino oscuro, de aquella forma daba a entender su luto.

El carruaje se alejó y subieron las escaleras hacia el enorme porche. Se detuvo cuando escuchó a su madre suspirar.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

Su madre asintió e inspiró hondo.

—Estoy muy bien —dijo simulando una sonrisa.

Él la miró unos segundos.

—Cuando quieras marcharte basta con que me lo digas y nos iremos.

—De acuerdo —asintió la duquesa.

En la entrada había un mayordomo que los saludó con la cabeza nada más entrar. Caminaron sobre la moqueta de color rojo que daba un aspecto elegante al lugar. El largo pasillo tenía grandes jarrones de flores y de las paredes colgaban hermosos tapices y cuadros.

Se detuvieron tras una pareja que iba a ser anunciada y sintió cómo el brazo de ella se apretaba más al suyo. No sabía si su madre se estaría arrepintiendo de su decisión o simplemente estaba nerviosa.

—Estoy nerviosa —le aclaró ella.

—De acuerdo, mamá. Tranquila —le susurró él antes de dar un paso hacia delante.

La música sonaba en aquel momento y varias personas bailaban en aquel salón. Por lo que intuía desde allí, había varios salones

distribuidos por la mansión donde los invitados podían bailar, tomar una copa o simplemente charlar sentados.

El mayordomo se acercó a ellos, aunque reconoció a la duquesa y la miró sorprendido.

James intervino de inmediato.

—Anuncie que lady Margareth Howard, duquesa de Norfolk, y lord James Robert Howard, onceavo duque de Norfolk, se encuentran aquí —indicó.

—Por supuesto —pronunció el mayordomo con una reverencia.

El mayordomo dio unos pasos hacia delante y se aclaró la voz.

—Lady Margareth Howard, duquesa de Norfolk, y lord James Robert Howard, onceavo duque de Norfolk —anunció.

La música no cesó, pero sí se escuchó cómo el nivel de ruido de las conversaciones descendía, sobre todo los cercanos a la puerta que se giraron directamente para observar, asombrados de ver a los duques allí.

James tiró de su madre, la cual tenía el mentón alzado, demostrando seguridad en cada uno de sus pasos. Se dio cuenta de cómo todos miraban asombrados y comenzaban a cuchichear, aunque sintió alivio cuando escuchó que los comentarios eran sobre él, no sobre su madre.

—¿El duque? —escuchó que susurraba una mujer—. ¿Ya ha vuelto de su viaje?

—No sabía nada.

—¡Qué sorpresa! ¡El duque!

Era mucho mejor así, su madre ya había hecho bien en pedirle que le acompañase, sabía que toda la atención se centraría en él. Sin duda era buena estratega.

Su madre se acercó a él con una sonrisa tímida.

—Ya sabía que causarías sensación —le susurró, él chasqueó la lengua con un gesto cómico—. Mira… —comenzó—, a ver cuánto tarda en acercarse lady Sophia Henderson con su hija, lady Elizabeth. Se presentó en sociedad el año pasado y, por lo que sé, tuvo varios pretendientes, pero no sé la causa por la que finalmente no hubo ninguna propuesta firme de matrimonio —respondió mirando en aquella dirección—. Mira, ya se acercan.

James no supo a quién se refería, pues vio a varias personas acercarse disimuladamente. Estaba claro que todos tenían ganas de conversar con él y con su madre, sobre todo las madres de hijas debutantes y casaderas.

—Duquesa —comentó la mujer que llevaba de su brazo a su hija—, es un placer verla por aquí.

—Lady Henderson, lo mismo digo. —Sonrió—. Mi hijo volvió ayer de viaje y ha insistido en que quería que le acompañase —respondió como si nada, aunque James la miró de reojo.

Al no recibir respuesta, su madre le dio disimuladamente con el codo, provocando que respondiese.

—Sí, no quería que estuviese sola, prefiero que se mantenga distraída y en buena compañía.

—Ya ve, mi hijo, el actual duque de Norfolk, se preocupa mucho por mí y me obliga a mantenerme entretenida —respondió su madre con una mirada llena de ternura hacia su hijo. James acarició la mano de su madre con un gesto de cariño—. Oh, y ¿dígame?, ¿quién es esta jovencita?, ¿es su hija? —preguntó la duquesa que parecía estar deseando entrar en el juego de emparejar—. No nos habían presentado en persona.

—Sí, duquesa, le presento a mi hija, lady Elizabeth.

La muchacha de cabello cobrizo y ojos marrón claro era una joven bonita y de gestos refinados que hizo una leve reverencia.

—Oh, duquesa, es un placer conocerla al fin —respondió emocionada. La duquesa sonrió, pues la muchacha derrochaba felicidad por cada poro de su piel—. Primero, quiero decirle que lamento muchísimo la muerte del duque, creo que ha sido una gran pérdida y todo aquel que lo conocía habla maravillas de él. —La duquesa se emocionó al escuchar aquellas palabras que lady Elizabeth pronunciaba con tanta ternura—. Y me alegro mucho de que haya venido, una mujer debe tener derecho a distraerse y a seguir con su vida social, me parece muy valiente por su parte.

La duquesa alzó el mentón con orgullo ante aquellas palabras, sintiéndose reconfortada por lo que Elizabeth pronunciaba.

—Muchas gracias, querida —susurró la duquesa—, lo cierto es que ha sido mi hijo quien me ha arrastrado hasta aquí —exageró la

pena—, pero se lo agradezco mucho. Es cierto que una mujer necesita distraerse para no sentir tanto la pena que te embarga cuando uno de los pilares de su vida se marcha. —Tragó saliva y tuvo que apretar los labios, pues se emocionaba al decir aquello.

—Madre —pronunció James—, ¿un poco de agua? —preguntó soltándola y acercándose al camarero.

—Por favor —respondió la duquesa que tomó la copa y dio un trago—. Lady Elizabeth, permítame que le presente a mi hijo, James Robert Howard, onceavo duque de Norfolk —explicó.

Lady Elizabeth se giró hacia él y realizó una reverencia.

—Es un placer, duque —comentó.

James asintió con la cabeza y le sonrió agradecido por la forma en la que había tratado a su madre y por sus palabras.

—Igualmente, lady Henderson.

—Supongo que ahora que ha vuelto de su viaje por el mundo lo veremos más en sociedad.

James miró de reojo a su madre poner ojos de cordero degollado, sí, estaba claro que su madre quería volver a estar en todos los bailes y escapar de aquella casa.

—Claro, por supuesto. Le he pedido a mi madre que organice mi agenda. —Su madre sonrió y asintió rápidamente—. Llevo mucho tiempo fuera y ya va siendo hora de que vuelva a mis obligaciones. —Su madre le apretó el brazo agradeciéndole aquel gesto a su hijo y le entregó la copa de agua vacía—. ¿Más, madre?

—No, gracias —respondió y miró a lady Elizabeth y a su madre —. Un placer verla, lady Sophia, y un placer conocer a su hija, es encantadora. —La muchacha sonrió avergonzada—. Estoy segura de que nos iremos viendo por aquí.

—Será todo un placer —respondió Sophia agachando su cabeza de nuevo, igual que su hija.

Los rodearon y siguieron caminando.

—Oh, hijo mío… —susurró emocionada—, tengo un montón de invitaciones que debo ordenar y hacer un listado con ellas. Muchas gracias por traerme.

Su hijo le sonrió atrayéndola hacia él en señal de cariño.

—Para todo lo que necesites, estaré aquí —respondió.

—La familia Henderson es dueña de una prestigiosa empresa textil —explicó. James asintió—. Y solo tienen esa hija —continuó—. Es una mujer a tener en cuenta —dijo mientras daba unas palmaditas en su brazo.

James chasqueó la lengua, pero no dijo nada al respecto, no iba a quitarle a su madre aquella ilusión.

Entre la multitud dos personas destacaron. Esta vez James sí sonrió y arrastró a su madre hacia ellos. Lady Jacqueline y su marido lord Lennox iban hacia él con una mezcla de incredulidad y felicidad por verlo allí.

—¿Duquesa? —preguntó Jacqueline acercándose a ella, aunque fue tanta la alegría que sintió por verla allí que en vez de hacer una reverencia la abrazó con cariño. La duquesa se aferró a ella con firmeza, era su amiga desde muy joven y había estado en los momentos más duros con ella—. Cuánto me alegro de verla —dijo haciendo una reverencia una vez se soltó de su abrazo. Luego giró su cabeza hacia James con un gesto de incredulidad y esta vez sí hizo una reverencia—. Duque, qué alegría que esté de vuelta.

Lord Lennox también hizo una reverencia hacia él y le tendió la mano para estrecharla. Luego, con la confianza que le caracterizaba y que no pudo reprimir, situó una mano en su hombro y le dio una palmadita.

—Te echábamos de menos, muchacho —rio.

James le sonrió también y colocó una mano también en su hombro.

—Me alegro muchísimo de veros —dijo con una gran sonrisa—. Primero de todo, quiero agradeceros que hayáis cuidado de mi madre como lo habéis hecho.

Lady Lennox negó con la mano.

—A tu madre la considero como mi hermana, ya lo sabes —dijo tomándola del brazo mientras la duquesa apoyaba su cabeza en el hombro de ella en señal de cariño—. Eso no tienes ni que agradecerlo.

—Tendrás que contarnos muchas aventuras de tu viaje.

—Por supuesto —asintió James.

—¿Te fueron bien mis mapas?

—Estupendamente. Organizábamos las rutas gracias a ellos —explicó.

—Y, ¿hasta dónde llegaste?

—Hasta Anatolia —contestó—. Concretamente fuimos a Constantinopla.

—Impresionante, ¿verdad?

—Increíble —le dio la razón James.

Lord Lennox suspiró.

—Me quedé a pocos días de llegar y con ganas de visitarla —confesó Edward.

—Sin lugar a dudas, la mejor parte del viaje. París estuvo bien, e Italia… pero nada es comparable a la gran Constantinopla. Me hubiese gustado llegar hasta Egipto y ver las pirámides… Quizá en otro momento.

Jacqueline lo interrumpió.

—Bueno, veo que los hombres ya tienen tema de conversación —rio—. Si no os importa, la duquesa y yo vamos a dar un breve paseo por el salón y el jardín.

Su madre se sujetó con fuerza al brazo de su amiga y asintió.

James se acercó a ella un segundo.

—Cualquier cosa que necesites, hazme llamar —le susurró.

—Tranquilo, hijo, estoy bien —lo calmó con una sonrisa.

Vio alejarse a su madre tomada del brazo de lady Lennox. Se quedó más tranquilo cuando varias mujeres la rodearon muy sonrientes y comenzaron a hablar con ella.

—Ha sido muy difícil, pero la duquesa es más fuerte de lo que imaginaba —comentó Edward.

James lo miró y asintió.

—Siento no haber estado aquí —pronunció pensativo.

—Nadie podía predecir que algo así pasaría —comentó Edward colocando una mano en el brazo de James, pues parecía que este tenía cargo de conciencia—. Nadie —insistió.

James apretó los labios y suspiró.

Sabía que Edward tenía razón, pero eso no evitaba que él se sintiese mal.

Lord Lennox le tendió una copa de vino a James, el cual la aceptó de buen grado.

—Explícame, ¿qué tal el viaje? Comenzaste por París, ¿verdad?

James asintió mientras daba un sorbo a su copa.

—Sí, París.

—Y, ¿qué tal? —preguntó con una sonrisa picarona, pues estaba claro que también había disfrutado de los encantos de aquella ciudad.

James lo miró gracioso y ladeó su cuello.

—Lord Lennox, no sé por qué tengo la impresión de que ambos hemos disfrutado de los encantos de la ciudad, aunque debo confesar que eso no fue lo que más me agradó. Me gustaron los monumentos, el hablar con artistas de la calle, el descubrir el arte… —Edward enarcó una ceja y comenzó a reír, lo que provocó que él también riese—. Una ciudad muy pintoresca y entretenida.

Lord Lennox elevó sus dos cejas repetidas veces.

—Sobre todo entretenida.

No recordaba que fuese tan divertido volver a la vida de Londres. Realmente lo recordaba como veladas lentas, donde los minutos pasaban lentamente y donde su madre se esforzaba por presentarle a todas las mujeres y debutantes de aquella temporada.

Aquella vez estaba siendo mucho más entretenido. Todos se acercaban, no solo para presentarse, sino también para conocer los detalles de su viaje, así que, sin esperarlo, se veía rodeado de hombres ansiosos de conocimiento.

—Mi buen amigo, lord Óscar Lamb, podrá relataros mucho mejor esos ambientes —rio—. Me aseguraré de que en el próximo baile asista.

—¿Cómo son las mujeres de Constantinopla? —preguntó un joven—. Uno de mis primos estuvo unas semanas allí y dice que eran preciosas.

—Me cruzaba con ellas por la calle y puedo confirmar lo que su primo le relata —contestó.

—Y… duque, ¿piensa tomar esposa esta temporada? ¿Entra en sus planes? —preguntó un joven.

—No me cierro en banda —respondió.

—Hay buenas debutantes… —dijo otro.

—¿Ya le has echado el ojo a alguna, John? —bromeó otro de los chicos que se encontraba reunido con él.

John hizo un gesto de no estar muy seguro, pero luego les señaló con la cabeza hacia una de las mujeres.

—Lady Ada Abernathy —indicó. James siguió la mirada de aquel hombre, topándose con una mujer de cabello negro, recogido en un moño alto y unos enormes ojos ámbar.

—Tienes buen gusto, creo que no eres el único que le ha echado el ojo —bromeó otro de los chicos.

En ese momento, James aguantó la respiración. Llevaba horas allí y no la había visto hasta ese momento, de hecho, con los acontecimientos de los últimos días ni siquiera se había acordado.

Se fijó en aquella sonrisa tan tierna, en sus enormes ojos azules y sus cabellos recogidos a su nuca, con unos tirabuzones cayendo por los lados. Llevaba un vestido color crema con un cinturón ancho azul que resaltaba su espléndida figura.

—Si me disculpan —pronunció James alejándose de aquel grupo.

Mientras James se alejaba, todos asintieron para seguir con la conversación que los mantenía absortos.

Fue esquivando a varias personas mientras el sonido de la música llegaba hasta él y cruzaba la puerta al siguiente salón, donde había visto aquel amistoso rostro entre todos los que se encontraban allí.

Se detuvo a unos metros de ella y sonrió. Estaba distinta, aquellos últimos tres años habían esculpido su rostro y sus curvas. Ya no era la niña de diecisiete años que había visto por última vez hacía más de tres años, se había convertido en una mujer hermosa con unos rasgos extremadamente tiernos.

Cassandra sintió una mirada sobre ella y miró de reojo, aunque no pareció ser consciente de quién se trataba.

James se acercó mientras las amigas de Cassandra parecían ponerse tensas y comenzaban a susurrar.

—El duque —dijo una—, está aquí.

Cassandra la miró sin comprender.

—El duque, el duque… —continuó la otra con movimientos nerviosos.

Ella las miraba cada vez más confundida.

—¿Qué duque?

James se situó a su espalda y carraspeó.

—*My lady* —pronunció con tono grave y divertido.

Cassandra puso su espalda recta al reconocer aquella voz. Solo él se había atrevido a llamarla de aquella forma. Se giró con una sonrisa en sus labios y lo miró. Seguía igual que siempre, aunque había ganado en corpulencia, además, su rostro era más masculino.

Lo miró con los ojos muy abiertos mientras sus labios se curvaban cada vez más.

—¿James? —exclamó asombrada. James miró hacia los lados sorprendido porque Cassandra abandonase el protocolo tan fácilmente. De repente, dio un brinco al darse cuenta e hizo una reverencia rápidamente—. Duque… duque… —se rectificó.

En ese momento se dio cuenta de que todos la miraban asombrados, pues la gran mayoría de los que les rodeaban habían escuchado cómo ella lo llamaba por su nombre de pila.

—Lady Cassandra —respondió él con una bonita sonrisa, luego carraspeó demostrando su incomodidad con respecto a que todo el mundo los mirase.

Todos se removieron nerviosos, incluso las amigas de Cassandra que miraron de un lado a otro, disimulando.

Ella miró a un lado, observando asombrada cómo todos reaccionaban rápidamente ante la incomodidad del duque y enarcó una ceja en su dirección. James se dio cuenta de que parecía nerviosa de estar allí con él y de que todos los observaban.

Para ella no era solo el duque, era el niño con el que había crecido, con el que había jugado, el que le había propiciado incontables horas de estudio gracias a los libros que le prestaba, con quien se había mandado correspondencia durante los últimos años explicándole sus aventuras…

Cassandra le sonrió con timidez, intimidada por estar rodeada de tantas personas que los observaban.

—¿Cuándo llegó a Londres, duque? —preguntó sujetando sus manos por delante de su vestido. Intentaba mantener sus gestos tranquilos, aunque él detectaba su sonrisa de felicidad por verlo allí.

—Ayer —respondió—. Fue un viaje largo y tedioso, pero finalmente ayer llegué a Londres.

Ella asintió.

—Me alegro mucho de su regreso… —Aunque luego rectificó al caer en la cuenta de la causa por la que había vuelto—. Disculpe, no es que me alegre de…

—La entiendo perfectamente —respondió James tranquilizándola, mirando de reojo a las personas que seguían observándolo.

—Lamento profundamente la muerte de su padre, era un gran hombre —susurró con dolor—. Usted sabe que lo apreciaba muchísimo.

Él asintió con ternura.

—Lo sé. —Apretó los labios e intentó controlar sus sentimientos —. Gracias por cuidar tan bien de mi hermana. Lady Nicole Mary me explicó que han pasado muchas horas juntas.

Ella le sonrió y asintió.

—Sí, nos trasladamos a la casa del campo unas semanas y estuve con ella y, bueno, ahora una o dos veces a la semana vamos en compañía de las doncellas a tomar el té juntas al salón del té —le informó con una sonrisa.

Él se la devolvió y suspiró al darse cuenta de que seguían observándolos. Por el amor de Dios, ¿ni tan siquiera podían hablar con tranquilidad? Llevaba sin ver a su mejor amiga más de tres años y lo único que le apetecía era intercambiar unas palabras con ella en la intimidad, ponerse al día, pero allí era imposible, se sentía observado, incluso juzgado, por todos los allí presentes.

James inspiró y dio un paso hacia ella. Luego le tendió su mano.

—¿Me concede un baile, lady Cassandra? —preguntó directamente y miró de soslayo, dándole a entender a ella que estaba cansado de que los observasen.

Ella le sonrió y asintió tendiéndole también su mano.

—Será un placer —contestó ella lentamente, indicándole que también la incomodaban todas aquellas miradas.

El rumor de los cuchicheos los rodeó, aunque intentaron ignorarlo.

James la llevó hasta el centro de la pista donde había muchas más parejas preparadas para iniciar el baile y sujetó su mano con delicadeza, luego la miró con una gran sonrisa.

—Al fin un poco de intimidad, mi lady —bromeó él.

Ella rio y asintió.

—Sí, es un poco… intimidante que todos te miren sin pestañear.

James asintió levemente mientras se acercaba para tomar posición antes de iniciar el baile.

No pudo evitar sonreír cuando se topó con aquellos enormes ojos azules que lo miraban con cariño, aquella sonrisa le hizo recordar cuando ella era pequeña y corría por la parcela de su vivienda de campo tirándole barro.

—Estás preciosa… y cambiada. —Ella abrió los ojos al máximo al recibir aquel cumplido y pestañeó varias veces un poco avergonzada —. Oh, vamos, Cassandra… ¿ahora te sonrojas?

Ella ladeó su cabeza y enarcó una ceja.

—Realmente no —puntualizó divertida—, es lo que llevo ensayando estos últimos tres años. Me sale de forma instintiva. — James sonrió antes de colocar una mano en su cintura y, finalmente, dar un paso hacia delante al compás de la música. Ella lo miró recorriendo su rostro—. Tú también estas cambiado, duque.

Él cerró los ojos y negó.

—Por favor, no me llames así… solo James —recordó.

—No, ni hablar. —Él enarcó una ceja—. No puedo llamarte James o todo el mundo comenzará a hablar.

—Pues que hablen —respondió como si no le importase.

—Al menos en público, a mí sí me importa lo que hablen — contestó.

James chasqueó la lengua mientras la soltaba y cada uno daba una vuelta sobre sí mismo, luego volvían a mirarse y giraban el uno con el otro, tomándose las manos.

—¿Ningún pretendiente aún? —preguntó gracioso.

Cassandra suspiró.

—Pues lo cierto es que tengo alguno… —respondió divertida.

—Ah, ¿sí? —preguntó sorprendido.

—Sí —continuó con una sonrisa, aunque sin dar ninguna explicación más.

James la miró de la cabeza a los pies, sorprendido con aquel dato. ¿No se lo había explicado por carta? Aunque, bueno, la última carta que había recibido por su parte era de meses atrás, ni siquiera se había iniciado la temporada. Sentía curiosidad. Iba a preguntarle de quién se trataba, aunque sabía que no era lo más oportuno, cuando Cassandra lo interrumpió.

—Explícame, ¿cómo ha ido el viaje? Me encantaba recibir tus cartas, muchas gracias por los dibujos.

—No hay de qué —respondió mientras se detenían y él echaba su mano hacia delante para tomarla y dar unos pasos a un lado y a otro—. No te voy a engañar, ha sido increíble.

—Sé que no es apropiado para una señorita, pero… qué envidia —susurró divertida—. Ojalá pudiese ver yo todos los lugares que has visitado, empaparme de todas esas experiencias… —anheló—. Debe de ser maravilloso. Explícame tus experiencias. ¿Qué es lo más hermoso que has visto?

Dieron otra vuelta sobre sí mismos y luego ella se quedó quieta para que él la rodease.

—Ha habido muchas cosas hermosas —respondió situándose de nuevo ante ella y poniéndose firme para que esta vez ella lo rodease a él cogiéndose el vestido—. París es hermoso, es una ciudad llena de vida y entretenimiento. Roma es majestuosa y Constantinopla totalmente diferente a lo que conocemos.

—¿No llegaste a Egipto? —preguntó con curiosidad.

—No —dijo tendiéndole la mano otra vez para dar unos pasos hacia un lado y hacia el otro—, me llegó la carta de mi madre a unas semanas de partir hacia allí.

Ella asintió con tristeza y tragó saliva mientras apartaba la mirada de él.

—¿Tienes intención de volver… volver a marcharte? —preguntó soltando su mano y dando una vuelta.

—De momento, no. —Suspiró—. Mi madre se ha empeñado en que siente la cabeza y me establezca aquí. Lo hace de forma disimulada —explicó gracioso—, pero la conozco demasiado bien como para no saber lo que pretende.

Ella sonrió.

—¿Y vas a hacerlo? —preguntó divertida.

—No estoy muy seguro.

—¿Vas a buscar a una duquesa? —bromeó.

—Es posible —confirmó—. Por lo pronto, acompañaré a mi madre a los bailes de esta temporada. Hoy ya me ha presentado a unas cuantas debutantes. Está emocionada con ello.

—Vaya.

—Y también me ha mencionado que quiere ser abuela, así que no es difícil hacerse a la idea de lo que pretende.

Ella sonrió.

—Tienes una ardua tarea por delante —respondió ella situándose al lado de él para tomarse de nuevo de la mano.

—No tanto —respondió mientras soltaba su mano y volvía a dar una vuelta sobre sí mismo—. El matrimonio solo es un contrato —dijo con indiferencia.

—Ah, sí, es verdad… tu indiferencia hacia el matrimonio —recordó ella y rio—. Sin embargo, para mí es todo lo contrario —comentó.

—¿Has cambiado de opinión y quieres casarte? —preguntó sorprendido.

—No, yo no he dicho eso, solo que cuando me case lo haré por amor —explicó, tomó su mano y cuando él la acompañó dando una vuelta se fijó en que ambos eran el objeto de las miradas de casi todos los presentes.

James también fue consciente de ello, pues Cassandra tenía una mirada incómoda.

—No te preocupes, siempre es lo mismo. Haz como si no estuviesen —comentó sin darle importancia.

—Usted, duque… —siguió ella—, estará más acostumbrado a ser el objeto de las miradas de todos, yo no. Esta es mi tercera temporada y hasta ahora había pasado desapercibida.

—¿No me has dicho que tenías pretendientes? No pasarás tan desapercibida —comentó.

Ella enarcó una ceja y negó con la cabeza.

—Sí lo hago, no me gusta ser el centro de atención —admitió.

—Difícil si bailas conmigo —bromeó James.

—Sí, creo que a partir de ahora no bailaré más. Un grave error por mi parte —bromeó.

James le sonrió también justo cuando el baile acabó.

Le ofreció su mano y ella la tomó, situándola sobre su palma. Caminaron en dirección a donde se encontraban las amigas de Cassandra mientras ella miraba de reojo a todos los que los observaban.

En ese momento, ambos se dieron cuenta de que lady Elizabeth Henderson daba unos pasos hacia delante, como si se quisiese acercar al duque. Al menos, el resto de mujeres eran más disimuladas.

—¿Conoces a lady Elizabeth Henderson?

James giró su cabeza para observar que se acercaba disimuladamente.

—Sí, me la han presentado antes. Parece una muchacha agradable. —Cassandra hizo un gesto de no estar muy segura, en ese momento recordó que su madre le había explicado que todos pensaban que iba a recibir una petición de matrimonio, pero al final no fue así—. ¿Ocurre algo?

—Ten cuidado con ella —le susurró. Él la miró sin comprender—. Lady Elizabeth está desesperada por casarse, tanto que dicen… —enfatizó—, que se insinuó a lord Hamilton, el que la pretendía y dueño de una de las mayores constructoras de Londres, para formalizar el matrimonio lo antes posible. Lord Hamilton, al ver el comportamiento de ella y aún indeciso sobre si pedirle o no matrimonio, se alejó. Al menos… —acabó situándose ante él—, eso es lo que dicen.

James miró de reojo en dirección a Elizabeth y luego sonrió a Cassandra.

—Gracias por la advertencia, la tendré en cuenta. —La miró intrigado—. ¿Estás enterada de todo sobre las debutantes y las

familias? —rio divertido—. Mucho ha cambiado mi lady —acabó sonriente.

Ella soltó su mano y le hizo un gesto gracioso.

—Duque, durante estos más de tres años que usted ha estado fuera…

—No quiero que me llames duque —insistió.

Ella se encogió de hombros.

—Debía entretenerme con algo —acabó diciendo. Miró a la espalda de James donde unos metros por detrás su madre, la duquesa, hablaba con una mujer que parecía querer presentar a su hija al duque—. Creo que usted estará también muy entretenido —rio. Él enarcó una ceja al no comprender lo que le decía. Directamente, Cassandra le hizo una leve reverencia—. Me alegro de que haya vuelto… James —le susurró. Directamente se giró y se alejó lentamente de él para acercarse a sus amigas.

James suspiró y, en ese momento, comprendió la insinuación de Cassandra, pues sintió la mano de su madre en su brazo y se giró.

—James, querido… —su madre estaba acompañada de una mujer y su hija. Él sonrió un poco avergonzado—, quiero presentarte a una gran amiga, lady Dawson y su preciosa hija Ethel Dawson.

¿Preciosa? Pensó James, el cual miró de reojo a su madre, aunque rápidamente asintió a su madre con la cabeza aceptando la presentación.

13

El Hyde Park era el mayor de los cuatro parques reales en el que se encontraban dos lagos, el lago Serpentine y The Long Water.

El año anterior había albergado una Gran Feria durante el verano de 1814 para celebrar la visita a Inglaterra de los soberanos de la Sexta Coalición, que exhibió varios pabellones y espectáculos. La batalla de Trafalgar fue recreada en el Serpentine y mientras la flota francesa se hundía en el lago, una banda tocaba el himno nacional.

Ella no era muy amante de aquellos espectáculos belicosos, pero lo había pasado bien junto a sus padres y amigas.

Era un enorme parque, precioso, lleno de árboles y de praderas donde poder pasear por sus caminos de piedra o bien tomar un pícnic tumbados en la hierba o al lado de uno de los lagos.

Cassandra observó las barcas de las familias que navegaban por el lago.

Era un bonito día, aunque hacía un poco de viento. En comparación con las anteriores jornadas, el tiempo había mejorado mucho.

Se había puesto un vestido de manga larga, pero fino, de color violeta con rayas blancas en vertical y llevaba un chal del mismo color oscuro que el vestido con el que protegía sus hombros.

Cassandra miró a su padre y suspiró, armándose de paciencia. Sabía que lo hacía con toda la buena intención del mundo, pero ella no deseaba eso.

—Papá, por favor… —dijo apartando la mirada de él.

—Es un buen hombre, Cassandra —continuó su padre—, Stephen Byron Levenson-Gower es el tercer conde de Granville. Es compañero mío en la Cámara de los Lores, es un buen hombre. Deberías darle una oportunidad. —Ella suspiró—. Mañana vendrá a cenar con nosotros, tiene interés en conocerte, le he hablado mucho de ti.

—Papá… —se quejó ella.

Él la señaló.

—Es tu tercera temporada y ni te planteas buscar un marido…

—Eso no es así… yo… —chasqueó la lengua—, solo quiero casarme por amor, pero el amor no ha llegado aún —acabó bromeando.

Su madre negó con la cabeza.

—Cassandra, si no encuentras marido, en breve serás considerada una solterona —acabó diciendo con desdén. —Ella la miró de la cabeza a los pies—. No me mires así, la gente habla —acabó susurrando.

Cassandra cerró los ojos y negó.

—No puedo creer que digas eso —le susurró—. Tengo solo veintiún años —le recordó.

—Y ya deberías estar casada —comentó su madre de nuevo. Suspiró y situó una mano sobre su brazo—. Sabes que si por nosotros fuese te daríamos todo el tiempo del mundo, pero a medida que pasen las temporadas será más difícil que encuentres un marido.

—Dale una oportunidad al conde —insistió su padre—. Es un buen hombre, de verdad. Sabes que yo jamás te entregaría a un hombre si no supiese realmente que te va a tratar como te mereces.

—Y serías condesa —aplaudió su madre. Luego cogió una de las galletas que había sobre el mantel y la mordió—. Imagínate. Cassandra Byron Levenson-Gowen, condesa de Granville.

Cassandra enarcó una ceja.

—No, ni hablar. Es demasiado largo el apellido, sería imposible aprendérmelo. —Su madre la miró fijamente y al final ella suspiró—. Está bien —susurró poniendo los ojos en blanco.

—Señorita Cassandra Lennox, sabe que odio ese gesto —la riñó su madre lentamente.

—Perdón —se excusó ella y resopló.

—¡Cassandra! —volvió a quejarse.

—Lo siento —acabó diciendo ella—, es que… preferiría ser yo la que…

—Ya, pero no estás por la labor —intervino su padre—. Cuando me dijiste que no te obligase a casarte con el primero que te lo pidiese estuve de acuerdo, pero pensaba que te emplearías a fondo y que te enamorarías de alguien o, al menos, que algún caballero suscitaría tu interés. —Ella bajó la mirada mientras inspiraba hondo —. A todos los hombres que han intentado acercarse a ti los has echado de tu vida.

—Yo no los he echado —pronunció ella quejándose—, simplemente no… no eran de mi agrado —acabó susurrando.

—Quizá deberías conocerlos mejor —intervino su madre de nuevo—. El año pasado, lord Bristol era un hombre respetado y amable, estaba muy interesado en ti —le recordó—. Y solo aceptaste dos bailes con él, luego te ibas escondiendo. —Ella chasqueó la lengua—. Debes empezar a tomarte en serio esto de encontrar marido, si no acabarás soltera como la tía Victoria.

—¿Y qué hay de malo? —preguntó—. Ella es feliz así.

—Oh… Edward —llamó la atención de su marido al escuchar la respuesta de su hija.

Su padre negó con la cabeza en dirección a su hija, dándole a entender que eso no era una opción.

—¿Cuándo voy a poder ir a verla? —preguntó Cassandra—. Me gustaría ir.

Esta vez su madre fue quien suspiró, aunque con cierto disimulo.

—Nosotros no viviremos eternamente —pronunció su madre—, necesitamos saber que estarás bien y que…

—Mamá —se quejó, luego le sonrió divertida—. No te preocupes tanto, de verdad. Además, también tienes a Sophie y a Thomas —hizo referencia a sus dos hermanos—. Queda esperanza con ellos —bromeó señalando con la cabeza hacia ellos que estaban sentados a unos metros de distancia.

Su madre apretó los labios intentando reprimirse, aunque desvió la mirada hacia el lado y sonrió directamente poniéndose en pie.

—Mira, ya están aquí —dijo feliz, cambiando totalmente su tono de voz.

Cassandra se giró y observó a la duquesa viuda de Norfolk con el duque y sus tres hermanos: lord Jack, lord Henry y lady Nicole Mary.

Bien, al menos ahora podría dejar aparcado el tema de sus pretendientes.

Todos se pusieron en pie cuando se acercaron a ellos.

—Duquesa —pronunció Jacqueline acercándose a ella. Le dio un abrazo y luego hizo una reverencia hacia ella y hacia James, el actual duque de Norfolk.

James miró directamente a Cassandra y la saludó con una sonrisa.

—Duque —respondió ella con una sonrisa mientras hacía una reverencia. Él enarcó una ceja. Estaba claro que no le gustaba mantener aquel formalismo con ella.

—Lady Lennox —respondió con tono grave y gesto molesto.

—Hace un día precioso —dijo la duquesa con una sonrisa.

—Sí, creo que hoy es el mejor día que hemos tenido en mucho tiempo —respondió la baronesa.

Cassandra miró de reojo a sus padres y a la duquesa, y luego a lady Nicole Mary. Aquella era su oportunidad para escapar lo antes posible de allí y evitar conversaciones inoportunas sobre sus temporadas y la creciente necesidad por parte de sus padres de que ella encontrase un marido.

—Lady Nicole —dijo ella dando un paso en su dirección—, ¿quiere dar un paseo?

—Me encantaría —respondió ella con una gran sonrisa y miró a la duquesa, su madre, la cual se sentaba en un asiento que habían traído para ella.

La duquesa miró con una sonrisa a su hija y luego a Cassandra y asintió directamente. Le gustaba ver a su hija sonriente, siempre que quedaba con Cassandra mejoraba su estado de ánimo. Pese a la diferencia de edad, se habían hecho muy amigas desde la muerte de su padre, era como si su hija hubiese encontrado en ella la hermana que no había podido darle.

—Por supuesto, divertíos mucho, pero id con cuidado —pronunció la duquesa con una sonrisa.

James miró a Cassandra y a su hermana y miró también a su madre que se giraba hacia los Lennox.

—Si me lo permitís, os acompañaré —se ofreció James.

Cassandra lo miró y se encogió levemente de hombros, aceptando su proposición, aunque ambos se giraron hacia la duquesa.

—De acuerdo —contestó Margareth—, Beatrice, por favor, acompáñalos.

¿La doncella de lady Nicole? Normalmente, cuando daban un paseo cercano no iban acompañadas.

—Si, Johanna, por favor, ve con Beatrice —propuso lady Lennox, la madre de Cassandra, pidiéndole también a su doncella que los acompañase.

—¿Qué? —preguntó Cassandra sin dar crédito, mirando de reojo a James, el cual parecía aún más sorprendido que ella—. ¿Por qué? —preguntó sin comprender.

La duquesa y la baronesa se miraron de reojo con condescendencia, como si aquella pregunta por parte de ella fuese estúpida.

—Madre, por favor… —se quejó James ante la insinuación de las dos mujeres—, creo que la virtud de Cassandra está protegida conmigo. No hacen falta las doncellas.

Cassandra lo miró a él, escudriñándolo de la cabeza a los pies.

—¿Virtud? ¿Qué virtud? —preguntó Cassandra sin comprender.

—Si queréis pasear juntos está muy bien, pero id acompañados —exigió la duquesa sin darle importancia alguna a las palabras de ambos.

James y Cassandra se miraron desconcertados por la situación hasta que la duquesa se giró, ignorándolos e iniciando una conversación con los Lennox.

Si no estuviese el duque allí y tuviese que guardar mínimamente los modales delante de su familia, hubiese puesto los ojos en blanco de nuevo.

Su doncella, Johanna, la había acompañado en uno de los pocos paseos que había dado con uno de los pretendientes que había tenido en su primera y segunda temporada, pero… ¿con James?

James se acercó a ella y miró con una sonrisa a Nicole Mary.

—Bien, pues… demos un paseo —comentó él girándose hacia delante y mirando de reojo a las dos doncellas que se habían adelantado, aunque dejaban una distancia prudencial con ellos.

—Vamos al lago… —sugirió su hermana tomándolo de la mano —, por favor.

James miró a Cassandra, la cual asintió y, finalmente, asintió también él hacia Nicole.

—Venga, demos un paseo hasta el lago —dijo con una sonrisa. Al menos, se alejaría de aquellas conversaciones que tanto detestaba.

Lady Nicole Mary caminaba unos pasos por delante, dando pequeños saltitos de felicidad, como si disfrutase de aquella libertad. Se giró y miró a su hermano y a Cassandra que caminaban por detrás de ella. A sus espaldas y varios metros por detrás, caminaban las dos doncellas manteniendo una afable conversación.

—Te compré esto en Constantinopla —dijo James mostrándole una pequeña bolsita de tela.

Cassandra se detuvo asombrada por el hecho de que le hubiese traído algo.

—¿Un regalo? —preguntó ilusionada con una sonrisa.

James se lo entregó.

—Es una tontería.

Ella tomó la bolsita y la abrió emocionada. La volcó sobre su mano y extrajo un colgante con la cadena de plata. Observó el colgante redondeado, con círculos concéntricos en un azul brillante y en blanco. En el centro había un punto negro.

—Qué bonito —contestó emocionada.

—Es el ojo turco o el Nazar Boncugu —explicó James—. Surge en la antigüedad, hace más de 3000 años. Allí tienen la creencia ancestral de que quita el mal de ojo.

Ella lo miró confundida.

—¿Va bien para la vista?

—No, no… —rio él—. El mal de ojo es una forma de energía negativa que puede causar infortunio. Creen que esta piedra posee propiedades protectoras. Se dice también que protege contra la envidia y la mala suerte y que brinda buena suerte y felicidad a su dueño. Es una piedra que, según dicen, atrae la fortuna y la buena suerte para quien la posee.

—Fantástico entonces, porque yo la necesito —dijo poniéndosela en el cuello.

Intentó engancharla, pero no podía.

—¿Te ayudo? —se ofreció James. Ella asintió y James tomó la cadena por ambos lados y la enganchó—. Lista.

—Ya estoy protegida —bromeó ella—. Muchas gracias, de verdad.

—No hay de qué. —Le sonrió y se situó a su lado—. ¿De qué necesitas protegerte?

Comenzaron a caminar de nuevo, aunque Cassandra se giró un segundo para asegurarse de que las dos doncellas seguían detrás de ellos.

—No es nada… —respondió sin darle importancia.

Él asintió y entornó los ojos observando a su hermana pequeña caminar ante ellos, disfrutando de aquel precioso día. Se cruzaron con una pareja y saludaron con un movimiento de cabeza.

—Mi hermana parece que está encantada contigo —apuntó él.

Cassandra se encogió de hombros.

—No tiene hermanas —respondió ella—. Solo tres hermanos mayores, cuando llegas a según qué edad, comienza a importarte estar con mujeres —le sonrió—. Tu madre… —inspiró hondo—, la duquesa —rectificó—, ha estado sumida en su dolor durante los primeros meses —comentó con delicadeza—. Mis padres iban a visitarla cada día, tomaban el té, incluso comían o cenaban con ella, intentaban animarla y que no se sintiese sola, yo me encargué de tu hermana —explicó—. Tus hermanos se tenían el uno al otro, pero ella… —le indicó con la cabeza—, necesitaba un soporte femenino.

—Eres como una hermana para ella.

—Y ella para mí —rio Cassandra—. Sophie no pudo ir a Ashby Hall, tu casa en el campo, pues tiene clases de protocolo, así que los

acompañé yo.

—¿Has faltado a la temporada unas semanas?

Cassandra negó y rio.

—Unos meses —indicó. James la miró sorprendido—. No tiene importancia, la duquesa y Nicole nos necesitaban —dijo con delicadeza.

James la miró con ternura y directamente le tendió el brazo para que se cogiese a él. Ella lo miró intrigada, pero él puso su brazo a su lado para que lo cogiese. Finalmente, Cassandra aceptó y se cogió a su brazo, de todas formas, las lluvias de los últimos días habían arrastrado hasta allí piedras y arena, lo que hacía difícil de transitar el camino si ibas con un vestido largo y tacones, así que agradeció aquel gesto, aunque no supo si identificarlo como una muestra de gratitud por ayudar a su hermana o para ayudarla a cruzar una zona bastante embarrada.

—¿Puedo confesarte una cosa? —preguntó James mirando la espalda de su hermana.

—Claro —respondió ella.

James apretó los labios y la miró de reojo.

—Me siento muy mal por no haber estado aquí con mi madre y mis hermanos.

—Duque… —susurró ella con dolor.

—Debería haber estado aquí. Sé… sé que era imposible presagiar lo que iba a ocurrir, pero no debería haber hecho un viaje tan largo, no debería haberme ido a la otra punta del mundo… —La miró de reojo, intentando controlar sus emociones—. Me siento culpable del sufrimiento de mi madre, si…

—No —comentó ella cogiendo con más fuerza su brazo.

—Si hubiese estado aquí…

—No podrías haber hecho nada —susurró ella—, ni siquiera el médico pudo.

—Pero podría haber aliviado la carga y el sufrimiento de mi madre. —Ella suspiró y tragó saliva mientras se cogía con las dos manos al brazo de él. James la miró de reojo de nuevo y se detuvo —. Ni siquiera pude despedirme de él —acabó pensativo.

Ella tragó saliva por el dolor que James transmitía con su voz.

—James… —lo tuteó, de modo que él la miró tímidamente—. No puedo llegar a imaginarme cómo puedes sentirte, y aunque su ausencia duele, su legado y su amor siempre te acompañarán —le dijo con ternura.

James le sonrió agradecido por las palabras.

—¿Podemos subir en una barca y dar un paseo por el lago? —preguntó Nicole mirando a los dos.

James miró de reojo a Cassandra y negó con la cabeza.

—Mejor esperamos unas semanas más a que haga mejor tiempo, ¿de acuerdo? —le ofreció.

Su hermana asintió y se giró iniciando de nuevo la marcha.

James inició el paso también con Cassandra cogida a su brazo.

En ese momento, los dos se quedaron quietos y Cassandra se soltó de su brazo directamente. James la miró, en parte molesto porque se soltase, pero se obligó a mirar hacia delante.

—Duque… —susurró lady Elizabeth Henderson acercándose a ellos mientras paseaba con su madre. Se situaron ante ellos e hicieron una reverencia. Elizabeth miró a Cassandra e hizo otra reverencia—. Lady Lennox.

—Lady Elizabeth —pronunció Cassandra en un tono cordial.

—Qué alegría verlos por aquí… —pronunció y, disimuladamente, miró a las espaldas de ellos donde las dos doncellas respetaban unos metros de distancia—, juntos —acabó diciendo, intentando disimular su conmoción.

—Sí —respondió Cassandra—, es un buen día para pasear. Hacía tiempo que no teníamos un día tan soleado.

Elizabeth asintió y volcó su atención en James.

—¿No se encuentra usted con la duquesa viuda? —preguntó.

—No, señorita Henderson, mi madre está disfrutando de una agradable velada y un pícnic con los Lennox —respondió.

—Supongo que los veré este viernes en el baile de los Fletcher —dijo contenta, aunque Cassandra detectó que esa pregunta iba más por él que por ella.

—Sí, claro —respondió Cassandra y miró a James.

James la miró un segundo y luego sonrió a Elizabeth.

—Sí, claro, supongo… —respondió.

—Oh, debe llevar a la duquesa, es un baile precioso. Con suerte, si el tiempo sigue así, podrán realizar parte de la celebración en el increíble jardín —dijo emocionada—. El año pasado fue uno de los mejores bailes de la temporada.

Cassandra asintió dándole la razón.

—Lo tendré en cuenta —respondió James.

Los cuatro se miraron unos segundos hasta que la madre de Elizabeth intervino, tomando del brazo a su hija.

—Sigamos con el paseo, Elizabeth —le propuso, si bien su hija no pareció estar muy de acuerdo, pues parecía querer quedarse con el duque y con Cassandra más rato, pero finalmente asintió, aceptando lo que le proponía su madre—. Que tengan un buen día —dijo inclinando su cabeza.

—Igualmente, señora Henderson —se despidió James mientras Cassandra hacía el mismo gesto con la cabeza que él.

Iniciaron de nuevo la marcha y James le volvió a tender el brazo para que ella se sujetase.

James se giró levemente para observar que madre e hija ya se habían alejado y resopló.

—Parecía que la señorita Henderson quería quedarse con nosotros —bromeó.

Cassandra le hizo un gesto gracioso.

—Con nosotros no, contigo —enfatizó ella. James chasqueó la lengua—. No te costará nada encontrar esposa, duque. Prepárate para los próximos días. —Él la miró de reojo—. Ayer por la noche no estaban preparadas para tu aparición, los próximos días lo estarán.

—Hablas como si se tratase de una cacería —ironizó.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno… más o menos es así—bromeó ella mientras James resoplaba.

—Al menos, gracias a ti, ya sé que lady Elizabeth no tiene la reputación tan intacta como intenta aparentar. Estos tres años que he estado fuera juegan en mi contra. —Ella lo miró divertida mientras James se volvía a girar para observar a las doncellas que los seguían de cerca—. ¿Y se puede saber por qué la duquesa y tu madre nos envían a las doncellas?

Ella se encogió de hombros.

—Llevas demasiado tiempo fuera, ya no recordabas lo que era pasear con una señorita, ¿verdad?

Él la miró y resopló.

—¿Sabes acaso por qué nos siguen las doncellas?

Ella se detuvo y ladeó su cuello, luego se encogió de hombros.

—Bueno, pues… ¿por si necesito algo? —respondió como si fuese obvio.

James chasqueó la lengua.

—Sí, ya… —ironizó—, las mujeres de Londres estáis poco instruidas, no como las de París o las de Roma… —explicó tirando de ella de nuevo.

Cassandra lo miró sin comprender.

—¿A qué te refieres? —preguntó inocente.

James se quedó mirándola de nuevo. Estaba claro que no tenía ni idea, igual que cualquier mujer que aún no estuviese casada, de por qué las doncellas los acompañaban, o más bien perseguían… Pues para eso mismo, para que ellas siguiesen siendo doncellas puras y castas.

Ambos se miraron unos segundos hasta que James fue consciente del rumbo que estaba tomando la conversación.

—Nada… no es nada importante —pronunció iniciando una marcha más rápida.

—¿Seguro? —insistió—. ¿Qué pasa con las mujeres de París? ¿Y con las de Roma?

—Olvida todo lo que he te dicho, jamás hemos tenido esta conversación.

Ella se quedó mirándolo y giró su cabeza hacia delante, no muy segura de cómo iba evolucionando la conversación.

—Pues ahora estoy intrigada —comentó.

Él se detuvo y la miró fijamente.

—Cassandra… jamás te he comentado esto, ¿de acuerdo? —preguntó sofocado.

Ella lo miró de la cabeza a los pies, parecía nervioso.

—De acuerdo, de acuerdo… no diré nada —intentó calmarlo.

James asintió y resopló. Sería mejor que mantuviese la boca cerrada en relación con algunas de sus experiencias.

Se dio cuenta de que ella lo estudiaba intrigada.

—Aceleremos el paso… —dijo tirando de ella—, mi hermana nos lleva mucha ventaja.

—Ayyy —se quejó ella mientras él iniciaba un paso más rápido, arrastrándola.

14

Llevaban más de una hora caminando cuando decidieron tomar el sendero que los llevaría hasta donde sus familias se encontraban haciendo el pícnic.

Tanto James como Cassandra disfrutaron de aquel paseo, a ratos en silencio, jamás había sido un problema para ambos estar juntos sin hablar. De hecho, en aquellos últimos años James había aprendido a valorar aquellos momentos de tranquilidad y silencio donde podía encontrarse consigo mismo y con sus pensamientos. Era agradable y enriquecedor poder hablar con uno mismo y conocerse mejor.

James miró hacia delante y enarcó una ceja al observar a su madre junto a sus hermanos, el barón y la baronesa también con los hermanos de Cassandra y dos mujeres más.

—¿Quiénes están con ellos? ¿Es…? —dejó la pregunta sin acabar.

Cassandra miró en aquella dirección y luego sonrió hacia James.

—Ya te dije que están interesadas… —bromeó Cassandra.

Él la miró ofuscado.

—¿Es lady Henderson con su madre? —preguntó incrédulo.

Cassandra se encogió de hombros y lo miró con gesto travieso.

—Me parece, duque, que tiene una ferviente pretendiente… —canturreó.

—No bromees con eso, Cassy —se quejó acelerando el ritmo—. Ayer por la noche lady Henderson se ganó a mi madre en el baile, no tengo ganas de que persuada a mi madre en un momento tan vulnerable como en el que se encuentra. Se tiene que ser muy mezquina —pronunció enfadado.

—Eh, eh… —intentó calmarlo—, tranquilízate —susurró—. No sabemos de lo que puedan estar hablando, quizá solo se hayan acercado a saludar.

James la miró de nuevo no muy conforme con su respuesta.

—¿No me dijiste que lady Elizabeth Henderson tenía fama de…?

—Sí, tienes razón —lo cortó—, estás perdido —acabó sonriente, mostrándole los dientes con gesto tirante.

James resopló y aceleró más aún.

Se salieron del camino y comenzaron a caminar sobre la hierba justo cuando las dos mujeres abandonaron la zona donde se encontraba su madre, despidiéndose, y se alejaron.

Avanzaron más rápido mientras escuchaban los gemidos de las dos doncellas que caminaban tras ellos, intentando seguirles el paso. James se giró un segundo para observar que las dos mujeres habían cogido sus faldas para caminar más rápido por encima de la hierba y llevaban un paso torpe, intentando no tropezar.

Nicole llegó hasta su madre y la abrazó, luego se sentó a su lado.

—¿Lo habéis pasado bien? —preguntó la duquesa a Cassandra, la cual asintió, luego miró a su hijo y le sonrió también—. ¿Qué tal el paseo? —Aunque al mirar a su espalda borró la sonrisa de su rostro al ver a las dos doncellas llegar hasta ellos con la respiración acelerada. Pestañeó varias veces y miró a su hijo de nuevo.

—Muy bien, madre —contestó soltando a Cassandra del brazo y miró en dirección a las dos mujeres que acababan de abandonar la zona—. ¿Esas eran lady Henderson y su hija?

—Sí, así es —respondió la baronesa.

—Oh, son encantadoras —rio la duquesa—. Hemos estado hablando un rato. —Miró a su hijo—. Lady Elizabeth es realmente encantadora —continuó con una gran sonrisa. En ese momento, escuchó un sutil carraspeó por parte de Cassandra con toda la clara intención—. Le he prometido que mañana bailarás con ella. —James ladeó el cuello y tensó su mandíbula. Si no fuese porque su madre estaba pasando unos duros momentos y se divertía con aquella situación, se hubiese negado de inmediato—. Oh, hijo, no me mires así… es solo una baile. —Dicho esto, se puso en pie y se alisó la falda. El resto la imitaron—. Oh, por favor, quedaos sentados… no tenéis por qué hacer todo lo que yo haga —se quejó y se giró hacia el mayordomo que la había acompañado hasta allí, señalándole la silla para que la cogiese.

—¿Nos marchamos ya? —preguntó James.

—Sí, todavía hace un poco de frío y no quiero enfermarme.

Su hijo asintió y dio un paso directamente hacia el barón.

—Barón Lennox —dijo James situándose ante él—. Me gustaría invitarle un día de estos a tomar una copa e intercambiar impresiones y experiencias sobre mi viaje.

—Claro, sería un placer —respondió Edward.

—También, si no le importa, recuerdo que tenía una gran colección de mapas…

—Aún los tengo —confirmó el barón.

—Me gustaría poder verlos, si le parece bien.

—Por supuesto, usted dígame cuándo tiene un momento libre y le apetece y nos vemos para tomar un copa y hablar sobre el viaje —dijo con una amable sonrisa.

James asintió y se despidió igual que su madre de todos los miembros de la familia Lennox. Le dedicó una sonrisa cómplice a Cassandra y ofreció el brazo a su madre para alejarse de ellos.

A su espalda, varios lacayos transportaban la silla, una fina manta y una cesta con panecillos y mermeladas que habían comido mientras pasaban el rato allí.

James se fijó en que sus hermanos caminaban detrás de ellos y miró a su madre, la cual llevaba una sonrisa en su rostro.

—¿Lo has pasado bien?

—Oh, sí, muy bien… estos momentos me alivian de la soledad que siento —comentó mirando hacia delante, luego se agarró con más fuerza al brazo de su hijo e inclinó su cabeza hacia su hombro con un gesto de cariño.

James sonrió ante aquel gesto, pero también conocía demasiado bien a su madre como para saber que ese gesto no era solo de cariño, sino que llevaba algo más implícito.

—No deberías conceder bailes en mi nombre, madre —pronunció, aunque en un tono suave.

—Oh, es solo un baile —contestó la duquesa como si no tuviese importancia. Volvieron al camino de piedra y se dirigieron a una de las salidas de Hyde Park—. La señorita Elizabeth Henderson es encantadora… y preciosa —acabó diciendo, mirándolo fijamente.

James suspiró mientras seguían caminando, pues ya sabía lo que insinuaba su madre—. Provienen de una muy buena familia, de hecho, debe de ser de los patrimonios más impresionantes de todo Londres —explicó—. Y, ahora, se rumorea que es tanto el éxito que tienen que van a transportar sus telas a otras partes de Europa… —le dio un golpecito en el brazo—. Bailarás con ella, aunque sea por cortesía. Además, han sido muy amables conmigo.

James chasqueó la lengua.

—Por supuesto, madre —acabó asintiendo sin llevarle la contraria.

Prefirió no comentarle nada de lo que le había explicado Cassandra sobre Elizabeth, eso no sería digno de un caballero, si bien, por lo que le había explicado, parecía que era cierto. Lady Sophia Henderson no había dudado un segundo en acudir junto a su hija a hacerle una visita a su madre, con la clara intención de acercarse a él. Por suerte, Cassandra ya le había advertido sobre la forma de actuar que tenía. Si no fuese por ella, realmente pensaría que eran encantadoras.

A partir de ahora, y una vez que había vuelto a Londres y se reincorporaba a la vida social ya como duque, sabía que sufriría persecuciones por parte de debutantes y madres desesperadas con casar a sus hijas con el actual duque de Norfolk. Su madre, la duquesa, iba a disfrutar de lo lindo, él todo lo contrario. Debería ir con cuidado y tener mucha paciencia. Sabía que muchas mujeres harían lo que fuese por conseguir ser duquesas.

Aquella idea lo puso en alerta, realmente, si no fuese por la advertencia de Cassandra, no sabría de lo que eran capaces aquellas dos mujeres con tal de conseguir un título.

Se giró y miró en dirección a donde la familia Lennox aún se encontraba, recogiendo las mantas de la hierba. Se fijó en Cassandra que se aseguraba de que su hermano Thomas llevase el abrigo bien abrochado, pues era cierto que se estaba levantando un poco de viento. Cassandra parecía estar enterada de todos los cotilleos de la alta sociedad, al menos de los más importantes. Quizá debería hablar con ella más a menudo para que le informase sobre las mujeres que pretendían acercarse a él. No quería que una mujer

se aprovechase del buen corazón de su madre ni de la situación en la que se encontraba ahora, y mucho menos quería que le tendiesen una trampa para acercarse a él. Si bien era cierto que el matrimonio no era más que un contrato, no quería caer en las zarpas de una mujer codiciosa, sería él quien llevase el control y escogiese a su futura duquesa cuando llegase el momento.

Salieron de Hyde Park y se dirigieron a su vivienda situada a menos de diez minutos a pie de aquella entrada al parque.

Cassandra miró de reojo a lord Stephen Byron, tercer conde de Granville y compañero de su padre en la Cámara de los Lores. Era un hombre que debía de tener entre los treinta y cinco o cuarenta años, aun así, su padre había tenido razón, era un hombre encantador y elegante. No es que fuese muy atractivo para su gusto, pero tenía algo que le atraía. Era alto y rubio, con unos ojos marrón claro escondidos tras unas gafas.

No le desagradaba… pero como amigo. No quería nada con él, ni siquiera se plantearía casarse con una persona así, aunque le pudiese parecer encantador. Sin embargo, esa no era la idea que tenían sus padres.

Su padre, el barón, y su madre lo miraban con brillo en los ojos y luego la miraban a ella muy sonrientes. No, aquello no iba nada bien.

—No, señorita Lennox —explicó el conde—, la British Institution es una sociedad privada con el objetivo de exhibir obras de artistas tanto vivos como fallecidos. También se la conoce como British Gallery. Admitimos solo a expertos. Deberían acudir alguna vez, seguro que disfrutarían. Además, cada año damos unos premios para los artistas y fondos adicionales que se emplean en la compra de obras para la nación.

—Debe de ser muy interesante —le dio la razón la baronesa mientras cortaba un trozo de cordero y se lo llevaba a la boca—. Soy una gran amante del arte.

El conde la miró con una sonrisa.

—Me encanta la pintura. Actualmente… —carraspeó un poco avergonzado—, estoy tomando clases de Richard Ansdell…

—¿El pintor? —preguntó Cassandra asombrada.

El conde se giró hacia ella y asintió.

—¿Lo conoce?

Ella negó.

—No en persona, pero conozco su obra —respondió con una sonrisa—. Le gusta retratar animales, sobre todo. Me encantan sus pinturas.

—Es un gran artista… —Ladeó su cabeza—. Deberían acudir a la British Gallery, lo disfrutarían mucho. Richard Ansdell expone unos cuantos cuadros allí —explicó hacia ella.

Ella asintió.

—También expone J. M. W. Turner, o por ejemplo Thomas Lawrence…

—¿Thomas Lawrence? Es… es mi pintor favorito —susurró ella asombrada.

—El suyo y el de muchos, es un pintor impresionante… —El conde le sonrió—. Lo conozco en persona. Si acuden a la British Gallery, avísenme. Quizá podría presentárselo.

—Oh, eso… —Miró a su padre asombrada—, eso me encantaría —dijo emocionada.

El conde sonrió a su amigo, el barón.

—No me habíais dicho que teníais una hija tan culta y tan interesada en el arte—pronunció asombrado.

—Ni yo mismo lo sabía —bromeó el barón.

—Son inquietudes que se valoran mucho en una mujer —pronunció mirando fijamente al barón y luego sonrió a Cassandra, la cual sintió cómo sus mejillas se sonrosaban.

Apartó la mirada del conde, bajándola hasta su trozo de cordero y lo pinchó con el tenedor. Aquella había sido una gran insinuación por su parte y ella no estaba acostumbrada a ese tipo de palabras.

Tragó saliva y miró de reojo a su padre que parecía conforme y alegre con las palabras del conde.

—Dígame, conde… —intervino su madre—, ¿acudirá mañana al baile de los Fletcher?

El conde asintió.

—Por supuesto, no me lo perdería por nada del mundo. Recuerdo que el año pasado fue un gran evento, lo disfruté muchísimo.

—Entonces nos veremos ahí también —dijo con una gran sonrisa su madre que miró a su hija.

Si no fuese porque se llevaría una reprimenda por parte de su madre hubiese puesto los ojos en blanco. Se notaba a leguas que sus padres y el conde estaban interesados en un acercamiento con su hija. Había esperado que el conde no demostrase aquel interés en ella cuando la conociese, pero, lejos de eso, sí lo demostraba, y mucho. Quizá también era culpa suya al demostrar un gran interés en las mismas aficiones que el conde.

Tras acabar la cena, el conde y su padre se habían marchado a su despacho privado para seguir una conversación más privada y disfrutar de una copa.

Cassandra se marchó a su habitación junto a Johanna que la ayudó a ponerse el camisón y posteriormente se sentó en la silla para que su doncella le peinase el largo cabello rubio.

Se miró en el espejo, su cabello caía sobre su pecho mientras Johanna cepillaba el cabello lentamente.

La puerta de su habitación se abrió y su madre apareció bajo el marco. Entró en la habitación y sonrió a su hija.

—Johanna, ya sigo yo —dijo dirigiéndose a ella. Le quitó el cepillo a la doncella y se situó a la espalda de su hija—. Gracias.

Johanna asintió y salió de la habitación.

En cuanto se quedaron a solas, su madre comenzó a cepillarle el cabello lentamente.

Encontró la mirada expectante de su hija en el espejo, sin decir nada. Obviamente, sabía que si estaba allí era porque quería hablar con ella, no era muy común que su madre fuese a la habitación de ella antes de dormir.

—Sabes que jamás te obligaríamos a contraer matrimonio…

—Mamááá —se quejó ella al iniciar su madre la conversación con aquellas palabras.

—Pero debes tomarte en serio el buscar marido. —Cassandra suspiró—. Llevas tres temporadas. —Le recordó.

—Lo sé —dijo agachando la cabeza—, pero quiero casarme por amor, mamá.

—Oh, eso está sobrevalorado.

Ella enarcó una ceja.

—Papá y tú…

—No, cariño —explicó lentamente—. El matrimonio entre tu padre y yo fue concretado por tus abuelos. —Luego sonrió—. Recuerdo que estaba asustada, que pensaba "jamás podré enamorarme de una persona que no conozco…", me negaba a casarme con él —susurró agachándose hacia ella—. Sin embargo, una vez que nos casamos y a medida que pasaban los días y las semanas, lo fui haciendo. Tu padre me conquistó.

Cassandra inspiró hondo, intentando manejar aquella conversación.

—Madre, el conde debe de tener unos veinte años más que yo… o casi.

—Más experiencia —respondió como si fuese algo bueno—. Es un buen hombre, es culto, goza de buena posición social y es atractivo. Al menos, dale una oportunidad —le pidió.

Cassandra tragó saliva y, finalmente, asintió de forma lenta.

—Está bien, mamá —susurró agachando su cabeza.

Su madre situó sus manos sobre los hombros de Cassandra y acercó su pecho a su espalda, dándole un pequeño abrazo.

—Muy bien, hija —exclamó emocionada—. Solo dale una oportunidad, conócelo.

—Claro, madre.

Se acercó a su mejilla y le dio un beso.

Depositó el cepillo sobre el tocador y sonrió a su hija a través del espejo.

—Mañana te pondremos uno de los preciosos vestidos de lady Rose Winster —dijo con una gran sonrisa—. Podemos ponerte el azul claro o el turquesa… ¡queda tan bien con tus ojos!

Ella le sonrió y asintió.

Su madre la miró y suspiró, feliz por la respuesta de su hija.

Cassandra aguantó la sonrisa hasta que su madre salió por la puerta, dejándola sola.

Borró la sonrisa y se miró en el espejo.

El conde le había causado buena sensación, pero no quería casarse con él.

Quizá sí debería haberse tomado más en serio las temporadas pasadas y, al menos, haber disimulado y haber mostrado más interés en sus pretendientes. Quizá ahora no se vería en aquel problema. ¿Pretendían emparejarla con el conde?

Quizá solo debía hablar con él, bailar, ser educada, pero dejar claro a su padre que no quería casarse con él.

Cerró los ojos y giró su cabeza hacia la ventana.

Frente a su vivienda se encontraba la del duque. Él y su familia gozaban de mucho más prestigio y jamás tendrían problemas de aquel tipo, incluso lady Nicole Mary, cuando le llegase el momento de contraer matrimonio, tendría más capacidad de decisión que ella.

Ella solo era la hija de un barón, un político de la Cámara de los Lores que no podía ofrecer un gran patrimonio. Quizá se había excedido y había desperdiciado buenas oportunidades, puede que ya fuese hora de buscar un buen marido.

Debería esforzarse en llamar la atención de los caballeros con más fortuna de la temporada si no quería acabar casada con el conde.

Resopló, cerró los ojos y se reclinó contra el tocador, golpeándose la frente varias veces.

Aquello se estaba complicando demasiado.

15

El baile de la familia Fletcher era impresionante.

Toda la alta sociedad acudía allí, además, había coincidido con una noche de buen tiempo. Seguía haciendo un poco de frío por la noche, pero al menos el tiempo los estaba respetando y no llovía, todo lo contrario, las estrellas iluminaban el cielo y la luna aportaba más luz a las antorchas que habían distribuido por el jardín, donde había varias carpas y mesas con todo tipo de comida y bebida.

Su amiga, Adelaide, tomó una copa y le tendió otra a ella.

—Serías condesa —susurró mirando hacia los lados para asegurarse de que nadie las escuchaba. Cassandra suspiró—. Mi marido es vizconde y vivimos con todo tipo de lujos, no quiero ni imaginar cómo vivirá una condesa.

—Tu marido es más joven —le susurró.

—¿Qué más da eso? —preguntó encogiéndose de hombros—. Lord Frank Louis —dijo haciendo referencia a su marido—, también es más mayor que yo. Unos diez años —enfatizó—, créeme, es mucho mejor así —rio divertida.

Cassandra escudriñó a su amiga con la mirada.

—¿Por qué?

Adelaide apretó los labios intentando contener la risa.

—No puedo decírtelo —pronunció—, solo digo que… es mucho mejor que tengan experiencia —susurró de nuevo.

Cassandra seguía con aquella mirada intrigada hasta que ambas se giraron cuando escucharon una voz masculina tras ellas.

—Lady Lennox —pronunció un hombre realizando una reverencia hacia ellas, luego miró a Adelaide—, lady Linley —sonrió hacia ella y volvió la mirada hacia Cassandra de nuevo—. Me pregunto si podría concederme este baile.

Cassandra miró de reojo a su amiga y luego hacia sus padres. Sabía perfectamente quién era aquel hombre. Lord Hugh Ceawlin, sexto marqués de Bath. Un hombre bastante más joven que el

conde, pero que no le gustaba lo más mínimo. No era la primera vez que la sacaba a bailar, de hecho, durante su primera y segunda temporadas ya habían compartido algún baile. Era un hombre que no le gustaba físicamente, además, por otro lado, era excesivamente serio y apenas daba conversación, así que los bailes con él solían ser tediosos y aburridos, aunque claro, siempre debía mostrarse educada. ¿Quién iba a negarle un baile al marqués?

—Por supuesto —contestó ella realizando una reverencia y situó su mano sobre la de él para que la guiase hasta la pista de baile, aunque miró de reojo a su amiga que parecía estar deseando dar palmas de alegría porque ella saliese a bailar con el marqués.

Mientras se dirigían a la pista de baile vio de reojo a James, el cual le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo.

Se giró y se situó ante el marqués. Se removió un poco inquieta antes de que la música empezase a sonar.

—Es… un baile precioso el que prepara la familia Fletcher —comentó ella intentando dar algo de conversación.

—Sí, señorita Lennox —contestó él haciendo una breve reverencia antes de que diese inicio la música.

Cassandra lo imitó y estuvo a punto de resoplar. El marqués era un hombre difícil de tratar. Seguramente con los hombres no lo sería tanto, pero con las mujeres, y en concreto con ella, siempre se había mostrado callado y receloso de dar información.

Tomaron sus manos y comenzaron a girar mientras la música inundaba el ambiente.

Cassandra tragó saliva y sonrió al marqués, el cual se encontraba serio mientras seguía los pasos de baile.

—¿Se quedará el resto de la temporada aquí? —preguntó intentando dar algo de conversación.

El marqués la miró y dio una vuelta sobre sí mismo.

—Posiblemente.

¿Posiblemente? ¿Esa era la única respuesta que iba a dar?

Cassandra giró y tomó su mano para rodearlo mientras él giraba sobre sí mismo, mientras lo hacía, volvió a encontrarse con la mirada de James y le hizo un gesto encogiéndose de hombros, dándole a

entender que le costaba comunicarse con el marqués, lo que provocó que James riese.

—Oh, duque —pronunció su madre a su lado haciendo que él se girase hacia ella—, aquí está —dijo cogiendo su brazo—. Lo estaba buscando.

—Llevo un buen rato aquí, madre —contestó él—. ¿Lo está pasando bien?

Ella asintió y miró de reojo hacia los lados buscando a alguien. James supo de quién se trataba en cuanto vio aparecer la sonrisa de su madre en sus labios. Siguió la mirada de ella y encontró a la señorita Henderson a un lado junto a su madre, como si esperase a alguien.

—Hijo, querido… —arrastró sus palabras.

James suspiró y se soltó del brazo de su madre.

—Está bien —respondió. Sabía perfectamente lo que le insinuaba, justamente lo que le había prometido a Elizabeth Henderson el día anterior. Suponía que por eso mismo la señora Sophia Henderson y su hija habían acudido a Hyde Park y habían aprovechado el hecho de que la duquesa se encontrase allí. De aquella forma, con sus halagos, sonrisas y buenas palabras, habían logrado un baile con el duque.

No quería hacerle daño a su madre, no le iba a decir nada, pero después de lo que había descubierto sobre lady Elizabeth Henderson, ya sabía a qué atenerse, sabía que debía ir con cuidado con ella.

James fue hacia ella. Se dio cuenta de que lady Elizabeth y su madre eran conscientes de que él se acercaba y pudo ver cómo la muchacha alzó el mentón, gesto que no agradó al duque.

Se detuvo ante ella.

—Lady Elizabeth —pronunció realizando una reverencia.

—Duque —respondió ella asombrada, o al menos simulando estarlo.

James miró de reojo a la madre de ella y a las personas que miraban asombradas porque él se hubiese acercado a lady Henderson.

—¿Me concedería un baile? —preguntó educadamente.

Elizabeth sonrió con una pizca de altanería que no gustó nada a James, aun así, no quería dejar mal la palabra de su madre, se contuvo y guardó silencio hasta que ella respondió.

—Por supuesto, duque —respondió sin contener la alegría.

Elizabeth tomó la mano de James y este la condujo al centro de la pista mientras se cruzaba con Cassandra que lo miró asombrada porque la sacase a bailar. Él no dijo nada, solo le indicó con un leve movimiento de cabeza hacia su madre, lo que le hizo comprender a ella directamente que esa orden provenía de la duquesa, no de él.

Cassandra chasqueó la lengua mientras el marqués la acompañaba junto a su amiga, justo al lugar donde la había recogido y se despedía de ella con una reverencia.

Ella suspiró en cuanto lo vio alejarse.

—¿Divertido? —ironizó Adelaide que ya sabía lo que su amiga pensaba del marqués.

—Sí, encantador como siempre —contestó Cassandra en el mismo tono.

Ambas guardaron silencio cuando lord Byron, tercer conde de Granville, se situó ante ella.

—Lady Lennox —pronunció él haciendo una reverencia. Cassandra y Adelaide se miraron de reojo—. ¿Me concedería este baile?

Cassandra tragó saliva y miró de reojo a sus padres que observaban emocionados cómo el conde se acercaba para pedirle un baile. En otra ocasión hubiese rechazado con una excusa y de forma educada la petición, pero no quería que sus padres se enfadasen o pensasen que no se tomaba en serio la tarea de buscar marido, era mejor que aceptase todas las peticiones de baile, luego ella ya actuaría según su criterio.

—Por supuesto, conde —respondió realizando otra reverencia.

Adelaide apretó los labios y dio un paso atrás cuando su amiga, junto al conde, se dirigieron a la pista de baile.

Igual que el duque junto a Elizabeth habían llamado la atención de todos, ellos dos también lo hacían. Sin duda, el duque y el conde eran los hombres más distinguidos dentro de la aristocracia que se

encontraban en el baile y llamaban la atención de todos los allí presentes.

James se dio cuenta de que en diagonal se encontraba Cassandra junto al conde de Granville. ¿Qué hacía ella bailando con el conde? ¿Acaso el conde era uno de los que la pretendían? Había bailado con el marqués, y… ¿ahora bailaba con el conde?

—Duque —le llamó la atención Elizabeth que elevaba su mano para que se la tomase antes de iniciar el baile.

James reaccionó de inmediato centrando su atención en Elizabeth.

—Disculpe —dijo tomando su mano justo cuando iniciaba la melodía y comenzaban sus pasos.

Dieron media vuelta y tomaron sus manos para moverse a un lado y a otro.

—Es una velada increíble —pronunció Elizabeth con una gran sonrisa.

—Sí, sin duda lo es —respondió James antes de dar media vuelta para situarse al otro lado. Aprovechó ese momento para buscar a Cassandra con la mirada y encontrar su rostro entre los bailarines. Parecía que mantenía una agradable charla con el conde y se divertía.

James volvió a girarse y tendió su mano hacia la de Elizabeth mientras daban unos pasos adelante y otros hacia atrás.

Elizabeth situó su mano sobre la de él, siguiendo sus pasos.

—Su madre parece que lo está pasando en grande —continuó con una sonrisa intentando dar conversación.

—Ella no desea salir —comentó James, pues sabía que muchos podían acusarla de no guardar un año de luto—, pero yo la obligo. No quiero que esté sola, y deseo que me acompañe en la temporada.

—Entiendo —pronunció Elizabeth bajando la mirada.

James enarcó una ceja antes de desviar la mirada de ella y volver a buscar a Cassandra. ¿Entendía? ¿El qué? Suspiró y dio una vuelta sin encontrar a su amiga. ¿Necesitaría escapar de allí tanto como él?

En ese momento, se dio cuenta de que era el centro de atención de muchas de las madres y debutantes que se encontraban allí, atrayendo miradas de todo tipo. Elizabeth también debía ser consciente de ello porque exageraba los movimientos hacia él como si ambos tuviesen una gran confianza.

¿De qué hablaban Cassandra y el conde que tanto reían?

James se giró y tomó a Elizabeth por la cintura para dar unos pasos hacia delante y otros hacia atrás.

—Debo decir que su madre es encantadora —comentó ella antes de que se separasen para dar una vuelta sobre sí mismos.

—Lo es —respondió James girando de nuevo.

Dieron unas vueltas a sus parejas laterales y volvieron con la suya.

—¿Es cierto que ha estado en Constantinopla? —preguntó ella en un claro intento de llamar su atención.

James fue consciente de ello y le sonrió. Luego giró de nuevo.

—Sí, estuve unos meses viviendo allí.

—Ha debido de ser fascinante. —Él asintió—. ¿Cómo es?

James dio media vuelta de nuevo, sin encontrar a Cassandra. ¿Dónde se había metido?

—Es una ciudad enorme y hermosa, con unas grandes mezquitas. La gente es muy amable.

—¿Qué más ciudades ha visitado? —preguntó entusiasmada, aunque no por la respuesta, sino por haber encontrado el tema de conversación que parecía fascinar a James.

Así era, hablar de viajes le encantaba, pero en aquel momento estaba más intrigado en encontrar a Cassandra que en contentar a lady Elizabeth.

¿Por qué la sacaban tanto a bailar? Cassandra le había dicho que tenía algún pretendiente, pero no que estos fuesen el marqués y el conde.

Se quedó pensativo unos segundos y finalmente reaccionó. No debería preocuparse tanto por su amiga. El marqués era buena persona, un poco taciturno y con poco don de gentes, pero era buen hombre. El conde también lo era. Demasiado hablador para su gusto, pero buena persona.

Miró de reojo a Elizabeth, sin embargo, ahí estaba él, con una aprovechada que era capaz de embaucar a una reciente viuda con tal de bailar con el duque para hacerse ver durante el baile y, a ser posible, ganarse su corazón.

Cassandra tenía razón en lo que había dicho sobre Elizabeth, debía ir con cuidado, pues ahora todas se echarían sobre él y, sobre todo, sobre su madre, la duquesa, y él no quería eso. Ya que debía acudir a la temporada, deseaba tenerla tranquila.

Debía hablar con Cassandra para que le informase sobre las mujeres con las que debía ir con cuidado. Su madre tenía buen corazón y unas ganas tremendas de que su hijo, el duque, se casase. Debía ir con cuidado con todas las aprovechadas, y quién mejor que Cassandra para instruirle sobre ello.

Rugió unos segundos cuando vio que su madre estaba rodeada por un grupo de mujeres, la mayoría de ellas madres que presentaban a sus hijas. Su madre no parecía estar agobiada con la situación, al contrario, parecía disfrutarla, pero no él. Eso a él le iba a traer consecuencias.

Resopló y se giró hacia Elizabeth que acababa de dar una vuelta sobre sí misma.

—La primera ciudad que visité fue París, luego viajamos hasta Roma, y después hasta Constantinopla —explicó James—. Me hubiese gustado llegar hasta Egipto, pero las circunstancias no me lo permitieron.

—Sí —respondió lady Elizabeth—, fue una noticia que nos estremeció a todos. No conocí al duque, a su padre… —explicó—, pero he oído maravillas sobre él.

—Oh, no sea tan educada, lady Henderson —ironizó provocando que ella pusiese su espalda recta—, mi padre era un buen hombre, cariñoso y atento con sus hijos, pero ante la sociedad a veces tenía fama de ser inflexible, y no era para menos, llevar un ducado tan extenso como el de Norfolk necesita mano dura. Sé que muchas veces se mencionaba eso.

—Oh, pues… discúlpeme, duque —comentó nerviosa—, pero las palabras que me han llegado de su padre siempre han sido buenas —respondió.

James la miró y asintió un poco arrepentido con el tono que había empleado.

—Le agradezco estas buenas palabras para mi padre —acabó diciendo. Lady Elizabeth esbozó una sonrisa ante aquellas palabras.

Ambos se detuvieron y, al mismo tiempo que finalizaba la melodía, ambos realizaron una reverencia.

James ofreció su mano a Elizabeth y se dirigieron al lateral del salón.

—Muchas gracias por el baile, lady Elizabeth —pronunció James realizando una reverencia.

—Muchas gracias a usted, duque —respondió Elizabeth en un tono más alto de lo que él deseaba, pues estaba claro que deseaba que la escuchasen todas las mujeres que estaban alrededor.

James se quedó observándola unos segundos, sin saber cómo reaccionar ante su elevado y estridente tono hasta que suspiró y se giró para alejarse de ella.

Lo que le faltaba, Cassandra ya le había advertido sobre Elizabeth, pero él mismo se estaba dando cuenta de ello. Aquella mujer era capaz de cualquier cosa por conseguir un matrimonio ventajoso y, en ese caso, sin duda, él era el soltero de oro de aquella temporada.

—Duque, buenas noches… —pronunció una mujer deteniéndose ante él con su hija tomada de la mano, sin duda alguna para presentársela.

No quería ser descortés, pero ahora mismo y después de ver el comportamiento de Elizabeth, así como de comprobar cómo rodeaban a su madre para llamar la atención de ella y tener alguna oportunidad de acercarse a él, le estaba desquiciando la situación.

—Buenas noches —respondió él sin detenerse—, disculpen, señoritas —dijo rodeándolas.

Pasó de largo dejando a las mujeres plantadas y resopló. Comenzaba a agobiarse más de la cuenta. Eso no debería ser así, él debería estar relajado y tranquilo, disfrutar de una velada amena con su madre y sus amigos sin tener que estar lidiando con todas aquellas mujeres que intentaban cazarlo y ganarse su afecto. ¿Qué

les pasaba? En sus primeros años en sociedad, cuando había cumplido los dieciocho, no recordaba que fuese así.

Esquivó a otro grupo de mujeres que se acercaba por la derecha acelerando el paso y haciendo oídos sordos cuando alguna mujer se refería a él y fue directo hacia su madre, aunque se quedó parado cuando unos metros por delante observó a Cassandra realizando una reverencia hacia el conde y quedándose sola.

Ambos se miraron unos segundos y finalmente James fue quien se acercó a ella. Caminó más despacio y mirando de reojo a los lados, sabiendo que muchos allí observaban sus pasos.

Se situó a su lado y suspiró. Cassandra lo miró divertida y se giró también observando la pista de baile.

—¿Agotado de huir de las mujeres, duque? —ironizó ella en un susurro.

—No voy a mentirle, señorita Lennox, sí —respondió con total sinceridad.

Ella sonrió y lo miró divertida.

—Pues hágase a la idea, duque, esto solo acaba de comenzar para usted —continuó con el mismo tono irónico en la voz.

Él la escudriñó con la mirada.

—Usted sí que sabe dar ánimos, mi lady.

Ella rio y saludó con un ligero movimiento de cabeza a uno de los caballeros que pasaba por delante.

—No sabía que tuvieses tantos pretendientes —comentó como si nada. Ella se encogió de hombros. James miró al lateral donde un grupo de mujeres lo miraba y lo saludaba, como si pidiesen permiso para acercarse a él—. Oh, mierda… —susurró nervioso.

Cassandra se fijó en aquel grupo de mujeres y lo miró divertida, coincidió con la mirada de él y le hizo un gesto gracioso.

—Sin duda eres el premio gordo de esta temporada.

—Sí, me estoy dando cuenta, no sabía que las mujeres fuesen tan… tan…

Ella se encogió de hombros.

—Solo quieren conocerte —respondió como si nada.

—Lo que quieren es casarme y encadenarme a sus hijas —susurró—. Ayúdame —bromeó.

Ella rio, aunque se controló y luego observó a las mujeres, examinándolas.

—La mayoría de esas mujeres están desesperadas por casar a sus hijas contigo porque o bien hay algún chismorreo sobre ellas y un matrimonio con el duque evitaría que se siguiese hablando sobre ello o bien porque ya están en su tercera o cuarta temporada y siguen sin marido.

—Mira, como tú…

Ella lo miró desafiante, lo que provocó que él chasquease la lengua.

—Ya, bueno, yo no estoy tan desesperada —pronunció molesta por el comentario de él.

—Disculpa —dijo rápidamente. Luego suspiró y dio un paso atrás mientras carraspeaba—. Necesito tu ayuda. —Ella lo miró sin comprender—. ¿Qué te parece si quedamos mañana en el salón de té y hablamos sobre…? —Se calló cuando su madre llegó hasta ellos y tomó la mano de su hijo—. Madre —comentó él.

Ella le hizo una reverencia con una sonrisa.

—Duquesa. —Se acercó a ella levemente—. Cuánto me alegro de verla de nuevo —dijo en confianza.

—Ay, cariño… —le susurró la duquesa—, si no fuese por vosotros y por mi hijo estaría en casa encerrada llorando entre cuatro paredes —comentó situando una mano en su hombro—. ¿Va todo bien? —preguntó con una clara insinuación hacia sus pretendientes.

—Todo muy bien —contestó ella con una sonrisa. Luego se acercó más en confianza—. Esta semana, cuando tomemos el té, tengo que ponerla al día de muchas cosas.

Sí, se notaba que durante estos últimos años y a medida que Cassandra se había ido transformando en una mujer había ganado confianza con su madre. También influía el hecho de que su familia y ella se hubiesen encargado de su hermana.

—Estoy deseándolo.

Cassandra hizo otra reverencia y se giró hacia James.

—Duque —se despidió.

—Mi lady —respondió él mientras veía que se alejaba.

Su madre lo miró fijamente.

—¿Cómo que mi lady? —preguntó directamente.

Él la miró fijamente.

—Madre, es Cassandra… la conozco desde que era pequeño, tengo suficiente confianza con ella como para decirle mi lady y que no se emocione… —explicó en un tono bajo, luego miró a su alrededor—, no como el resto de madres sedientas de título.

La duquesa rio y tomó a su hijo del brazo. Él cerró los ojos cargándose de paciencia unos segundos. Si no fuese porque sabía que su madre necesitaba aquella distracción, se marcharía de allí de inmediato.

—Permíteme que te presente a unas amigas… —dijo girándose.

James no dijo nada, simplemente le ofreció el brazo a su madre e hizo lo que le pedía, al fin y al cabo, había prometido que haría todo por su madre, y eso pensaba hacer. La última decisión era suya, y por mucho que su madre le recomendase, él era quien debía decidir sobre con quién se casaría. No era algo que pensase hacer aquel año, aunque al ritmo que iba y viendo la ilusión de su madre, aquel proceso parecía que iba a ir más rápido de lo que él deseaba.

Se giró igual que su madre y realizó una reverencia a las mujeres que esperaban con ansia presentar a sus hijas.

16

Cassandra miró la carta que James le había enviado hacía cerca de una hora.

Querida Cassandra Lennox,
Nos vemos a las cuatro en el salón del té.
Gracias.
James Robert Howard,
11º duque de Norfolk.

¿Qué le pasaba ahora?

La noche anterior, durante el baile, ya le había dado a entender que quería hablar con ella, pero no le había explicado para qué.

¿Qué podía necesitar de ella?

Guardó la nota de nuevo en su bolso y siguió caminando por la alborotada calle de Londres seguida por Johanna, su doncella, que caminaba unos pasos por detrás.

Se detuvo ante el salón de té y miró al interior a través de la vidriera.

Lo identificó de inmediato, pues prácticamente todas las miradas de soslayo se dirigían hacia él. Era extraño ver al duque ocupando una mesa él solo.

Suspiró y abrió la puerta.

Ella ni siquiera llamaba la atención de los que se encontraban allí. Una simple mirada y volvían a sus conversaciones y a su té.

Se encontró con la mirada de James, el cual se puso en pie de inmediato cuando ella entró. En ese momento sí llamó la atención de todos que observaron a Cassandra extrañados, pues ella era la última mujer que había entrado en el salón justo cuando el duque se había puesto en pie. Estaba segura de que todos se mantenían expectantes sobre si era ella la mujer que James esperaba.

Suspiró como si la situación la alterase y fue directa hacia él.

James rodeó la mesa para separar la silla y facilitarle que se sentase. Ella se situó a su lado dejando el bolso sobre la mesa mientras miraba de reojo a todos.

—No hace falta, James… —susurró con una sonrisa nerviosa—. Estate quieto, bastante nos miran ya.

James también le sonrió de los nervios, pero igualmente esperó a que ella se acomodase y la ayudó a echarse hacia delante. Ella le sonreía, aunque se la notaba incómoda al ser el centro de atención.

El camarero se acercó de inmediato.

—¿Desea un té?

—Sí, con limón, gracias —respondió ella y miró el té con un chorrito de leche que estaba tomando James. Lo observó sentarse y cruzó sus manos por encima de la mesa—. ¿Qué tal todo? —preguntó, luego se giró y observó a la doncella tomar asiento junto a otras doncellas al final del salón—. ¿A… a qué se debe tu carta?

James la miró ladeando su cuello.

—Llevamos años escribiéndonos cartas, ¿te sorprendes por una más? —ironizó.

Cassandra se puso erguida cuando el camarero depositó la taza de té frente a ella con dos rodajas de limón en el interior.

—Gracias —comentó ella sonriente, aunque en cuanto el camarero se alejó, borró la sonrisa de su rostro y lo miró intrigada—. ¿En serio, duque?

—Que no me llames así… —susurró él con los dientes apretados.

Ella resopló y lo miró fijamente, luego lo estudió unos segundos. James parecía bastante tenso.

—¿Va todo bien?

—No, no va bien —susurró y dio un sorbo a su té con leche. Ella lo miró intrigada—. Mi madre está desesperada con que me case… —dijo mirando de un lado a otro, asegurándose de que nadie los escuchaba.

Ella chasqueó la lengua.

—Ya, qué gran problema para un duque… —ironizó, él oscureció su mirada—. Eres un duque, haz lo que quieras. Tú puedes hacerlo, nadie te cuestionará.

Él cerró los ojos unos segundos y negó con la cabeza.

—Mi madre sí. Siento… siento que le he fallado y…

—James, tú no has fallado a nadie…

—Déjame que me explique —susurró de nuevo.

Ella lo interrumpió.

—Oye, si no quieres que nadie nos escuche, ¿por qué quedamos aquí? —preguntó sin comprender nada. Él enarcó una ceja ante aquella pregunta y se quedó observándola. Cassandra abrió los ojos al máximo y apretó los labios—. ¿Quieres usarme de escudo humano? —preguntó alzando un poco la voz.

—Shhh…

—¿Es eso? ¿Quieres que te dejen en paz porque piensen que estás interesado en mí?

—No, no… escucha —la cortó de inmediato. Ella dio un sorbo a su té y situó sus manos sobre sus piernas, con su espalda erguida y esperando una respuesta. Madre mía, Cassandra tenía la mirada totalmente fija—. ¿No parpadeas? —ironizó este. Ella chasqueó la lengua—. Es cierto que he pensado que quizá el hecho de que me viesen contigo haría que muchas madres abandonasen la idea de presentarme a sus hijas… no lo niego, me declaro culpable. —Ella resopló disimuladamente—. Pero mi intención no es esa… es otra.

—¿Y cuál es tu intención?

—Necesito tu ayuda —dijo rápidamente. Ella lo miró de nuevo sin comprender—. Es cierto que debo prometerme. Ahora que soy duque tengo obligaciones, entre otras el matrimonio. Sé que, como mucho, debo postergarlo para la siguiente temporada, pero mi madre no me permitirá que pase de ahí. Si no hubiese ocurrido el fallecimiento de mi padre podría negárselo, pero con lo ocurrido… me es más difícil negarme con mi madre.

—¿En serio? —preguntó incrédula.

—Tengo sentimientos, ¿entiendes? —preguntó a la defensiva—. No quiero hacer sufrir a mi madre, quiero que esté feliz.

—¿Y por eso mismo vas a casarte? ¿Para hacerla feliz?

—Oh, vamos… tampoco es para tanto —comentó—. El matrimonio no deja de ser un simple contrato.

—Para toda la vida —le recordó ella.

James suspiró y la miró divertido.

—Lo único que espero es que mi esposa, la próxima duquesa de Norfolk, tenga una actitud intachable. No quiero que puedan decir nada malo de ella. Quiero darle a mi madre la duquesa que se merece. —Ella lo miraba fijamente—. Por eso mismo te necesito a ti.

Ella puso su espalda recta.

—¿Qué? —preguntó asustada.

James se quedó mirándola hasta que se dio cuenta de que sus palabras podían dar lugar a confusión y rio.

—No, no… tranquila —sonrió—, no me refiero a que nos casemos. Me refiero a que tú conoces a las debutantes, a las mujeres… yo he estado alejado de Londres mucho tiempo y nadie me va a explicar nada sobre ellas, ni siquiera mi madre, así que te necesito a ti.

Ella lo miró confundida.

—¿Quieres que te informe sobre los trapos sucios de las mujeres casaderas? —preguntó incrédula.

—Ni yo lo hubiese dicho mejor.

—Oh, James… —susurró ella escandalizada—, eso no está bien. El otro día ya me extralimité explicándote lo de la señorita Henderson.

—Y gracias a eso me has librado de una buena. La madre de Elizabeth Henderson es una arpía que intenta ganarse a mi madre para que me acerque a su hija, aprovechándose de una mujer que acaba de perder a su marido, así que sí, por el bien de la duquesa, y del mío propio, necesito a una buena amiga que me aconseje.

Ella se quedó mirándolo fijamente.

Lo apreciaba, desde siempre, así como a toda su familia. La duquesa y el duque siempre habían sido buenos y generosos tanto con sus padres como con ella. Sabía que una mala elección de una duquesa podía representar el declive de un título, así que debía tomarse muy en serio lo de tomar una buena esposa. Era cierto que aquellos últimos años él había estado fuera y no tenía conocimiento alguno de lo ocurrido en la sociedad, y estaba claro que ninguna mujer se acercaría al duque para explicarle algún chismorreo sobre otra mujer o esa chismosa no quedaría en muy buen lugar.

Suspiró y asintió.

—Está bien, te ayudaré —dijo tomando la taza de té.

—Gracias —respondió con una gran sonrisa.

—¿Sobre quién quieres saber?

Él la miró confundido.

—Bueno, básicamente se trata de que cuando la duquesa me presente a alguna mujer o yo saque a bailar a alguna, me informes sobre ellas.

—No tengo información sobre todas —lo cortó rápidamente.

—Pero seguro que puedes conseguirla —sonrió.

Ella gruñó.

—¿Crees que soy una cotilla, James? —preguntó de mal humor.

Él miró hacia los lados sobresaltado por su súbito cambio de humor.

—No, no… para nada… solo quería decir que…

—¿Qué? —preguntó molesta.

—Que… eres una buena amiga, mi única amiga, aparte de Óscar, pero él es un hombre y bueno…

Cassandra dio otro sorbo a su té y soltó la taza.

—Madre mía… me voy a convertir en la chismosa del duque —susurró como si aquello la avergonzase.

—No lo mires así. Eres la buena amiga del duque que le ayuda a encontrar una esposa respetable.

Ella lo miró desde abajo y se puso tiesa como un palo.

—¿Y qué obtengo yo a cambio?

Él la miró sin comprender.

—¿Qué?

—Mis servicios no son gratis.

—¡Cassy! —exclamó él escandalizado por sus últimas palabras, aunque ella no parecía encontrarle un mal sentido, eran tan inocente como había pensado, quizá el malpensado fuese él—. Está bien, ¿qué quieres?

Ella se quedó pensativa.

—No lo sé… ya lo pensaré —respondió.

James la miró pensativo y ladeó su cuello. Bien, Cassandra iba a ayudarle, pero había algo que había llamado extremadamente su

atención.

—Por cierto, ¿te asusta pensar que podrías casarte conmigo? —preguntó situando las manos en sus piernas.

Ella pestañeó varias veces por lo repentino de la pregunta.

—¿Qué? —preguntó intentando no atragantarse.

—Sí, cuando te he pedido ayuda y has pensado que te pediría matrimonio has reaccionado… —dejó la frase sin acabar—, ¿te asusta casarte conmigo?

—No… yo… —respondió nerviosa—, es… simplemente no me lo he planteado siquiera.

Él suspiró y la miró intrigado.

—¿Crees que el resto de mujeres pensarán igual que tú?

Ella apretó los labios y resopló.

—No, por Dios, James… todas están deseando casarse contigo y ser duquesa.

—¿Y por qué tú no?

Ella enarcó una ceja.

—¿Te has sentido ofendido? —ironizó.

—Puede. Simplemente quiero saberlo.

Ella tragó saliva, nerviosa y confundida por la pregunta, así que titubeó un poco y se removió sobre la silla.

—Pues porque… tú y yo somos amigos desde pequeños —rio ella un poco avergonzada—. Además, primero —dijo alzando su dedo en actitud más seria—, tú buscas un matrimonio por conveniencia, por patrimonio… ¿y qué podría aportar yo a este matrimonio? Y en segundo lugar y lo más importante: para ti es solo un contrato que vincula a dos personas, para mí el matrimonio significa la unión de dos personas por amor. Tenemos diferentes formas de ver las cosas. No es por ti… no dudo en que serás un buen marido. —James la escuchaba con atención—. Es solo que tenemos diferentes perspectivas sobre un mismo tema.

James la miraba fijamente hasta que al final sonrió.

—Por eso mismo necesito que me ayudes. Sé que aprecias mucho a mi madre, a mis hermanos y a mí, somos amigos desde la infancia. Sé que puedo confiar en ti.

Ella suspiró.

—Ya, qué privilegio —ironizó esta vez divertida.

Cassandra giró su cabeza ofreciéndole su perfil a James y sonrió directamente cuando Adelaide se acercó a ella y tomó su mano.

—Cassandra, no te había visto… —dijo Adelaide, luego miró a James y le hizo una reverencia—. Duque.

James asintió, recordaba a aquella muchacha, era una amiga de Cassandra, y además la había visto en los bailes.

Se fijó en el perfil de Cassandra y en ese momento las voces de su alrededor comenzaron a llegarle desde muy lejos, amortiguadas. Sintió cómo su corazón se aceleraba al ver la nariz respingona de Cassandra, sus enormes ojos azules, su tierna sonrisa… ¿cómo no se había fijado antes en la sonrisa tan bonita de Cassandra?

Fue como si todo desapareciese a su alrededor y solo estuviese ella. Se quedó observándola fijamente, embelesado y siendo consciente, por primera vez, de aquellos rasgos tan hermosos.

—Claro que acudiré —sonrió Cassandra—. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana entonces. Duque —Adelaide realizó una última reverencia hacia él, despidiéndose, y se giró para alejarse.

Cassandra se giró hacia él con una sonrisa.

—Fíjate qué suerte la de mi amiga, Adelaide Calaway, ahora lady Louis, vizcondesa de Linley —sonrió—. Se casó hace dos temporadas con el que dice que es el amor de su vida… —se encogió de hombros con una sonrisa—, parece muy feliz —dijo antes de dar un sorbo a su té y lo miró con timidez—. Me da envidia —admitió—, eso es lo que yo deseo para mi matrimonio… —sonrió a James, aunque lo vio que estaba embobado mirándola, inmerso en sus pensamientos. Dejó la taza sobre la mesa y lo miró intrigada—. James… —susurró, pero él no hacía caso—. Duque —susurró más fuerte dándole un pequeño golpe con el pie por debajo de la mesa, golpe que logró devolverlo de sus pensamientos. Él inspiró hondo y centró su mirada en ella—. ¿Estás bien?

Aún permaneció unos segundos más mirándola, intentando asimilar aquellos nuevos pensamientos que le habían sobrecogido, luego asintió.

—Sí, todo bien —respondió ante la mirada asombrada de ella. Dio un sorbo largo al té y la miró con una sonrisa—. Debo irme.

Ella lo miró contrariada.

—¿Ya?

—Sí —dijo poniéndose en pie. El camarero se acercó para preguntarle si ocurría algo o necesitaba cualquier cosa más, pero James le entregó el dinero—. Quédese con la propina —respondió directamente. Luego miró a Cassandra más serio—. ¿Nos vemos mañana entonces?

Ella asintió.

—Sí, claro —respondió como si fuese obvio, luego miró hacia los lados, confundida—. ¿Vas a dejarme aquí sola, James?

Aquello cogió de improviso a James que ni siquiera había reparado en ello. En aquel momento se sentía totalmente aturdido.

—No, discúlpame… —pronunció y tragó saliva—, ¿puedo acompañarte hasta tu casa?

—No, no hace falta —dijo y dio un largo sorbo a su té—, he traído a la doncella —respondió poniéndose en pie—, pero agradecería al menos salir de aquí contigo —dijo mirando hacia los lados.

—Lo siento —respondió arrepentido.

—No te preocupes —dijo cogiendo su bolsito—, llevas demasiadas cosas en la cabeza y mucho tiempo sin estar en Londres —le sonrió tranquilizándolo.

¿Por qué la sonrisa de Cassandra hacía que su corazón le latiese más rápido?

James le tendió el brazo y ella lo aceptó.

Cuando pasaron cerca de la mesa donde se encontraban la mayor parte de las doncellas, Johanna se puso en pie y los siguió al exterior.

James le abrió la puerta para que ella pasase y se detuvo a su lado mientras Johanna se quedaba a unos metros de ella.

—Nos vemos en el baile de los Neville —informó ella—. Veremos qué pretendientes se te acercan —bromeó.

Él asintió y realizó una breve reverencia.

—Mi lady —pronunció tomando su mano, un gesto que en ningún momento había hecho hasta entonces.

Se agachó y la besó con delicadeza.

Cassandra lo miró de la cabeza a los pies, confundida por su gesto, incluso James se quedó confuso por su gesto que le había salido de forma instintiva, sin pensarlo.

Se miraron unos segundos y, finalmente, sin decir nada más, él soltó su mano, se dio media vuelta y caminó en dirección contraria.

¿Qué le pasaba a James? Jamás había tenido un gesto así con ella.

Sintió los músculos de su mano tirantes por la tensión y la abrió y cerró varias veces intentando relajarla.

Inspiró hondo y bajó su mano mientras lo veía alejarse.

James caminaba con paso acelerado, como si huyese de allí. ¿Qué le ocurría?

James caminó a paso ligero y giró la esquina. Había quedado en que después de tomar el té con Cassandra pasaría a ver al administrador de la familia, necesitaba aclarar unos números con él.

Solo cuando caminó unos cuantos metros más pudo pensar con claridad. Jamás había sentido algo así, y mucho menos con Cassandra.

¿Por qué de repente su cuerpo reaccionaba así con ella?

Siempre la había apreciado, incluso querido, pero nunca de la forma en que ahora mismo sentía. ¿Por qué jamás se había fijado en ella como aquella vez? Sus ojos, sus pómulos, su sonrisa… quizá el detonante había sido ese, que le expresase que ella no lo veía como un marido, que no sentía interés por él… aquello le había hecho darse cuenta de que Cassandra era más importante para él de lo que había imaginado, pues unas simples palabras por parte de ella habían despertado en su cabeza algo que había permanecido latente en su mente y en su corazón hasta ese momento.

Se detuvo un segundo y cerró los ojos.

No podía enamorarse de Cassandra, no, no podía…

Abrió los ojos y miró hacia delante, al final de aquella calle se encontraba el despacho donde operaba el administrador de la finca.

Inspiró hondo e inició la caminata.

—No te enamores de ella, no, no te enamores… —se dio la orden a sí mismo mientras caminaba con premura.

17

Con la excusa de las guerras napoleónicas, muchos fines de semana la gente se concentraba en Hyde Park y organizaba obras benéficas para conseguir ingresos en favor de las viudas que habían perdido un marido en la guerra.

Pese a que era por una causa triste, la gente vestía con sus mejores galas y paseaba entre todos los artistas que exponían sus obras en un ambiente festivo. Cada retrato o paisaje que vendían se celebraba y se anunciaba entre todos los allí presentes.

En la zona cercana al lago todos los artistas exponían sus obras realizadas justamente para aquella obra benéfica.

Además de eso, también exponían esculturas y vendían tartas y bebidas bajo las carpas que habían montado, decoradas con banderitas de colores.

Una orquesta amenizaba la zona con música dando un ambiente de fiesta.

El día, soleado, acompañaba al ambiente que había a aquellas horas.

La duquesa se sujetó con fuerza al brazo de su hijo y miró hacia atrás comprobando que el resto de sus hijos la seguían.

Jack paseaba al lado de su hermano más pequeño y con la pequeña Nicole Mary sujeta de la mano.

—Madre —pronunció—, vamos a dar un paseo con Lucas —dijo señalando a uno de sus amigos.

La duquesa se giró y asintió.

—De acuerdo, pero tened cuidado y no os alejéis.

—Tranquila, madre —respondió Jack tomando con fuerza la mano de su hermana.

James se giró y le tendió unas libras.

—Compraos unas tartas y algo de beber —dijo sonriente.

Su hermano Jack tomó el dinero con una sonrisa y se llevó a sus hermanos directamente a las casetas. Seguramente acabarían

todos con un gran trozo de tarta de chocolate y algún zumo.

James fue de nuevo hacia su madre y le tendió el brazo.

Aquella mañana, cuando había bajado a desayunar había escuchado a su madre llorar en su habitación. No había querido interrumpirla, pues sabía que necesitaba sus momentos y desahogarse. Tampoco había querido mencionarle nada acerca de ello cuando había bajado a desayunar, simplemente le había pedido que lo acompañase a la exposición y a dar un paseo por Hyde Park.

Parecía que el aire fresco y la luz del sol la calmaban y la hacían relajarse y olvidar, en parte, su pena.

—Da gusto pasear con este tiempo —dijo su madre con una sonrisa.

Él asintió.

—Durante los primeros meses en París también llovía bastante… y en Roma —recordó él explicándoselo a su madre—, pero durante los meses que estuve en Constantinopla no llovió ni un solo día.

—¿Ni uno solo? —preguntó sorprendida.

—Ni uno —respondió James con una sonrisa.

—Qué tiempo más aburrido —reaccionó ella y miró a su alrededor, donde decenas de personas paseaban contemplando las obras de arte que se exponían—. Oh, mira… qué preciosidad —dijo acercándose a una acuarela.

La acuarela destacaba por unos colores pastel. Se trataba de la playa, unas mujeres vestían unos hermosos vestidos blancos y huían de las olas mientras en el fondo se podía ver el sol iluminándolo todo.

—Es bonita —corroboró él.

Su madre tiró de su brazo hacia la siguiente pintura, esta vez un óleo donde habían dibujado un paisaje: un bosque con un lago, entre los matorrales se podía ver a unos ciervos observando.

—Qué pinturas tan bonitas —dijo su madre tirando de él hacia la siguiente—. ¿Compramos alguna? Es por una buena causa —le recordó.

—Claro, la que quieras —respondió él.

Sonrió y se giró para controlar a sus hermanos, tal y como había imaginado, se encontraban en una de las casetas cerca del

lago donde vendían tartas y zumos. Se habían sentado en una de las mesas bajo la carpa y disfrutaban de un buen pedazo de tarta de chocolate.

En ese momento, llamó su atención aquel cabello dorado como el sol formando un moño enrollado en su nuca. Vestía un largo vestido color verde con las mangas por debajo del codo. Iba acompañada de una amiga a la que no conocía y hablaba con alguien.

Tuvo que moverse a un lado arrastrando a su madre que lo miró de reojo, pues la gente paseaba y ocultaban a Cassandra tras ellos.

—Vayamos a ver esa pintura —le pidió su madre.

Sintió sus músculos entrar en tensión cuando vio a un hombre tomando su mano y realizando una reverencia hacia Cassandra. ¿Quién era ese?

La gente que se encontraba entre ellos dos ocultó de nuevo a Cassandra, por lo que dio unos pasos atrás para ver cómo el hombre acababa de besar su mano. Dio otro paso atrás para seguir observando mientras enarcaba una ceja.

—Ahhh… hijo —se quejó la duquesa.

Se giró rápidamente hacia ella, pues había olvidado que llevaba a su madre del brazo.

—Perdona, madre —respondió rápidamente.

—Ohhh… —se quejó su madre sofocada, intentando mantener el equilibrio.

—Disculpa —dijo mirándola de la cabeza a los pies. Inspiró hondo intentando calmarse—. ¿Has elegido ya la pintura? —preguntó directamente.

Bastó que dijese aquello para que la duquesa se soltase del brazo y saliese disparada hacia otras pinturas para inspeccionarlas.

James suspiró y vio a su madre observar las pinturas con emoción, deseando gastar una gran cuantía en aquellas obras y de paso colaborar en una buena causa. La duquesa tuvo que encontrarse con unas amigas porque se abrazó a ellas y comenzaron a hablar animadas, elogiando las grandes pinturas que se encontraban allí.

James se giró de nuevo y observó en dirección a Cassandra.

Se fijó en el hombre que se había detenido a hablar con ella. Aquel hombre le sonaba. ¿No era el mismo que la había sacado a bailar la noche anterior?

Se giró hacia su madre y la vio entretenida, así que prefirió no decirle nada, pues si intervenía en aquella conversación rompería el clima tan jocoso de aquel momento.

Se quedó observando la sonrisa de Cassandra y cómo aquel hombre asentía ante las palabras de ella.

Inspiró hondo y fue directo hacia allí. ¿Por qué de repente sentía aquella fuerza que le atraía directamente hacia Cassandra? Desde el día anterior no podía quitársela de la cabeza. Era como si ella siempre hubiese estado presente en sus pensamientos, pero desde el día anterior había cobrado más importancia, había sido consciente de sus enormes ojos azules, de su nariz respingona, sus labios carnosos y sus pómulos rosados… era una belleza y tenía la mirada y la sonrisa más tierna que jamás había visto, no podía compararse con ninguna otra mujer. ¿Había estado ciego hasta ese preciso momento? Era como si una venda se hubiese caído de sus ojos, permitiéndole ver a Cassandra como algo más que una amiga, y eso era algo que lo removía por dentro. Sabía que debía controlar sus impulsos, que no debía dejarse llevar por ellos, pero le iba a ser más difícil de lo que imaginaba.

Llegó hasta el camino donde se encontraba ella, cerca del lago, y la saludó con un movimiento de cabeza antes de llegar hasta ella.

Cassandra le sonrió girándose hacia él e hizo una leve reverencia.

—Duque —pronunció con su tono divertido.

—Lady Lennox —respondió James imitándola con una reverencia igual que había hecho ella. Aquella vez no le corrigió ni le dijo que dejase de llamarle así, quería que aquel hombre supiese que estaba tratando con el duque—, qué agradable sorpresa —comentó con una sonrisa y miró al hombre que la acompañaba.

—¿Duque? —preguntó el hombre directamente haciendo una reverencia.

Ella lo miró un poco sofocada y señaló al hombre.

—Duque, le presentó a lord Stephen Byron Levenson-Gower, tercer conde de Granville. —Lo señaló y luego hizo lo mismo con James—. Lord James Ro… mmm… Robert… mmm… —lo miró de reojo y él le devolvió la mirada, ¿se había olvidado de su apellido? Ver para creer—, Ho… —lo miró un poco perdida—, Howard, onceavo… duque de Norfolk. —Cassandra suspiró cuando acabó de pronunciar todo su nombre.

—Es un placer conocerlo al fin, duque —respondió el conde realizando de nuevo otra reverencia, esta vez más larga.

James se acercó disimuladamente a Cassandra, con una sonrisa tirante.

—¿Te has olvidado de mi título? —le susurró.

—Lo siento —se disculpó.

—Ya hablaremos… —Dio un paso adelante—. Un placer conocerlo también, conde.

Cassandra los miró a los dos con una sonrisa, aunque pronto se dio cuenta de que tanto lord Stephen como lord James se miraban fijamente. ¿Qué ocurría allí? Carraspeó y sonrió a los dos.

—El conde me estaba explicando la calidad de las obras y de los artistas que exponen aquí —comentó Cassandra un poco nerviosa por la situación, pues no entendía por qué se miraban fijamente.

—Oh, sí… —reaccionó Stephen rápidamente y explicó a James —, pertenezco a la British Gallery. En cuanto nos llegó la propuesta de varias mujeres de la aristocracia para llevar a cabo esta obra benéfica, pedimos voluntarios. Cincuenta voluntarios en total, todo un récord —dijo con una sonrisa.

—Le felicito. ¿Usted expone algo? —preguntó James.

Ella miró directamente a James y luego volvió su mirada hacia Stephen.

—Oh, no… estoy aprendiendo aún, no creo que tenga la calidad suficiente para exponer… de momento —sonrió.

¿Por qué sentía esa tensión entre los dos hombres?

—Al duque le gusta mucho dibujar, tiene un gran talento —señaló Cassandra. James enarcó levemente una ceja hacia ella, lo que le hizo cuestionarse si había hecho bien al decir aquello o no.

—Asistí a estudios clásicos dos años en la Universidad de Cambridge —explicó James.

—Oh, sí, es una gran universidad. Asistí también… tres años —sentenció el conde.

—Y un año a Oxford para estudios del cuerpo humano e ingeniería —continuó James.

—No he tenido el placer de ir a Oxford. Debe de ser muy interesante —contestó rápidamente el conde—. Yo actualmente asisto a clases de pintura con el gran Richard Ansdell.

—También asistí casi un año a la escuela de medicina de Constantinopla. Poseen muchas enseñanzas que aquí no tienen.

Ella sonrió un poco nerviosa.

—A mí me gusta mucho leer —pronunció sin saber qué otra cosa decir.

James la miró y sonrió con ternura.

—Sí, ya lo sé —pronunció lentamente, mirándola fijamente.

James volvió su mirada hacia el conde. Tenía claro lo que ocurría allí, el conde era un importante pretendiente de Cassandra, y parecía bastante interesado en ella.

El conde inspiró hondo y se quedó observando a James, estaba claro que el joven también parecía pretender a la joven. Sin duda, gozaba de más privilegios que él por ser quien era, no podía competir contra un duque, pero Cassandra no parecía ser el tipo de mujer que se dejase llevar por un título nobiliario, al contrario, no parecía importarle nada. El problema es que el joven duque no solo gozaba de un buen título aristocrático, sino que también contaba con una gran experiencia y conocimientos.

Sabía que Cassandra era una gran amante del arte, debía jugar bien sus cartas si quería ganarse el corazón de la joven. Por suerte, él era el responsable de una de las más importantes asociaciones sobre arte de Londres, y eso jugaba un punto a su favor.

—Quizá la próxima vez que hagamos una exposición de este estilo podría colaborar con uno de sus dibujos o cuadros —propuso el conde.

—Me encantaría —confirmó el duque.

—Por cierto, aprovecho para decirle que lamento mucho su pérdida.

Esta vez el conde usó un tono de voz más apaciguado y triste.

—Se lo agradezco —contestó James.

—¿La duquesa está en casa o por aquí?

—Está aquí, ha querido venir para colaborar en la causa. Como comprenderá, se siente muy identificada con las viudas que han perdido a su marido en la guerra.

—Por supuesto, luego me acercaré a ella para expresarle mis condolencias.

—Seguro que se lo agradece.

Ambos se miraron unos segundos.

Stephen se removió un poco nervioso, no parecía que el duque fuese a irse de allí, así que asintió e hizo una leve reverencia.

—Señorita Lennox. —Se giró hacia él—. Duque.

—¿Ya se marcha? —preguntó Cassandra confundida.

—Sí, supongo que me necesitarán en la organización de la exposición.

Ella le sonrió y asintió lentamente. Era extraño, el conde se había ofrecido a mostrarle las obras que allí se exponían mientras daban un paseo. No quiso insistir, de todas formas, lo prefería así, no quería que sus padres la viesen más de la cuenta con él o se harían ilusiones. Tendría que agradecerle al duque que se hubiese acercado.

—Nos vemos por aquí —pronunció cogiéndose el sombrero a modo de segunda despedida. Dicho esto, se giró y se alejó.

Cassandra se quedó mirando su espalda mientras se alejaba hasta que sintió la mirada de James sobre ella. Se giró lentamente para observarlo, la miraba con una sonrisa simpática.

—Así que el conde —bromeó.

Ella lo escudriñó con la mirada mientras observaba a su amiga que se había distanciado unos pasos para hablar con otra de las chicas que paseaban por allí.

—¿Qué pasa con el conde? —preguntó ella demostrando indiferencia.

Él chasqueó la lengua.

—¿De verdad, Cassy? —la tuteó—. No puedes ser tan inocente. —Ella enarcó una ceja—. Sí, puede que sí. —Suspiró y miró a su amiga—. ¿Quieres dar un paseo?

—¿Con mi amiga o contigo? —bromeó ella esta vez.

—Conmigo —contestó directamente.

Se giró un segundo hacia su amiga y luego observó a James de reojo.

—Christina —pronunció con tono lento. Su amiga, más joven que ella, se giró en su dirección—, voy a dar un paseo. —Christina miró al acompañante de Cassandra y puso su espalda recta al reconocerlo, luego asintió—. Después te busco. —Ella volvió a asentir mientras miraba al duque sin saber muy bien cómo reaccionar.

James le tendió el brazo para que ella se sujetase, pero Cassandra lo miró ladeando su cabeza.

—Si buscas esposa no creo que sea conveniente que vean que me ofreces el brazo —pronunció iniciando el camino.

James suspiró y comenzó a caminar a su lado. Cassandra miraba a su alrededor, saludando con una sonrisa y un movimiento de cabeza a todos aquellos con los que se cruzaba.

—Lady Christina Stuard —comenzó a explicar—, es la hija de los Stuard, su padre es un reputado abogado de Londres. Es la segunda hija de cinco hermanos. La mayor, Rebecca, está casada con lord Marshall, vizconde de…

James la miró enarcando una ceja.

—¿Por qué me explicas todo esto?

—No tiene ningún escándalo conocido y dicen que toca muy bien el piano —sonrió—. ¿No querías dar un paseo para esto? Querías que te informase de las damas casaderas, ¿verdad? Es su primera temporada —dijo más feliz—, así que está bastante nerviosa.

En ese momento, James cayó en la cuenta. ¿Le estaba informando sobre posibles candidatas para ser duquesa?

—Bueno, lo cierto es que me apetecía caminar contigo, simplemente, eres mi amiga.

Ella le sonrió.

—Oh, qué honor —bromeó, aunque lo miró confundida—. De acuerdo —continuó con una sonrisa—. ¿Sin información entonces?

—Sin información —sonrió él.

Ella asintió e iniciaron una marcha lenta.

—¿Vas a hacer alguno de tus dibujos para la próxima obra benéfica? —preguntó con una sonrisa.

Él se encogió de hombros.

—No veo por qué no… otra cosa es que lo compren —sonrió este.

—Seguro que muchas candidatas se pelearían por conseguir uno de tus dibujos —rio—. Ya las veo a todas ofreciendo dinero para hacerse con el dibujo del gran duque —ironizó.

—No será para tanto —ironizó él.

Ella carraspeó y le señaló hacia delante con un movimiento de cabeza.

—Ya veremos… —ironizó mientras sonreía de forma irónica.

Supo a lo que Cassandra se refería cuando vio que la señorita Henderson caminaba en su dirección. James chasqueó la lengua y miró de reojo a Cassandra, directamente la cogió del brazo.

—Ay —se quejó ella.

—¿Qué tal si paseamos por la orilla del lago? —preguntó mientras hacía que cambiase de rumbo para acercarse a la orilla.

—¿Huyes? —preguntó divertida.

Él la miró de la cabeza a los pies y finalmente asintió.

—Sí, ¿algún problema?

—Ninguno —respondió ella divertida—. Pero no hace falta que me mantengas sujeta… —continuó—, yo no voy a salir huyendo.

James suspiró y la soltó, luego se giró levemente para asegurarse de si lo había visto o no. No tenía ganas de encontrarse con ella y soportar a más debutantes con ganas de obtener un título.

—¿Has venido sola? —preguntó él.

Cassandra negó con la cabeza.

—No, mis padres y mis hermanos están aquí —respondió—. Querían contribuir comprando algún cuadro para ayudar, aunque no sé dónde están —respondió mirando a su alrededor. Lo miró sonriente—. ¿Acudirás al siguiente baile?

—¿Cuándo es?

—En dos días —respondió como si fuese obvio—. Es el baile de los Neville. Lo organizan en su mansión.

—Supongo que mi madre querrá ir —contestó.

Cassandra asintió y lo miró.

—¿Y tú quieres ir?

—Lo cierto es que… me agota bastante ser el centro de las miradas de todos.

—Es normal, eres un duque… soltero —comentó como si fuese obvio.

—Ya, eso lo entiendo, pero no quita que sea cansado. Todos te observan, te evalúan, valoran con quién bailo, con quién hablo… es agotador —concluyó finalmente.

Ella asintió pensativa.

—Supongo que debe de ser así —respondió mirando hacia el lago—. Yo soy todo lo contrario.

—No es lo que parece. El conde parecía bastante interesado… —Cassandra negó sin querer explicarle nada ni dar explicaciones sobre él—, tienes pretendientes —confirmó él—, así que no pasas tan desapercibida como crees.

Ella suspiró y apretó los labios, deteniéndose.

Lo cierto es que a veces sentía que quería escapar de la sociedad. Aquellas obligaciones que se les imponía a las mujeres sobre guardar el protocolo, la educación, los formalismos, el buscar marido… les coartaban la libertad y los sueños que tenían. A ella le hubiese gustado formarse, viajar, decidir sobre su futuro, pero era una mujer y era algo que no les estaba permitido. Sus padres querían prometerla cuanto antes, no esperar más, y le insistían en que hiciese caso a un conde que, realmente, no le llamaba la atención.

—A veces me gustaría ser invisible —susurró.

James la miró extrañado.

—¿Por qué dices eso? —preguntó preocupado, pues su tono de voz sonaba triste.

Ella lo miró y tragó saliva. Reaccionó y sonrió quitándole importancia a las palabras que acababa de pronunciar.

—No es nada. —Suspiró e inició la marcha de nuevo—. Supongo que a ti también te gustaría serlo en algunos momentos.

Él le sonrió y miró hacia delante.

—No te voy a negar que es un pensamiento recurrente desde que he vuelto a Londres.

Cassandra rio.

—Hace nada que has vuelto.

—Y fíjate… ya lo he pensado —continuó él con la broma.

Ambos se giraron cuando escucharon una voz femenina que llamaba a Cassandra unos metros por detrás.

—Señorita Lennox… señorita Lennox… —dijo la mujer, aunque esta no iba sola, sino que llevaba a rastras a la que suponía que debía de ser su hija, tirando de su brazo.

—Oh, señora Cook… —respondió Cassandra con una gran sonrisa, aunque miró de reojo a James cuando este volvió a cogerla del brazo y comenzó a tirar de ella con urgencia, dando pasos rápidos—. James… —se quejó ella—, para, ¿qué haces? Es la señora Cook, es amiga de mi madre y…

—Y viene con su hija, toda emocionada hacia mí —pronunció sin dejar de caminar y sin soltarla del brazo, luego resopló—. Por Dios, ¿no hay ningún lugar donde podamos estar tranquilos?

Ella lo escudriñó.

—No todas las mujeres vienen por ti… —le espetó ella, aunque al fijarse en cómo arrastraba a su hija y se quedaba mirando al duque, decidió apretar los labios—, bueno, quizá esta mujer sí.

—Vamos a dar un paseo en barca —propuso él dirigiéndose al muelle.

—¿En barca? ¿Ahora? —preguntó sorprendida.

—¿Qué mejor momento que este? —bromeó.

Ella se giró y sonrió a la mujer mientras la saludaba avergonzada. Al menos, la mujer pareció entender la indirecta y se detuvo con un gesto de pena, aunque se giró hacia su hija y pareció sermonearla por no ser más rápida. Quizá James sí tenía razón y la señora Cook se acercaba a ellos con el pretexto de presentarle su hija al duque.

James soltó a Cassandra solo cuando se detuvo ante el barquero.

—¿Cuánto es? —le preguntó directamente.

Cassandra aprovechó para mirar a todos lados, ¿dónde estaba su doncella?

James pagó lo que el barquero le pedía y este les ofreció una de las barcas amarradas al muelle para que se subiesen.

—Espera, falta mi doncella —se quejó ella.

—¿La doncella? —preguntó él mirando de un lado a otro—. ¿Qué más da? Estamos en un lago a la vista de todo el mundo, puedes estar tranquila.

—No es lo que dicta el protoc…

—Por Dios, sube a la barca —suplicó él al ver que la señorita Henderson se dirigía hacia ellos con paso rápido y una sonrisa en su rostro.

¿Qué pasaba allí? ¿Todas iban a la caza de James?

James la cogió del brazo y la ayudó a subir directamente a la barca.

—Ayyy —se quejó Cassandra al verse arrastrada a la barca.

James subió de inmediato. Situó un pie en el muelle y empujó la barca. Se sentó en el asiento frente a Cassandra que lo miraba mosqueada y comenzó a remar rápidamente, justo cuando la señorita Henderson accedía al muelle con una mano elevada.

—Señorita Lennox… duque… —comentó Elizabeth Henderson caminando por el muelle, con una gran sonrisa.

James remó con más ímpetu para alejarse de la orilla, aunque intentando disimular miró a Elizabeth y le sonrió haciendo un gesto con la cabeza a modo de saludo, aun así, sus brazos no dejaban de agitar los remos para alejarse del muelle.

De acuerdo, James tenía razón y estaba siendo acosado por todas las mujeres casaderas de Londres, en concreto por la señorita Henderson, de la que no había sido consciente de que se acercaba a ellos hasta ese momento.

—Ahora entiendo —dijo mirándola avanzar por el muelle, saludándolos.

—Señorita Lennox… —pronunció en un tono más alto Elizabeth, queriendo llamar su atención.

Cassandra alzó la mano hacia ella.

—Buenos días, señorita Henderson —la saludó Cassandra.

—No hables con ella —le susurró James haciendo fuerza con los remos.

Ella enarcó una ceja en su dirección.

—Tampoco hay que ser descortés —le espetó ella—. ¿Disfrutando del día? —le preguntó Cassandra a Elizabeth que se había detenido en el muelle.

—Sí, es un día precioso… he pensado que quizá luego quiera tomar el té en una de las casetas —pronunció con una sonrisa y luego miró de reojo al duque.

Cassandra miró a James, el cual resopló. Luego se giró hacia ella y asintió.

—Claro, me encantaría tomar el té con usted, señorita Henderson.

—Bien —dijo detenida en medio del muelle, sin saber a dónde dirigirse en aquel momento.

Durante unos segundos, Cassandra valoró la idea de que lady Elizabeth se arrojase al lago y fuese nadando hasta la barca. Por suerte, aún le quedaba algo de cordura a la joven.

En ese momento fue consciente de la gran cantidad de mujeres que se acercaban al muelle para ver lo que ocurría y de cómo todas comenzaban a cuchichear. Sin duda, el hecho de estar en una barca a solas con el duque le podía traer problemas.

—No me tendrías que haber subido aquí contigo. Todo el mundo va a hablar —le riñó ella mientras él seguía alejándose del muelle en dirección al centro del lago.

—¿Y qué van a decir? ¿Que hemos dado un paseo por el lago en barca? —ironizó.

—Voy sin mi doncella, lo cual sabes que no es bueno. —Resopló y se pasó la mano por la cara—. Madre mía —gimió.

—Oye, tranquila… —dijo él—, esto no va a mancillar tu buen nombre. —Ella rugió al escuchar aquello—. Sin embargo, ese rugidito puede que sí, te aconsejo que no lo hagas en presencia de

otras mujeres… —Cassandra puso los ojos en blanco—. Por Dios… hacía tiempo que no remaba tanto —dijo con esfuerzo.

Ella lo miró ladeando su cabeza.

—Hay que ponerse en forma, duque —le espetó.

—Sí, para huir de todas esas mujeres. —Señaló hacia el muelle donde todas las casaderas miraban en su dirección.

—Qué duro es ser duque, ¿verdad?

—Menos bromas, Cassy… —dijo soltando los remos finalmente y suspirando. Luego miró alrededor, había varias barcas cerca, pero ninguna parecía prestarles atención—. Al fin un poco de calma.

Ella suspiró también y luego lo miró fijamente.

—Como esto me traiga problemas…

—¿Qué problemas va a traerte? No pienso ponerte una mano encima ni besarte… cálmate, además, nos están viendo todas las mujeres y saben que somos amigos. Es tan fácil como decir que quería hablar contigo sobre mi madre, dado que vosotros os habéis hecho cargo de sus cuidados estos meses en mi ausencia.

Ella pestañeo varias veces.

—Sabes buscar excusas muy rápido, ¿no?

Él se encogió de hombros.

—De algo tienen que haber servido mis años de estudio en Oxford y Cambridge ¿verdad? —bromeó.

Aquel comentario provocó que ella riese y finalmente se relajó. Lo miró divertida y se echó hacia delante, apoyando su mano en su rostro.

—Sé que me has dicho que nada de información… —James la miró sin comprender—, pero la señora Cook, la mujer que nos perseguía por el camino y que pretendía presentarte a su hija, es una buena mujer, aunque está un poco desesperada por casar a su hija. Su hija, lady Victoria Cook, está en su segunda temporada, no tiene ningún escándalo que se sepa, pero dicen que es muy callada y reservada… y una de las veces, bailando con uno de sus pretendientes durante la primera temporada…

—Cassy, nooo… —se quejó bajando su cabeza como si la conversación le agobiase.

—No, espera, esto debes saberlo. Durante el baile con su pretendiente lo pisó varias veces… —James la miró y enarcó una ceja—, no es que baile muy bien. No lleva bien el ritmo de la melodía. —Cassandra ladeó su cabeza—. Es para avisarte, por si bailas con ella.

James suspiró y asintió.

—De acuerdo, gracias por el aviso —la señaló—, lo tendré en cuenta.

En ese momento, una pareja en barca pasó cerca de ellos y saludó, aunque al menos no se acercaron más.

Cassandra se quedó mirándolo unos segundos hasta que, finalmente, se giró hacia él. James había soltado los remos y había cerrados los ojos, levantando su cabeza hacia el sol, disfrutando de la brisa y el calor que proporcionaba el astro rey.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó ella.

Él abrió un ojo y la miró.

—¿Qué de qué?

—¿Pues que… qué hacemos aquí? —preguntó extendiendo los brazos hacia los lados.

Él alzó un dedo.

—Shhh… escucha… —susurró.

Cassandra miró hacia los lados.

—¿El qué?

—El silencio, disfruta de la relajación —pronunció cerrando los ojos con una leve sonrisa—. Aquí nadie nos molesta, podemos estar tranquilos sin que ni a ti ni a mí nos persigan pretendientes, aquí estamos en paz y… ahhh —se quejó abriendo los ojos enfadado—, ¿qué haces? —preguntó pasándose la mano por su rostro, pues Cassandra lo había salpicado en la cara y tenía la mano metida en el agua otra vez, preparada para volver a salpicarlo—. Ni se te ocurra —le advirtió—, o soy capaz de tirarte por la borda. —Ella lo miró con cara traviesa—. Sabes que soy capaz —la señaló.

Ella rio más fuerte y lo salpicó de nuevo.

—Lo siento, duque —exageró sus palabras sacando la mano del agua mientras él se secaba la cara de nuevo con el puño de su

chaqueta—, lo he visto tan sofocado que he pensado que le iría bien un poco de agua fresca.

Él se quedó mirándola.

—Si por mí fuera, te arrojaba de la barca en este mismo momento… —Luego le mostró los dientes en una sonrisa tirante—, tienes suerte de que toda la gente nos esté observando desde el muelle y no sea muy correcto que haga eso…

—Pues sí, toda una suerte. ¿Qué iban a decir del duque?

—¡Fíjate! Quizá si me viesen lanzarte por la borda no querrían casarme con sus hijas… —luego hizo ademán de ponerse en pie—, quizá es una buena opción…

—¡No! —le espetó ella, él se quedó quieto y volvió a sentarse esta vez con una sonrisa en su rostro y el mentón elevado—. Ambos sabemos que eso no sería bueno para ninguno de los dos.

—Para ti desde luego que no, para mí… —se encogió de hombros—, creo que sí lo sería. —Ella resopló y se removió nerviosa en la barca—. Tienes una mano muy traviesa, contrólala, Cassy —pronunció alzando las dos cejas.

Ella le hizo un gesto gracioso y situó sus manos sobre su falda de color rosado.

—¿Cuánto rato has pagado al barquero?

—Media hora —dijo mirando su reloj.

—¿Vamos a estar media hora aquí en medio del lago? Me va a dar una insolación —se quejó.

—¿No tienes sombrero? —preguntó él. Ella extendió sus brazos hacia los lados—. Veo que no. —James suspiró y tomó los remos de nuevo para reconducir a la barca que giraba hacia el lado—. Me apetece un poco de calma —pronunció moviendo el remo de la derecha—. Cuando estoy en casa no deja de atormentarme el llevar tres años fuera y no haber estado cuando me necesitaban, y cuando salgo… —miró hacia la orilla—, no dejan de acosarme solo por mi título.

Ella se quedó mirándolo y tragó saliva. Realmente James no parecía estar pasándolo bien. Sabía que la muerte de su padre lo había afectado, más aún por no haber estado ahí y dar consuelo a su madre y sus hermanos cuando más lo necesitaban. Además, era

cierto que se sentía perseguido por prácticamente todas las mujeres casaderas de Londres de aquella temporada.

Sintió lástima por él.

—Yo no te veo como un título… —comentó ella con una tierna sonrisa—, no lo eres.

Él la miró y le sonrió también.

—Por eso te considero mi amiga. Solo contigo puedo ser como soy, sin que me juzguen. —la miró con cariño—. Tienes una sonrisa muy tierna que me relaja.

Ella le sonrió y asintió. Miró a su alrededor y luego suspiró.

—Estaremos aquí el rato que necesites —susurró dándole el tiempo que necesitase para calmarse.

—¿Podemos quedarnos aquí toda la vida? —bromeó él.

—Me temo que no… —respondió ella ladeando su cabeza—, pero sí podemos estar la media hora que has pagado.

Él asintió agradecido.

Realmente no sabía cómo no había sido consciente de Cassandra mucho antes. Su corazón se desbocaba mientras la miraba. Sus ojos, la mirada que los acompañaba, llena de cariño y ternura, su nariz, sus pómulos sonrosados, sus labios con aquella sonrisa que lo desarmaba…

—En silencio —le pidió él—. Contigo el silencio siempre ha sido fácil.

Ella no dijo nada, simplemente asintió mientras él cerraba los ojos y levantaba de nuevo su cabeza hacia el sol, dejando que la brisa fresca moviese sus cabellos de un lado a otro.

Llevaba días nervioso, luchando por no sucumbir a la ansiedad. Le costaba más de lo que había imaginado estar en la mansión donde había muerto su padre. Además, tenía que lidiar con la culpa que sentía y con ser testigo de las lágrimas y la tristeza de su madre. Sus hermanos, aún menores de edad, habían tenido que sostener una casa, un ducado y el dolor de su madre. Le era difícil de asimilar que él no había estado allí cuando lo necesitaban. Cierto que era algo que no se podía controlar, que nadie podía imaginar lo que iba a ocurrir, pero aquel pensamiento no era consuelo para él.

Ahora, allí con Cassandra, en medio de aquel lago y con el sol y la brisa bañando su rostro, se sentía un poco más en paz.

—Gracias —susurró sin abrir los ojos, aunque pudo sentir cómo sobre su mano se posaba la de ella con cariño, fue solo un segundo, pero suficiente para sentir que su respiración se entrecortaba.

Abrió los ojos y la miró a ella que le sonreía con cariño. Luego, dándole a él la paz que necesitaba, giró su cabeza ofreciéndole su perfil, mirando hacia la orilla para entretenerse mientras se mantenía en silencio.

James cerró los ojos y se dejó llevar por aquella sensación de calma que solo Cassandra podía otorgarle en aquellos momentos. Con ella estaba tranquilo, sin presiones… con ella todo fluía.

18

El barón Lennox subió las escaleras de la gran mansión de la duquesa.

Había recibido una nota aquella mañana para que a mediodía acompañase a James a tomar el té y disfrutar de los mapas, tal y como habían quedado hacía unos días.

El mayordomo abrió la puerta del despacho donde James lo esperaba y Edward entró con una sonrisa.

James se encontraba de pie, frente a la mesa, mirando unos mapas. Elevó la cabeza y miró al barón con una sonrisa.

—Duque —lo saludó el barón realizando una leve reverencia.

James le sonrió y rodeó la mesa.

—Dejémonos de protocolos —comentó James. El barón sonrió.

El barón le tendió la mano y se dieron un apretón de manos.

—¿Un whisky? —le ofreció James—. ¿O un té?

El barón le sonrió divertido.

—Un whisky —respondió convencido.

James fue hacia la mesita donde tenía muchas botellas y sirvió dos vasos. Le entregó uno a Edward mientras este se dirigía a la gran mesa y observaba los mapas.

James también se acercó.

—Tus mapas… —comentó con una sonrisa—, nos fueron de mucha ayuda durante el viaje. Los enrollaré y podrás llevártelos. —Edward asintió, pues tenía un gran cariño a esos mapas—. Y… —dijo entregándole un pergamino enrollado—, para ti. —Edward se quedó confuso y soltó la copa sobre la mesa, luego comenzó a abrirlo—. Es uno de los mapas que adquirí de Anatolia. Compré dos. Uno es para ti —dijo con una sonrisa.

Los labios de Edward se curvaron en una gran sonrisa y desplegó el mapa sobre la mesa.

Era un mapa muy detallado, con las cordilleras y las ciudades marcadas.

—Es impresionante… —susurró observándolo con detenimiento.

James observó la gran ilusión que aparecía en los ojos de Edward, era un gran amante de los mapas, de la exploración, como él y su padre lo habían sido.

—Sinceramente, no quiero mentirte… lo había comprado para mi padre —explicó James—, pero tú eras su mejor amigo, y sé que querría que lo tuvieses tú. A los tres nos une la pasión por la exploración, por investigar zonas inexploradas.

Edward lo miró conteniendo la emoción.

—Lo guardaré con mucho cariño —pronunció intentando contener las lágrimas.

James inspiró hondo y fue hacia uno de los asientos orejeros con el vaso de whisky.

—No descarto, en un futuro, continuar con mi viaje… —comentó James.

Aquel dato sorprendió a Edward que dejó el mapa sobre la mesa y fue al asiento orejero situado al lado del que había tomado James. En medio de estos dos había una mesa redondeada pequeña donde podían depositar las copas.

—No creía que fueses a aventurarte en otro viaje en un futuro. Ahora tienes obligaciones.

James le sonrió.

—Mi madre, la duquesa, está deseosa de que me case… —se sinceró—, pero… ¿puedo ser sincero contigo?

—Sabes que sí —respondió—, ahora puedes tener la confianza que tenías con tu padre conmigo —se ofreció.

James se lo agradeció.

—No estoy realmente por la labor de casarme —comentó tomando la copa.

Edward sonrió.

—Los jóvenes de hoy en día tenéis otras prioridades, incluso mi hija piensa así —comentó.

—¿Cassandra? —preguntó interesado.

Edward sonrió.

—Ya va siendo hora de que encuentre un marido.

James chasqueó la lengua.

—El conde parece interesado en ella.

—Oh, sí… —respondió Edward con una sonrisa—, sé de buena tinta que lo está —confirmó sin darle mucha importancia—, es compañero mío en la Cámara de los Lores.

James apretó los labios y asintió. No había pensado mal, su intuición era buena. Aquel conde pretendía a Cassandra, pero ¿qué hombre en su sano juicio no iba a hacerlo? Era una mujer preciosa, inteligente, divertida y cariñosa.

Se obligó a tragar saliva, pues sentía que con aquella revelación su garganta se tornaba seca.

Se contuvo de preguntar si Cassandra había recibido alguna oferta de matrimonio formal o si Edward lo había hablado personalmente con el conde o era una simple intuición, aunque el hecho de que dijese que era compañero de la Cámara de los Lores ya le daba a entender que habían mantenido alguna conversación sobre ella.

Sus dedos se sujetaron con fuerza al vaso de whisky y se obligó a soltarlo sobre la mesa a riesgo de hacerlo pedazos entre sus dedos.

—Cassandra se ha vuelto una mujer preciosa…

—Y peleona —rio su padre sin dar importancia a las palabras del duque—. Cuando tienes hijas, tu mayor preocupación es encontrarles un hombre que cumpla las expectativas para ellas. Es diferente a criar a un varón. —Le sonrió—. Si tienes hijas algún día, lo sabrás.

James le hizo un gesto gracioso con su rostro y se puso en pie. Sentía que la conversación sobre Cassandra lo estaba poniendo en tensión. ¿Por qué le afectaba tanto hablar sobre un futuro matrimonio de ella? ¿Por qué cuando la veía en compañía de un hombre no lo soportaba? Lo sabía, sabía cuál era la razón.

Cassandra era la mujer más extraordinaria que jamás había conocido, lo que no comprendía era cómo no había sido consciente de ello antes.

Fue hacia la mesa y comenzó a enrollar los pergaminos.

—Ahora estoy muy interesado en la astrología —le reveló James.

—Oh —contestó el barón.

—Estudié en Anatolia la ubicación de las pirámides de Egipto y cómo según muchos autóctonos de la zona se cree que tienen una conexión con la constelación de Orión. No es algo que sepan con seguridad, pero es una creencia muy extendida. Me… me interesa mucho su cultura y cómo la astrología fue importante para su cultura, para sus edificaciones.

—Tengo varios libros sobre astronomía —contestó Edward. James lo miró sorprendido—. Ya te lo ofrecí una vez, pero siempre que lo necesites mi biblioteca está a tu disposición.

James sonrió agradecido.

—Cuando tenga tu edad me gustaría tener una biblioteca tan extensa como la tuya —rio divertido.

—Me gusta poder compartir esta afición contigo. A mis hijos intento inculcársela, pero aún no están por la labor.

—Con un padre como tú no creo que tarden en desarrollar esa pasión —lo señaló.

—Dios te oiga —bromeó—. A veces pienso que Cassandra tiene más interés que ellos —rio. —James tragó saliva y sonrió. En ese momento, recordó cuando, años atrás, la había descubierto tras su biombo devolviendo uno de los libros de su librería—. A menudo pienso que mi hija sería mucho más feliz leyendo, estudiando y viajando que en las temporadas de Londres.

James asintió, pero no dijo nada al respecto.

—Me gustaría poder viajar a Egipto en un futuro —continuó con la conversación anterior—. Investigar las pirámides, estudiarlas… Según Napoleón, son impresionantes.

—Deben de serlo… —Edward se puso en pie—, estás provocando que vuelvan a mí las ansias por descubrir esos lugares. Quizá, si no te retrasas mucho en ese viaje, decida acompañarte —rio.

—Sabes que yo estaría encantado. Creo que entre los dos podríamos descubrir muchas cosas nuevas o formular nuevas teorías —respondió divertido.

Edward suspiró.

—Me encanta soñar despierto… —Su voz destiló añoranza—, pero creo que mi tiempo de viajar ya ha pasado. Ahora mi lugar está aquí, junto a mi mujer y mis hijos. Cada cosa tiene su momento, aunque no niego que sería algo que me encantaría. Quizá cuando todos mis hijos estén casados y pueda ya estar tranquilo —acabó diciendo con una sonrisa. James se quedó observándolo y asintió—. Bueno, dime… —dijo con un tono de voz más jocoso—, ¿qué tienes intención de investigar ahora?

—Como te he dicho —dijo él cogiendo su vaso de whisky—, estoy en un momento en que me interesa mucho la astronomía, quizá sí acepte tu invitación y me pase por tu biblioteca para tomar alguno de tus libros prestados sobre esa materia.

—Tengo unos cuantos —confirmó—, seguro que te resultan interesantes. —Lo miró y dio un sorbo a su vaso también—. Es un buen whisky. ¿De dónde lo has sacado?

—Era de mi padre —confirmó.

Edward sonrió.

—Siempre tuvo buen gusto para la bebida. —Suspiró y se dejó caer sobre el sofá de nuevo—. Supongo que debe de ser duro estar aquí.

James se situó ante él y volvió a sentarse en el asiento también.

—Tengo pensado mudarme en unas semanas.

—¿Sí? ¿Dónde?

—A unas calles de aquí. Hay una casa en venta. Quiero ir a verla esta semana —explicó—. Estaré cerca de mi madre y de mis hermanos, pero tendré mi independencia.

Edward asintió.

—Es una buena opción. Si necesitas ayuda para la mudanza…

—Sabes que no me hace falta —rio James—, pero te lo agradezco mucho.

—Por cierto, antes de que lo olvide —dijo Edward—, me ha comentado mi esposa que la duquesa no acudirá al baile de mañana, al de los Neville.

Aquel dato extrañó a James, pues su madre no había hecho referencia a ello.

—Ah, ¿no? Es la primera noticia que tengo.

—Es lo que me ha dicho mi esposa —insistió el barón.

Una hora después, cuando el barón había vuelto a su hogar, James había buscado a su madre por la mansión. Al no encontrarla, se había dirigido al jardín donde se encontraba en compañía de Nicole Mary.

—Madre… —pronunció James situando una mano en el hombro de su hermana en señal de cariño—, ¿qué hacéis?

—Recoger unas flores para hacer unos ramos —respondió su madre.

James miró a su alrededor y luego al cielo, hacía un magnífico día.

—El barón ha estado aquí. —Ella lo miró con una sonrisa como si ya lo supiese—. Me ha dicho que no tienes intención de acudir mañana al baile de los Neville. ¿Es cierto?

—Sí, lo es —respondió su madre cortando unas cuantas flores y depositándolas en una cesta de mimbre.

—¿Lo es? No sabía que no tenías intención de ir.

—Tampoco quiero abusar. Ir a un baile de vez en cuando está bien, pero sigo de luto, hijo —le recordó.

—Pensaba que querrías acudir.

—Y quiero… pero si voy seguramente la gente comenzará a hablar, y no quiero que eso te repercuta negativamente.

—¿En qué me va a repercutir? —preguntó él sin comprender, aunque al ver la mirada suspicaz de su madre lo comprendió de inmediato. Obviamente, si quería buscar esposa no sería bueno que hubiese habladurías sobre la duquesa viuda. James suspiró de inmediato—. Ayyy.

—Puedes ir tú solo, cariño —comentó.

—Solo acudo por ti.

Ella lo escudriñó con la mirada.

—Pero… puedes ir tú solo —insistió su madre. Él ladeó su cabeza—. Hijo, debes acudir. Ahora todos saben que estás aquí. No quedaría bien que fueses al baile de una familia y al de otra no…

James cerró los ojos unos segundos y suspiró.

—Madreee —pronunció lentamente.

—Es tu obligación como duque, ya lo sabes. Tu padre siempre asistía a todos los bailes y tenía buenas relaciones con todos los…

—De acuerdo —dijo como si finalizase la conversación así.

—Además, debes encontrar una esposa… una duquesa —dijo sonriente—. Te agradezco que quieras que vaya, es todo un detalle por tu parte, pero creo que te las podrás arreglar solo —bromeó su madre.

James acabó mirándola fijamente mientras la duquesa ya lo ignoraba, tomaba a Nicole Mary de la mano y se dirigían a otro arbusto para seguir recolectando flores.

Desde luego, su madre se había propuesto que encontrase esposa y no iba a cejar en el empeño. Sabía que, en parte, era una decisión de él tomar esposa o no, pero su madre lo estaba poniendo entre la espada y la pared.

Como heredero del ducado sabía cuáles eran sus obligaciones, entre otras, tener un heredero, aunque no le apeteciese lo más mínimo. Por un lado, deseaba tener una vida tranquila y acomodada con una familia, por otro lado, deseaba volver a viajar.

Suponía que, tal y como le había dicho el barón, había un momento para cada cosa, y tal vez ahora fuese el momento de buscar esposa.

El baile de la familia Neville siempre era precioso. Habían puesto carpas por todo el jardín, así como en la enorme terraza redondeada que daba a este y desde donde se accedía al enorme salón, un salón donde en un lateral había una gran orquesta que amenizaba la velada.

Cassandra se había puesto un hermoso vestido de color azul cielo, con unas perlas incrustadas en su escote con forma de corazón. Se había recogido el cabello en una alto moño del que caían unos mechones rizados y que estilizaba su largo cuello.

Dio una vuelta y se situó frente al conde de Granville. Aunque le caía bien, había intentado evitarlo durante toda la noche. No quería bailar con él ni que sus padres los viesen más de la cuenta juntos, pues sabía las intenciones de estos, pero finalmente no había podido rehusar más la invitación de bailar y se había visto obligada, aunque

lo cierto era que cuando estaba en su compañía se sentía a gusto con él. No lo quería como marido, pero sí podría valorarlo como un buen amigo con el que compartir aficiones.

—Yo también prefiero mucho más el campo —admitió ella—. Es cierto que durante la temporada Londres está precioso y lleno de vida, pero la vida en el campo es mucho más tranquila.

—Sí, se respira mucha más paz —le dio la razón el conde sujetando su mano y dando unos pasos a cada lado—. Aunque debo admitir que la vida social a la que se refiere es mucho mejor en Londres, siempre hay cosas que hacer y no hay tiempo para el aburrimiento.

—Sí —rio ella. Lo miró con una sonrisa mientras daban una vuelta uno frente al otro—. Dígame, ¿ha viajado?

—Tuve una temporada en que viajé —explicó él—. Estuve cerca de un año en París, pero de eso hace ya mucho tiempo.

—¿Y le gustó? —preguntó entusiasmada.

—Oh, sí… desde luego. Es una ciudad llena de vida, tanto de día como de noche. Sus calles están llenas de artistas que buscan una oportunidad: pintores, escritores, escultores… París cuenta con grandes salas donde exponen sus trabajos, la comida es deliciosa y la gente es encantadora.

Ella suspiró mientras daba unos pasos hacia un lado y hacia el otro.

—Me encantaría ver todos esos lugares… viajar. —Le sonrió como si se tratase de una confidencia—. Sé que una dama sola no puede viajar, pero me encantaría ver todos esos lugares que tanto elogian los hombres.

—Seguro que los disfrutaría mucho —respondió él—, y aprendería. La veo una mujer muy instruida.

Ella le sonrió un poco avergonzada.

—Gracias, lo intento. No sé por qué una mujer no puede saber sobre pintura, escultura, música… sé tocar el piano —explicó—, y me encanta descubrir nuevos cuadros, es como si viajase a esos lugares. La escultura me apasiona y… —se quedó callada sabiendo que se estaba extralimitando.

—¿Y? —la apremió él.

—Me gustaría saber sobre estudios clásicos —dijo rápidamente —, el cuerpo humano, ingeniería, hierbas…

—Es una mujer con ansias de saber —comentó con una sonrisa —. Para mí no hay nada más atractivo en una mujer que la sed de conocimiento.

Ella apretó los labios y apartó la mirada de él ante aquella respuesta. Dio una vuelta y, finalmente, se situó ante él para hacer una leve reverencia cuando el baile finalizó.

El conde la miró fijamente, consciente de su reacción al recibir aquellas palabras, aunque no se disculpó por ello, aquello era lo que él pensaba en realidad, no tenía por qué esconderlo, aunque sí le pareció gracioso el gesto cohibido de ella.

Le ofreció la mano y la acompañó hasta el lugar donde la había recogido.

Mientras se dirigían hacia allí, Cassandra se dio cuenta de que sus padres la miraban. Inspiro hondo y, finalmente, se despidió del conde.

—Muchas gracias por el baile, lady Cassandra.

—Gracias a usted, conde —se despidió de él con otra reverencia.

En cuanto se alejó, Adelaide se acercó a ella junto a Christina.

—Me parece que en breve vamos a tener que referirnos a ti como condesa —bromeó Adelaide.

Cassandra negó justo cuando un joven se acercó para pedirle un baile a Christina, la cual aceptó de inmediato, alejándose.

—¿Ese no es lord Marshall? —preguntó refiriéndose al acompañante de Christina.

—El mismo… no se despega de ella en ningún baile. Me parece que vamos a tener una pedida de mano en breve —rio Adelaide divertida.

El muchacho era atractivo, con su cabello rubio corto y unos enormes ojos azules. Era un hombre alto, aunque delgado para su gusto.

—Al menos es más joven que el conde —se quejó Cassandra.

—Oh, Cassandra —la reprendió su amiga—, ¿cuántas veces tengo que decirte que eso no importa?

—Para mí sí.

Adelaide la miró con una sonrisa de soslayo.

—Mucho mejor para ti, ya te lo he dicho, cuanta más experiencia, mejor… —la miró con una sonrisilla traviesa—, sobre todo para la noche de bodas —acabó riendo.

Cassandra enarcó una ceja.

—¿Para la noche de bodas? ¿Por qué? —preguntó sin comprender.

—Oh, no, no… olvida lo que he dicho…

—¿Por qué? —insistió Cassandra.

—Nada, ya lo sabrás cuando te llegue el momento —susurró—. Olvida el tema, no tendría que haber dicho nada.

Cassandra suspiró y negó con la cabeza mientras miraba a su alrededor. Su mirada se topó con la de James, al otro lado del salón y rodeado de varios hombres.

Sonrió y le saludó con un movimiento de cabeza que James respondió de inmediato elevando su copa hacia ella.

—Ese es tu amigo el duque, ¿no?

Se giró hacia ella.

—Ya sabes que sí.

—Y… ¿el duque qué?

La miró sin comprender.

—¿Qué de qué?

—Pues… no sé… ¿no lo valoras como futuro esposo?

Cassandra dio un paso atrás y la miró divertida.

—¿A James? —rio—. Oh, no, no… somos amigos, además, nuestras ideas sobre el matrimonio son muy diferentes.

—Pues es una pena, es muy… atractivo —pronunció su amiga.

Ella giró su cabeza hacia James, el cual mantenía una conversación con varios hombres. Desde allí pudo ver su sonrisa y cómo movía su mano con elocuencia. Sí que era un hombre atractivo. Nunca se había fijado en él como un futuro pretendiente, pero lo cierto era que no le extrañaba que las mujeres estuviesen deseando conocerle y llamar su atención, no solo por su título, sino porque era un hombre varonil, de rasgos masculinos y una sonrisa encantadora.

—Ya empieza a hacer calor, ¿no? —preguntó Cassandra tomando el abanico que colgaba de su muñeca.

Lo abrió y lo movió frente a su rostro un par de veces para refrescarse.

—¿Sí? Yo tengo un poco de fresco. Debe de ser por el baile —comentó su amiga.

—O por el vino —bromeó ella tomando otra copa.

James se fijó en Cassandra, iba preciosa, como siempre. Sentía unas ansias increíbles de ir y hablar con ella, aunque no supiese ni qué tema sacarle. Miró a los hombres que lo acompañaban.

—Óscar, ahora vengo —pronunció a su amigo.

No lo había visto desde su vuelta del viaje, así que había sido toda una sorpresa encontrarlo allí. Se había alegrado, pues, pese a que conocía a un montón de gente y todos se acercaban para saludarlo, se sentía mucho más cómodo con él.

Comenzó a caminar hacia Cassandra, aunque de reojo observó cómo una mujer se dirigía hacia él, aceleró hacia delante intentando esquivarla y suspiró cuando logró quitarse de su trayectoria.

Lo que sentía cuando la veía lo estaba enloqueciendo. ¿Se había enamorado realmente de Cassandra? Sí, sin ninguna duda. El problema era… ¿cómo fijarse en otra mujer si la única que le atraía y le hacía sentir algo era ella? Sin embargo, ella tenía claro que deseaba un matrimonio por amor.

Llevaban años de amistad, de sincerarse el uno con el otro… ¿cómo decirle a Cassandra que estaba enamorado de ella y que era la única mujer que tenía en mente si le había dicho tantas veces que él no deseaba un matrimonio?

Deseaba su amistad más que nada y sabía que confesarle aquellos sentimientos podía traerle problemas.

Llegó hasta ella y le sonrió.

—Duque —pronunció ella en un tono neutro.

¿Ella no sentía nada por él? Eso parecía…

Sí, entre ellos había una gran amistad, una enorme confianza cosechada desde niños, pero nada más…

—Señorita Lennox —pronunció él realizando una reverencia.

Ella sonrió y señaló con la mano hacia su amiga.

—¿Recuerda a la señorita Adelaide? Es la esposa del vizconde…

—De Linley —la interrumpió él—, sí, lo recuerdo —dijo tomando su mano—. Un placer volver a verla.

Adelaide le sonrió abiertamente.

—Me alegro de volver a verle en uno de los bailes —reaccionó Adelaide y miró a su amiga de reojo.

—Sí, son un gran entretenimiento —respondió él.

—¿Verdad que sí? —respondió Adelaide dándole conversación—. He escuchado que ha estado de viaje varios años… —continuó ella —. ¿También acudía a bailes en otras ciudades?

—Oh, no, lady Linley, me temo que los bailes de este estilo solo se dan en Londres. Sé que en Francia también, pero no tuve la suerte de ser invitado a ninguno de ellos —confesó.

—¿No lo invitaron? —preguntó asombrada.

Él negó.

—No. Acudí a París con la intención de conocer a artistas y enfocarme sobre todo en el arte —confesó.

Cassandra le sonrió al escuchar aquello.

—El duque es un hombre con una gran ansia de conocimiento —sonrió Cassandra.

—Y no soy el único, ¿verdad, Cassy? —se dejó llevar por la conversación sin darse cuenta de lo que hacía. Carraspeó ante la mirada sorprendida de Cassandra y Adelaide—. Discúlpeme, señorita Lennox.

Cassandra le sonrió y luego miró a Adelaide.

—Como ya le he dicho, Adelaide, el duque y yo tenemos una gran confianza desde pequeños y a veces se nos olvida que debemos guardar el protocolo —comentó ella mirándolo fijamente, como si le riñese, lo que provocó que el duque riese y Adelaide apretase los labios sin saber dónde meterse.

—Discúlpeme de nuevo, lady Lennox. ¿Aceptaría mis disculpas con un baile? —le preguntó.

Ella lo miró divertida.

—Sí, creo que sí —respondió tendiéndole la mano.

Se despidió de su amiga con una sonrisa y ambos se dirigieron al centro de la pista de baile.

Lo cierto era que cuando se encontraba en su compañía perdía todo formalismo, lo único que le apetecía era abrazarla y sentir aquellos labios besando los suyos, moviéndose lentamente.

Apretó los labios y desvió la mirada de ella.

—¿Quieres información? —preguntó situándose ante él. James inspiró hondo y asintió. Sí, quizá así consiguiese olvidarse un poco de lo que sentía acerca de ella. La tomó de la cintura y, cuando la melodía comenzó, se movieron de un lado a otro—. Está bien, mira… a la derecha —le indicó—, la del vestido de color amarillo.

—La veo —indicó él intentando distraerse.

—Es lady Diana Baker. Se acaba de presentar en sociedad este año —explicó—, es una chica encantadora. Un poco tímida, pero es normal… —le sonrió—, podría presentártela si estás interesado.

James la miró disimuladamente y luego negó.

—No, gracias.

Ella chasqueó la lengua y buscó a otra mujer.

—La chica que lleva el vestido rosa y blanco que tiene una copa en la mano, lady Katherine Stone. Es hija de un banquero, tiene un gran patrimonio. Es su segunda temporada. —Lo miró e hizo un gesto gracioso—. No es mala chica, aunque es un poco chismosa.

—No me interesa —reaccionó rápidamente.

Ella chasqueó la lengua e hizo un gesto nervioso.

—Está bien… —dijo mirando a su alrededor—. Lady Caroline Potter, la chica del vestido blanco con el cinturón rosa, de pelo negro… a esa ni te acerques —rio, él la miró sorprendido—. Es una cazafortunas. Es su segunda temporada también, y el año pasado provocó algún escándalo que otro. —Él asintió tomando nota de ello —. La chica del vestido azul oscuro y blanco —señaló—, es encantadora, se llama Helen Archer, es su tercera temporada también… es un encanto. Podría presentártela.

—Es… pelirroja.

—¿Y? —preguntó ella sorprendida.

James chasqueó la lengua.

—Me gustan más las rubias —dijo mirándola fijamente.

Ella ladeó su cabeza, analizando sus palabras.

—Así que el duque es exquisito… está bien, reduciremos la lista a rubias o castañas claras…

—Rubias —insistió él con la mirada fija—, de ojos claros.

Ella pestañeó varias veces y luego carraspeó, pues el tono de voz con que lo pronunciaba y la forma de mirarla le daban a entender que le estaba insinuando algo, pero… ¿cómo iba a insinuarle James algo así? Si él mismo le estaba pidiendo ayuda para buscar una esposa.

Inspiró hondo y tragó saliva mientras asentía.

—Está bien… —continuó ella en un tono de voz que intentaba ser tranquilo—, buscaremos mujeres con esas características… ¿alguna más?

James la miró unos segundos y asintió.

—Con una sonrisa tierna —pronunció. Cassandra tropezó con el pie de él al escuchar aquello, pues a su mente volvieron las palabras que le había dicho en el paseo en barca por el lago acerca de su sonrisa tierna—. Ayyy… —se quejó James al recibir el pisotón. Ella resopló—. ¿Qué haces? —le susurró.

—No, ¿qué haces tú? —preguntó alterada.

James miró hacia los lados intimidado y luego volvió a prestarle atención a ella.

—Solo te estoy describiendo a mi mujer ideal.

Ella apretó los labios y miró hacia la derecha. ¿Puede que estuviese entendiendo mal?

—Ya… —respondió nerviosa—. Tendré todo eso en cuenta.

—¿Tu tipo de hombre ideal es como el conde? —preguntó directamente.

Ella lo escudriñó con la mirada.

—Mi tipo de hombre ideal es el que me quiera —respondió un poco seca.

Ambos se separaron y aplaudieron cuando la melodía finalizó.

James tendió su mano a Cassandra y fueron hacia donde se encontraba Adelaide.

—Muchas gracias por el baile, mi lady —comentó James.

Cassandra lo vio alejarse con su espalda recta en dirección a los hombres con los que estaba hablando antes de acercarse a ella para

pedirle un baile.

James tenía algo que no había apreciado anteriormente. Sus ojos, la forma en la que le hablaba… inspiró hondo y se giró hacia su amiga para seguir con la conversación y mantener su mente clara.

19

El Real Jardín Botánico de Kew era uno de los jardines más grandes conocidos. Desde el siglo XIV, los monarcas ingleses habían mostrado predilección por Sheen. Eduardo III murió en su palacio en 1377. El rey Enrique V ordenó su destrucción y restauración posterior y fue el primer monarca Tudor, Enrique VII, el que residió con frecuencia en el palacio hasta que este ardió. Fue este rey el que, al reconstruirlo, lo rebautizó como Richmond.

En 1718, el príncipe de Gales, futuro Jorge II, y su esposa, la princesa Carolina, se instalaron en verano en la casa de campo del duque de Ormond en el *Old Deer Park.* La casa se rebautizó *Richmond Lodge* y los jardines *Richmond Gardens* en honor al viejo palacio. Carolina, reina consorte desde 1727, realizó importantes transformaciones en los jardines, inspirándose en los de su infancia en Charlottenburg y Herrenhausen y con un objetivo claro: "ayudar a la naturaleza, no diluirla en creaciones artísticas". A tal efecto, contó con la ayuda de Charles Bridgeman, quien, además de los modelos alemanes de Carolina, también aportó las tendencias presentes en los jardines ingleses de la época: fuentes italianas, perspectivas francesas y la topiaria holandesa. Así mismo, el arquitecto William Kent edificó varios caprichos, como una lechería, una ermita, el Pabellón de la Reina o la Cueva de Merlín, una casa rústica decorada con figuras a tamaño real.

Tras la temprana muerte de la reina Carolina en 1737, Jorge II y su corte siguieron frecuentando el lugar, pero solo los sábados de verano para almorzar y pasear.

Paralelamente, en 1731, el príncipe de Gales, Federico de Hanover, deseoso de alejarse de sus padres, alquiló a la familia Capell una propiedad en Kew que constaba de unos afamados jardines y de la llamada *Kew House*, que probablemente databa del reinado de Isabel I. William Kent fue llamado a ampliar y a redecorar la mansión, que vio sustituida su fachada de ladrillos por otra

enfoscada de blanco, y por ellos pasó a llamarse *White House.* La nueva casa fue inaugurada en 1736 por el príncipe Federico y su nueva esposa, la princesa Augusta, y al jardín se añadieron plantas exóticas y elaboradas esculturas mitológicas.

Kew se convirtió en la corte veraniega de los príncipes de Gales y en una alternativa a la corte real de Jorge II en la vecina *Richmond Lodge*. Tras la inesperada muerte de Federico en 1751, la princesa viuda Augusta siguió alquilando Kew. A partir de entonces, realizó grandes transformaciones y embellecimientos en los jardines, siguiendo los consejos de su confidente lord Bute; fue este último quien sugirió encargar al aún desconocido arquitecto William Chambers el diseño de varios caprichos.

Con el ascenso de Jorge III al trono, se mantuvo la preeminencia de Richmond-Kew como principal residencia veraniega de la familia real, donde podía vivir de forma sencilla y familiar lejos del ceremonial de la corte de St. James. En un principio, el monarca y su esposa, la reina Carlota, se instalaron en la *Richmond Lodge*, pero como la casa resultaba pequeña se mudaron a la *White House*, aún alquilada a los Capell. Cuando esta también quedó pequeña, la vecina *Dutch House*, que ya habían usado la reina Carolina y la princesa Augusta, también fue alquilada para servir de "guardería real". Más tarde, se destinaría a residencia del joven príncipe de Gales, futuro Jorge IV.

El invernadero tenía una superficie el doble de grande que La Casa de la Palmera, y es la estructura victoriana en cristal y hierro fundido más grande de todas las que se conservan.

El rey Jorge III enriqueció los jardines, ayudado por el buen hacer de William Aiton y de *sir* Joseph Banks. El antiguo caserón de Kew fue demolido en 1802. La “Dutch House" ("Casa Holandesa") adjunta fue adquirida por Jorge III en 1781 como guardería para los infantes reales. Una estructura de simples ladrillos desnudos, conocida como “Palacio de Kew".

Ahora, con la finalización del nuevo invernadero situado cerca de dicho palacio, la familia real abría sus puertas para que durante quince días pudiesen visitarlo todos los que lo deseaban. Lo cierto era que se trataba de una preciosa obra de arte.

El edificio de cristal estaba dividido en varias partes. En la primera, los caminos iban entre unos lagos artificiales con grandes nenúfares que flotaban sobre estos con grandes flores en su centro. Las flores color rojo, violeta y amarillo le daban una nota de color entre tanto verde.

Más adelante, la otra parte del invernadero se trataba de caminos que se internaban en la gran espesura de lo que intentaba simular una selva. Incluso el ambiente de allí era más sofocante.

Cassandra se abanicó un poco apartándose un mechón de cabello. En el invernadero había más humedad de la que solía haber en Londres.

—Los nenúfares son plantas acuáticas del género Nymphaea —explicó el guía—. Provienen principalmente de África y Asia. Los que veis aquí… —señaló a uno de los enormes lagos—, provienen de África.

—Son enormes —dijo una de las mujeres.

—Sí, en África todo es enorme, señoras —bromeó el guía provocando que muchas de las mujeres riesen—. Los nenúfares se desarrollan sobre todo en lagos, charcas y aguas poco profundas de regiones templadas y tropicales, como es el caso. En este invernadero recreamos la misma temperatura que hay en estos lugares. Los nenúfares pueden enraizarse fácilmente en el fondo. —El guía miro a aquel grupo de veinte personas que paseaba por el invernadero. Había diferentes grupos que visitaban el invernadero y otras partes de los jardines y otros que iban por libre—. ¿Alguna pregunta? —Nadie dijo nada—. Bien, podéis pasear durante media hora por esta zona y luego pasaremos a la zona africana. Disfrutad. —Luego señaló a la parte alta a la que se accedía a través de unas escaleras de caracol que llevaban a unos puentes de hierro desde donde se podía ver, desde la altura, toda la zona de los lagos—. Podéis pasear también por la zona alta para observar correctamente los lagos.

Su padre y su madre iban por delante de ella.

—¿Vamos a la parte alta? —propuso su madre—. Quiero ver el lago desde lo alto.

Su padre asintió.

—Yo os espero dando un paseo por aquí —dijo Cassandra.

—¿No vienes?

—Sabes que las alturas no me gustan, mamá. Disfrutad vosotros —le sonrió—. Yo os espero dando un paseo alrededor del lago —dijo dando unos pasos atrás.

Su madre asintió y se cogió del brazo de su padre, marchando directamente hacia las escaleras de caracol, pues parecía que todos habían tenido la misma idea y deseaban subir. Ella, por otro lado, prefería pasear alrededor del lago y disfrutar así de un poco más de tranquilidad. Se cruzó con unos jóvenes y los saludó con un movimiento de cabeza.

—Señorita Lennox —pronunció otro hombre con el que se cruzó, situando su mano en su sombrero.

Ella lo saludó también y siguió caminando alrededor del lago, observando los nenúfares.

Le llamó la atención uno de los sonidos y se giró de inmediato. Se quedó observando una pequeña rana sobre uno de los nenúfares y cómo esta daba un salto y se hundía en el lago.

Poco después, la rana dio un salto y subió a otro de los nenúfares donde había otra rana, aunque le llamó la atención el hecho de que esta última se subiese encima de la rana que se encontraba sobre ese nenúfar.

Automáticamente, su garganta comenzó a hincharse y a emitir sonidos graves. Un segundo después, sujetó a la rana que tenía por detrás y comenzó a moverse sobre ella.

Varias personas pasaron por detrás de ella y comenzaron a reír, algunas mujeres abanicándose. Cassandra las miró enarcando una ceja. ¿A qué venían aquellas risas?

—Hola, Cassandra —dijo Adelaide a su lado.

—¡Hola! —exclamó Cassandra feliz—, ¿qué tal? No sabía que estabas aquí.

—Me he encontrado con tus padres que subían a la parte alta —respondió sonriente—. Está medio Londres aquí —bromeó ella.

—Eso parece —dijo mirando hacia los lados.

Ambas se quedaron mirando de nuevo a un grupo de mujeres que miraba hacia el estanque y comenzaban a reír situando su mano

en su boca, intentando evitar la carcajada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Adelaide situándose al lado de ella.

—No lo sé. —La miró extrañada—. Hay una rana que está empujando a otra rana, parece que eso les hace gracia.

—¿Qué? —preguntó Adelaide sin comprender lo que decía su amiga.

Cassandra señaló hacia el estanque. Adelaide miró en aquella dirección y luego realizó el mismo gesto que el resto de mujeres.

Cassandra la miró extrañada.

—¿Por qué te ríes tú también? ¿Qué pasa?

Adelaide apretó los labios y miró a su amiga con los ojos muy abiertos, luego desvió la mirada hacia un lado.

—Nada.

—No, nada no —respondió su amiga mosqueada—. Yo no le veo nada de gracioso.

—Ya, bueno… —dijo intentando contener la carcajada.

—Adelaide… —susurró Cassandra—, dime qué es tan gracioso —ordenó.

—No, no… es solo que… —colocó una mano en sus labios y luego cogió a Cassandra del brazo para alejarse de allí—, creo que esas ranas están teniendo su noche de bodas.

—¿Su noche de bodas? —preguntó sin entender nada.

Adelaide rio más fuerte y la señaló.

—No diré nada más, hasta aquí puedo decir.

—Oh, venga ya… ¿por qué todo el mundo ríe como si se tratase de un chiste?

—Ya lo averiguarás cuando te cases —bromeó.

Cassandra resopló.

—Eso no tiene gracia.

—Sí que la tiene —rio su amiga sin soltarla del brazo—. Oh, venga… yo no puedo explicarte esas cosas. Eso debe ser tu futuro marido. —Cassandra enarcó una ceja—. Cuando llegue el momento, lo agradecerás.

—Pero, ¿agradeceré el qué?

—Shhh —le llamó la atención Adelaide—. Vamos a dejar el tema.

—No, no quiero dejarlo…

—Sí, sí quieres —sentenció su amiga, aunque divertida—. Venga, demos un paseo. ¿Has ido a la parte de la selva?

Cassandra suspiró dándose por vencida, no creía que pudiese sacarle nada más sobre el tema.

—No, nos han dado media hora para pasear por aquí y luego nos llevarán a esa zona.

—Es espectacular, me ha gustado más que la zona de los lagos —dijo entusiasmada. Ambas saludaron a la vez a unas personas con las que se cruzaban bajando levemente su cabeza y siguieron el paseo—. Explícame… ¿qué tal va todo con el conde?

Cassandra la escudriñó.

—Con el conde no hay nada —susurró ella.

—¿Seguro? —preguntó.

—Seguro. —Suspiró—. Si bien mis padres quieren que haya una unión más cercana, pero esa no es mi idea —explicó—. El conde es un hombre encantador, no voy a negártelo, y muy instruido, pero no quiero casarme con él —sentenció.

—¿Y tus padres qué dicen al respecto?

Cassandra suspiró.

—Si por mis padres fuese, estaría casada con el conde mañana mismo —se sinceró.

—Vayaaa —comentó su amiga asombrada—. ¿Quieren concertar un matrimonio?

—No estoy muy segura —reconoció ella—. Sé que el conde es muy amigo de mi padre, ambos trabajan juntos en la Cámara de los Lores. Lo han invitado a cenar a casa y, bueno, me han hablado de él y de un futuro matrimonio…

—Es decir, que sí quieren casarte con él —dijo su amiga.

—Están esperando a que yo me sienta cómoda con él, supongo —recapacitó Cassandra—. Mi padre me prometió que jamás me obligaría a casarme con nadie, y creo que eso es lo que le frena a obligarme. Siempre ha sido un hombre de palabra. Me… me dijeron que no estaba por la labor de encontrar marido, que estaba ya en mi tercera temporada y…

—Y tienen razón, Cassandra —la interrumpió su amiga—. Quizá, si te viesen más interés… —dejó la frase sin acabar—, pero es que ni eso.

—No quería casarme.

—¿No querías? —parpadeó varias veces—. ¿Ahora sí?

—Bueno, ahora empiezo a valorarlo, pero no con el conde. Preferiría un hombre más… joven —acabó diciendo—. Y con esto no quiero reprocharle nada al conde, por supuesto, como he dicho, es un hombre instruido y encantador, pero… —suspiró.

—Te entiendo —reconoció su amiga—. Yo pensaba lo mismo, por suerte di con mi vizconde —rio ella—, y ahora creo que soy la mujer más feliz del mundo.

—Te envidio —rio Cassandra—. Eso es lo que quiero yo, ser feliz, sentirme amada.

—Pues creo que deberías darte prisa. Si lo que quieres es elegir tú a un marido o, al menos, tener la oportunidad de decidir mínimamente, deberías darte prisa.

—Y… ¿cómo lo hago?

—Habla con ellos, sé encantadora, sonriente… —le recomendó —. Haz lo que estás haciendo, pero con ganas —la reprendió.

Cassandra resopló mientras seguía caminando sujeta al brazo de su amiga.

—Creo que será lo mejor —respondió ella.

Elevó la mirada y saludó a sus padres que sonreían desde lo alto del puente. Adelaide también los saludó con una sonrisa.

Ambas se giraron cuando escucharon aquella voz que ya comenzaba a ser familiar para ellos.

—Señorita Lennox —escucharon la aguda voz de la señorita Henderson.

—Buenos días —respondió Cassandra a Elizabeth, la cual miró de un lado a otro buscando al duque. Cassandra estuvo a punto de indicarle que él no se encontraba allí, que no buscase más, pero se contuvo, pues podía parecer maleducada.

—¿Qué tal? —preguntó situándose a su lado.

—Muy bien, señorita Elizabeth. ¿Y usted? —le preguntó con una sonrisa.

Elizabeth la miró por encima del hombro y asintió también.

—Muy bien, aprovechando este día tan maravilloso —comentó, luego carraspeó y miró de un lado a otro, como si no quisiese que nadie las viese—. Supongo que acudirán al baile de mañana, ¿verdad?

—Sí, claro… el baile de los Fitzgerald. No me lo perdería por nada —respondió Cassandra con un tono risueño.

—Yo tampoco —intervino Adelaide.

Elizabeth les sonrió y asintió. Se quedó allí parada, obviamente intentando sacar el tema de conversación del duque para averiguar si asistiría, aunque Cassandra no iba a darle ese placer, ya conocía suficientemente bien a la señorita Henderson como para saber que haría cualquier cosa por quedarse con su amigo. Si fuese cualquier otra mujer con más buen corazón, hablaría con ella, incluso con el duque para recomendársela, pero no con Elizabeth.

—¿Seguimos con el paseo, Adelaide? —le preguntó a su amiga.

Elizabeth puso su espalda recta.

—Claro, Cassandra —respondió su amiga sonriente mientras volvía a cogerse a su brazo.

—Nos vemos en el baile, señorita Henderson —comentó Cassandra antes de alejarse de ella.

No pudo evitar sonreír mientras dejaban atrás a Elizabeth.

—Oh, qué malvada has sido —rio su amiga.

—La señorita Henderson es una oportunista. Durante los últimos años jamás me ha dirigido la palabra, al contrario… siempre me miraba por encima del hombro —explicó—. Qué extraño que ahora, cuando me ve que soy amiga cercana al duque, intente ser mi amiga.

—Sí, muy extraño, ¿verdad? —ironizó Adelaide—. Y, además, está el escándalo que protagonizó la temporada pasada.

—Exacto —recordó Cassandra—. Creo que cuanto más lejos, mejor, ya sea por el duque o por nuestra reputación…

—La mía no, recuerda que soy una mujer casada —bromeó.

—Pero yo no, y no quiero que me vinculen con ella.

Adelaide asintió y ambas siguieron caminando, alejándose de una Elizabeth que se había quedado cerca del lago sola, con la vista

clavada en la espalda de Cassandra, todos los músculos tensos y murmurando para ella misma, enfadada, lo mucho que odiaba a Cassandra en aquellos momentos.

Sabía que su amiga Adelaide tenía razón. Debía esforzarse y que, al menos, sus padres viesen que se implicaba en la ardua tarea de buscar marido. Quizá de esa forma sus padres se calmasen y no quisieran comprometerla con el conde. Si veían que ella se implicaba y que estaba dispuesta a buscar un marido por sus propios medios, puede que se tranquilizasen un poco y no la obligasen a casarse con el conde.

Debía intentarlo.

—Muchas gracias por el baile, lord Wayne, ha sido un placer —dijo Cassandra realizando una reverencia y sonriendo de una forma forzada.

—El placer ha sido mío, señorita Lennox.

Lord Wayne se dio la vuelta y se alejó.

Cassandra suspiró y borró la sonrisa de sus labios. Se le hacía difícil, pues ya llevaba cuatro bailes en el baile de los Fitzgerald y solo llevaban una hora y media allí. Estaba segura de que si se esforzaba y sus padres veían que no dejaba de bailar con pretendientes, le darían una oportunidad, el problema era… ¿qué haría cuando acabase la temporada y no tuviese prometido? ¿Realmente quería casarse? En estos tres años ningún hombre había llamado su atención lo suficiente como para planteárselo, aquel era el verdadero problema. ¿La obligarían a casarse si llegaba el fin de temporada y ella no había escogido? ¿Y si no recibía ninguna proposición?

Se pasó la mano por la nuca, agobiada.

Aquellos últimos tres años había estado tranquila, disfrutando de las temporadas, sin embargo, en aquel momento se había vuelto su mayor pesadilla. Se sentía nerviosa, intranquila… y no dejaba de mirar de reojo en dirección a sus padres.

Sí, la observaban continuamente, y cada vez que la veían salir a la pista de baile sonreían y cuchicheaban, estaba segura que valorando al hombre que la había invitado a bailar.

—Te veo muy entregada a la causa de bailar —pronunciaron a su espalda.

Tan concentrada estaba en sus pensamientos que brincó cuando escuchó aquella voz masculina tras ella.

Se giró y se llevó la mano al corazón con disimulo.

—Duque —susurró intentando calmarse.

—¿Os he asustado?

—Un poco —respondió con sinceridad.

—¿En qué pensáis? —preguntó situándose a su lado.

Ella lo miró y apretó los labios. ¿Para qué iba a explicarle sus problemas? ¿Que necesitaba encontrar un marido o sus padres la casarían con el conde?

Negó con la cabeza e intentó sonreírle con calma.

—En nada.

—¿Seguro? —insistió.

—Sí.

Él se acercó más.

—Sabes que puedes confiar en mí… —susurró—. Yo lo hago en ti.

Ella suspiró y chasqueó la lengua.

—Ya, gracias… —respondió tensa—. Se lo agradezco, duque, pero no es algo en lo que pueda ayudarme —contestó desesperada.

—Ponme a prueba —respondió con una sonrisa.

Ella lo miró de la cabeza a los pies y luego ladeó su cabeza.

No, no pensaba confesarle que estaba desesperada con encontrar un marido que cumpliese sus expectativas o que la casarían con el conde, en tal caso, acabaría bailando con todos los hombres del salón. Por otro lado, había otras cosas que también ocupaban su mente desde el día anterior y que la tenían un poco nerviosa.

—Está bien… —susurró como si fuese a confesarle sus problemas. Luego le hizo un gesto con la cabeza para que la siguiese y se alejasen un poco de la gente a fin de poder hablar en privado.

Se acercaron a una de las enormes columnas y ella miró de un lado a otro, nerviosa, mientras James la miraba confundido.

—¿Qué ocurre? —preguntó divertido, pues jamás había visto a Cassandra en una actitud así.

—Está bien, voy a preguntarte una cosa… ¿me serás sincero? —susurró.

—Claro —respondió encogiéndose de hombros.

Cassandra se removió y resopló.

—Nadie me lo dice, y es algo que me está poniendo nerviosa… —continuó ella—, ya me lo han dicho varias veces, pero nadie me lo aclara.

—¿De qué se trata?

Ella se acercó más.

—Ayer fui al Real Jardín Botánico de Kew por la inauguración del último invernadero… —James la miró confundido—. Es precioso —aclaró.

—Sí, lo visité hace unos días con mi madre —confirmó—. ¿Qué tiene eso que ver con tu pregunta para que te pongas tan nerviosa?

Ella se mordió el labio y se acercó más, intrigando a James.

—Una rana se subió encima de otra y comenzó a empujarla… —James enarcó una ceja y se puso tieso como una palo—. Una amiga me dijo que eso es lo que ocurre en la noche de bodas —comentó nerviosa—. ¿Qué significa eso? —preguntó con ansiedad—. ¿Acaso el marido se sube encima de la mujer como si se tratase de una yegua?

James se llevó la mano a la nuca, masajeándola, y carraspeó nervioso por la pregunta. Luego miró de un lado a otro nervioso porque alguien hubiese podido escucharla.

—Oh, vamos… Cassy… —dijo con una sonrisa tensa—, no puedes estar preguntándome eso —susurró incrédulo.

—Pues claro que te lo pregunto, nadie me lo dice. Tú eres mi amigo —lo señaló.

—Ya, bueno… pero no para esto —contestó abochornado sin dejar de mirar a los lados.

Ella lo miró incrédula.

—¿Por qué te pones así? —dijo mirándolo de arriba abajo—. Luego me dicen que busque un marido con experiencia… ¿para qué?, ¿para dar saltos como una rana? —preguntó incrédula.

James pestañeó varias veces sorprendido por la pregunta y sonrió nervioso.

Cassandra lo miró. ¿Por qué adoptaba aquella pose entre tímida y divertida?

—Mmm… no —respondió él—, no es para dar saltos.

—Entonces, ¿para qué?

—No voy a explicarte nada sobre eso —sentenció.

—Oh, vamos… ¿por qué nadie me lo dice? —se quejó un poco más alto.

—Shhh… calla, Cassy. No son temas apropiados —la reprendió mirando de un lado a otro.

—Ah, ¿no? —ironizó ella.

—No —pronunció él más tirante.

—Pero quiero saber. ¿Por qué nadie me lo explica? Mis amigas casadas me dicen que si la noche de bodas… que si hay que tener un marido con experiencia… bla, bla, bla, estoy cansada de que nadie me explique nada. —James se pasó la mano por su rostro, agobiado, sin disimular. Ella lo miró fijamente—. No entiendo por qué hay tanto problema —le susurró.

Él puso los ojos en blanco.

—Ni yo entiendo cómo puedes preguntarme eso… —susurró.

Cassandra apretó los labios.

—Tú eres un hombre.

—Sí, lo soy.

—Entonces tú sabrás lo que ocurre, ¿no?

—Lo sé.

—Y, ¿por qué tú sí y yo no? —le recriminó.

James resopló.

—Deja de preguntarme eso. No voy a explicarte nada al respecto —contestó con los dientes apretados.

—Pero eres mi amigo… —sollozó ella.

—No —sentenció.

Ella puso la espalda recta y elevó el mentón.

—Está bien… pues pediré las debidas explicaciones al próximo que me saque a bailar —lo retó.

James la miró fijamente.

—Ni se te ocurra hacer eso o echarás tu honor por alto.

—Pero ¿qué honor? —gimió ella de los nervios.

—Tú simplemente no lo hagas. No estaría bien visto.

—Pues pienso hacerlo, pienso hacerlo hasta averiguarlo, ¿entiendes? —lo retó—. Así que mi supuesto honor depende de ti. —James estuvo a punto de dejar caer su mandíbula—. Oh, mira, por ahí se acerca lord Archer a solicitarme un baile… —dijo dando un paso hacia delante, decidida a bailar con él y pedirle explicaciones.

James se fijó en que era cierto. Lord Archer, con sus pasos elegantes, venía directo hacia ellos con la mirada clavada en Cassandra. De hecho, al verla dar un paso hacia él, dibujó una gran sonrisa en sus labios.

—Maldición, Cassy —dijo cogiéndola del brazo para avanzar junto a ella más lejos de la columna.

James pudo ver cómo lord Archer se quedaba confundido en medio de la pista de baile al ver que el duque tomaba del brazo a Cassandra y la alejaba.

James la soltó bastante molesto detrás de una de las columnas y resopló.

—Que sepas que esta no es una conversación apropiada para una dama como tú —la riñó James.

Ella se encogió de hombros.

—Sabes que soy una mujer con ansias de conocimiento, así que o me lo explicas tú o al próximo pretendiente que se acerque le pediré explicaciones. Ya estoy cansada de que todos a mi alrededor hagan insinuaciones sobre ello y yo quedo siempre como una tonta sin poder…

—Por Dios —la interrumpió James de los nervios—, ¿estás segura de que quieres saberlo?

—Sí —respondió ella.

—Está bien —la retó acercándose a ella—. Pero tú y yo nunca hemos mantenido esta conversación.

Ella asintió rápidamente.

—Ilústrame —dijo con una gran sonrisa.

James suspiró y se acercó más a ella, situando sus labios en su oído.

Cassandra sintió cómo su piel se erizaba ante aquella cercanía, sobre todo cuando James comenzó a susurrar en su oído, con voz bastante ronca.

—Bien, espero que no te escandalices. Tú lo has querido. Esto es lo que ocurre entre un hombre y una mujer…

Cassandra sonrió cuando James comenzó con la explicación, aunque a medida que avanzaba, su sonrisa fue desapareciendo de su rostro y abrió los ojos como platos.

20

Lady Elizabeth Henderson miró furiosa en dirección al duque y a lady Cassandra. El día anterior, Cassandra no había querido decirle nada acerca del duque y ahora hablaba con él como si nada. Sabía que eran amigos, o al menos es lo que había llegado hasta ella, pero dudaba realmente de que Cassandra fuese tan inocente como aparentaba. Estaba claro que quería algo más con el duque y jugaba sucio. Siempre a su lado durante los bailes, paseando con él por Hyde Park, cuchicheando, en la barca… estaba claro que lady Lennox quería algo más con el duque.

No, no iba a permitir que se lo quitase sin luchar por él. Ella se merecía un título de duquesa, llevaba mucho tiempo luchando por obtener un título que la llevase a lo más alto de la aristocracia y ni loca pensaba quedarse sin hacer nada.

—Elizabeth, ¿en qué piensas? —preguntó su amiga Grace a su lado.

Ella la miró. Grace era una chica que llevaba dos temporadas. Tenía el cabello castaño y unos enormes ojos almendrados color marrón claro. Era una chica bonita, aunque sabía que nada tenía que hacer a su lado. Ella era mucho más llamativa con aquel cabello rojizo y sus ojos azules, además, su carácter era demasiado reservado. Por suerte, Grace siempre estaba dispuesta a ayudarla en todo lo que precisase y era muy manipulable.

—Lady Lennox me engañó ayer… —susurró mintiendo—. Me dijo que no iba a venir el duque.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida.

—Está claro que quiere ser la próxima duquesa —pronunció muerta de rabia.

—Oh, Elizabeth, debes luchar por él —la animó Grace—. Si la química entre vosotros es tan buena como dices, debes hacerlo. No dejes que una sin nombre te lo quite —pronunció molesta porque su amiga se viese en esa situación.

Elizabeth asintió y tomó una copa de vino de uno de los camareros que pasaba entre todos los allí presentes.

—Eso mismo voy a hacer —pronunció llena de envidia.

James se apartó lentamente del oído de Cassandra que se había convertido en una estatua de piedra, sin poder moverse, sin pestañear…

Tragó saliva y miró unos segundos a los ojos divertidos de James.

—Nooo —susurró.

Él asintió.

—Síííí —dijo lentamente con una sonrisa de oreja a oreja.

Cassandra recuperó de nuevo la respiración y directamente abrió su abanico y comenzó a moverlo delante de su rostro. ¿Allí hacía calor?

James rio ante la reacción de ella que permanecía totalmente en trance.

—No, no, no… —pronunció inmersa en sus pensamientos.

—Sí, sí, sí… —repitió él divertido. Ella lo miró furiosa, así que James situó sus manos por delante como si se sintiese atacado—. Tú querías saberlo, ahora ya tienes la información. Pero recuerda, yo no te he explicado nada —le guiñó un ojo con complicidad.

—Madre mía… —sollozó ella—, no pienso casarme.

—Claro que lo harás —pronunció él mirando hacia los lados—. Es algo que tanto la mujer como el hombre disfrutan, ¿o acaso ves aquí alguna mujer casada huyendo de su marido?

Ella rugió.

—Eso no está bien —sentenció.

James rio y ladeó su cabeza.

—Claro que está bien, Cassy —continuó con la broma.

Ella lo miró de la cabeza a los pies.

—¿Tú… tú has…?

Él se encogió de hombros. Puestos a ser sincero…

—¿Por qué te crees que la ciudad de París tiene la fama que tiene? Por sus noches de diversión…

—Ohhh —exclamó ella abanicándose más fuerte.

—Shhh… —rio él y la miró jocoso—. Venga, Cassy, deja de abanicarte tan fuerte o saldrás volando… —dijo intentando acercarse a ella.

—No puedo parar… —sollozó—. Ah, eh, no te acerques —pronunció.

Él enarcó una ceja.

—¿En serio? —ironizó.

De repente, el señor Cook llegó hasta ellos e hizo una reverencia.

Cassandra lo miró de la cabeza a los pies.

—Lady Lennox, ¿podría concederme el placer de…?

—Ah, no, no, no… —dijo ella abanicándose aún con más fuerza y alejándose directamente.

Lord Cook se quedó totalmente consternado.

—Discúlpela, lord Cook —dijo James dando unos pasos atrás—, no se encuentra muy bien —la excusó.

Directamente corrió tras ella, la cual parecía huir de todos los hombres presentes en aquel salón.

James llegó hasta ella y la cogió del brazo con delicadeza, llevándola hasta detrás de una de las columnas.

—¿Vas a huir ahora de todos los hombres del salón? —preguntó sorprendido.

—Por supuesto que sí —respondió ella convencida.

—Oye, tú querías saberlo… —Cassandra resopló—. Ya sabía yo que no era buena idea explicártelo.

—Pero… —dijo nerviosa, gesticulando en exceso—, ¿por qué hacen eso?

El pecho de Cassandra subía y bajaba con una respiración agitada.

—Oye —la señaló—, tú y yo jamás hemos tenido esta conversación. Se acabó. No pienso explicarte nada más sobre eso. De hecho, cuando te cases, te pido por favor que te hagas la inocente, como si no tuvieses ningún dato al respecto…

Ella resopló.

—James… —lo interrumpió apretando los dientes y rugiendo—, ¿crees que voy a poder olvidar algo así? Ni loca pienso casarme. Me

voy a meter a monja.

—Mierda, no debería haberte dicho nada —dijo de inmediato—, si ya lo sabía yo —resopló—. ¿Vas a…?

—Lady Lennox —los interrumpió una voz femenina desde atrás —. ¡Que alegría verla aquí en…! ¡Ohhh! —exclamó al recibir un empujón desde atrás.

Elizabeth dio unos pasos hacia delante con tan mala suerte que parte de la copa de vino que llevaba en su mano se derramó sobre el vestido de Cassandra.

—Cuidado —dijo Cassandra al ver todo su vestido manchado.

—Oh, lo siento, cuánto lo siento, de verdad… —se disculpó Elizabeth que se giró y miró a su amiga Grace, la cual parecía absorta con lo ocurrido.

—No me había dado cuenta, lo siento de veras —comentó Grace situándose al lado de Elizabeth.

Cassandra resopló y se pasó una servilleta de tela por el vestido. Miró a las dos mujeres y enarcó una ceja.

—Ya, seguro que lo sentís mucho —pronunció llamando la atención de muchos de los que la rodeaban.

James chasqueó la lengua y sonrió de forma tensa a Cassandra.

—No pasa nada, señorita Lennox, seguro que puede arreglarse.

Ella enarcó una ceja.

—¿Acaso no sabe, duque, que una mancha de vino es muy difícil que se marche? —ironizó ella.

Miró a las dos mujeres que la miraban impresionadas y suspiró. Sabía que Elizabeth y su fiel amiga Grace no lo habían hecho por un descuido, sino todo lo contrario.

Suspiró, entregó la servilleta de tela al camarero y, dicho esto, se dio media vuelta para alejarse. James vio cómo iba hacia la zona del pasillo hasta que Elizabeth se interpuso en su camino, quitándole la vista de la espalda de Cassandra.

—No sabe cuánto lo siento, duque —pronunció Elizabeth pestañeando repetidas veces—. Hay tanta gente aquí que una no puede descuidarse sin recibir un pisotón o un empujón.

James la miró y enarcó una ceja.

—Claro, no se preocupe. Si me disculpa —dijo sin darle más conversación, saliendo a la búsqueda de Cassandra.

Elizabeth se quedó mirando cómo este se alejaba en busca de su amiga y resopló. No pudo evitarlo y un leve rugido salió de su garganta mientras movía sus pies nerviosa.

—Maldición —susurró antes de que James se perdiese entre toda la gente.

La mitad del plan había salido bien. Mancharía a Cassandra obligándola a irse y podría quedarse con el duque para ella sola. Obviamente, la segunda parte no había salido como ella deseaba.

—Se marcha —le susurró Grace, como si ella no fuese consciente de ello.

—Ya he visto que se marcha… arggg… —dijo girándose molesta para dirigirse al otro lado del salón.

Cassandra salió a paso ligero en dirección al pasillo donde se encontraban los aseos, sabía que la mancha no saldría, pero procuraría limpiarla lo máximo posible en un intento por salvar el vestido.

—Cassandra… —escuchó la voz de James, aunque este rectificó de inmediato—. Lady Lennox.

Ella entró al pasillo y se giró mientras resoplaba.

—¿Qué? —preguntó con sus manos convertidas en puños.

—Cassy… —dijo él llegando hasta donde ella se encontraba. Se situó ante ella y miró su busto. Sí, aquella era una importante mancha de vino que iba desde la parte derecha de su escote hasta prácticamente la cintura. Suspiró y la miró—. ¿Por qué te marchas?

Ella se miró a sí misma y ladeó su cabeza.

—¿Tú que crees? Elizabeth me ha manchado el vestido… sabes que lo ha hecho a propósito, ¿verdad? —James chasqueó la lengua —. ¿En serio, James? —lo tuteó—. Está muerta de envidia porque yo estoy a tu lado y tú no le haces ni caso. A ese extremo llega.

—Ya, no es muy honroso lo que ha hecho…

—Es una víbora —le susurró.

—¡Cassy! Menuda lengua tienes… —le riñó.

Ella se miró el vestido.

—Me lo ha destrozado —se quejó—, solo para apartarme de ti.

—Pues no te apartes —pronunció rápidamente.

Ella ladeó su cuello.

—No puedo estar así… —se señaló.

—¿Quién lo dice?

—El protocolo lo dice…

—Al cuerno con el protocolo, Cassy —dijo él.

Ella lo miró fijamente y comenzó a reír.

—¿Y luego dices de mi lengua? —bromeó esta vez.

James dio un paso atrás, alejándose levemente de ella cuando una mujer se acercó y miró el vestido manchado de ella.

—Menuda mancha, querida —pronunció la mujer en dirección a los baños.

Ella chasqueó la lengua antes de que la mujer entrase en los baños.

Cassandra suspiró y cerró los ojos unos segundos.

—Será mejor que me marche… —dijo dándose la vuelta.

—No —pronunció él dando unos pasos hacia delante, lo que provocó que ella se girase sorprendida—. No te marches, por favor —dijo más lento esta vez.

—James, así no puedo estar. —Tragó saliva y miró su vestido. Le sonrió con ternura y señaló con la cabeza hacia el salón de baile—. Lady Elizabeth se ha salido con la suya y se ha deshecho de mí… aprovecha para estar con ella.

—Sabes que no voy a estar con ella —sentenció y dio un paso más adelante—. Con quien quiero estar es contigo —susurró. Ambos se miraron unos segundos, fijamente, valorando aquellas palabras, hasta que Cassandra se removió nerviosa por la intensidad con la que había pronunciado aquellas palabras—. Podemos quedarnos aquí fuera, si lo prefieres —le ofreció.

Ella le sonrió con ternura por su ofrecimiento y señaló hacia delante.

—Tienes que buscar esposa, ¿recuerdas? —bromeó ella. Él resopló por aquel comentario—. Aprovecha para buscarla, pero a Elizabeth no —le señaló con el dedo—. Elizabeth prohibida.

James sonrió por su tono de voz.

—No, tranquila… Elizabeth bien lejos —rio él.

Ambos se miraron de nuevo.

Cassandra le transmitía una dulzura impresionante, incluso en aquellos momentos de enfado le parecía encantadora.

—Tengo… tengo que irme —dijo ella girándose para dirigirse ya no al aseo, sino a la puerta de salida de la mansión donde haría llamar a un carruaje.

—Cassy… —la llamó él provocando que ella se detuviese y se girase.

—Además, después de la clase tan ilustrativa que me has dado sobre… bueno, ya sabes… —Él alzó sus cejas al escuchar aquellas palabras—, pues… creo que prefiero alejarme de todo esto un poco.

—No puedes alejarte para siempre de los hombres —rio él.

—¿Apuestas a que sí? —bromeó ella—. Mi tía lo hizo, se quedó soltera. Es algo que debo valorar —acabó bromeando.

Él dio unos pasos hacia delante metiendo las manos en sus bolsillos y observándola intrigado.

—¿Te has dado cuenta de que yo soy un hombre? —Ella enarcó una ceja—. Y no muerdo.

—Ya, bueno, no muerdes hasta tu noche de bodas… ahí, por lo que sé, los hombres os transformáis.

Él le sonrió y negó con la cabeza, divertido.

—¿Puedo convencerte de que te quedes?

Ella suspiró.

—James, no te preocupes… es un simple baile más. Ve y disfruta, busca a tu duquesa —comentó sonriente—. Yo estoy bien, no pasa nada. —Él tragó saliva y apretó los labios—. No te preocupes por mí —acabó ladeando el cuello y se señaló la mancha —. Esto es solo una mancha.

—Pero te vas… y no quiero que te marches —dijo con sinceridad.

Cassandra miró a su alrededor sin saber cómo responder a aquello. ¿Por qué James le hablaba de aquella forma? ¿Por qué no la dejaba irse?

Sintió cómo el corazón se disparaba en su pecho, una sensación como jamás antes había sentido.

—Estoy bien —repitió ella—. Buenas noches, duque —dijo antes de girarse y alejarse. Si seguía allí hablando con él se le iba a salir el corazón del pecho, necesitaba calmarse. Lo de Elizabeth no le afectaba en nada, pero sí la forma en la que él le hablaba. Su vello se había erizado, su garganta se secaba y los latidos de su corazón cada vez eran más fuertes.

—Cassy —susurró él al verla alejarse.

Decidió no ir detrás de ella, aunque le costó lo suyo.

Si por él fuese, ahora mismo lo único que deseaba era cogerla por la cintura y besarla, acariciarla y abrazarla.

La vio salir al porche donde pidió al mayordomo que llamase a su cochero. Poco después, vio cómo se subía en su carruaje y se marchaba.

Se quedó allí unos minutos más, calmándose de todas aquellas sensaciones, hasta que se giró y observó de nuevo el interior del salón.

Se sentía vacío sin ella allí. Necesitaba ordenar bien sus ideas porque aquellos últimos días la única mujer que tenía en mente era ella. ¿Cómo iba a fijarse en otra mujer si la única que recorría sus pensamientos era Cassandra?

Fue hasta el salón de baile y caminó entre la gente con calma, observando cómo muchos aún seguían evaluándolo cuando pasaba por su lado. También vio a lady Henderson, la que había propiciado el estropicio en el vestido de Cassandra, ponerse tirante.

—Duque —escuchó la voz masculina de su amigo. Se giró y fue directo hacia él. Situó una mano en el hombro de Óscar—. ¿Qué ha pasado?

James negó con la cabeza.

—Nada, un tropiezo sin mucha importancia —explicó y miró hacia los lados. Suspiró cuando vio a la señorita Elizabeth Henderson acercarse—. Óscar… —pronunció intentando darle conversación —, ¿qué tal estos días por Londres?

—Fantástico. Deberíamos vernos más. Tenemos que quedar en el Brooks's club alguna tarde o noche —propuso.

—Por supuesto, ¿cuándo te va bien?

Óscar iba a responder cuando lady Elizabeth, acompañada de su amiga Grace, se puso a su lado.

—Duque… —pronunció Elizabeth provocando que él se girase hacia ella, aunque con la espalda totalmente recta y el gesto serio—, no sabe cuánto siento lo ocurrido con la señorita Lennox.

—Apuesto a que sí —ironizó él situando de nuevo las manos en los bolsillos y mirándola fijamente.

Elizabeth se removió nerviosa al recibir aquella mirada por parte de él.

—Ella… ¿está bien? —preguntó agachando su cabeza y mirándolo desde abajo, con timidez, aunque claramente fingida.

—La señorita Cassandra se ha marchado del baile...

—Oh, vaya… cuánto lo lamento —repitió.

—Si usted estuviese realmente interesada en su estado podría haberla seguido como he hecho yo y disculparse en persona —la reprendió.

—Me… me he disculpado —dijo llevándose la mano al pecho, ofendida por sus palabras.

Óscar miró de reojo a James, ya que se le notaba molesto por la conducta de aquella joven y no trataba de disimularlo ni un ápice.

—Por supuesto, señorita Elizabeth —pronunció esta vez con un tono más sosegado. Dio un paso adelante y se acercó a ella—. Pero recuérdeme que yo no me acerque cuando usted tenga una copa de vino en sus manos… —dijo mirándola a los ojos—, usted sabe que la señorita Lennox es una de mis mejores amigas, ¿verdad?

—Mmm… no, yo no…

—¿No? —preguntó él.

—Yo… no era mi intención…

—Creo que se ha equivocado bastante conmigo, señorita Henderson. Si me disculpa… —dijo dándose ya media vuelta y ofreciéndole la espalda, dando a entender que no estaba interesado en continuar aquella conversación con ella.

—Ha… ha sido sin… sin querer… —susurró ella, aunque su tono de voz denotaba enfado.

James no se giró para rebatir aquellas palabras, simplemente la ignoró.

—Entonces, señor Lamb… —continuó la conversación con su amigo Óscar—, ¿le parece bien si nos vemos en el club este fin de semana?

—Por supuesto, sería fantástico —contestó Óscar sonriente.

—Así podríamos rememorar nuestras aventuras durante el viaje —rio James.

Elizabeth resopló, miró a Grace, la cual no sabía cómo reaccionar, alzó el mentón y se alejó de allí seguida por su amiga.

21

Cassandra miró de reojo a la doncella que observaba el vestido manchado de vino. Habían frotado el vestido durante toda la mañana, pero no habían logrado quitar toda la mancha y una parte del pecho se veía más oscura.

—Una pena, con lo hermoso que es este vestido —pronunció Johanna.

Su madre se cruzó de brazos y resopló.

—Mañana mismo iremos a ver a lady Rose Winster para que te confeccione otro igual a este —dijo su madre observando el vestido. Suspiró y volvió al armario—. Menos mal que tienes un buen fondo de armario. —Cassandra negó con la cabeza y puso los ojos en blanco mientras se giraba hacia el espejo, sentada en el tocador. Su madre extrajo un vestido color verde botella y se lo tendió a Johanna—. Este también es precioso. Con un bonito recogido estarás guapísima.

—Mamá… —arrastró las palabras.

—¿Qué? —preguntó dirigiéndose a ella—. Debes estar presentable.

—¿Por qué invitáis al conde a comer? —insistió ella.

—Es un buen amigo de tu padre… —respondió con toda la inocencia del mundo.

Johanna se situó al lado de ella mientras Cassandra se ponía en pie y pasó los brazos por el vestido. Se giró y la doncella comenzó a anudar los botones de la parte trasera.

—No voy a casarme con él —pronunció Cassandra directamente.

—Oh —exclamó su madre—, eso nunca se sabe, cariño —continuó risueña, como si le diesen igual las palabras de su hija. Cassandra resopló y, cuando acabó de vestirse, se sentó de nuevo frente al tocador—. Un recogido bien alto y que se ponga los pendientes de esmeralda a conjunto con el vestido. Así los lucirá —sentenció su madre antes de mirar a su hija en el reflejo del espejo

—. Y alegra esa cara, quiero una bonita sonrisa en ella. —Cassandra fingió una sonrisa tirante—. Así no —la reprendió su madre acercándose a la puerta—. Quiero una sonrisa de verdad —pronunció antes de cruzar el marco de la puerta y cerrar tras ella.

Cassandra suspiró y se miró en el espejo mientras Johanna le hacía un recogido alto, tal y como le había ordenado su madre.

Lo cierto era que con aquel vestido y peinado estaba preciosa. Estaba segura de que, si se lo propusiese, podría conquistar al conde, pero no era lo que ella deseaba.

Desde la noche anterior, tras su conversación con James, no podía quitárselo de la cabeza.

La forma en la que la había mirado, cómo le hablaba, cómo le insistía para que no se marchase…

Tragó saliva e intentó apartar aquellos pensamientos de su mente. Él era su amigo, su mejor amigo, y sabía cuál era la opinión de él con respecto al matrimonio. Sí, podía hablar con él, reírse… pero él no era un buen pretendiente para ella, no solo porque se trataba de un duque y ella no tenía prácticamente nada que ofrecerle, sino porque ella no buscaba nada así, buscaba un matrimonio por amor, un matrimonio donde pudiese sentirse realizada y querida, no uno en que la tratasen como una mujer que daría a luz a los hijos herederos de un título.

Suspiró y se mantuvo en silencio unos minutos mientras Johanna le arreglaba su cabello.

—Johanna… —susurró ella.

—¿Sí? —preguntó mientras enroscaba un mechón de su cabello en lo alto de su cabeza.

—¿Has… has oído hablar a mis padre sobre el conde? —preguntó con timidez.

Johanna la miró unos segundos a través del espejo y negó con la cabeza.

—No, señorita Cassandra —admitió.

Ella chasqueó la lengua.

—Mi padre me prometió que no me obligaría a casarme con nadie, pero me da la sensación de que, por mucho que me esfuerce en buscar marido, ellos quieren tomar esa decisión por mí.

—Son sus padres, señorita —dijo insertando una pinza en su cabello—. Solo quieren lo mejor para usted.

Cassandra inspiró hondo y asintió. Se quedó observando frente al espejo hasta que Johanna acabó de realizarle el recogido y la miró sonriente en el reflejo del espejo.

—Está preciosa, señorita —dijo con una gran sonrisa.

—Eres toda una artista —respondió ella poniéndose en pie.

Johanna aceptó su cumplido y fue hacia la puerta.

—Si necesita cualquier cosa más, avíseme —dijo la doncella dirigiéndose a la puerta, pues debía encargarse de vestir a su hermana más pequeña también, Sophie.

Debía hablar con su padre de nuevo, pedirle un poco más de tiempo. La temporada acabaría en breve y estaría más a salvo, lo cierto es que en ningún momento de las últimas tres temporadas se había sentido tan atrapada como en este. Necesitaba mantener una conversación con su padre con urgencia, sobre todo para intentar conseguir más tiempo para ella, para tener la opción de encontrar el amor de verdad.

Puede que ahora no pudiese, pues el conde estaba a punto de llegar, pero debía intentarlo.

Se dirigió a la puerta y salió de su alcoba para dirigirse al despacho de su padre donde sabía que lo encontraría.

No esperaba que cuando abriese la puerta del despacho al que encontrase en su interior fuese a otro.

James miró en su biblioteca, rebuscando entre los libros que había coleccionado su padre. Necesitaba mantener la mente ocupada después de lo de la noche anterior. Se había asomado a la ventaba varias veces, intentando ver a Cassandra, pero no lo había logrado.

Dejó otro libro sobre la mesa y resopló. Su padre no tenía nada sobre astronomía. En ese momento, era el único tema que podía mantenerlo entretenido.

Se sentó en la silla mirando las grandes estanterías y giró su cuello para observar a través de la ventana la vivienda de la familia Lennox.

¿Cómo estaría Cassandra?

Suspiró y se quedó observando la extensa biblioteca de su padre.

—Tantos libros, papá… —susurró poniéndose en pie—, tanto conocimiento y ni un solo libro de astronomía.

En aquel momento recordó que el barón Lennox sí tenía, de hecho, le había ofrecido decenas de veces que podía disponer de los libros de su biblioteca cuando quisiese.

Se fijó en la vivienda de la familia Lennox de nuevo y no se lo pensó más. Lo habían invitado muchas veces y jamás se había tomado aquella confianza. Quizá esa fuese la forma de poder ver a Cassandra aquel día, pues hasta dentro de tres días no había otro baile.

Sentía una necesidad imperiosa de saber cómo estaba.

Se levantó y fue directo hacia la puerta, salió al pasillo y bajó a la planta baja. Pudo ver a su madre que se encontraba en el jardín.

—Ahora vengo —dijo al mayordomo—. Si mi madre pregunta por mí, dígale que no tardo.

El mayordomo asintió mientras él se dirigía a la puerta.

Salió y se fijó en el azul del cielo. Hacía un bonito día primaveral.

Esperó a que un carruaje pasase y cruzó la calle.

Llegó al portal y tiró de la campanilla de la puerta que emitió un sonido avisando de que se encontraba allí.

Poco después, el mayordomo abrió la puerta. En cuanto lo reconoció, realizó una reverencia.

—Duque.

—Buenas tardes —pronunció mientras el mayordomo se echaba a un lado para que pasase.

—Buenas tardes, duque… —contestó mientras cerraba la puerta —, ¿a qué se debe su presencia? ¿Había quedado con el barón?

—No, no… —le sonrió James—, no hace falta que lo avise. El barón me ha invitado varias veces a ver su biblioteca y a tomar prestado cualquier libro que necesite. Estoy buscando entre los libros de mi padre, pero no encuentro lo que necesito. Solo vengo a ver si el barón tiene alguno de los libros que estoy buscando, no hace falta que lo moleste.

En ese momento, se dio cuenta de que había bastante alboroto en la casa. Estaban preparando el comedor, situado a mano derecha, colocando la vajilla y varias copas sobre la mesa.

Otra de las mujeres limpiaba con el plumero las estatuas de cerámica de la entrada.

En su casa, a esas horas, todo estaba mucho más pausado.

—Está bien, ¿desea que lo acompañe? —preguntó el mayordomo.

—No, no, por favor, no hace falta… —sonrió James dirigiéndose a las escaleras—, sé perfectamente dónde se encuentra la biblioteca del barón.

Gracias a la gran amistad que había entre las dos familias, conocía a gran parte del servicio.

Subió las escaleras lentamente, observando a su alrededor y buscando a Cassandra, pero no la encontró por ningún lado. Ya que estaba allí, miraría en la biblioteca del barón por si encontraba un libro de astronomía que le había dicho que tenía.

Llamó a la puerta del despacho donde sabía que se encontraba la gran biblioteca del barón, pero nadie contestó. ¿Dónde se habían metido todos?

Antes de abrir la puerta miró directamente a la puerta que sabía que era la habitación de Cassandra. No se escuchaba nada, ni siquiera sabía si se encontraría allí.

Entró y dejó entreabierta la puerta.

El mayordomo le había dicho que podía avisar al barón, así que suponía que sí debía de estar en casa.

Se acercó a la biblioteca admirando la gran cantidad de libros que poseía el barón.

Podía decir, casi con total seguridad, que aquella biblioteca superaba en número de libros a la de su padre. Allí, rodeado de tanto libro y manuscrito, se sentía feliz, como si estuviese en su hogar.

Comenzó a mirar los libros que tenía en el estante, buscando lo que necesitaba. Encontrar algo de astronomía allí le iba a llevar tiempo.

Escuchó que una puerta se cerraba en el pasillo e iba a salir justo cuando escuchó que los pasos se dirigían hacia allí.

Cassandra abrió la puerta del despacho de su padre y se quedó paralizada bajo el marco de la puerta, pues a quien menos esperaba encontrar allí era a James.

—Duque… —pronunció sorprendida.

—James —la rectificó él.

Ella miró de un lado a otro sorprendida y entró en el despacho de su padre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó acercándose.

Él señaló con una mano la estantería.

—Tu padre se ha ofrecido en varias ocasiones a prestarme libros y estoy buscando uno de una temática en concreto.

Ella se adelantó con una sonrisa hasta situarse a su lado.

—¿De qué buscas?

—Astronomía —dijo él.

Cassandra asintió y miró los libros que tenía frente a ella, buscando el que el duque quería.

—Me suena haber visto unos cuantos de esa temática —sonrió.

James se fijó en su perfil sonriente y analizó su rostro.

No parecía enfadada ni parecía haber llorado por el disgusto del día anterior en el baile, todo lo contrario, parecía estar tan tranquila.

Suspiró y miró los libros frente a él.

—¿Estás bien? —preguntó sin mirarla.

Ella lo miró de reojo.

—Sí, claro. ¿Lo preguntas por lo de ayer?

—Sí.

Cassandra lo miró divertida.

—No fue nada —se encogió de hombros—. Lo único que Elizabeth me destrozó el vestido. Mañana iré a la modista a hacerme otro igual —explicó.

James asintió mientras seguía mirando los libros.

Bueno, de algo había servido acudir a casa de la familia Lennox, al menos podía quedarse tranquilo respecto a Cassandra, parecía estar bien y no daba importancia a lo ocurrido la noche anterior, lo

cual le reconfortó. No era una chica que dramatizase o sacase las cosas de contexto.

—Aquí está… —dijo Cassandra sacando uno de los libros de la estantería. Miró la portada y se lo tendió a James—. Lo leí hace unos años —comentó con una tierna sonrisa.

—Claro, ¿cómo no ibas a leerlo? —bromeó él.

Fue a tomarlo de su mano cuando sus dedos toparon con la suavidad de la piel de ella. Durante unos segundos los dejó sobre su mano mientras se quedaba paralizado por la sensación. Ya había tomado su mano anteriormente, pero aquella vez… aquella vez era diferente. Algo dentro de él se había encendido y era imposible apagarlo.

Sintió cómo la piel de Cassandra se erizaba bajo sus dedos, quedándose también paralizada con la sensación que le hacía sentir, como si hasta aquel momento ninguno de los dos hubiese sido consciente de lo que despertaban en el otro.

Cassandra fue la primera en reaccionar y apartó la mano del libro, titubeando, desviando la mirada de él.

James se quedó aún unos segundos en silencio, intentando asimilar lo que había sentido y lo que reflejaban los gestos nerviosos de ella. Puede que para otro hubiesen pasado desapercibidos, pero no para él. Él la conocía desde siempre y sabía interpretar a la perfección cada una de sus miradas, sus sonrisas y sus gestos.

Depositó el libro que Cassandra le había dado sobre la mesa y tomó su mano de nuevo, acercándose.

Estaba perdidamente enamorado de ella, no podía negárselo más. Era un sentimiento que había vivido desde niño, aunque no era consciente de él. Ahora podía asegurar que lo que sentía por Cassandra no lo sentía ni podría sentirlo por ninguna otra mujer.

Miró hacia sus carnosos labios justo cuando coincidió la mirada con los ojos azules de ella. Ella lo miraba con la misma intensidad. En aquel momento, ninguno de los dos podía disimular.

Descendió poco a poco hacia sus labios, sabiendo que lo que iba a hacer no era lo correcto, no era lo que marcaba el protocolo, y que estaba incumpliendo todas las enseñanzas que había recibido desde pequeño, pero era algo que no podía evitar, y tampoco quería.

Ella se quedó estática, observando sus ojos, y después descendió su mirada hacia esos labios que descendían poco a poco hacia los suyos.

Cuando sintió la caricia de los labios de James sobre los suyos cerró los ojos disfrutando de aquel momento.

Fue un beso suave, corto, pero con el que sintió como nunca. Todo el vello de su cuerpo se erizó y sintió que los latidos de su corazón aumentaban.

Abrió los ojos lentamente encontrándose a James frente a ella, mirándola serio y debatiéndose entre qué hacer o no, como si intentase que la cordura prevaleciese sobre sus deseos.

Su mirada en aquel momento parecía perdida.

—James —susurró ella situando una mano en su pecho, intentando poner algo de sensatez. Lo que acababa de ocurrir no era lo correcto, sin embargo, James la miró como si le pidiese permiso, deseando profundamente besarla de nuevo. Aquel beso no le había bastado, necesitaba más, mucho más de ella.

En el momento en que coincidió con los ojos de ella de nuevo, no se contuvo más y descendió de nuevo hacia sus labios, atrapándolos esta vez de una forma más intensa.

La rodeó con sus brazos por la cintura, acercándola a su cuerpo. Durante los primeros segundos de aquel beso se asustó, pensó que quizá se estaba extralimitando y que ella lo rechazaría, sin embargo, se calmó cuando, instintivamente, ella elevó sus brazos y rodeó su cuello con sus manos acercándose a él, disfrutando de aquel nuevo contacto.

Cassandra no tenía ninguna experiencia besando, pero permanecía embelesada disfrutando de aquella nueva sensación. Jamás había experimentado algo así.

James la hizo girar y la apoyó contra la mesa con más brusquedad de la que pretendía, sin poder controlar sus impulsos.

La besó con pasión, intentando transmitir en aquel beso todo lo que sentía por ella y dándole el mayor placer posible a Cassandra.

Abandonó los labios de ella y fue hacia su cuello, besándolo lentamente. Cassandra apretó los labios reprimiendo un gemido y se

abrazó fuerte a él mientras sentía los labios de James desplazarse por su cuello hasta su clavícula.

Aquella sensación era mágica, jamás había sentido un placer igual a aquel. ¿Cómo imaginar que con una simple caricia o un beso de sus labios pudiese sentir algo de tal magnitud?

James rodeó con su brazo la cintura de Cassandra, elevándola y sentándola sobre la mesa, sin abandonar su cuello.

Volvió a sus labios, besándolos apasionadamente mientras su mano subía de la rodilla de ella hasta su cadera y luego ascendía hasta su pecho, masajeándolo. Cassandra apartó los labios de él por la sorpresa, conteniendo el aliento, pero James rápidamente los atrapó de nuevo con sus labios para que no emitiese ningún gemido.

La sensación de placer comenzaba a envolverlos de tal forma que comenzaban a perder el sentido de dónde se encontraban y lo que estaba ocurriendo.

Aquellos últimos días James había soñado con besarla, pero nunca hubiese imaginado que fuese tan placentero.

Se quedó estático y sus músculos se pusieron en tensión cuando escuchó un sonido por el pasillo.

Recobró rápidamente el sentido y separó los labios de los de ella. En ese momento, pudo ver cómo ella permanecía con los ojos cerrados, embelesada con lo que le estaba haciendo sentir, hasta que Cassandra abrió los ojos y lo miró aturdida.

—¿Qué ocurre? —le susurró sin soltarse de su cuello.

Él negó y miró hacia la puerta. Directamente cogió a Cassandra por la cintura y la bajó con delicadeza de la mesa.

—Creo que se acerca alguien —le susurró tomando un poco más de distancia con ella.

Los pasos por el pasillo se hicieron más patentes y ambos reaccionaron de inmediato dándole la espalda a la puerta y mirando la estantería.

Ella se pasó rápidamente la mano por el cabello y alisó su falda justo cuando la doncella apareció bajo el marco de la puerta.

—Oh, señorita Lennox, está aquí —pronunció aliviada.

Cassandra se giró levemente hacia ella y le sonrió.

—Sí, estaba ayudando al duque a encontrar unos libros.

James seguía dándole la espalda a la doncella, sin osar girarse.

—Oh, duque, me alegro de verlo —pronunció la doncella—. Señorita Cassandra, debe bajar ya, sus padres la buscan.

Ella tragó saliva y, en ese momento, cayó en la cuenta. El conde venía a comer con ellos y, de paso, a visitarla a ella. Obviamente, todo había sido urdido por sus padres.

—Gracias Johanna, enseguida bajo —pronunció dándose la vuelta de nuevo y pasándose la mano por la nuca, nerviosa.

Suspiró e intentó relajarse. ¿Había perdido la cabeza? ¿Qué era lo que acababa de ocurrir? Se había arriesgado demasiado.

Miró de reojo a James que parecía igual de afectado que ella por aquel momento de intimidad que habían compartido.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora ella? ¿Cómo debía actuar?

Tragó saliva y miró de reojo a James. Desde allí podía apreciar los músculos de su mandíbula en tensión. Lo que había vivido con él aquellos últimos minutos era maravilloso, la mejor experiencia de su vida. Esperó unos segundos a que James dijese algo, pero no pronunciaba nada, simplemente miraba un punto fijo en la estantería y, de vez en cuando, la miraba de reojo, sin saber tampoco cómo actuar. Sin duda, lo que había ocurrido los había cogido desprevenidos a los dos.

Ella apretó los labios e inspiró hondo.

—Debo… debo irme —susurró antes de girarse para dirigirse a la puerta.

Dio unos pasos cuando James dio un paso atrás interceptando su mano para acariciarla sin girarse, dándole la espalda. Sintió cómo él la sujetaba entre sus dedos, acariciándola.

No pudo evitar cerrar los ojos y disfrutar de aquella suave caricia cargada de cariño. En ese momento se le partió el corazón.

Estaba enamorada de James, sin embargo, ahora bajaría las escaleras para reunirse con un verdadero pretendiente, con el conde, con el que sus padres querían que se casase.

Después de lo que había ocurrido entre los dos, ¿por qué James no decía nada? ¿Por qué no le proponía matrimonio? Era lo que debía ocurrir, ¿no? Sin embargo, el silencio se hizo más patente en el

despacho mientras sus manos se acariciaban, como si de aquella forma se despidiesen. ¿Eso era lo que había ocurrido? ¿Era un simple capricho' ¿Un arrebato por parte de los dos que no debería significar nada?

Abrió los ojos con dolor y soltó su mano para avanzar hacia la puerta.

Salió acelerada del despacho de su padre, huyendo de allí y de la pena que la embargaba en aquel momento, y se detuvo antes de llegar a las escaleras.

En ese momento estaba totalmente inmersa en sus pensamientos y ni siquiera se dio cuenta de que desde dentro del despacho James, a su espalda, se giraba para observarla con un claro deseo en su mirada.

Intentó controlar la emoción que la embargaba en aquel momento, lo que sentía, y ni siquiera escuchó la campanita de la puerta que volvía a sonar.

A su alrededor todo era como el eco, los sonidos llegaban desde lo lejos, como amortiguados, y lo único que podía hacer ella era rememorar aquel beso, las caricias de James y cómo había pasado sus manos por su cadera y su pecho con una suavidad extrema.

—Ahí está… Cassandra… —escuchó a lo lejos la voz de su padre, pero lo único que pudo hacer ella fue pasar sus dedos sobre los labios, sintiendo que estaban sensibles al tacto después de aquel arrebatador beso—. Cassandra… —insistió su padre desde abajo, provocando que finalmente despertase de sus pensamientos.

Cassandra miró hacia abajo, donde el conde acababa de llegar y la saludaba con un movimiento de cabeza, situado al lado de su padre.

Se obligó a sonreír y descendió las escaleras sujetándose el vestido para no tropezar.

Llegó hasta el último escalón y se situó frente al conde.

—Debo decirle, señorita Lennox, que hoy luce especialmente radiante —dijo tomando su mano para besarla.

Ella sonrió tímidamente mientras recibía el beso en su mano, un beso que le provocó cosquilleo por la barba del conde.

James lo observó desde la planta de arriba con el libro en la mano.

¿El conde se encontraba allí? ¿Por qué?

La respuesta era obvia, estaba claro que pretendía a Cassandra. Su padre, el barón, parecía extremadamente feliz de verlo allí y los invitó a que avanzasen hacia la salita, a la espera de que preparasen la comida.

James aprovechó y bajó los escalones a toda prisa, con la mirada centrada en la puerta, aunque se detuvo cuando escuchó la voz del barón.

—Duque —pronunció dirigiéndose hacia él e hizo una reverencia, por suerte, Cassandra y el conde se encontraban en la salita y no parecían haber escuchado nada.

—Lord Lennox —le sonrió James.

—¿Qué hace aquí? No me han avisado —se excusó.

—No se preocupe, le he pedido a su mayordomo que no le molestase. —El barón negó—. He tomado prestado uno de sus libros sobre astronomía, espero que no le importe.

—No, por supuesto que no —dijo con una sonrisa y luego miró hacia la salita—. Hoy tenemos como invitado a comer al conde de Granville. ¿Querría honrarnos también con su presencia y comer con nosotros?

—Oh, se lo agradezco mucho —respondió dirigiéndose a la puerta—, pero solo venía a por el libro. He quedado con mi madre para comer —improvisó.

—Bueno, si luego quiere pasarse por aquí, después de comer tomaremos unas copas en mi despacho.

—Se lo agradezco, lo tendré en cuenta. Muchas gracias —dijo mostrándole el libro.

—Que lo disfrute —respondió el barón antes de girarse y dirigirse hacia la salita donde se encontraban el conde y Cassandra.

Se fijó en ella, en su sonrisa y en cómo el conde se inclinaba de nuevo hacia ella, realizando otra breve reverencia. ¿Por qué tenía una sonrisa tan hermosa? Era capaz de paralizarle la respiración. Sus ojos azules parecían dos trozos de cielo. Desde allí, pudo intuir cómo sus labios aún estaban enrojecidos por los besos.

Verla en compañía del conde no era algo que le gustase, al contrario, sentía cómo todo le hervía por dentro, así que se obligó a apartar la mirada de ella y se giró hacia la puerta.

Cassandra giró su cuello disimuladamente para ver cómo James abandonaba su casa justo antes de que su padre entrase en la salita con una gran sonrisa. Durante unos segundos, la sonrisa desapareció de su rostro al verlo partir de allí, pero se forzó a mantener la compostura de nuevo y a sonreír hacia el conde y su padre.

22

—¿Tanto calor tienes? —preguntó Christina mientras observaba pasmada a Cassandra.

Había salido a pasear por Hyde Park aquella tarde junto a sus amigas Adelaide y Christina. Desde la conversación que había mantenido con James sobre la noche de bodas, no podía quitarse de la cabeza lo que le había explicado, y si a eso le sumaba el recuerdo de aquel beso con James, sentía que el fuego se apoderaba de ella.

—¿Vosotras no tenéis calor? —preguntó Cassandra mirando a las dos.

Ambas negaron.

Sí, parecía que la conversación y el beso habían removido algo dentro de ella y cada vez que se cruzaba con un hombre, cruzaban una mirada o hablaban con él, no podía dejar de pensar en aquella clase tan ilustrativa que le había proporcionado James.

Adelaide negó con la cabeza al ver que el abanico de Cassandra tomaba más velocidad.

—Para ya, por favor —rio nerviosa al ver el tic que su amiga había desarrollado en su mano. Cassandra resopló y dejó caer su brazo con el abanico cogido en su mano—. Entonces… —miró a Christina mientras seguían andando por el parque—, ¿crees que Helen recibirá una propuesta de matrimonio?

Christina se encogió de hombros.

—Es lo que dicen, de hecho, Helen me explicó que había recibido la visita de lord Holden cuatro días seguidos.

—¿Cuatro días seguidos? —preguntó Adelaide asombrada.

Christina asintió.

—Emily, la madre de Helen, por lo visto ha confirmado que también han salido a pasear juntos…

—Con su doncella, ¿verdad? —preguntó Cassandra asustada.

Ambas la miraron pasmadas de nuevo.

—Claro, con su doncella —confirmó Christina.

—¿Se puede saber qué te ocurre hoy? —preguntó Adelaide recriminando a su amiga su actitud—. Estás muy nerviosa. ¿Hay algo que nos quieras explicar?

Cassandra miró a las dos y, tras unos segundos, negó rápidamente con la cabeza. Sus dos amigas se miraron de reojo, pues aquella respuesta no había convencido a ninguna de las dos.

Cassandra se adelantó unos pasos justo cuando vio, unos metros por delante, a lord James junto a aquel amigo del cual no recordaba el nombre. Se removió nerviosa y se giró hacia sus amigas que la seguían aún sorprendidas por su conducta.

—¿Vamos por el camino más alejado del lago? —preguntó Cassandra.

—No, ¿por qué? —preguntó Adelaide.

—¿No te gusta este camino? —continuó Christina.

—Sí… es que… —se giró hacia ellas y se quedó sin saber qué decir—, es que cerca del lago hay más bichos.

—¿De verdad? Yo no veo ninguno —respondió Christina mirando de un lado a otro.

—Prefiero caminar por la sombra. —Cambió de estrategia, pues no quería encontrarse con James en aquel momento.

—Qué raro —se quedó mirándola Adelaide—. A ti te suele gustar el sol. Cassandra Lennox… ¿qué nos estás ocultando?

—Es que hace calor —sollozó ella de los nervios.

Cerró los ojos con fuerza cuando escuchó la voz de James a su espalda.

—Señorita Lennox… —pronunciaron a su espalda. Ella suspiró e intentó parecer calmada, aunque aquella reacción no pasó desapercibida para sus amigas.

Se giró y lo miró de la cabeza a los pies.

—Duque —dijo haciendo una reverencia rápidamente.

—Qué casualidad verla pasear por aquí —respondió James.

—Sí, una… gran casualidad —contestó elevando su brazo y comenzando a abanicarse con fuerza, mirando de un lado a otro nerviosa.

Por Dios, su mirada, sus ojos, sus labios… pensar que aquellas manos se habían posado en su cintura y palpado sus senos

provocaba que el calor en su interior se intensificase.

James enarcó una ceja al verla hacer aquel gesto, abanicándose con la misma fuerza que el día que había tenido la charla en el baile con ella.

James carraspeó y señaló a su amigo.

—¿Recuerda a mi amigo lord Óscar Lamb?

Óscar dio un paso hacia delante y tomó la mano de Cassandra con suavidad, lo que provocó que ella abriese los ojos como platos.

—Un placer, está aún más hermosa de lo que recordaba —le sonrió Óscar antes de besar su mano.

Ella sonrió tirante y apartó la mano rápidamente de él.

—¿Sí? —preguntó abanicándose más fuerte aún, dejando sin saber qué decir a Óscar.

Desde luego, Cassandra no era muy disimulada. La miró fijamente, ella estaba removiéndose nerviosa y abanicándose con fuerza, hasta que sus miradas se cruzaron y él enarcó una ceja indicándole que parase.

Cassandra reaccionó en ese momento y detuvo el abanico, cerrándolo. Carraspeó intentando aclararse la voz y se giró hacia sus dos amigas que se encontraban a su espalda.

—Lord James —dijo echándose a un lado para señalar con su mano a sus amigas—, ellas son lady Adelaide y lady Cristina.

Los dos caballeros realizaron una reverencia hacia ellas y las dos les correspondieron del mismo modo.

¿Por qué no podía quitarse de la mente aquellos labios que la habían besado con tanta pasión?

¿Por qué él no parecía nervioso? ¿Era ella la única que lo estaba? Y si no estaba nervioso, ¿era porque no había sentido nada con ese beso?

Aquellas preguntas la estaban agobiando demasiado.

—Bueno, sigamos con nuestro paseo —pronunció Cassandra girándose hacia sus amigas, las cuales la miraron confundidas.

James miró a su amigo de reojo, pues él también miraba confundido a Cassandra, la cual tenía un comportamiento extraño y nervioso.

—¿A dónde se dirigen? —preguntó James.

—Pues eso querría saber yo —susurró Adelaide mirando de reojo a Christina que se encogió de hombros.

—Íbamos a ir por la sombra —comentó Cassandra mirando a Adelaide y haciéndole un gesto con la cabeza para que le diese la razón.

Adelaide miró extrañada a Cassandra, pero luego comprendió ese gesto.

—Sí, claro, por la sombra —respondió directamente.

—Ah, ¿sí? —preguntó Christina—. No íbamos a quedarnos por el la… —tuvo que callarse cuando recibió un disimulado codazo por parte de Adelaide—. Sí, por la sombra.

Los dos hombres miraban a las tres mujeres confundidos, sobre todo James.

Cassandra estaba realmente nerviosa.

—Si no les importa, las acompañaremos… —se ofreció James que tenía que intentar hablar con ella para calmarla, aunque con las amigas y las doncellas tan cerca le iba a ser difícil—. Iban a tomar ese camino, ¿no es cierto? —preguntó.

—No —respondió Cassandra y luego apretó los labios—, el otro —respondió como si no coincidiesen.

—Perfecto —contestó James como si nada.

El abanico de Cassandra comenzó a moverse más fuerte.

Óscar asintió ante el comentario de su amigo y les indicó el camino. Había captado perfectamente la insinuación de su amigo y sabía que quería hablar con Cassandra. Dio un paso adelante y les indicó con el brazo para iniciar la marcha.

—Si me permiten, señoritas… —les ofreció que lo acompañasen —, fui compañero del duque durante el viaje que hicimos por Europa y por Anatolia —les dio conversación para entretenerlas.

—Oh, ¿de verdad? —preguntó Christina emocionada—, ¿es cierto que llegaron hasta allí? ¿Cómo es la ciudad?

Tanto Adelaide como Christina caminaron al lado de Óscar mientras este narraba sus peripecias.

Cassandra miró a James, el cual también la observaba y fue a dirigirse hacia Óscar para no quedarse a solas con él, pero este se

situó a su lado tomándola levemente del brazo para que no se escapase.

Ella miró hacia atrás observando a su doncella que mantenía una conversación con la doncella de Christina. Miró de reojo a James mientras caminaba.

—Shhh… suelta —le advirtió.

—Perdón, perdón… ¿se puede saber por qué estás tan nerviosa? —preguntó.

Ella se detuvo y lo miró fijamente.

—¿Tú qué crees? —ironizó.

Él suspiró.

—¿Por el beso? —preguntó.

—Shhh... cállate —dijo mirando hacia atrás, asegurándose de que las doncellas estuviesen lejos y no los escuchasen. De lo que estaba segura era de que sus dos amigas no lo hacían, pues estaban totalmente embelesadas con lo que Óscar les explicaba sobre sus viajes—. Ni se te ocurra mencionarlo otra vez, ¿o es que quieres acabar atado a mí para el resto de tu vida?

—Bueno, lo cierto es que… —comenzó a decir lentamente.

—Ni una palabra más —lo interrumpió abanicándose de nuevo —, no quiero hablar sobre ello.

James resopló.

—No deberías ponerte tan nerviosa…

—¿Cómo que no? —lo volvió a interrumpir sin dejar de abanicarse. Suspiró y lo miró mosqueada—. Ahora, cada vez que hablo con un hombre o que me saluda, o simplemente me mira, no dejo de recordar lo que me explicaste… —sollozó—, no puedo ni mantener una conversación normal con un hombre sin pensar en… —James sonrió y ella lo miró enfadada, de modo que James se puso serio de golpe—. ¿Por qué sonríes? —preguntó enfurruñada—. ¿Te hace gracia? —James abrió los ojos como platos.

—Pues sí que te ha afectado, sí —susurró. Ella resopló—. Ya te dije que no era el más apropiado para explicarte ciertas cosas… eso lo hace el marido.

Ella negó como si la conversación la alterase.

—Oh, por Dios… marido, dice… —comenzó a incrementar el paso huyendo de él, pero James no estaba dispuesto a dejarla ir en aquel estado. Sí, estaba alterada, demasiado, de hecho, no esperaba que fuese a estar así. Intuía que estaría nerviosa, pero no tanto—, no pienso casarme.

—Y tanto que lo harás —pronunció él.

Ella lo miró enfadada de nuevo y se detuvo, luego observó de reojo hacia sus amigas que iban unos metros por delante y hacia atrás, comprobando que las doncellas iban unos metros por detrás.

—No tengo por qué…

—Oh, Cassy… —rio él—, las mujeres casadas son felices.

—No todas.

—Normalmente, si tienen un marido atento, sí.

Ella apretó la mandíbula.

—¿Cómo va a ser atento si le hace esas cosas la noche de bodas? —ironizó iniciando el paso rápidamente.

James no supo si reír o llorar, puso los ojos en blanco y la siguió. Desde luego, Cassandra no estaba disimulando lo más mínimo la tensión y los nervios del momento, pues andaba dando grandes zancadas, incluso se giraba nerviosa hacia él como si así se asegurase de que no la seguía, pero resoplaba al ver que iba tras ella.

—Menudo espectáculo —susurró James intentando interceptarla —. Cassy… Cassy…

No sabía si se encontraba más enfadada por lo que ahora sabía que ocurría entre un hombre y una mujer o por el beso que había compartido con James, el cual no parecía darle tanta importancia. Si alguien los hubiese encontrado en esa situación, ahora mismo estarían planeando la boda.

—Deja de seguirme… —le susurró.

—Deja de correr… —comentó él en el mismo tono que ella, pero lejos de hacerle caso aumentó más el paso—. ¿Cómo puedes correr tanto con ese vestido?

Ella siguió al mismo paso, abanicándose con fuerza y adelantando a sus dos amigas y a lord Óscar Lamb que hablaba con ellas. Los tres se quedaron mirando cómo corría Cassandra, aunque

se removieron nerviosos al ver que James también los adelantaba siguiéndola a ella.

James los miró con cara de circunstancias y siguió con un paso rápido tras Cassandra.

—¿Qué les ocurre? —preguntó Adelaide y miró a Christina y a Óscar—. ¿No eran amigos?

Ambos se encogieron de hombros, aunque también vieron cómo la doncella de Cassandra aumentaba el paso, nerviosa al ver que la muchacha salía casi corriendo y había riesgo de perderla de vista.

—¡Señorita Lennox! —exclamó Johanna, la doncella, corriendo tras ella y fatigándose de seguida, pues no parecía estar muy entrenada para correr.

—¿Quieres parar? —preguntó James acelerando más y situándose a su lado. La tomó del brazo para frenarla—. Que no muerdo.

—Yo creo que sí, todos los hombres mordéis.

James resopló por la respuesta.

—Oye, cálmate… —intentó tranquilizarla, si bien ella continuó abanicándose con ímpetu. James resopló y le quitó el abanico de la mano—, estate quieta.

—Devuélvemelo —exigió ella.

—De acuerdo —dijo dándoselo—, pero estate quieta ya, estás llamando la atención de todos.

—¿Yo? ¿No serás tú el que llama la atención siguiéndome? —lo retó.

—Quiero hablar contigo —respondió acelerado.

—¿De qué?

—Creo que ya lo sabes —contestó serio.

Ambos se quedaron mirándose fijamente.

Estaba muy claro de lo que quería hablar James, pero ella no quería en aquel momento, no quería enfrentar lo que ocurrió allí, en un parque rodeada de personas chismosas y con sus amigas mirando intrigadas.

Cassandra tomó aire para negarse justo cuando la doncella llegó hasta ellos. Se situó a su lado y se inclinó hacia delante recuperando el aliento, totalmente agotada.

James y Cassandra se miraron asombrados por la actitud de la doncella hasta que se puso firme y suspiró largo y tendido.

—Disculpe, señorita Lennox, pero le suplicaría que no corriese tanto, una ya no es tan joven —sonrió tirante.

Cassandra se removió y asintió.

—Disculpa, Johanna, siento haberte hecho correr.

—No, no… —respondía la mujer recuperando todavía el aliento —, no se preocupe… —respiró hondo.

Cassandra la miró preocupada, pues tenía la respiración muy acelerada por el esfuerzo. Apretó los labios y miró a James que miraba con fastidio a la doncella. James resopló y luego miró a Cassandra dando un paso atrás para poner distancia, pues sabía que la doncella podía llamarle la atención.

—Señorita Lennox, ¿podríamos hablar un momento…?

—Lo siento, duque —contestó realizando una breve reverencia —, pero es que ahora no puedo. Lo lamento mucho. —Él la escudriñó con la mirada—. No quiero hacerles un feo a mis amigas con las que paseaba.

—Vamos, Cassy… —se quejó él—, tenemos que hablar — pronunció con los dientes apretados.

—¡Duque! —le llamó la atención la doncella al llamar a Cassandra de aquella forma.

—Oh, vamos, Johanna —se refirió a ella también con confianza —, me conoce desde que era un crío… —bromeó él y miró a Cassandra suplicante.

Ella lo miró unos segundos, dudosa, hasta que finalmente negó con la cabeza. No creía que fuese el momento ni el lugar, y menos con la doncella allí que no le quitaría los ojos de encima.

—En otro momento, duque —realizó una reverencia—. Espero que disfrute del paseo.

Dicho esto, se giró alejándose hacia sus amigas.

James se quedó allí con el cuello ladeado, observando cómo ella se alejaba.

Fue hasta sus amigas y se despidieron de Óscar, con el que habían mantenido una agradable conversación.

Óscar se acercó a James y miró cómo Cassandra se alejaba de allí con sus dos amigas.

—¿Ocurre algo? —preguntó mirando a su amigo extrañado. Por lo que conocía del duque, era un hombre de perfectos modales y en aquel momento parecía haberlos perdido bastante.

—No, nada.

—Cualquiera diría que parecía una riña de enamorados —bromeó. James lo miró fijamente. Si en aquel momento las miradas matasen, Óscar estaría bajo tierra—. Oh… no —acabó nervioso. Chasqueó la lengua y situó una mano en su hombro—. ¿Qué te parece si vamos al club de caballeros a tomar una copa? Creo que te sentará bien.

James intentó calmarse y observó cómo las tres amigas se perdían entre toda la gente que paseaba.

—Sí, yo también creo que me irá bien —aceptó mientras tomaban el camino para salir de Hyde Park.

23

Cassandra se removió en la cama sin poder conciliar el sueño. Llevaba varias horas y le era imposible dormirse.

Era pensar en James, en todo lo que había experimentado cuando se habían besado, y su corazón se alteraba.

Se dio media vuelta y dio un golpe a la almohada, acomodándola a su cabeza. Cerró los ojos e intentó pensar en los vestidos que tenía en el fondo de armario para distraerse.

Nada, imposible, la sensación volvía a aparecer en sus labios, recordando cómo estos se habían unido, la forma en la que la había abrazado, cómo la había acariciado… recordó cuando había situado su mano sobre su pecho, acariciándolo. Quizá no fuese tan malo lo que le había explicado que ocurría en la noche de bodas.

Se incorporó sobre el colchón y se quedó sentada unos minutos, intentando calmar su cuerpo que ansiaba volver a experimentar lo que James le había mostrado.

Se sentó en el filo del colchón y se levantó.

Caminó despacio hasta la ventana y se quedó observando a través de ella. A aquellas horas de la noche no había prácticamente luz, solo la de la luna y las estrellas que iluminaban el firmamento.

No había dejado de darle vueltas al asunto aquellas últimas horas, quizá esa fuese la causa por la que no podía dormir.

James no mostraba ningún signo de nerviosismo en su presencia.

¿Qué iba a hacer?

Habían pasado dos días y no había vuelto a saber de él.

Durante su caminata, le había dicho que quería hablar con ella, sin embargo, en los dos siguientes días no había hecho por volver a verla. La había besado, sin siquiera estar comprometidos. Aquello era muy grave. Según el protocolo, deberían estar comprometidos ahora mismo, pero él, durante los dos siguientes días, no había mostrado interés alguno en ella, de hecho, ni siquiera le había

enviado una carta, que hubiese sido lo más cortes, explicando sus intenciones.

Sabía que James no era un hombre que desease el matrimonio, que solo lo hacía por obligación… ¿por qué con ella iba a ser diferente?

Se sentía una tonta.

Inspiró hondo y cerró los ojos unos segundos. Necesitaba huir de allí como fuese, alejarse de todo eso y, sobre todo, de James.

Ahora mismo estaba hecha un lío. Aquel beso la había dejado trastornada y no sabía cómo actuar.

Lo había pensado durante aquellos últimos días. Había valorado una opción y, finalmente, acababa de tomar una determinación.

Fue hacia el escritorio y tomó entre sus manos la vela, la encendió y la depositó en el candelero.

Sacó papel y pluma del cajón y se sentó en la silla.

Era la única vía que encontraba para huir. Necesitaba poner distancia y ordenar las ideas. Ahora mismo no sabía si echarse a reír por lo ocurrido con James o echarse a llorar por su pasotismo. ¿Por qué la había besado si no pensaba actuar?

Era la primera vez que la besaban y la sensación había sido increíble, pero ver la indiferencia de él la sumía en una profunda tristeza.

Un caballero no haría eso.

Mojó la pluma en la tinta y comenzó a escribir la carta. No era para él, de hecho, era la única vía de escape que tenía en esos momentos para salir de Londres e intentar alejarse de todo, ya no solo de sus padres que planeaban un cortejo con el conde, sino de la temporada y, sobre todo, de James.

No quería acabar con el corazón roto, si seguía dándole vueltas lo haría.

Mojó la pluma en la tinta y siguió escribiendo.

Su padre se encontraba leyendo el noticiario que habían lanzado aquella mañana en la puerta mientras desayunaban en familia. Cassandra, su hermana Sophie y su hermano Thomas estaban sentados al otro lado de la mesa.

—Qué gran noticia… —dijo sin levantar la mirada del boletín—, lord Herbert y lady Cecil se han comprometido. —Miró a Cassandra de reojo.

Ella pilló la indirecta de inmediato.

—Me alegro por ellos —pronunció antes de dar un sorbo a su café—. Espero que sean muy felices.

—Seguro que lo serán —reaccionó su madre—. Han estado toda la temporada flirteando el uno con el otro. —Su padre asintió dándole la razón—. Era una pareja muy bien avenida. —Miró también a su hija—. Al fin y al cabo, lo importante no es la diferencia de edad… —Cassandra la miró de reojo—, lo importante es que ambos tengan las mismas aficiones, los mismos valores… la edad es lo de menos.

Cassandra resopló. Desde luego, sus padres estaban decididos a que ella tuviese interés por el conde.

Miró en dirección a la puerta y tragó saliva.

Hacía dos días que había enviado la carta y aún no había recibido respuesta. Según sus cálculos, aquel día o al día siguiente como mucho recibiría respuesta. Necesitaba la respuesta desesperadamente. La última semana se estaba volviendo un infierno.

Aquella noche era el baile que organizaba la familia Darcy, con suerte, sería el último al que asistiría si recibía respuesta al día siguiente.

James no había aparecido por allí. No lo había vuelto a ver desde su conversación en Hyde Park. No sabía si sentirse agradecida o defraudada por su comportamiento, lo que tenía claro era que aquel beso había sido un error. No debería haber sucumbido a él, pues estaba claro que no tenía interés alguno en ella más que el de pasar un buen rato, pero había sido tan hermoso… tan… increíble.

Cuando la campanita de la puerta sonó, Cassandra dio un brinco sobre el sofá, aunque se obligó a quedarse sentada. Con suerte, sería la salvación que tanto ansiaba.

—¿Esperáis a alguien? —preguntó Edward. Tanto su madre, como Cassandra y sus dos hermanos negaron con la cabeza. El

barón sonrió al ver a sus hijos pequeños negar con la cabeza, como si ellos tuviesen vida social—. Ya me imaginaba que vosotros no.

Todos se giraron cuando el mayordomo entró en el gran salón con una carta en la mano.

—Una carta para la señorita Lennox.

Cassandra se puso en pie y fue hacia el mayordomo a toda prisa, ante la mirada sorprendida de sus padres.

—Gracias —pronunció su padre al mayordomo tras dar un sorbo a su café.

Cassandra miró el sobre donde ponía su nombre.

Su madre la miró intrigada.

—¿De quién es?

Cassandra lo abrió dejando el sobre encima de la mesa y quedándose con la hoja entre las manos. Directamente comenzó a leer.

—Es de la tía Victoria —pronunció leyendo, como si en ese momento fuese consciente de quién se trataba, aunque ya lo sabía de sobra. Leyó la carta y sonrió levemente, pues su tía había accedido a ayudarla y había hecho lo que le había pedido. Rápidamente borró la sonrisa de su rostro y la sustituyó por un gesto de preocupación que obviamente captaron sus padres.

—¿Qué ocurre? —preguntó su madre poniéndose en pie.

—La tía Victoria me pide ayuda… —susurró a su madre leyendo la carta. Sí, sabía que podía contar con ella y que sería la única que la comprendería—, está muy enferma.

—¿Enferma? —corrió su madre hacia ella para observar la carta.

—No te alarmes, madre —intentó calmarla—, es un simple resfriado, pero necesitaría a alguien que la ayudase. Me pide que acuda a su casa unas semanas para ayudarla hasta que se recupere.

—Oh —dijo su madre—, está claro que hay que ir a ayudarla. Mi pobre hermana no tiene un marido que cuide de ella… por eso mismo debes casarte —dijo reprendiéndole a su hija.

Cassandra resopló e iba a doblar la carta, pero su madre se la quitó de las manos para leerla ella misma, así que miró a su padre.

—Iré a preparar las maletas y saldré hacia allí hoy mismo. Debe de encontrarse muy mal para pedir ayuda —pronunció preocupada y

se giró para salir de la habitación.

—Espera… —interrumpió sus pasos su madre. Cassandra inspiró hondo y cerró los ojos unos segundos, luego se giró hacia su madre con gesto de inocencia—. No tienes por qué ir tú… es mi hermana, es mejor que acuda yo —dijo mirando al barón.

—Madre, la tía Victoria ha pedido por mí, no por ti —recordó.

—Ya, pero… —dijo su madre pensativa—, queda poco tiempo para que acabe la temporada y debes hacer acto de presencia…

—Madre… —la interrumpió y miró a su padre con una sonrisa socarrona—, no pasa nada, aunque los bailes acaben, los salones de té, las reuniones de amigas y las quedadas en casas de campo siguen… no te preocupes —pronunció con voz socarrona—, pero creo que la tía Victoria estará mucho mejor conmigo —acabó.

Su madre ladeó su cabeza y colocó sus manos en su cintura.

—¿Por qué dices eso?

—Bueeeno… —chasqueó la lengua y miró a su padre—, ya sabemos cómo se pone cuando alguien de la familia se pone enfermo…

—Ohhh —la interrumpió su madre provocando que su padre riese.

—Siempre nos has atendido muy bien, madre, pero… creo que si la tía Victoria me lo pide a mí es porque necesita más calma y no una persona que no la deje tranquila ni un segundo —acabó apretando los labios y miró a su padre con cara de circunstancias, provocando que riese y asintiese ante las palabras de su hija. Su madre siempre se desvivía por todos, pero era cierto que cuando uno de ellos caía enfermo no se despegaba de la cama y eso podía ser agobiante. Una persona enferma necesitaba descansar—. Además, la tía Victoria siempre ha sido muy buena conmigo y, ¿cuánto hace?, ¿dos años que no la veo? Ohhh… vamos, padre —dijo implorando hacia su padre—, quiero ir a cuidarla. Es lo menos que puedo hacer por ella.

Tanto Cassandra como su madre miraron al barón que evaluaba las opciones antes de tomar una decisión.

—Está bien… haz las maletas —dijo hacia su hija. Su madre lo miró enfadada—. No me mires así, tu hija tiene razón en lo que dice

—bromeó.

Jacqueline resopló mientras Cassandra salía a toda prisa del comedor para dirigirse a las escaleras y subir a su habitación.

—Johanna —pronunció al ver a su doncella—, necesito tu ayuda —comentó mientras subía los escalones de dos en dos.

Cuanto antes huyese de aquella casa, mejor, pues no quería dar mucho tiempo a que recapacitasen sobre la decisión, no fuese a ser que su padre se arrepintiese.

Sabía que tendría que dar una explicación a su tía sobre la súplica que le había hecho en la carta, pero ella la comprendería. Al menos, ahora gozaba de unas dos semanas aproximadamente donde no tendría que ir a los bailes, no debería verse con el conde y mucho menos debería cruzarse con James, el duque.

Necesitaba escapar de aquella mansión y relajarse, ordenar las ideas.

Llegó hasta su habitación seguida de Johanna que aún no sabía qué era lo que debía hacer.

—Necesito hacer las maletas —indicó a su doncella. La doncella la miró extrañada—. Mi tía Victoria está enferma y necesita compañía. Me ha pedido que vaya a ayudarla. Serán solo unos días. Dos semanas como mucho.

Johanna asintió y fue directa al armario para extraer unos vestidos y depositarlos sobre la cama.

—Necesito ropa de abrigo, en West Wycombe hace más frío que aquí —explicó.

—Claro, señorita —dijo extrayendo unos abrigos—, ¿debo acompañarla?

—No, no… —respondió girándose—, no hace falta. Solo estaré en casa de mi tía, nada más. Cuida de Sophie —continuó sonriente mientras extraía del cajón unos guantes y una bufanda. En ese momento, se quedó observando los guantes y tragó saliva. Aquellos eran los guantes que le había regalado James hacía ya tantos años.

Resopló y buscó otros por el cajón.

—Johanna… ¿tenemos otros guantes?

Johanna la miró y asintió.

—Sí, claro, ahora se los busco en la cómoda y los meto en su equipaje. Supongo que necesitará las botas también. —Cassandra asintió—. Iré a buscarlas. —La doncella iba a salir por la puerta justo cuando se encontró con el barón—. Oh, disculpe, señor —dijo arrepentida, pues había estado a punto de chocar con él.

—No te preocupes, Johanna —dijo echándose a un lado para que ella abandonase la habitación. Cassandra se giró para mirar cómo su padre entraba en la habitación y se giró de nuevo hacia el armario para extraer unos cuantos vestidos más.

Fue depositando los vestidos en la cama, las enaguas y todo lo que consideraba necesario para el viaje.

Su padre entró más en la habitación y observó la ropa que Cassandra depositaba sobre la cama.

—Tu madre insiste en ser ella la que acuda —comentó su padre pensativo.

Cassandra se giró hacia su padre y lo miró con ojos de cordero degollado.

—Papá, por favor… —suplicó—. Me… me apetece mucho ir a ver a la tía Victoria. Además, ella ha pedido que vaya yo, no mamá —recordó.

Su padre chasqueó la lengua y se apoyó contra la pared. Se quedó observando a su hija que sacaba un par de chaquetas más gruesas del armario.

—¿Qué ocurre? —preguntó lentamente.

Ella no se atrevió a mirarlo, simplemente siguió mirando en su fondo de armario.

—No ocurre nada, la tía Victoria está enferma, es solo eso.

Su padre inspiró hondo.

—Sé que le enviaste una carta —susurró. Cassandra se giró hacia él con una chaqueta entre sus manos, sin saber qué decir—. Llevas unos días bastante ausente —continuó. Ella lo miró apretando los labios—. Le pregunté a Alfred… —pronunció haciendo referencia a su mayordomo—, sé que hace tres días le pediste a Alfred que fuese a enviar una carta a correos. No sabía a quién, pero ahora lo tengo claro.

Ella inspiró hondo.

—Papá, por favor… —suplicó—, necesito… necesito alejarme de aquí —acabó susurrando.

Su padre se quedó pensativo unos segundos

—Quedan pocas semanas para que acabe la temporada —le recordó su padre.

—Volveré en tres semanas —respondió ella rápidamente.

Su padre negó.

—Dos, te doy dos semanas, Cassandra. —Ella asintió rápidamente—. Y luego…

—No quiero casarme con el conde —pronunció rápidamente.

—Pues tendrás dos semanas para buscar un mejor pretendiente —respondió su padre provocando que ella cerrase los ojos con fuerza. Edward dio unos pasos lentos hacia ella—. Cassandra, debes casarte… necesitas que cuiden de ti. Tu madre y yo no estaremos aquí eternamente y…

—Está bien —lo cortó—, cuando vuelva de estar con la tía Victoria le daré una oportunidad al conde, pero, por favor, si no estoy conforme no me obligues a casarme.

—Has tenido más de tres años. El conde es un buen hombre y…

—No lo pongo en duda, sé que es un buen hombre, que jamás me entregarías a un hombre que no lo fuese, pero me prometiste que no me obligarías a casarme —le recordó con dolor.

Su padre hizo un gesto gracioso con la cabeza.

—No pensé que fueses tan obstinada —reconoció—. Sinceramente, no pensaba que fueses a encontrar marido en la primera temporada, pero sí en la segunda o tercera, pero es que no pones interés… cada vez habrá menos pretendientes. No quiero que te quedes sola —susurró provocando que ella bajase su cabeza de nuevo—. Así que te doy estas dos semanas, pero cuando vuelvas dispondrás aún de medio mes de temporada, deberás esforzarte, de lo contrario…

—De lo contrario… ¿qué? —preguntó ella con dolor.

Su padre la miró fijamente y, finalmente, fue él quien apartó la mirada de ella, sintiéndose un poco culpable.

—Ya lo sabes, Cassandra —pronunció. Dicho esto, se giró para dirigirse a la puerta—. Mandaré que te preparen el carruaje —dijo

antes de salir de la habitación.

Cassandra se quedó estática en el centro de su habitación. Lo que había ocurrido con el duque había puesto su vida patas arriba, pero lo peor de todo era que, pese a que había compartido uno de los momentos más bonitos y satisfactorios de toda su vida con el duque, sabía que para James no significaba nada, si no, ¿porque iba a mantenerse tan alejado de ella?

Necesitaba alejarse de allí, calmarse y poner sus pensamientos en orden.

El resultado iba a ser el mismo, sus padres lo tenían muy claro. Al menos, de aquella forma, dispondría de una momentánea libertad.

Se giró hacia la cama y depositó otra chaqueta y un par de vestidos más.

Pocos minutos después, apareció Johanna en la habitación con las botas y unas maletas. La doncella fue guardando todo en la maleta mientras ella rebuscaba en sus cajones, guardando en una pequeña bolsa de tela las joyas y cepillos que se llevaría.

Cuando abrió otro de los cajones, se quedó observando aquellos sobres que había recibido hacía tiempo con las cartas de James en su interior.

Inspiró hondo y lo cerró.

—Pediré al mayordomo que lleve las maletas al carruaje —dijo Johanna saliendo de la habitación.

Pocos minutos después, ella descendía a la planta baja donde, tal y como le había informado su padre, el carruaje ya se encontraba en la puerta.

Esperó a que subieran las maletas y se acercó a su madre que parecía molesta.

—Mamá, te escribiré dentro de pocos días —le dijo abrazándola.

Jacqueline hizo un gesto de no estar muy segura.

—Creo que debería ir contigo —insistió.

Su padre puso la mano en el hombro de su esposa.

—No te preocupes, Jacqueline… —miró a su hija—, tu hermana se pondrá bien. Cassandra cuidará bien de ella. —Cassandra tragó saliva al escuchar decir aquellas palabras a su padre, pues sabía que

la estaba cubriendo para que pudiese marcharse aquellas dos semanas lejos de Londres—. Seguro que Cassandra puede volver antes de lo que espera, así podrá disfrutar del final de la temporada.

Cassandra asintió y se acercó a su padre para darle un abrazo. Se puso de puntillas y se acercó a su oído.

—Gracias, papá —susurró.

Él asintió y sonrió a su hija.

—Aprovecha estas dos semanas para descansar —comentó.

Ella asintió y se despidió también de su madre, de su hermana Sophie y de su hermano Thomas.

Fue hacia el carruaje mientras su familia se asomaba al porche.

—Escríbeme —repitió su madre que parecía afectada por su partida—. Oh… es… es la primera vez que se marcha sola —pronunció con temor.

—No te preocupes, Jacqueline, con tu hermana estará bien.

—Sí, ya lo sé —sollozó su madre mientras Cassandra subía al carruaje.

Cassandra se sentó mientras el cochero cerraba la puerta y, sin poder evitarlo, giró su cuello para observar la casa de los duques. Sintió que se le partía el corazón. No quería alejarse realmente de allí, pero su mente lo necesitaba. Quizá tras hablar con su tía y ordenar las ideas pudiese pensar con más cordura.

Saludó por la ventana cuando el carruaje comenzó a alejarse de su casa por las calles de Londres.

Era un viaje de unas siete u ocho horas en carruaje hasta West Wycombe, así que con suerte llegaría a primera hora de la tarde y podría descansar en casa de su tía.

24

El viaje había sido más largo y cansado de lo que esperaba. Cuando había acudido a West Wycombe siendo más pequeña, iba acompañada de sus hermanos y sus padres en el carruaje y no se le había hecho tan pesado, pues estaba entretenida. Ahora, las más de siete horas en carruaje se le habían hecho eternas, así que cuando atravesaron el último bosque y vio aparecer el poblado por la ventana, suspiró.

West Wycombe era un pequeño pueblo con una parroquia civil. Era famoso por sus casas solariegas y sus colinas.

El pueblo era una delicia para pasear con sus calles empedradas y fachadas georgianas, donde se respiraba calma y tranquilidad, justo lo que necesitaba, alejado del bullicioso Londres de esa época.

El poblado se encontraba a una hora aproximadamente de High Wycombe, un poblado más grande donde podían encontrar de todo.

Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras se acercaba a la que reconoció como la vivienda de su tía. Sí, allí estaría bien durante las próximas semanas.

Observó a su tía salir de la vivienda al escuchar el carruaje acercarse, bajar el escalón del porche y dirigirse a la valla que delimitaba su jardín delantero.

Su tía, unos años mayor que su madre, tenía su cabello castaño oscuro recogido en un alto moño, vestía un vestido marrón claro con un delantal blanco anudado a la espalda y llevaba un pañuelo en la mano que se pasaba por la nariz.

Cassandra la saludó antes de que el carruaje se detuviese, asomando su cabeza y su brazo por la ventana y moviendo la mano con alegría.

—Tía —dijo.

Su tía se pasó la mano por la nariz y tosió compulsivamente.

Cuando el carruaje se detuvo, ni siquiera esperó a que el cochero le abriese la puerta.

Cassandra abrió y se lanzó hacia su tía antes de que el cochero llegase a la puerta, por lo que dio un paso atrás.

Su tía Victoria miró al cochero y apartó a su sobrina rápidamente de ella.

—Cassandra, cariño, tengo un buen resfriado, no te acerques a mí. —Se giró para toser, aunque la tos le salió un poco forzada.

El cochero dio un paso atrás al escuchar aquello.

—¿Dónde se la dejo? —preguntó mostrando la maleta de ella.

—En la planta de arriba, por favor… —dijo pasándose el pañuelo por la nariz—, la segunda habitación a la derecha.

El cochero descargó la maleta y la llevó donde le habían dicho.

Cassandra se agarró al brazo de su tía con cariño, pero su tía se apartó.

—Shhh, shhh —dijo indicándole que se alejase.

Cassandra rio ante la insistencia de su tía y entraron a la casita.

El cochero bajó las escaleras y rodeó a la mujer con cierto temor.

—Dígale a mi hermana que estoy bastante resfriada, pero que agradezco mucho que haya dejado venir a mi sobrina a cuidarme y hacerme compañía… —dijo pasándose la mano de nuevo por la nariz.

—Claro, la informaré. —Hizo una reverencia a las dos mujeres y se alejó saliendo de la casa.

La tía Victoria cerró la puerta y dejó el pañuelo sobre la mesa, luego miró a su sobrina con una sonrisa.

—Ven aquí, querida —dijo abriendo los brazos hacia ella.

Cassandra le sonrió con ternura y se fundió en un gran abrazo con ella.

—Eres una gran actriz, tía —rio Cassandra apretándose contra ella.

—Se supone que vienes a cuidar de una enferma… —rio su tía sin soltarla—, debía hacer algo. —Cassandra suspiró colocando su cabeza en su hombro, relajándose hasta que su tía la tomó por los hombros y la miró—. ¿Cómo ha ido el trayecto?

—Muy bien, aunque aburrido y más largo de lo esperado —admitió.

Luego la escudriñó con la mirada y, finalmente, chasqueó la lengua.

—Tú y yo tenemos que hablar muy seriamente… —dijo.

Cassandra asintió.

—Muchas gracias por ayudarme —susurró—. Necesitaba alejarme de Londres.

Su tía tomó su mano con cariño y asintió aceptando su agradecimiento.

—Está bien, pero tienes que explicarme todo lo que te ocurre… eso sí, con un buen té, ¿te apetece? —Cassandra asintió con una sonrisa y su tía tiró de ella hacia la cocina, donde una de las tres mujeres que tenía contratadas del servicio se encontraba allí esperando instrucciones.

Estaban tomando el té y unas pastas tranquilamente en una salita que su tía tenía acondicionada en la planta baja con varios sofás y una gran cantidad de libros que había ido adquiriendo con el tiempo. Lo primero que había hecho al entrar allí era mirar las estanterías, podría relajarse paseando por los hermosos prados y leyendo, siempre y cuando el tiempo acompañase.

Su tía movió la cucharita removiendo el té.

—Así que, básicamente, lo que has hecho ha sido huir —pronunció con el ceño fruncido.

Cassandra asintió con timidez.

—Sí —admitió.

—Y yo que pensaba que tenías unas enormes ganas de verme —rio Victoria.

—Sabes que eso también… —le sonrió ella—, hacía años que no nos veíamos. Ya ni siquiera vienes a las temporadas.

—Bahhh —dijo moviendo la mano como si no le importase—, las temporadas se reducen a chismorreos, bailar, más chismorreos, dolor de pies… más chismorreos… —Cassandra rio—, prefiero disfrutar de la calma y de la lectura —dijo señalando las estanterías. Se quedó observando a su sobrina unos segundos—, pero… por lo que me dices, el conde es una buena opción.

Cassandra se mordió el labio.

—No quiero casarme con él —admitió—. Es… es buen hombre, pero…

—Me has dicho que es un hombre instruido —recordó.

—Lo es, mucho —enfatizó—, y es muy educado y encantador —suspiró—, pero…

—La edad no debe ser un problema, cariño. —Cassandra tragó saliva y se dejó caer sobre el sofá con un largo suspiro. Aquella actitud provocó que su tía la mirase intrigada, y luego puso su espalda recta—. ¿Hay otro?

Cassandra se puso tiesa como un palo y miró a su tía con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Si hay otro hombre… —preguntó con más cuidado. Cassandra se removió nerviosa en el asiento y miró a su tía de reojo—. Vamos, a mí no puedes engañarme… —sonrió su tía—, ¿quién es el afortunado?

Cassandra negó.

—No es nada de eso —intentó disimular.

—Cariño… —dijo rápidamente—, no puedes engañarme. No olvides que he sido joven también. —Cassandra suspiró mientras su tía tomaba su mano—. Tranquila, va bien desahogarse. —Su sobrina aún parecía nerviosa—. Cuando yo me presenté en sociedad, aunque no te lo creas, tuve muchos pretendientes… —sonrió, aunque luego su sonrisa se transformó y fue más lánguida—, uno de ellos me pidió la mano, pero yo me negué. Le pedí a mi padre que no diese mi mano, solo era mi primera temporada, sabía que podía conseguir algo mejor. —Suspiró—. Luego me enamoré… —susurró y miró a su sobrina que la miraba impresionada por su historia—, él era el hombre más atractivo que había visto. Bailaba conmigo en cada baile, me sacaba a pasear, íbamos a los salones de té…

—¿Y qué paso? —preguntó ella nerviosa.

—Él era un vizconde… —tragó saliva—, el vizconde de Lascelles —recordó con cariño—, ohhh… si lo hubieses visto, Cassandra. Creo que fui la mujer más envidiada de Londres —rio unos segundos, pero la sonrisa volvió a desaparecer—. Era la quinta temporada a la que él asistía, y sus padres le habían buscado una esposa. Cuando él

tuvo que ponerse firme ante sus padres y declararme su amor, se acobardó.

Cassandra inspiró hondo.

—Lo siento mucho, tía.

Ella se encogió de hombros.

—Se casó con una muchacha francesa, la única hija de unos duques, y poco después se marchó a vivir a Francia. Ni siquiera tuvo el valor para despedirse de mí. —Se quedó pensativa unos segundos —. Después de esto me quedé hundida y estuve varios meses sin aparecer por Londres. Para cuando volví, todos me conocían como la mujer a la que el vizconde había abandonado. —Miró a su sobrina y enarcó una ceja—. ¿Crees que tu historia es peor que la mía? —la retó.

Cassandra sonrió y la miró con timidez.

—Es un amigo…

—Bien, comenzamos bien —la animó su tía.

—Lo conozco desde niña y… —tragó saliva—, me ha costado darme cuenta, pero ahora sé que estoy profundamente enamorada de él —susurró—. El problema es que él piensa que el matrimonio es solo un mero contrato.

Su tía enarcó una ceja.

—¿De quién se trata? Si le han dado esas instrucciones debe de ser alguien de la alta nobleza. —Ella apretó los labios y negó sin querer revelar su nombre—. Está bien —aceptó su tía sin querer forzarla—. ¿Él está interesado en otra mujer?

Negó con la cabeza.

—No, que yo sepa… pero… tampoco lo está en mí, al menos, eso creo —dijo dudosa y, finalmente, miró a su tía con timidez. Directamente bajó su cabeza y cubrió su rostro con sus manos—. Me besó —confesó.

Su tía puso su espalda recta.

—¿Te… te besó? —preguntó sin dar crédito.

Cassandra asintió y se puso en pie comenzando a caminar por la salita de un lado a otro.

—No… no fue nada… —explicó—, pero… me beso y, luego, durante los siguientes días, no vino a verme, no… no quiso saber

nada de mí —sollozó—. Y, por otro lado, mis padres quieren comprometerme con el conde. —Se giró hacia su tía que no daba crédito a lo que explicaba—. ¿Qué hago, tía?

Su tía se puso en pie.

—Esto… no lo saben tus padres, ¿verdad?

—No, por supuesto que no, si no ya estaría casada con él —gimió—. No quiero obligarlo a que se case conmigo. No estaría bien.

—Pero él te besó…

—Él no cree en el matrimonio.

—Pero te besó… —repitió.

—¿Me has escuchado, tía? —insistió ella—. Luego no ha venido a verme en los siguientes días. Si realmente estuviese interesado en mí, habría venido a verme o me hubiese propuesto un paseo o ir a tomar el té… pero nada, no ha aparecido por casa. ¿Qué debo pensar al respecto? —Su tía se mordió el labio—. ¿Qué hago? —insistió esperando una respuesta por parte de su tía que le aclarase las ideas—. Lo único que necesitaba era alejarme de allí —admitió—. Poner distancia entre los dos y alejarme de la insistencia de mis padres con el conde.

Su tía fue hacia ella y situó las manos en sus brazos para intentar que se tranquilizase, pues estaba muy alterada.

—Tranquila, relájate… —intentó calmarla y la llevó hacia el asiento para que se sentase. Le tendió el té y Cassandra respiró hondo antes de darle un sorbo. Su tía se sentó frente a ella, con la mesita redondeada entre ellas—. ¿Has valorado casarte realmente con el conde?

Cassandra estuvo a punto de echarse a llorar.

—No es lo que deseo.

—Pero quizá es lo que más te conviene —dijo su tía con un tono de voz tranquilo.

—Pero tú… tú eres feliz.

Su tía la miró con tristeza.

—¿Crees que realmente soy feliz? —Su tía acarició su rostro, apartando uno de los mechones rubios y colocándolo tras su oreja—. Soy libre, pero eso no implica que sea feliz —admitió—. Me hubiese gustado tener un marido, una familia… pero fui muy obstinada. Me

agarré a la posibilidad de que mi vizconde volviese a mí, de encontrar un amor como el que tenía… todo me sabía a poco si él no podía estar conmigo. No me abrí a ningún otro hombre. Yo misma me condené a vivir así. No soy desgraciada, pero tampoco soy feliz. Me limito a llevar una vida tranquila. —Inspiró aire y obligó a su sobrina a mirarla a los ojos—. No creo que tus padres decidan mal por ti…

—Sé que no, y que tienen toda la buena intención del mundo, pero es que…

—Tu corazón es de otro —susurró su tía.

Cassandra asintió.

—Lo odio y a la vez lo amo… —admitió—. No sé qué hacer.

Su tía la soltó y le tendió el té.

—De momento, tomar el té, luego descansar un poco… —la animó—, estos días aprovecha para relajarte, puedes venir conmigo al club…

—¿Al club?

—Oh, sí… aunque quizá eres muy joven. Nos juntamos un grupo y hablamos, tomamos el té, comentamos alguna lectura, cotilleos… el club —acabó encogiéndose de hombros—. Nos juntamos varias veces a la semana y nos divertimos y entretenemos. Estás invitada si quieres —propuso—. Además, la señora Dawson organiza un baile en pocos días, podrías acompañarme, así te divertirás y conocerás a gente.

Cassandra le sonrió y asintió.

—Gracias, tía, lo tendré en cuenta, pero, por lo pronto, me gustaría echarme un poco y descansar, tengo la espalda molida del viaje.

—Ya sabes cuál es tu habitación, tesoro —rio su tía.

Cassandra subió los escalones a la segunda planta y entró en la que sería su habitación las próximas dos semanas.

Era tal y como la recordaba, no había cambiado nada.

La habitación era grande, aunque no tanto como la suya en Londres. Disponía de una cama en medio de la habitación, con una mesita al lado. El cochero había depositado su maleta al lado del gran armario y, frente a la cama, había un escritorio.

Caminó hacia la ventana para observar las enormes praderas que se veían desde la segunda planta mientras pasaba sus dedos por el tocador.

Las vistas eran realmente preciosas, incluso relajantes. Aprovecharía esos días para pasear por el precioso pueblo y por sus praderas, para leer bajo uno de aquellos árboles, para encontrar aquella calma que tanto ansiaba y necesitaba.

Ahora sabía que había tomado la decisión correcta, solo con estar allí ya sentía que los latidos de su corazón se calmaban.

Su tía se asomó a la puerta y la miró. Cassandra se giró hacia ella.

—Sigue siendo igual de bonita y acogedora… igual a como la recordaba —sonrió.

Su tía dio unos pasos al frente, entrando a la habitación con cautela, respetando la intimidad de la habitación que ahora sería de Cassandra durante aquellas semanas.

—¿Necesitas algo más? ¿Echas en falta algo?

Cassandra negó.

—Colgaré los vestidos y descansaré un rato. —Se dirigió hacia ella y tomó su mano—. Muchas gracias por acudir a mi rescate, tía.

—No hay de qué, cariño, pero recuerda… —dijo tomando su mano—. A veces es mejor enfrentar la realidad que ocultarse de ella. —Cassandra asintió lentamente—. Dejaré que descanses. Nos vemos luego, estaré en la salita leyendo.

—Gracias.

Soltó su mano y se alejó hacia la puerta. La cerró lentamente, dejando a Cassandra en el interior.

Cassandra emitió un largo suspiro y se quedó observando a través de la ventana un rato, disfrutando de la paz y la tranquilidad que le ofrecían los alrededores del pueblo.

25

La mansión de la familia McAdams era impresionante.

Tenían un enorme salón donde al final una orquesta amenizaba la noche con una bonita melodía. Muchas parejas bailaban en medio de la gran pista del salón.

En los laterales había largas mesas rectangulares donde los invitados podían servirse todo tipo de dulces y bebidas. Además, muchos camareros paseaban entre los invitados portando bandejas llenas de comida y bebidas varias.

El salón tenía varias puertas que comunicaban con un enorme y hermoso balcón desde el cual se podía descender a través de las escaleras al gran jardín, donde algunas parejas aprovechaban para pasear y, otras, simplemente aprovechaban para buscar una zona oscura donde tener su intimidad sin ser vistos, algo repudiado por la sociedad, pero que ocurría, por eso no estaba bien visto que las señoritas paseasen a solas por los jardines o en compañía de un caballero sin la supervisión de su doncella.

James miró a su alrededor, encontrándose con varias miradas que lo observaban detenidamente, con la clara intención de acercarse a hablar con él y presentarle a alguna de las debutantes que se presentaban en sociedad o las mujeres casaderas que llevaban más de una temporada.

Llevaba más de dos horas allí y ni rastro de Cassandra. ¿Por qué no aparecía? Debía aclarar lo ocurrido con ella. Cassandra parecía realmente nerviosa por aquel beso, y era normal, después de haber unido sus labios a los de ella, sabía a ciencia cierta que era su primera vez, pero ese no era el problema, sino lo que entrañaba aquel beso.

Sabía que, como buen caballero, debía aclarar las cosas con ella, incluso debería pedirle matrimonio, pero no sabía si eso era lo que ella deseaba… parecía que no, la reacción del otro día en el parque lo había dejado con una sensación de amargura. Necesitaba

aclararle las cosas, decirle que para él aquel beso había significado mucho, pero ¿cómo iba a hacerlo si era imposible estar a solas con ella? Lo había pensado detenidamente y la única forma de tener un poco de intimidad sin ser controlados, o al menos no tanto, era mientras bailaban. Allí podrían gozar de unos minutos donde poder hablar con las doncellas alejadas. Sin embargo, no encontraba a Cassandra por ningún lado…

Sonrió hacia su amigo Óscar cuando se acercó.

—Eh… —pronunció Óscar situándose a su lado mientras tomaba una copa de vino de la bandeja de uno de los camareros—, ¿cómo va la noche?

James se encogió de hombros.

—No va mal… —respondió, aunque al encontrarse con la mirada de Elizabeth, aquella codiciosa muchacha que ansiaba estar cerca de él al punto de arrojar una copa de vino a su gran amiga, se giró y miró a Óscar. No quería tener que entablar conversación con ella, aunque Elizabeth no parecía amedrentarse por ello y dio unos pasos hacia él. James carraspeó mientras se giraba más hacia su amigo, intentando que ella captase la indirecta—, ¿y tú? —le preguntó dando conversación.

—Sin duda prefiero las reuniones del club —sonrió—, pero bueno, no puedo quejarme.

—¿Cuántos bailes llevas? —preguntó James divertido.

—¿No crees que las señoritas están especialmente atractivas hoy? —le preguntó Óscar mirando a su alrededor.

—Lo siento, amigo, pero no… las veo como siempre.

—Debo de ser yo —respondió antes de darle un sorbo a su vino.

—Sí —rio James—, apuesto a que sí.

James borró la sonrisa de su rostro cuando observó de reojo que lady Elizabeth se situaba a su lado.

—Duque —pronunció haciendo una leve reverencia.

James la miró de reojo, pero no quiso girarse hacia ella, aquella muchacha, tal y como le había advertido su amiga Cassandra, no era trigo limpio.

—¿Tienes intención de seguir…? —preguntó a su amigo.

—Duque… —insistió Elizabeth llamando la atención de los dos hombres.

James alzó más el mentón y suspiró, finalmente, se giró levemente hacia ella.

—Lady Elizabeth —la saludó con un cortés movimiento de su cabeza.

—Buenas noches, duque —volvió a saludarle Elizabeth, esta vez con una sonrisa al haber conseguido captar su atención—, me alegro de verle. —Hubo un silencio incómodo por parte de James, ¿quería que respondiese que también él se alegraba de verla? Pues lo tenía claro—. Quería preguntarle… —pronunció por lo bajini—, estoy buscando a lady Lennox, pensaba que vendría hoy, pero no la encuentro, quería disculparme de nuevo por lo sucedido en el anterior baile. Como usted es amigo de ella, no sé si sabrá dónde puedo encontrarla —pronunció en un susurro.

Él la escudriñó de la cabeza a los pies, ¿pretendía sacarle información? Obviamente, Elizabeth era consciente de que entre ellos había una gran amistad y confianza, pero no creía que aquello fuese cierto, que Elizabeth pretendiese disculparse de nuevo con Cassandra, más bien le daba la impresión de que pretendía saber si ella disponía de competencia o no a la hora de persuadirle.

—Señorita Elizabeth… —pronunció James provocando que ella sonriese—, búsquela y, si no la encuentra, seguro que tendrá más oportunidades para disculparse de nuevo con ella antes de que acabe la temporada. No tiene por qué preguntarme a mí. —Aquella respuesta provocó que Elizabeth tragase saliva—. Como ve, yo no soy la doncella de lady Cassandra para saber en cada momento dónde se encuentra.

Elizabeth se removió incómoda, ¿qué pensaba?, ¿qué podía acercarse a él como si nada después de cómo actúo la última vez y que él sería cortés? No, si algo había aprendido de su largo viaje por Europa y por Anatolia, era que debía rodearse de las personas que realmente merecían la pena, y ella no era una de esas personas.

Se giró sin decir nada más y sonrió a su amigo que lo observaba asombrado por su respuesta tan tosca.

—¿Alguna mujer más a la que vayas a fascinar con tu impresionante don de baile? —bromeó hacia su amigo volviendo a la pregunta que había realizado y que lady Elizabeth había interrumpido.

Óscar miró de reojo a Elizabeth que no se apartaba de la espalda del duque hasta que captó la mirada fija de James, instándole a que le diese conversación.

—Pues no lo sé… —respondió con una sonrisa ignorando ya a lady Elizabeth—, ¿me propones alguna? —continuó echando un brazo sobre sus hombros e instándole a que caminasen para dirigirse al otro lado del salón.

Solo cuando se alejaron, lady Elizabeth se removió incómoda y se giró enfadada, alejándose del lugar hacia un grupo de mujeres que se encontraba cerca.

Óscar miró hacia atrás para comprobar si lady Elizabeth ya se había marchado y luego miró a su amigo sorprendido, pues si algo destacaba en James era su educación.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunto sin salir de su asombro.

James chasqueó la lengua.

—No es una mujer a la que quiera tener cerca.

—¿No me digas? No lo había notado —ironizó—. ¿Y eso? ¿A qué se debe?

James inspiró hondo.

—No seré yo quien te explique las ventajas de mantenerse lejos de una mujer como lady Elizabeth, simplemente te diré que lo hagas.

Óscar movió su cabeza sin estar muy seguro, pero finalmente asintió, tampoco iba a insistir sobre algo así.

Se detuvieron y miraron hacia la pista de baile.

—¿Te has fijado en cómo mira hacia aquí lady Miller? —le preguntó.

El duque miró en aquella dirección. Aquella muchacha, lady Miller, era una joven preciosa, de cabello negro y ojos extremadamente azules que destacaban con su piel blanca. Era una de las mujeres más hermosas del salón, sin embargo, él no podía quitarse a Cassandra de su mente.

—Sí, parece que está interesada en que la saques a bailar también —bromeó James a su amigo.

—No me hagas sentir bien, amigo —bromeó Óscar—, sé que está más pendiente de ti que de mí, pero bueno… ya me parece bien tu comentario, voy a intentarlo —sonrió.

—Suerte —pronunció James con una sonrisa antes de que Óscar se distanciase en dirección a la señorita Miller.

Se quedó allí parado, con sus manos a su espalda mirando de un lado a otro hasta que vio al barón Lennox con su esposa hablando con otra pareja.

No lo pensó más y se dirigió directamente hacia allí. El barón Lennox le sonrió cuando se acercó y dio unos pasos hacia él disculpándose con la pareja con la que había entablado una conversación.

—Duque —pronunció con una leve reverencia.

—Buenas noches, barón —respondió James.

—¿Qué tal todo? —preguntó el barón con confianza—. ¿Has podido ojear el libro que tomaste prestado sobre astronomía?

James puso su espalda recta, pues ni siquiera lo recordaba. Ciertamente, ni lo había mirado, había sido la excusa para poder ir a ver a Cassandra.

—No lo suficiente, he estado ocupado en otros asuntos —respondió sin dar más explicaciones. Luego miró a la baronesa y a su alrededor—. No he visto a lady Cassandra en el baile, ¿se encuentra bien? —preguntó sin darle mucho énfasis a la pregunta.

—Oh, mi hija se ha marchado de Londres.

James lo miró confundido y parpadeó varias veces.

—¿Se ha marchado?

El barón asintió.

—Sí, la hermana de la baronesa está indispuesta… —señaló a su esposa—, no se encuentra bien.

James lo miró preocupado.

—¿Qué le ocurre? —preguntó preocupado.

—No es nada… —rio el barón—, un simple resfriado, pero solicitó que Cassandra fuese a ayudarla. —Se encogió de hombros.

James se quedó pensativo.

—Entiendo.

—¿Es su hermana la que vive en West Wycombe?

El barón asintió.

—Estará un par de semanas allí… —luego miró atrás, asegurándose de que su esposa no les prestaba atención y le indicó a James que diesen unos pasos hacia delante para poner más distancia aún con ella. James aceptó y dio unos pasos alejándose, pues parecía que el barón quería confiarle algo—. Cassandra y tú sois muy amigos… —comentó.

—Sí, así es —confirmó James.

El barón se removió intranquilo y miró al duque con timidez.

—Ella… ¿te ha explicado algo?

James lo miró sin comprender.

—¿Algo sobre qué?

—Sobre… sus pretendientes —indicó, resopló y se acercó más a él. James enarcó una ceja al ver su gesto—. Sé que a Cassandra le ocurre algo… —James tragó saliva al creer saber por dónde iba el tema—. Entiendo que no esté a gusto con el pretendiente que tiene, pero…

—¿Qué pretendiente? —preguntó James totalmente perdido sobre aquel tema, Cassandra no le había explicado nada sobre ello.

El barón negó con la cabeza, inmerso en sus pensamientos, sin prestar atención a las preguntas del duque.

—Creo que ha intentado alejarse de todo —susurró confiando en él—. Entiendo que no es lo que prefiera mi hija, pero es lo mejor a lo que puede aspirar teniendo en cuenta que lleva tres años en sociedad y…

—¿De qué está hablando? —preguntó James sin saber cómo abordar aquello.

Edward suspiró y miró a James.

—Sé que escribió en secreto una carta a su tía Victoria y, tres días después, la tía Victoria envió una carta solicitando que ella acudiese a cuidarla porque estaba enferma… —Apretó los labios—. Tú eres su mejor amigo, quizá te hubiese explicado algo que…

—No —respondió James directamente—. No tengo ni idea.

No sabía realmente a lo que se refería el barón con el tema de los pretendientes de Cassandra, pero lo que sí tenía claro era que él era una de las causas por las que Cassandra había abandonado Londres.

El barón asintió lentamente y se giró cuando la baronesa se acercó a ellos.

—Duque —dijo Jacqueline realizando una reverencia hacia él—, me alegro de verle por aquí. Su madre, la duquesa, ¿no se encuentra aquí?

James intentó centrarse en la pregunta de la baronesa, aunque le costaba.

—No, mi madre ha preferido quedarse esta vez en casa —respondió con una leve sonrisa.

—Oh… —respondió Jacqueline—, sería… ¿sería posible que mañana pudiésemos vernos? Me gustaría invitarla a tomar el té. Ella está bien, ¿verdad?

—Sí, está muy bien, estoy seguro de que aceptará la invitación encantada —respondió James.

Aquella respuesta provocó una sonrisa en los labios de la baronesa.

—Estupendo —comentó la baronesa con una sonrisa. Edward se situó ante su esposa y le tendió la mano proponiéndole bailar. Ella le sonrió y tomó su mano—. Si quiere venir a tomar el té con nosotras estaremos encantadas, duque —le ofreció la baronesa.

James le sonrió y asintió.

—Os lo agradezco, lady Lennox, pero tengo asuntos importantes que atender mañana. Espero que disfrute con mi madre —dijo y, acto seguido, se despidió de ellos con un movimiento de cabeza.

Dicho esto, se giró y dio unos pasos al lado hasta situarse al lado de una columna. Mientras se dirigía hacia allí fue consciente de la gran cantidad de miradas que atraía, pero no le dio importancia, en ese momento tenía otras cosas en mente.

Cassandra se había marchado y, obviamente, él era una de las causas por las que había decidido dejar Londres. Suspiró mientras volvía a la pista de baile, justo cuando comenzó la música.

Observó al barón y a la baronesa iniciar el baile, al otro lado de la pista, su amigo Óscar bailaba con lady Miller, con una gran sonrisa en su rostro.

Inspiró hondo. Estaba claro que aquel beso la había alejado de allí, había decidido poner distancia con Londres y con él. Quizá debería haberle escrito una carta, pero creía que eran cosas que debían hablar en persona. Por Dios, estaba enamorado de ella, profundamente, pero Cassandra, en vez de quedarse allí y acudir al baile para intentar aclarar las cosas con él, se había alejado. ¿Qué significaba aquello? ¿Quería verlo? ¿En realidad quería distanciarse de él? Sabía que Cassandra era conocedora de que él no deseaba un matrimonio, sin embargo, ella si lo deseaba, además, deseaba una unión por amor.

Y luego estaba lo que le había dicho el barón… ¿a qué se refería con los pretendientes? Lo que había dicho sobre que su hija se encontraba en su tercera temporada…

Se pasó la mano por la nuca y suspiró.

La cuestión era… ¿qué iba a hacer él? Necesitaba aclarar las cosas con Cassandra en cuanto volviese. Según su padre, serían un par de semanas, quizá así se calmase y lo viese todo desde otra perspectiva, pues el día que la encontró paseando con sus amigas por Hyde Park estaba realmente nerviosa. Lo mejor sería darle aquellos días y, cuando volviese a Londres, hablar con ella seriamente. Tampoco le irían mal a él aquellos días para aclararse y calmarse, y, sobre todo, ordenar sus ideas con respecto a Cassandra.

De repente, estar allí le agobió, con decenas de miradas posadas sobre él por el simple hecho de ser el duque.

Se quedó mirando a unas cuantas señoritas hasta que apartó la mirada de ellas y se alejó. Esperó a que el baile acabase y fue en busca de su amigo.

Óscar acompañaba a lady Miller al lugar donde la había recogido, se despidió de ella con una sonrisa y una reverencia y se dirigió hacia su amigo.

Encontró a James bastante alejado de todos, intentando pasar desapercibido. Le extrañó verlo en actitud pensativa, sin pestañear

apenas.

—Aquí estás —pronunció acercándose, lo que provocó que él despertase de sus pensamientos. James asintió y le sonrió, aunque aquella sonrisa era dubitativa—. ¿Va todo bien? —preguntó Óscar situándose a su lado.

—Sí, todo bien —respondió mirando al frente.

Óscar se fijó en su gesto.

—Hemos pasado años juntos, viajando por el mundo… ¿crees que puedes engañarme? —James chasqueó la lengua y miró a su amigo de reojo—. ¿Seguro que va todo bien?

James inspiró hondo con la mirada perdida y, finalmente, se giró hacia Óscar.

—¿Te apetece ir a tomar una copa al club?

Óscar lo miró y asintió, parecía que su amigo necesitaba salir de allí.

Asintió lentamente.

—Claro —susurró—. Vayamos a por los carruajes —aceptó rápidamente.

Ambos se giraron y, sin decir nada, se dirigieron por el largo pasillo rumbo a la salida donde uno de los mayordomos avisó al cochero del duque.

Dos días allí y ya se notaba más tranquila, le encantaba pasear por las calles de West Wycombe y por las praderas que rodeaban aquel poblado tan pintoresco. Para realizar la mayoría de las compras debían acudir al pueblo más cercano, lo que implicaba casi una hora a pie. Su tía Victoria disponía de un carruaje y de sirvientes que le realizaban la compra cada semana.

Su tía le había ofrecido el carruaje para lo que necesitase, pero ella prefería pasear.

Había caminado hasta High Wycombe para comprar unas pastas que compartir con su tía mientras tomaban el té.

El pueblo de High Wycombe era mucho más grande que donde vivía su tía, con todo tipo de tiendas, desde pastelerías hasta tiendas de ropa.

Se detuvo y miró de un lado a otro intentando ubicarse. Había acudido a ese poblado de pequeña, lo conocía mínimamente, pero no sabía dónde encontrar la pastelería que su tía le había dicho.

Caminó por otra calle justo cuando una gota de lluvia cayó en su frente.

—Fascinante… —susurró situándose bajo el portal de una de las tiendas de ropa—, un día que no traigo paraguas y se pone a llover. Menuda suerte la mía —comentó mosqueada.

Echó la vista adelante y, justo enfrente, encontró la tienda de dulces que había buscado por las calles del pueblo.

Miró hacia el cielo. En el horizonte estaba despejado, pero la nube situada sobre ellos amenazaba con lluvias.

Miró de un lado a otro y cruzó la calle. Entró rápidamente en la tienda y, al momento, el olor a dulce la hizo salivar. Olía extremadamente bien.

En la tienda solo había una pareja que se cruzó con ella para dirigirse a la puerta con una bandeja en la mano, envuelta, donde seguramente transportarían una gran cantidad de pastas.

Miró de un lado a otro. La tienda no era muy grande.

Había varias mesas rectangulares a cada lado, con cestas de mimbres llenas de pastas y galletas.

—Buenas tardes —pronunció la dependienta.

—Buenas tardes —respondió Cassandra dirigiéndose a una de las cestas donde había galletas con una fruta en almíbar en el centro. Le sonrió y siguió mirando. Todo tenía una pinta increíble.

A la tienda fue entrando y saliendo gente que compraba sin cesar. Desde luego, era uno de los negocios más rentables de High Wycombe.

La dependienta preparó varias bandejas más y, finalmente, cuando Cassandra se decidió con lo que iba a comprar, se acercó.

—¿Podría prepararme una bandeja con surtido variado? —preguntó sonriente—. Hay varias que me gustaría probar, todas tienen muy buena pinta.

—Claro —respondió la dependienta con una sonrisa—, ¿qué preparamos?

Cassandra fue señalándole varias cestas de mimbre, con galletas de fruta, de miel, con chocolate, con almendras… durante los siguientes días disfrutarían de un buen surtido de galletas para degustar con el té. Era lo mínimo que podía hacer, pues su tía se negaba a que comprase la comida o la preparase ella.

—¿Tiene carruaje o va caminando? —le preguntó la dependienta.

—Caminando —respondió.

—Le prepararé una bandeja con asas para que pueda transportarla sin problema —pronunció con tono amable.

Cassandra asintió.

—Se lo agradezco —dijo pagando la cuenta.

Cassandra se distrajo mirando el resto de productos que ofrecía aquella tienda. La próxima vez compraría otro tipo de galletas y bizcocho para probarlo. Uno de los niños que había allí pidiendo todo tipo de dulces a su madre la miró y sonrió. El pequeño parecía emocionado de poder comprar allí.

—Aquí la tiene —le ofreció la bandeja la dependienta—. Espero que las disfrute mucho.

—Seguro que sí —dijo cogiéndola. La dependienta le había preparado una bolsa para cogerla por las asas y así no tener que cargar la bandeja por debajo—. Muchas gracias.

Se giró justo cuando se golpeó con un hombre dejando caer la bolsa.

—No —gimió al ver la bolsa en el suelo. Al menos las galletas no se habían salido, pero con el golpe seguro que se habían roto. Se agachó de inmediato y abrió la bolsa para observarlas. Sí, la dependienta se las había colocado estupendamente, pero con la caída se habían revuelto y algunas de ellas estaban rotas, hechas añicos.

—Disculpe, ¿está bien? —escuchó una voz masculina frente a ella, arrodillado para ayudarla.

Cassandra elevó la mirada y, durante unos segundos, se quedó consternada. Un hombre de ojos marrón verdoso con el cabello rubio y un poco largo la miraba preocupado. Tenía una perilla

alrededor de su boca que hacía sus facciones más masculinas. Vestía con un traje de color azul marino y le pareció muy atractivo.

Apartó la mirada de él de inmediato, centrándose de nuevo en las galletas, y asintió.

—¿Seguro? —insistió el hombre.

—Las galletas se han roto —respondió con fastidio.

El hombre se puso en pie y miró a la dependienta.

—Helen, por favor, prepare otra bandeja igual a la que llevaba la señorita… —dijo tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse y dejando la frase sin acabar, obviamente para que le dijese su nombre.

Durante unos segundos dudó en aceptar su mano, pero finalmente asintió.

—Cassandra —contestó ella—. Y no, no hace falta… —continuó rápidamente—, muchas galletas se han salvado. No se preocupe, ha sido culpa mía.

En el momento en que se situó a su lado, de pie, se dio cuenta de que era un hombre sumamente alto.

—No es molestia, insisto —dijo él.

Cassandra miró de reojo a la dependienta que había descubierto que se llamaba Helen, observando que la mujer ya preparaba otra bandeja igual a la que ella llevaba, sin esperar a que ella aceptase. Lo miró de reojo y asintió.

—Gracias —susurró.

El hombre asintió.

—No hay de qué, lamento el choque, iba enfrascado en mis pensamientos y no me he dado cuenta —le sonrió. Cassandra sintió cómo la piel se le erizaba ante aquella sonrisa. El hombre tendió su mano hacia ella—. Soy Grayson Dashwood —se presentó. Ella asintió tomándole la mano—. Encantado de conocerla, señorita Cassandra —pronunció besando su mano. Ella la apartó con un movimiento tímido y le sonrió de soslayo. Grayson se quedó observándola—. No es de aquí, ¿verdad?

Cassandra miró a Helen, la situación le incomodaba un poco.

—No —respondió con una sonrisa—. Soy de Londres.

Grayson asintió y miró a Helen que situaba las galletas de forma ordenada, como había hecho la primera vez.

—¿Y a que se debe que se encuentre aquí? —le dio conversación—. ¿Está de visita?

Ella asintió.

—Sí, he venido a visitar a mi tía —admitió mirando a Helen, aunque luego miró a Grayson y le sonrió con timidez.

—¿Se aloja con su tía?

—Sí —respondió directamente, justo cuando Helen acabó de colocar las galletas y anudó las cintas para que pudiese llevarlas caminando. Cassandra fue hacia ella y le agradeció con una sonrisa. Se giró hacia Grayson que no se había movido de su sitio y realizó una reverencia—. Muchas gracias.

Pasó por su lado y fue hacia la puerta cuando se dio cuenta de lo fuerte que llovía. Suspiró y se mordió el labio. Debería haber sido más previsora.

—¿Ha venido andado? —preguntó Grayson a su espalda.

Ella tragó saliva, mirando el torrente de agua que caía.

—Sí.

—¿Viene de lejos?

Ella suspiró y se giró hacia él.

—De West Wycombe. Disculpe… —dijo acercándose a la dependienta—, ¿tiene un paraguas que pueda prestarme y se lo devuelvo mañana?

—Claro, señorita, no hay problema —respondió la dependienta.

—No hace falta —intervino Grayson—, yo puedo llevarla. Tengo un carruaje para…

—Se lo agradezco —lo interrumpió Cassandra—, pero no hace falta, de verdad —acabó nerviosa.

Grayson miró la tromba de agua que caía y luego enarcó una ceja hacia ella.

—Verá, señorita Cassandra… —luego sonrió—, no es por llevarle la contraria, pero con la tormenta que está cayendo ahora… creo que sí hace falta —le sonrió con confianza.

Ella miró hacia fuera de nuevo, comenzaban a formarse charcos de agua en medio del barro de las calles. Observó a Helen que

buscaba en unos armarios un paraguas, tal y como le había pedido, y miró de nuevo a Grayson. El hombre esperaba con una sonrisa de autosuficiencia. Lo cierto es que pasear hasta la casa de su tía con aquella tormenta era una locura. Inspiró intentando calmarse y asintió finalmente.

—Está bien —respondió al final.

—Bien —comentó Grayson con una sonrisa y se giró hacia Helen —. No hace falta el paraguas. ¿Tiene ya mi pedido?

—Casi, señor Dashwood.

Cassandra se quedó quieta al lado de la puerta, deseando que dejase de llover para volver a casa de su tía caminando y mirando de reojo cómo Grayson pagaba la cuenta.

Grayson fue hacia ella y le señaló con un movimiento de su cabeza que saliesen fuera, al porche. Tal y como le había dicho, había un carruaje esperando, un carruaje mucho más lujoso y espectacular que el de su tía.

El cochero abrió la puerta trasera con un paraguas.

—Llevaremos a la señorita Cassandra a West Wycombe.

—Por supuesto, señor —respondió el cochero.

Entraron al carruaje y poco después este comenzó a moverse por las calles del poblado.

Cassandra apretó los labios y miró por la ventana. Sin duda, iría mucho más rápida y sin mojarse hasta la casa de su tía.

—¿Hasta qué día se quedará aquí? —preguntó Grayson.

Ella lo miró intimidada.

—Un par de semanas —admitió sin concretar el día.

—¿No prefiere disfrutar de la temporada de Londres?

Ella lo miró sin comprender.

—¿Y usted? —preguntó directamente sin responder a su pregunta—. Nunca lo he visto en Londres.

—Oh, bueno, sí que he acudido algunas veces, pero sinceramente… no me gusta mucho el ruido —admitió—. Prefiero disfrutar de la paz y la calma que se respiran aquí.

Ella no pudo menos que sonreír ante aquella respuesta.

—Sí, esta zona es hermosa —susurró mirando por la ventana—. Es todo lo contrario a Londres, naturaleza, tranquilidad, silencio… —

lo miró y asintió—, a mí también me gusta disfrutar de ello, por eso he decidido venir.

Grayson asintió.

—Aunque es mucho mejor cuando no llueve así —sonrió.

—Sí —respondió ella—, y más cuando no llevas el paraguas —acabó bromeando más relajada. Parecía un buen hombre, además tenía algo en su sonrisa que le atraía.

—Bueno, si algún día necesita un carruaje… —dejó la frase sin acabar.

—Se lo agradezco, señor Dashwood, pero mi tía tiene uno. Siempre me lo ofrece, de hecho, antes de salir a pasear me ha dicho que tomase el carruaje, pero no le he hecho caso, prefería salir a caminar… ha sido mi culpa.

—Ya veo, estoy agradecido por su desobediencia, sin duda alguna es un viaje mucho más placentero en compañía… —sonrió—. Sé que ha huido del ajetreo de todo Londres, pero la señora Dawson celebra un baile en dos días, ¿acudirá?

—Oh, recuerdo que mi tía me mencionó algo sobre un baile, creo que tenía intención de acudir —respondió con una sonrisa.

—¿Y usted? —insistió. Ella miró de un lado a otro, nerviosa—. No me malinterprete, es simplemente que es agradable contar con alguien diferente en el poblado, aunque sea durante pocas semanas, y con quien poder hablar. Alguien que valore también el silencio y la paz.

Ella tragó saliva y le sonrió.

—Sí, supongo que podría ir un rato.

—Estupendo —respondió.

El resto del viaje guardaron silencio, mirando por la ventana y disfrutando de aquella paz a la que ambos habían aludido.

El cochero abrió el paraguas frente a la puerta del carruaje y Grayson abrió la puerta para que ella bajase.

—Nos vemos en breve, señorita Cassandra.

Ella asintió con una sonrisa y bajó del carruaje, le hizo una reverencia nada más bajar y le sonrió.

—Ha sido muy amable trayéndome hasta aquí, señor Dashwood. Muchas gracias. Nos vemos en breve —se despidió de él

mientras salía corriendo hacia el porche de la casa de su tía, obligando al cochero del carruaje a correr tras ella alzando el paraguas para que no se mojase.

Nada más entrar por la puerta de casa se sacudió, pese a que el cochero había intentado taparla de la lluvia estaba bastante empapada. Observó a través de la ventana cómo el carruaje se alejaba justo cuando su tía apareció por el pasillo.

—¿Estás bien? —preguntó asomándose a la ventana y observando que un carruaje se alejaba, lo miró fijamente y luego miró extrañada a Cassandra que comenzaba a quitarse el vestido empapado y se soltaba su larga melena rubia—. Iba a enviar el carruaje a buscarte, me tenías preocupada. ¿Ese carruaje te ha traído a casa?

—Sí —le sonrió ella metiendo los dedos entre su cabello rubio empapado y quedándose en enaguas—. El señor Dashwood ha sido muy amable. —Su tía lo miró con los ojos como platos—. ¿Qué ocurre? —preguntó divertida.

—¿Te ha traído el señor Dashwood? —preguntó impresionada. Cassandra se encogió de hombros mientras se dirigía al comedor para buscar una de las mantas y taparse—. ¿No sabes quién es?

—No —respondió mientras tomaba una de las mantas y se envolvía en ella.

—Es el dueño de la mansión señorial West Wycombe Park… —Cassandra la miró sin comprender ni darle importancia—. Es el propietario de medio condado de Buckinghamshire —continuó con la voz más aguda—, con una renta de unas doce mil libras anuales. —En ese momento, Cassandra sí puso su espalda recta al escucharla decir aquello—. ¿Te ha traído él?

—Sí… y… ha sido amable —respondió sorprendida—. De hecho, me ha preguntado si acudiría al baile de la señora Dawson que me habías mencionado —continuó secándose el cabello con la manta.

Su tía se situó ante ella con las manos sobre sus labios, totalmente asombrada.

—No suele ser un hombre de muchas palabras ni amable —comentó—. Debes haberle impresionado.

Cassandra apretó los labios y se encogió de hombros mientras una sonrisa inundaba su rostro.

—¿Tú crees? —preguntó divertida.

—Oh, y tanto que lo creo. Ha tenido que caer prendado a tus pies para que se dignase a traerte a casa… ohhh… Cassandra… —dijo cogiéndole las manos—, sabes que debes acudir al baile de la señora Dawson, ¿verdad? —En ese momento, recordó de nuevo los hermosos ojos azules de James, sus labios, la forma en la que la había besado y sintió que su corazón se aceleraba. Se quedó unos segundo paralizada—. El baile de los Dawson es en tres días. Vamos a ver los vestidos que tienes… —dijo tirando de ella en dirección a la planta alta. —Cassandra despertó de sus pensamientos y subió las escaleras rápidamente con su tía—. Debemos buscar un vestido con el que le dejes más impresionado aún.

Su tía fue hacia el armario y comenzó a pasar las perchas, observando los vestidos.

—No sé, tía… —comentó pensativa, aún con el recuerdo de los labios de James sobre los suyos—. No sé si debería acudir y…

—Déjate de tonterías, Cassandra —la riñó de forma cariñosa—. El destino ha decidido que vengas aquí y que diluvie para que el señor Dashwood te traiga hasta la casa de tu pobre tía. Al menos, date una oportunidad. —Cassandra apartó la mirada de los ojos de su tía—. Viniste aquí intentando olvidarlo todo, buscando una esperanza… —Cassandra inspiró honda—. Disfruta y lo que tenga que ser déjalo en manos del destino.

Aquella frase provocó que ella la mirase. Su tía tenía razón, ¿por qué no disfrutar?

—Está bien —contestó con una sonrisa dirigiéndose al armario que su tía mantenía abierto para decidir el vestido que debería ponerse para el baile.

26

La señora Dawson tenía una preciosa casa ubicada en el centro de High Wycombe. Era una casa que no destacaba por ser amplia, sino por el precioso y gran jardín que poseía, un jardín muy bien cuidado con una fuente en el centro de este de donde brotaba agua, rodeada por un camino de tierra. El resto era una planicie de césped, flores y árboles.

El salón no era muy grande, pero sí lo suficiente como para albergar unas cuantas mesas llenas de bebidas, ponche, varios aperitivos y una pequeña orquesta que amenizaba la velada al lado de la puerta, desde donde se accedía del comedor al jardín.

En el jardín había una carpa donde varias personas bailaban, dado que les llegaba la música de la orquesta.

Su tía Victoria se había reunido con un grupo de amigas, todas más o menos de la misma edad, y les había presentado a su sobrina.

Cassandra estaba bastante nerviosa después de enterarse de quién era en realidad aquel joven apuesto que la había acompañado desde la pastelería a la casa de su tía. Era, sin duda, un joven no solo apuesto, sino uno de los más ricos del condado, y aquello no era poca cosa. Sin duda, podría rivalizar en riqueza con el conde con el que pretendían prometerla, aunque debía tener en cuenta que Grayson era mucho más joven y apuesto que el conde.

Acompañaban a su tía lady Avery, una mujer encantadora y risueña, de pelo castaño y ojos oscuros y lady Lillian, una mujer de ojos muy azules y pelo rubio. Las dos eran muy amables con ella y rápidamente habían comenzado a poner al día a Cassandra sobre todos los cotilleos del momento. Pensaba que aquello era típico de Londres, sin embargo, a medida que pasaba el rato, se daba cuenta de que aquel baile y ambiente bien podrían rivalizar con los de la temporada de Londres.

—No seas ilusa, Lillian —pronunció Victoria, la tía de Cassandra. Su amiga respondió con una boca torcida—, está claro que lady Charlotte el año que viene acudirá a la temporada de Londres, aún no ha cumplido los dieciocho años, los hace el año que viene, y mírala… —dijo señalándola con disimulo—, es una niña preciosa…

—Un poco nariguda, ¿no? —intervino Avery que cada vez que hablaba provocaba que Cassandra sonriese.

—Oh, ¿cómo puedes decir eso? Es una niña preciosa…

—Pero tiene un narizón… —insistió Avery encogiéndose de hombros.

Las cuatro mujeres, incluida Cassandra, miraron fijamente y con detenimiento el perfil de la muchacha.

La tía Victoria chasqueó la lengua.

—Bueno, sí… —acabó aceptando, aunque a regañadientes—, le sobra un poco de nariz, pero creo que todas coincidimos en que es una chica bonita —acabó diciendo lentamente.

—Sí, es muy bonita, sí, pero con menos nariz también se vive —apostilló lady Avery con sorna.

—A ver… vamos al tema que nos importa —intentó reconducir la conversación de nuevo Lillian—, ¿el señor Dashwood acudirá a este baile?

Cassandra estuvo a punto de poner los ojos en blanco, no entendía por qué su tía había tenido que decírselo a sus dos amigas.

—Seguro que sí. Se lo propuso el mismo señor Dashwood a mi sobrina—pronunció con orgullo, elevando el mentón.

Las dos miraron a Cassandra como si esperasen una respuesta por su parte.

—No sabía quién era… —se excusó.

—El señor Dashwood jamás se deja ver por los bailes, nunca —sentenció Lillian y luego la miró de la cabeza a los pies—. Has tenido que llamar, y mucho, su atención.

Cassandra se removió nerviosa ante aquel comentario.

—Bueno, yo creo que está un poco aburrido —bromeó.

Todas enarcaron una ceja al escucharle decir aquello.

—¿Habrá recibido la señora Dawson una respuesta a su invitación por parte del señor Dashwood? ¿O creéis que se

presentará por sorpresa? —preguntó Victoria.

—No creo que haya dicho nada —respondió Avery—, si no la señora Dawson estaría hinchada como un pavo presumiendo de que en breve aparecería por la puerta el señor Dashwood, sin embargo, mírala… —Todas miraron a la anfitriona, la cual paseaba moviendo sus gruesas caderas de un lado a otro y con una copa de bebida en la mano—. Está claro que no lo sabe —sentenció.

—Pero ¿estás segura de que vendrá? —insistió Lillian.

Cassandra se encogió de hombros.

—No lo sé, él me dijo que…

Una voz sonó más fuerte anunciando una nueva llegada.

—Lord Grayson Dashwood —pronunciaron.

Durante unos segundos se hizo el silencio y todas las miradas se posaron en el hombre que entraba por la puerta con un porte elegante. Vestía con un chaleco negro sobre una camisa blanca, los pantalones iban a conjunto con el chaleco y la casaca era de un color rojo borgoña.

Lord Grayson entró en el salón con su pose erguida y sus manos cogidas a la espalda y, directamente, comenzó a mirar de un lado a otro.

Los murmullos comenzaron a hacerse patentes en todo el salón, sin duda por la presencia de lord Grayson a quien nadie esperaba allí.

—Creo que a la señora Dawson le va a dar un ataque —bromeó Avery.

Las cuatro miraron a la señora Dawson, la cual miraba con ojos como platos a lord Grayson que caminaba por la estancia mezclándose con todos los invitados, la mayoría de los cuales no disimulaba lo más mínimo en mirarlo. Sí, estaba claro que lord Grayson no era muy aficionado a los bailes porque todos parecían sorprendidos de verlo allí.

Tomó una copa y fue bebiendo mientras paseaba entre la gente que, poco a poco, parecía retomar sus conversaciones y entretenimientos.

Cassandra se removió nerviosa.

—Ha venido… —susurró para ella misma, sintiendo cómo los latidos de su corazón se aceleraban. Cuando sus miradas coincidieron y lord Grayson sonrió, no pudo menos que apartar la mirada de él, intimidada por su presencia.

—Se acerca, se acerca… —le susurró su tía dándole unos pequeños codazos para llamar su atención.

—Tíaaa… —se quejó ella.

—Viene hacia aquí, que viene… —continuó Avery nerviosa.

—Disimulad, disimulad —pronunció acelerada Lillian.

Lord Grayson se situó ante Cassandra con una sonrisa y soltó la copa de vino en una mesa cercana.

—Lady Cassandra —pronunció el hombre haciendo una reverencia.

Las mujeres se apartaron de inmediato para no molestar. Casandra miró de un lado a otro con una sonrisa de circunstancias.

—Lord Grayson —respondió ella con otra reverencia.

Él le sonrió.

—Creo recordar que me prometió un baile —comentó con una sonrisa de soslayo.

Ella enarcó una ceja y bromeó hacia él.

—No lo recuerdo… —El carraspeo de su tía provocó que resoplase e hizo que lord Grayson riese—, pero se lo concederé encantada —respondió finalmente, tendiéndole su mano.

Ambos se dirigieron hacia el centro del salón mientras escuchaban los cuchicheos y risas de su tía y sus amigas.

Las miradas se centraron en ellos. Cassandra tragó saliva mientras se situaba frente a él a la espera de que comenzase la música.

—No me dijo quién era —pronunció ella dando un paso atrás al compás de la melodía que la orquesta comenzaba a tocar.

Él dio un paso adelante con una sonrisa.

—Es más divertido así, ¿no cree? —ironizó. Ella ladeó su cabeza con gracia—. La gente suele comportarse de otra forma conmigo cuando saben quién soy, sin embargo… usted… —pronunció mirándola intrigado—, es diferente.

Dieron una vuelta cada uno y luego tomaron sus manos para avanzar hacia delante y hacia atrás.

—¿Diferente? ¿En qué? —preguntó sorprendida.

—Aunque sabe quién soy, sigue tratándome con la misma indiferencia —rio—, incluso bromea conmigo. Eso me gusta —puntualizó provocando que ella apartase la mirada con timidez. Tragó saliva e inspiró hondo, intentando manejar la situación y no sonrojarse más de la cuenta—. Me dijo que se quedaría solo unas semanas aquí…

—Una semana y unos días, ya han pasado unos cuantos días desde que estoy aquí —respondió.

—¿Podría invitarla a mi casa? —Ella lo miró asombrada, incluso se quedó quieta en medio de la pista, luego reaccionó y dio una vuelta, aunque retrasada con respecto al resto de bailarinas—. No me confunda, su tía, a quien está usted visitando, también está invitada —continuó con una sonrisa tranquilizadora.

Aquella sonrisa le gustó. Era un hombre encantador y transmitía confianza, de modo que le correspondió con otra sonrisa igual de enigmática, sin responder a su pregunta.

—¿Por qué sonríe así? —preguntó Grayson.

Dieron una vuelta el uno con el otro.

—Me pregunto por qué no acude más a los bailes…

Él enarcó una ceja.

—Se lo han dicho, ¿verdad? —rio él.

—Mi tía me preguntó cuando usted me llevó a casa y me dijo que usted no solía acudir a los bailes.

—Como he dicho, no me gusta tener un trato diferente—dijo en confianza—. Ni ser el centro de atención —acabó diciendo más serio.

Ella asintió e inspiró hondo.

—A mí tampoco me gusta.

—Dudo que lo consiga… —le sonrió él tomando su mano—, ¿cuántas temporadas lleva en Londres?

—Tres —respondió también en confianza.

—Ha debido de tener muchos pretendientes.

Ella negó dudosa.

—No tantos, al igual que usted, no me gusta ser el centro de atención, me gusta pasar desapercibida.

—Ya tenemos algo más en común —confirmó—. Los dos adoramos el silencio, ¿verdad? La tranquilidad…

—Anhelo la tranquilidad —enfatizó ella.

Él rio por la expresión fascinada de ella.

—En este pueblo hay mucha tranquilidad.

—Ya lo he visto, no tiene nada que ver con Londres en temporada —se acercó como si le fuese a revelar un secreto—. Lo prefiero.

Grayson sonrió.

—Entonces… —dijo colocando sus manos a su espalda y dando unos pasos a cada lado—, ¿va a seguir eludiendo mi pregunta? —Ella escenificó un rostro inocente—. ¿Acepta mi propuesta para comer este fin de semana? Seguro que le gustará disfrutar de un paseo por el jardín… ¿le gustan los caballos?

Ella chasqueó la lengua.

—Nunca se me ha dado bien la hípica, aunque son unos animales preciosos.

—Bien, pues… comida tranquila en el porche del jardín y luego un paseo tranquilo, ¿le apetece?

Ambos se quedaron quietos cuando la música finalizó.

Se miraron unos segundos hasta que ella asintió con una sonrisa.

—Me apetece mucho —susurró.

Él le sonrió y le tendió la mano para acompañarla junto a su tía y sus amigas, las cuales miraban emocionadas cómo caminaban hacia ellos.

—Lady Cassandra —dijo él despidiéndose con una reverencia y medio sonrió a la tía de ella—. Espero que me permita poder bailar alguna vez más son su sobrina.

Su tía miró hacia los lados nerviosa, como si no creyese que estaba hablando con ella.

—Cla… claro… digo, por supuesto, señor Dashwood —reaccionó al final Victoria.

Cassandra lo miró con una sonrisa tímida, apretó los labios y asintió antes de que lord Grayson se apartase de ellas.

Todas las mujeres esperaron a que él se alejase lo suficiente para comenzar a murmurar.

—Mira que es atractivo, ¿eh? —puntualizó Avery—. Si yo tuviese unos años menos…

—¿Qué te ha dicho? —preguntó su tía emocionada, aunque intentando disimular.

Cassandra tragó saliva y miró hacia los lados.

—Por favor, evitad sonreír excesivamente o dar saltos… —miró a las tres mujeres—. Nos ha invitado este fin de semana a comer con él en su casa.

—Oh —gritó Lillian y le dio un golpe en la espalda a la tía Victoria—, dicen que su mansión es impresionante. Una de las más hermosas del condado.

—¿Cómo no va a serlo? Puede bañarse en libras… —intervino Avery. Miró a Cassandra con una sonrisa pilla—. Está claro que está interesado en ti, querida.

—Shhh —la apremió su tía mirando de un lado a otro, asegurándose de que nadie las hubiese escuchado—, mejor no decir nada.

—Es que no hay nada que decir —dijo Cassandra sin darle importancia.

Su tía llamó la atención de todas.

—Mañana tomamos el té en mi casa —reaccionó ilusionada—. Hay que urdir un plan.

—¿Un plan? —preguntó Cassandra sorprendida.

Avery se giró hacia ella emocionada.

—No todos los días un lord como Dashwood está interesado en una muchacha… —parecía que hiperventilaba—. Hay que planearlo todo a la perfección.

Aunque sabía que no era correcto, Cassandra no pudo evitar pasarse la mano por su rostro agobiada, con disimulo.

Había huido de Londres precisamente para alejarse de aquellos escándalos amorosos: que sus padres quisiesen comprometerla con el conde, el beso con James, el duque de Norfolk…

Sintió cómo el corazón se le encogía al recordar a James y la forma en que se habían besado.

—No hace falta que traigáis pastas… —continuó Victoria—. Mi sobrina compró el otro día muchísimas.

Cassandra suspiró y se giró queriendo ignorar aquella conversación. Al menos estaría entretenida. En ese momento, se dio cuenta de que lord Grayson la miraba desde la lejanía. Al final su tía y sus amigas tendría razón: había despertado interés en lord Grayson.

Tragó saliva y se distrajo mirando al resto de parejas bailar, a la espera de que lord Grayson se acercase de nuevo para invitarla a otro baile. Ahora no sabía si prefería estar en medio de la pista o allí con su tía y sus amigas.

Al menos, sabía que el resto de días que le quedaban allí iba a estar bien entretenida.

Lillian tomó entre sus manos un vestido color amarillo y se lo mostró a la tía Victoria.

—Este vestido es precioso —indicó.

La tía Victoria hizo un gesto negativo.

—Es demasiado formal, para un baile está bien… pero es para una comida —comentó ella mientras pasaba algunas perchas—. Cariño… —Se giró hacia su sobrina. Cassandra permanecía apoyada en el marco de la puerta, mirando un punto fijo de la pared mientras su tía Victoria y sus amigas observaban el fondo de armario que había traído, intentando decidir cuál era el vestido apropiado para la comida que tendría lugar en dos días en la mansión West Wycombe Park. Cassandra parpadeó y la miró—, ¿tienes guantes a conjunto con el vestido color crema? —dijo mostrándole el vestido a sus dos amigas.

Las dos aplaudieron como si acabasen de tomar la decisión.

A Cassandra le costó reaccionar y, finalmente, negó.

—No, solo he traído unos de color verde —contestó volviendo a concentrarse en sus pensamientos.

—Desde luego, el verde no pega con el color crema… —escuchó que decía Avery.

Hacía ya una semana que se encontraba allí y sí, estaba más relajada, por momentos conseguía olvidar que sus padres estaban planeando un compromiso con el conde, que James, su amigo de la infancia y del que estaba enamorada, la había besado llevándola a lugares tan placenteros de los cuales creía no haber vuelto aún del todo para luego no querer saber nada de ella… y que, ahora, un acaudalado lord se interesaba por ella.

Desde luego, tenía dónde elegir…

Sin embargo, el único que conseguía removerla por dentro de forma desenfrenada era James. ¿Por qué no podía quitárselo de la cabeza? Ni siquiera lord Grayson, pese a su atractivo, su elegancia y su simpatía conseguía opacar lo que sentía cuando pensaba en James.

—Hay que comprarle unos guantes… —escuchó que decía Lillian.

¿Ahora iban a querer ir de compras con ella? No, ni hablar, eran buenas mujeres, simpáticas y divertidas, pero ella había llegado allí buscando paz…

—Tía —reaccionó de inmediato—, si os parece bien voy a ir a comprarlos.

—¿Ahora? —preguntó su tía girándose con el vestido entre sus brazos.

—Sí, claro… —dijo cogiendo su abrigo y el bolso donde llevaba las libras.

—Si quieres podemos ir contigo y… —se ofreció Victoria.

—No… —rio Cassandra—, no hace falta. —Se puso el abrigo y tomó el bolso en su mano—. Iré al pueblo, los compraré y volveré, no te preocupes. Vosotras… —las miró a las tres—, decidid con qué joyas debo acompañar el vestido —les ofreció—, las metí en el cajón de la cómoda —señaló.

Su tía corrió hacia allí y lo abrió. Sacó un saquito y miró las joyas con una sonrisa.

—Coge el carruaje, creo que va a llover… —le pidió su tía.

Cassandra fue hacia la ventana y miró a través de ella, aunque en aquel momento no llovía, no descartaba que en cualquier momento pudiese caer una buena tromba de agua.

—Claro tía, gracias —dijo dirigiéndose a la puerta.

Sin decir nada más, queriendo huir de aquella situación, bajó los escalones a toda prisa y fue hacia la puerta.

—Por favor —dijo a una de las mujeres—, ¿podéis avisar al cochero? Necesito ir a High Wycombe.

—Claro, señorita —respondió una mujer del servicio.

Cassandra se asomó a la puerta y miró hacia el cielo.

—Pues sí que tiene pinta de que vaya a llover —susurró.

Cinco minutos después se encontraba sentada en el carruaje rumbo al poblado.

El trayecto era mucho más corto en carruaje y en poco más de un cuarto de hora se encontraba allí. Aunque era mucho más rápido así, no lo disfrutaba tanto, pues el camino entre los dos pueblos era realmente precioso y le gustaba caminar y pasear por la zona.

—Gracias, ¿puede esperar aquí? —comentó bajando del carruaje—. Aprovecharé para dar un paseo y comprar unos guantes.

—Claro, señorita —aceptó el cochero.

Cassandra giró la esquina y caminó por la calle. Aunque el tiempo no acompañaba y la brisa era húmeda y fresca, le gustaba sentirla en su rostro.

Atravesó la calle y reconoció la de la pastelería, por aquella zona tan concurrida seguro que había alguna tienda de guantes y bufandas.

Durante unos segundos se quedó observando una preciosa iglesia con las puertas abiertas. Durante unos segundos estuvo tentada de entrar, pero se contuvo. En las iglesias siempre había silencio y calma, algo que le había faltado aquellos dos últimos días después del té con su tía y sus dos amigas allí.

Llegó a otra calle y sonrió al ver la tienda que buscaba. Allí encontraría de todo.

Dio unos pasos hacia allí cuando se quedó totalmente petrificada. Los pulmones se le vaciaron de aire y se quedó sin habla. ¿Era aquello posible?

27

James entraba en uno de los carruajes que había al otro lado de la calle.

¿Era él realmente? Cuando James se giró para cerrar la puerta del carruaje, se metió rápidamente en la tienda de guantes con la respiración acelerada.

¿Qué estaba haciendo él allí? Durante unos segundos le asaltó la idea: ¿había ido a buscarla? ¿Cómo iba a hacer eso? Ni siquiera sabía que él estaba allí.

Puede que se hubiese confundido… que no fuese él.

Giró su cuello para mirar el carruaje cuando avanzaba por delante de la tienda, pero no consiguió ver su rostro aquella vez.

Miró hacia delante cuando se dio cuenta de que varias personas la miraban asombradas.

Sí, había entrado en la tienda como alma que lleva el diablo y estaba hiperventilando.

Tragó saliva y dio un paso adelante intentando mantener la compostura.

En ese momento, la gente dejó de prestarle atención y ella avanzó hacia unos estantes para ver unos guantes que se exponían. Se pasó la mano por la nunca, nerviosa. ¿Quizá la mente le había jugado una mala pasada?

—¿Desea algo, señorita? —preguntó un hombre ante ella.

Cassandra lo miró fijamente hasta que reaccionó.

—Sí —contestó intentando aparentar serenidad—, buscaba unos guantes de color crema, por favor.

El hombre asintió.

—¿De piel?

—No, de tela, por favor —respondió girándose hacia la ventana para controlar.

¿Habría sido un espejismo? No lo creía, había visto su perfil claramente.

—De ese color tenemos estos dos tipos —dijo mostrándole los dos tipos de guantes.

Cassandra seguía mirando por la ventana hasta que se volvió hacia los guantes y directamente escogió uno de ellos, sin prestar mucha atención.

—Estos me gustan, gracias —dijo sacando de su bolso unas cuantas libras.

—¿Le pongo una bolsa?

—No, gracias —respondió ella mostrándole el pequeño bolso.

El hombre le cobró y le tendió los guantes.

Cassandra fue hacia la puerta lentamente, en ese momento se dio cuenta de que comenzaba a chispear.

—No… —gimió. Al menos el carruaje estaba cerca, solo a un par de manzanas de allí.

Salió rápidamente de la tienda y se dirigió calle abajo justo cuando frenó en seco.

James estaba plantado a pocos metros de ella, mirándola fijamente. Sí, no había duda, era él.

Se quedó paralizada mientras la lluvia comenzaba a caer sobre sus hombros.

—¿James? —preguntó ella como si viese un espejismo.

James no dijo nada, simplemente dio un paso hacia ella, mirándola con cierto recelo.

—No estaba seguro de que fueses tú… —comentó y luego tragó saliva.

Cassandra se removió nerviosa.

—¿Qué… qué haces aquí?

James se pasó la mano por el cabello, pues comenzaba a humedecerse por la lluvia. Sintió que el corazón se le aceleraba. Era como si no la hubiese visto en años.

—Estoy aquí por unos asuntos comerciales —respondió.

Cassandra lo miró y apartó la mirada de él, luego asintió. Sintió cómo el corazón se le encogía. Jamás nadie la había besado de aquella forma, jamás había sentido algo así y, sin embargo, él parecía no verse afectado por ello, no parecía que la considerase lo suficientemente digna para él. Ni siquiera sabía cómo reaccionar o

comportarse ante él. La había cogido totalmente de improviso. Había ido allí precisamente huyendo de él para calmar su mente y relajarse, sin embargo, el destino era cruel y bromista y se lo ponía en su camino de nuevo para no dejarla relajarse.

Se pasó la mano por el cabello ante la atenta y azulada mirada de James que no dejaba de observarla, pues él parecía igual de nervioso que ella.

Lo miró y le sonrió.

—Me alegro de haberte visto —comentó ella—. Empieza a llover, debo irme —dijo dando un paso para cruzar la calle e ir por la otra acera.

No sabía si sentir dolor de traición o enfadarse con él.

Iba a bajar de la acera cuando James la interrumpió.

—Te marchaste sin avisar… —pronunció.

Cassandra se quedó totalmente estática mientras la lluvia caía sobre ella, ya con más fuerza. Un trueno sonó a lo lejos.

Se giró hacia él. James la esperaba allí de pie, sin decir nada, solo esperando una respuesta por su parte. Aquella pregunta tenía una nota de dolor y preocupación.

Dio un paso hacia él, esta vez con dolor. ¿Eso era lo único que tenía que decirle?

—¿Y qué querías que hiciese, James? —preguntó ella mirándolo enfadada. James apretó los labios—. Creo que ambos sabemos lo que ocurrió entre nosotros y, sin embargo, tú te alejaste de mí…

—No, yo no…

—Desapareciste durante días —pronunció con dolor, interrumpiéndolo—. Vives frente a mí y no dijiste nada, ni una simple palabra.

—Quise hacerlo, pero en el parque huías de mí y en otras circunstancias siempre hay gente —se excusó. Ella se puso erguida. No era una excusa para ella. Se habían escrito durante años mientras él viajaba por el mundo y, ahora, sin embargo, no era capaz de escribirle ni una sola carta para aclarar lo que había ocurrido, sabiendo que por aquella razón simplemente debería tomar matrimonio. Él se había apartado de ella—. Sé que no es excusa, pero intentaba darte tu espacio…

—¿Mi espacio? —preguntó ella sin comprender.

—Parecías nerviosa cuando me acercaba —explicó.

Ella se removió incómoda ante tal afirmación. Finalmente, lo miró.

—Bien, pues dame mi espacio entonces —acabó pronunciando antes de darse media vuelta y seguir caminando bajo la lluvia.

James suspiró mientras se alejaba. Tenía tanto que decirle… sin embargo, allí estaba, paralizado y sin saber cómo afrontar todos aquellos sentimientos que crecían en su interior a medida que pasaban los días.

—Cassandra… —dijo dando unos pasos hacia ella—, ¿y qué hay de lord Stephen Byron Levenson-Gower, tercer conde de Granville?

Ella se detuvo de inmediato y se giró hacia él.

—¿El conde de Granville? —preguntó asombrada.

Sabía a lo que se refería, al supuesto matrimonio que querían forjar sus padres con el conde.

—Sí —respondió él dando unos pasos en su dirección.

—¿Qué pasa con él? —preguntó molesta.

—¿Estás prometida?

Ella pestañeó varias veces.

—¡No! —gritó—. Es solo un capricho de mis padres —se excusó.

—¿Por qué no me lo dijiste? —arremetió él situándose frente a ella—. Tanto tiempo juntos, tantos paseos, quedadas para tomar el té, bailes… —miró sus labios mientras las gotas de lluvia los bañaban—, un beso a escondidas, ¿y jamás me mencionaste la presunta intención de casarte con el conde?

—No es mi intención, es la de mis padres —comentó ella molesta—. Quizá, si no hubieses estado tan preocupado en encontrar esposa, te hubieses fijado en lo que ocurría alrededor tuyo —le espetó, aunque al momento se contuvo y apretó los labios. Sabía que aquella frase era injusta. James había llegado de un largo viaje para reunirse con su madre y encargarse de todo tras la muerte de su querido padre—. Lo siento —se disculpó—. Siento haber dicho eso. —Inspiró hondo intentando calmarse—. ¿Qué quieres que te diga, James? —James ladeó su cabeza y la miró con los músculos en tensión—. ¿Que olvidemos el beso? ¿Que hagamos

como si nada? —lo retó—. Pues tranquilo… —ironizó—, hagamos como si nada. Si lo que te consume por dentro es la culpa, puedes estar tranquilo.

James inspiró hondo y cerró los ojos, negando con la cabeza.

Cassandra volvió a girarse y caminó con paso acelerado, no quería volver a hablar con él. Necesitaba calma y tranquilidad. Estaba claro que aquel beso había confundido a James más incluso que a ella.

James tragó saliva mientras la veía girar la esquina.

Siempre se había considerado un hombre valiente, sin embargo, frente a Cassandra, desde el beso, se sentía nervioso. Sabía que en aquellos momentos él debía enfrentar sus miedos, ser honesto con ella… pero no podía, tenía miedo, miedo al rechazo.

La vio girar la esquina mientras la lluvia caía ya con fuerza y la gente corría buscando un lugar donde refugiarse. A él lo que menos le importaba en aquel momento era quedar empapado.

Necesitaba aclararse, tomar aire y ordenar las ideas antes de volver a encontrarse con ella. Aquella vez no había salido como a él le hubiese gustado. Tenía mucha confianza con Cassandra y sentía que por aquella razón se le hacía aún más difícil afrontar sus sentimientos, pero no iba a rendirse hasta recuperarla de nuevo.

No pensaba perder a Cassy.

Cassandra llegó hasta la calle del carruaje. El cochero se encontraba fuera de este con un paraguas y, en cuanto la vio, corrió hacia ella para protegerla de la lluvia.

—Disculpe, señorita, no sabía dónde se encontraba, si no hubiese ido en su búsqueda.

—No se preocupe —respondió refugiándose bajo el paraguas.

Llegaron al carruaje y ella subió a toda prisa.

El cochero cerró la puerta y poco después se pusieron en marcha.

Cassandra se fijó en cómo temblaban sus manos. No sentía frío, era por los nervios.

No esperaba encontrare a James allí, había sido una sorpresa total y absoluta, no estaba preparada para ello.

Inspiró hondo e intentó calmarse, aunque sintió cómo una lágrima resbalaba por su mejilla mientras el carruaje se alejaba del poblado y tomaba el camino rumbo a casa de su tía.

¿Qué iba a hacer?

En cuanto llegaron a casa de su tía, Cassandra entró rápidamente, nerviosa.

Las dos amigas de su tía se habían marchado y Victoria estaba poniéndose las botas para salir.

—Ah, ya estás aquí —sonrió su tía—. Estaba esperando a que vinieses. Voy a ir al pueblo junto a Lillian y Avery para tomar un té, así salimos un poco. ¿Quieres venir y…? —Se quedó mirándola mientras se quitaba el abrigo y dio unos pasos hacia ella—. ¿Estás bien? —preguntó sorprendida, pues Cassandra tenía los ojos rojos por el llanto.

Cassandra la miró de soslayo y asintió.

—Sí, tía… no te preocupes.

—Cassandra… —susurró acercándose—, ¿qué ocurre?

Cassandra sorbió por la nariz y luego sonrió a su tía intentando infundir tranquilidad.

—No pasa nada, tía, de verdad que estoy bien… creo que me estoy resfriando.

Victoria enarcó una ceja, pues no creía lo que acababa de decirle.

—Cassandra… —repitió ella—, ¿necesitas algo? ¿Quieres que me quede aquí contigo? Al fin y al cabo, solo era un té rápido, puedo tomarlo en otro momento.

—No, no… tía, por favor, ve. Estoy bien… —Tragó saliva y le sonrió—. De verdad que estoy bien, no pasa nada —dijo tomando su mano con cariño—. No te preocupes.

—Sabes que estoy aquí para lo que necesites.

Cassandra asintió.

—Lo sé.

Se acercó y le dio un beso en la mejilla a su tía.

—Diviértete…

—Está bien —dijo su tía dirigiéndose a la puerta—. Por cierto… —se giró hacia ella—, ¿has comprado los guantes?

—Sí, los he comprado —dijo abriendo su bolso y mostrándoselos —. Ya lo tengo todo.

—Estupendo —canturreó su tía—. No tardaré mucho.

Cassandra asintió mientras su tía se dirigía a la puerta.

En cuanto salió por la puerta, Cassandra cerró los ojos e intentó controlar las lágrimas.

Se acercó a la ventana y observó cómo el carruaje se alejaba de nuevo camino al pueblo. Se abrazó a sí misma y, en ese momento, rompió a llorar. Sentía impotencia.

Aquel pueblo había sido su lugar de descanso, de retiro, pero ahora, sabiendo que James estaba allí, se sentía nerviosa. ¿Iba a volver a huir de allí?

Si volvía a Londres sus padres insistirían con el matrimonio, por otro lado, si se quedaba aquí se cruzaría de nuevo con James y, sinceramente, no sabía qué era peor. Sentía tanto dolor al ver a James… tanto.

Se limpió las lágrimas y se giró cuando escuchó unos pasos acercarse. Una de las mujeres del servicio de su tía se acercaba con una taza en su mano.

—Para usted, señorita —le ofreció—, la ayudará a entrar en calor.

Cassandra le sonrió con ternura y asintió mientras tomaba la taza.

—Gracias —pronunció mientras se iba a la salita.

Cerró la puerta para tener un poco más de intimidad y dio un sorbo a la infusión. La depositó sobre la mesa y se acercó a la estantería para tomar uno de los libros. Se sentó en el sofá y se decidió a leer un rato para intentar despejar la mente.

James se quedó observando la casa de la tía de Cassandra, Victoria.

Hacía un rato que la había visto salir de su hogar en el carruaje, suponía que Cassandra debía de estar en casa.

Recordaba que, de pequeño, una vez había pasado por allí y había conocido a la tía Victoria, la hermana de la madre de Cassandra, Jacqueline. Se había portado de una forma amable y cariñosa con ellos. Solo se habían quedado a comer allí y luego

habían seguido su camino hacia High Wycombe, conocido por su fabricación de muebles, sobre todo de sillas, y que despuntaba ya sobre el resto de localidades. Estaba seguro de que en un futuro cercano aquel pequeño pueblo sería conocido por sus trabajadores, con una habilidad impresionante en la fabricación de preciosas piezas para comedores, habitaciones e incluso aseos.

Se había mantenido en el carruaje hasta hacía pocos minutos, cuando había dejado de llover. El carruaje se encontraba situado al final de la calle, no había querido detenerse enfrente.

Dio unos pasos hacia delante, acercándose a la casa, pero se detuvo de nuevo.

¿Qué decir? Ni siquiera él tenía claro lo que quería, solo sabía que no había sentido nada igual por ninguna otra mujer y que necesitaba tener cerca a Cassandra cada minuto del día.

El verdadero problema es que ella parecía enfadada con él, y no la culpaba. La había besado y después había huido. Ningún caballero en su sano juicio hubiese hecho eso, pero los sentimientos lo habían abrumado de tal forma que no había podido controlarlos. Sabía lo que debía hacer, lo tenía claro, pero ¿Cassandra lo tenía igual de claro que él?

Dio unos pasos hacia delante conteniendo la respiración y se volvió a detener. Se giró para observar el carruaje parado a unos metros de unos árboles por detrás.

Resopló y miró la pequeña casita. Estaba claro que Cassandra había huido de él, no de la situación con el conde, aunque le dolía bastante que no le hubiese mencionado que su familia planeaba comprometerla con el conde… ¿ella estaba feliz por aquella unión y no le había dicho nada por eso?

Aquella era la verdadera razón que le frenaba a dar aquel paso. No quería equivocarse, pues no sabía si su corazón lo soportaría. Igualmente, no podía quedarse con aquella duda, debía ser valiente y tomar las riendas de la situación.

Fue hasta la casa y se situó frente a la puerta, quitándose el sombrero. Tragó saliva y miró por la ventana cercana, no parecía haber nadie en la casa.

Llamó a la puerta y dio un paso atrás. No sabía cómo reaccionaría ella al verlo allí, su reacción no había sido muy buena al encontrárselo en el poblado, y además habían discutido. Sabía que Cassandra era una mujer de carácter y para suerte o desgracia de él, tenían demasiada confianza como para ocultar lo que pensara. Solo esperaba poder aclarar las cosas y aplacar su enfado, del cual no la culpaba. Tenía toda la razón del mundo.

Una mujer abrió la puerta sorprendiendo a James, pues esperaba que fuese ella quien abriese la puerta.

La mujer lo miró de la cabeza a los pies y le sonrió.

—Disculpe, señora, buenas tardes. Vengo a ver a la señorita Cassandra Lennox.

Cassandra abrió una puerta al final del pasillo y sus ojos se encontraron con los de él unos segundos. Su mirada era totalmente sorprendida, sin creer que pudiese estar él ahí. Finalmente, tomó aire y se recompuso de la primera impresión.

—Gracias, Georgina… —dijo Cassandra acercándose por el pasillo—. Ya me ocupo yo.

—Pero señorita…

—No te preocupes —le sonrió de una forma tranquilizadora.

La mujer pareció dudar unos segundos y, finalmente, asintió tomando rumbo a la cocina.

Cuando entró, Cassandra enarcó una ceja en su dirección.

—¿Vas a seguirme por todo Londres? —ironizó.

James tragó saliva y la miró fijamente.

—Antes te he mentido… —pronunció lentamente, provocando que ella lo mirase confundida—. No estoy aquí por temas laborales o de negocios, vine únicamente a West Wycombe con la intención de verte a ti —admitió dejando totalmente consternada a Cassandra—. Mi última semana en Londres ha sido horrible. Pensaba que podría superarla teniéndote lejos de nuevo, pero no puedo —confesó—. Tu padre me dijo que te encontrabas aquí cuidando de tu tía, la cual estaba enferma, aunque, por lo que he visto, parece que se encuentra bien de salud… me alegro de ello, pero me hace pensar en por qué te marchaste de Londres.

Cassandra apartó la mirada de él.

—Creo que ya te he respondido a eso antes —susurró.

James asintió y miró hacia dentro de la vivienda.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Ella tragó saliva y miró hacia atrás.

—No creo que sea apropiado, no está mi tía —susurró con timidez.

James asintió y apretó los labios.

—Está bien. —Suspiró y se removió nervioso—. ¿Crees que podríamos ir a un sitio más íntimo? —Ella lo miró intrigada—. Quiero hablar contigo sobre…

—¡Querida! —exclamó una voz femenina destre atrás. Un carruaje se acercaba. James se giró para observar a la tía de Cassandra saludándola con la mano para hacerse notar, obviamente —. ¡Ya he vuelto!

James se giró hacia Cassandra con la mirada desesperada, dándole a entender que necesitaba hablar seriamente con ella. Ella tragó saliva y miró a su tía justo cuando el carruaje se detenía. El cochero bajó y rápidamente abrió la puerta a Victoria.

—Tía Victoria… —comentó ella con una sonrisa.

James dio un paso atrás, comprendiendo que en ese momento había finalizado toda esperanza que tenía de poder mantener una seria conversación con ella.

La miró y ella le devolvió una mirada con curiosidad.

Lo que tenía planeado decirle no lo podía hacer delante de su tía, se sentía intimidado por ello.

Hizo una reverencia hacia Cassandra.

—Volveré a Londres, espero verte allí… —comentó y se giró directamente—. Señora —se despidió también de Victoria, la cual lo miró con curiosidad.

James se puso el sombrero y aceleró el paso hacia el carruaje que lo esperaba al final de la calle, dejando a una Cassandra y Victoria confundidas. No esperaba que fuese a marcharse nada más llegar su tía, al fin y al cabo, con la presencia de su tía allí sí podía invitarle a pasar a su hogar.

Victoria se acercó a su sobrina.

—¿Quién es? —preguntó.

Cassandra mantenía la mirada clavada en la espalda de James.

—Un amigo —respondió.

—¿Un amigo? —la miró extrañada—. No es de aquí, lo habría visto.

—No, es de Londres —respondió ella.

Su tía la observó un segundo y luego miró hacia el cielo. Directamente entró en la vivienda.

—Parece que va a llover otra vez.

Cassandra se quedó bajo el porche esperando a que el carruaje donde acababa de subir James desapareciese. Sintió cómo todo el vello de su cuerpo se erizaba. Intentaba ser inmune a su presencia, pero no podía… James tenía su corazón y su alma a su merced. Ahora, después de su última y breve conversación, albergaba una ligera esperanza de que, quizá, sí pudiese amarla, ¿por qué si no iba a confesarle que había ido a buscarla?

Sintió cómo los ojos se le humedecían… e inspiró para intentar controlarse.

Cerró la puerta y miró hacia las escaleras que subían a la planta superior.

Le había pedido hablar en la intimidad, ¿para qué? ¿Quería aclarar realmente lo del beso? ¿Para bien o para mal? Algo le decía que para bien…

En su mente repitió aquellas palabras que la habían dejado totalmente consternada:

"No estoy aquí por temas laborales o de negocios, vine únicamente a West Wycombe con la intención de verte a ti. Mi última semana en Londres ha sido horrible. Pensaba que podría superarla teniéndote lejos de nuevo, pero no puedo.".

Aquellas palabras implicaban muchos sentimientos.

Se quedó pensativa unos segundos y, finalmente, fue hacia la cocina donde se encontraba su tía.

—Tía… —pronunció llamando su atención. Victoria se giró—, mañana me marcharé.

Su tía la miró sorprendida.

—¿Mañana? ¿No ibas a quedarte aquí hasta finales de semana?

—Tengo que…

—Habíamos quedado con lord Grayson —le recordó.

Ella asintió, pues había olvidado aquello.

—Le escribiré una carta para disculparme… pero debo marcharme.

Su tía la miró intrigada y fue hacia ella. Se situó frente a ella y la miró de una forma intensa, como si quisiese leer su mente.

—Esta repentina marcha… ¿tiene que ver con el joven que acaba de visitarte?

Ella se removió nerviosa y tomó de su mano a su tía, llevándola hacia el pasillo para que la mujer del servicio que se encontraba allí no escuchase la conversación.

—¿Qué ocurre? —preguntó su tía intrigada.

—Él es lord James Robert Howard, onceavo duque de Norfolk…

—¿Lord James Robert? —sonrió Victoria—. Recuerdo que de pequeño estuvo aquí con sus padres… ¿ya es duque?

—Su padre falleció hace poco —explicó.

—Oh, vaya… —respondió apenada.

Cassandra suspiró y chasqueó la lengua.

—Él… él fue el joven que me besó —reconoció.

Su tía la miró con ojos como platos.

—¿El duque?

—Sí.

—¿Él te besó? —repitió sin dar crédito.

—Somos muy amigos desde niños… y había venido a hablar conmigo, decía que quería hablar sobre lo ocurrido y…

Su tía la tomó de la mano y de inmediato subió con ella las escaleras en dirección a la habitación.

Entró y fue al armario, tomó varios de sus vestidos y los depositó sobre la cama.

—¿Qué haces, tía? —rio Cassandra.

—Tienes que volver a Londres. Por Dios… ¡un duque! —gritó su tía.

Cassandra suspiró y negó con la cabeza, luego se acercó.

—No es lo que piensas, tía.

—Eres demasiado inocente, Cassandra… —dijo situando la maleta en el suelo, la abrió y comenzó a doblar su ropa para meterla

en la maleta—. El duque de Norfolk, tu amigo, te besó… —la señaló con la mano, a lo que Cassandra asintió—, y ahora se presenta aquí buscándote y queriendo hablar…

—Sí, ya, pero…

—Cassandra, por el amor de Dios… el duque ha dicho que se marchaba a Londres. Tienes que volver y hablar con él. Haz caso a tu tía —la señaló con el dedo—. Está claro que está interesado en ti. —Cassandra se mordió el labio sin decir nada, internándose en sus pensamientos hasta que su tía llamó su atención—. Cassandra, vamos… —dijo señalando el tocador—, vacía tus cajones. Saldrás mañana mismo, yo misma te dejaré mi carruaje, por la tarde ya lo tendré de vuelta. —Se fijó en que Cassandra parecía preocupada mientras se acercaba al tocador—. ¿Qué ocurre?

—Si estuviese interesado en mí, ¿no crees que habría actuado antes?

—Está claro que no conoces a los hombres lo suficiente. Para ellos tampoco es fácil una declaración de amor… —apuntó divertida y fue hacia ella—. Confía en mí. No hagas como yo, no pierdas tu oportunidad. Tú… ¿le quieres?

Cassandra tragó saliva y en ese momento se rompió sin contener las lágrimas.

—Muchísimo —balbuceó.

—Pues vuelve a Londres. —Señaló el armario con su ropa—. Prepáralo todo y escribe una carta disculpándote ante lord Grayson, yo misma la enviaré mañana, pero debes volver… no pierdas la oportunidad.

Durante unos segundos dudó, pero finalmente asintió y comenzó a hacer la maleta. Quizá ya era el momento de dejar de esconderse de todo y afrontar su destino, fuese el que fuese.

28

Johanna comenzó a abrochar los botones en la espalda del vestido que se había puesto Cassandra.

Había llegado el día anterior a mediodía. El viaje había sido mucho más tranquilo que a la ida. Había preparado una carta para lord Grayson donde se disculpaba por no acudir a la comida del día siguiente y explicando que esperaba verlo muy pronto, pero que debía partir a Londres.

Se sentía mal por él, había sido un hombre agradable y caballeroso, sin embargo, en su mente solo estaba James.

Sus padres se habían sorprendido al verla allí antes de lo previsto, pero la habían recibido de buen grado. Al menos, sus padres no habían dicho nada sobre el conde, no hasta ese momento.

El baile de la familia Baskerville era aquella noche, por lo que se estaba preparando a conciencia, debía intentar calmar los ánimos de sus padres respecto al conde.

Su madre se encontraba bajo el marco de la puerta.

—Me gusta ese vestido —comentó su madre mientras se acercaba por la espalda.

Johanna acabó de abrocharle los botones y le pidió a Cassandra que se sentase frente al tocador para recogerle el pelo.

—Sí, es un vestido precioso —le dio la razón su hija.

—¿Qué vas a hacerle? —preguntó su madre emocionada a Johanna.

—Creo que le quedaría precioso un peinado alto con algunas trenzas.

Jacqueline asintió.

—Opino igual.

—Como el vestido es casi blanco podemos ponerle algunas perlas por el cabello —explicó buscándolas en el cajón.

—Sí, quedará precioso —aplaudió la idea su madre. Se quedó de pie al lado del tocador mientras Johanna comenzaba a manipular

su cabello para hacerle el recogido. Miró a su hija con una sonrisa—. ¿Tienes ganas de volver a algún baile?

Cassandra se encogió de hombros.

—No he estado tantos días fuera como para echarlos de menos, mamá —rio—. Pero sí, me apetece ir al baile —le dio la razón.

—Me alegro mucho. Esto… —comentó intrigada—, ¿tiene que ver con algún caballero?

—No, mamá —exclamó—. Es solo que he estado unos diez días fuera de Londres y ahora me apetece aprovechar lo que queda de temporada —acabó diciendo.

Su madre asintió y dio unos golpecitos en su hombro, como si aquella disposición de su hija para ir al baile y socializar le agradase. Esperaba que aquello bastase para disuadir a sus padres de la idea de prometerla con el conde.

Necesitaba tener su momento con James, aclarar realmente lo que sentían. No quería hacerse ilusiones, pero el hecho de que James hubiese viajado a West Wycombe solo para verla a ella, tal y como había admitido, le daba una ligera esperanza. Sabía que no debía hacerse ilusiones, pues conocía perfectamente cuáles eran los pensamientos de James respecto al matrimonio, pero no podía evitarlo.

—Ese recogido será perfecto, creo que va a llover —dijo su madre feliz mientras se dirigía de nuevo hacia la puerta para dejarlas a solas y que Cassandra acabase de arreglarse.

Una hora después iban todos en el carruaje directos a la fiesta organizada por la familia Baskerville en su preciosa mansión ubicada un poco a las afueras de Londres.

No había visto a James aún, pero confiaba en poder coincidir en el baile con él. Suponía que ya debía de estar allí en Londres.

Su madre había tenido razón y, cuando llegaron a la mansión, un grupo de mayordomos iban recibiendo a todos los invitados con paraguas, ayudándolos a bajar de los carruajes y acompañándolos hasta el porche bajo el paraguas para que no se mojasen.

Nada más llegar y ser anunciados, Cassandra coincidió con sus amigas Adelaide y Christina, a las que se unió rápidamente.

Adelaide la abrazó directamente.

—¿Dónde estabas? Nos dijo tu padre que habías ido a cuidar de tu tía…

—En West Wycombe —continuó Christina.

—Sí —dijo soltándose de los brazos de Adelaide—. He estado unos días allí. Mi tía estaba enferma y la he estado ayudando.

—Pensaba que me escribirías —continuó Adelaide—. No sabía cuántos días tardarías en volver.

—Mi tía ha mejorado antes de lo que esperaba —contestó Cassandra con una sonrisa.

—Me alegro mucho —continuó Christina cogiéndose a su brazo —. Tenemos que ponerte al día de muchas cosas.

Cassandra rio.

—No serán tantas… tampoco he estado tantos días fuera —rio Cassandra mientras las tres se alejaban de sus padres.

—Lady Elizabeth… —continuó Adelaide. Cassandra la miró intrigada, pues sabía del interés que tenía en el duque—, está intentando acercarse a lord George Baker.

Recordaba a aquel hombre que la había pretendido anteriormente.

—¿Y qué tal le va?

Christina negó.

—No lo consigue. Parece que lord Baker no está interesado en ella…

—El duque también desapareció unos días —comentó Adelaide —. Parece que tuvo que marchar por negocios, así que tu gran amiga… —ironizó—, Elizabeth, se apegó a lord Baker —rio—. Me parece que esta tampoco es la temporada de lady Elizabeth —bromeó ella—. Aunque no es de extrañar… después de lo que hizo en la anterior temporada.

Cassandra rio mientras se acercaban a la puerta para salir al jardín, aunque las tres se detuvieron.

—Vaya, cómo llueve —se quejó Christina.

—Sigamos caminando por el salón —propuso Adelaide.

—¿Qué más me contáis? —preguntó Cassandra cogiendo a sus dos amigas por los brazos.

—Mira… —dijo Adelaide deteniéndose de nuevo—, ¿conoces a lady Regina? —preguntó.

Cassandra negó.

—No he tenido el gusto de que me la presenten.

Adelaide señaló con un movimiento de cabeza disimulado hacia delante, hacia una joven de cabello castaño recogido a la nuca y un vestido color amarillo claro.

—Es su primera temporada —explicó Adelaide en un susurro solo para que sus dos amigas la escuchasen—, y dicen que tiene toda la atención del marqués de Somerset.

Christina señaló con la cabeza al marqués, al cual reconoció de inmediato. Era un hombre bastante más mayor que lady Regina, con el cabello largo recogido en una cola dejando unos mechones castaños a cada lado, bastante delgado, pero musculoso. Era un hombre atractivo, aunque ella jamás aceptaría casarse con un hombre de aquella edad.

Una voz anunciando al próximo invitado llamó la atención de Cassandra.

—Lord Grayson Dashwood de West Wycombe.

¿Grayson Dashwood?

Cassandra se giró de inmediato y dio un paso atrás impresionada. Allí estaba él, vestido con sus mejores galas y entrando con paso decidido a la estancia.

Varias personas cuchichearon entre ellas sin saber realmente de quién se trataba.

—¿West Wycombe? —preguntó Adelaide—. ¿No es donde has estado?

Cassandra tomó de los brazos a sus dos amigas y las hizo girar para darle la espalda al recién llegado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Christina.

—Lo conozco —susurró.

—¿Lo conoces? —preguntó Adelaide—. ¿Quién es?

—Es el dueño de la mansión señorial West Wycombe Park y el propietario de medio condado de Buckinghamshire —continuó en susurros—, dicen que tiene una renta de unas doce mil libras anuales.

Las dos mujeres abrieron los ojos como platos.

—¿Doce mil lib…? —comentó en un tono más agudo Adelaide, aunque rápidamente se contuvo.

—Shhh —la apremió Cassandra—. Lo conocí en mi viaje a West Wycombe —explicó—. De hecho… —tragó saliva nerviosa—, nos invitó a comer a su mansión…

—¿Está interesado en ti? —preguntó Christina sorprendida.

—Le envié una carta disculpándome por no acudir a la comida, pues debía volver a Londres.

Adelaide miraba del recién llegado a Cassandra.

—Pues no lo había visto nunca por aquí… —susurró—, ¿quieres decir que ha venido a buscarte? —preguntó emocionada.

Cassandra, al ver la sonrisa de su amiga, intentó calmar su felicidad.

—No… no sé qué hace aquí…

—Ya, claro, y yo soy tonta —ironizó Adelaide antes de tomar a Cassandra por los hombros y hacerla girar.

Cassandra no esperaba aquel movimiento por parte de su amiga, pero nada más girar se encontró con la mirada de lord Grayson, el cual sonrió de inmediato.

Su gesto le hizo ser consciente de que la suposición que había hecho su amiga sobre que el lord había acudido allí en su búsqueda era cierta.

Lord Grayson caminó directamente en su dirección, atrayendo las miradas de todas las personas que se encontraba por el camino. Estaba claro que, por su apariencia y elegancia al caminar, era alguien importante, aunque pocos de los que se encontraban allí supiesen de quién se trataba.

Cassandra se removió nerviosa justo cuando coincidió la mirada con sus padres que la observaban, sin ninguna duda habían trazado en su mente el lugar hacia donde se dirigía aquel misterioso hombre.

—Lord Grayson —pronunció Cassandra con la respiración acelerada por la impresión de verlo allí—, ¿qué hace aquí? —preguntó sin dar crédito.

Lord Grayson le sonrió e hizo un gesto tímido.

—Creo que es obvio, he venido a verla —contestó con toda la sinceridad del mundo, provocando que ella se sonrojase. Cassandra tragó saliva y miró de reojo hacia los lados—. Se marchó sin darme muchas explicaciones. Creía que habíamos conectado, que podíamos ser amigos…

Aquella respuesta la dejó sin palabras.

—Sí, por supuesto, lord Grayson, en ningún momento pretendí que se sintiese mal. Es solo que debía volver a Londres…

—Pero no acudió a la comida —continuó con una sonrisa—. Me preocupé, pensé que le podía ocurrir algo grave. —La miró de la cabeza a los pies y le sonrió con ternura—. Pero me alegra comprobar que no es así.

Ella le sonrió también y asintió.

—No, no es así —dijo lentamente—, es solo que había asuntos que debía zanjar aquí en Londres.

Lord Grayson asintió y luego miró también hacia los lados, varias personas paseaban a su alrededor intentando averiguar de quién se trataba. Tanto lord Grayson como ella fueron conscientes de ellos. Él dio un paso acercándose a ella.

—Creo que todos tienen curiosidad por mi presencia aquí. —Ella asintió disimuladamente—. Es lo que ocurre cuando no se es aficionado a los bailes…

—Estoy segura de que en breve alguien podrá reconocerlo y correrá la voz —bromeó Cassandra.

—¿Quién será el apuesto caballero que habla con la hermosa dama? —preguntó irónicamente, aunque ella apartó la mirada de él al captar la indirecta. Luego le tendió la mano—. ¿Acepta un baile? —le propuso—. Le advierto que no soy aficionado a ello, pero intentaré hacerlo lo mejor posible.

Ella le sonrió divertida y asintió.

—Por supuesto. —Depositó su mano sobre la de él y fueron hacia el centro de la pista esperando a que la orquesta comenzase la siguiente melodía.

En ese momento, Cassandra se topó con aquellos enormes ojos azules de James, al otro lado de la pista. No se había percatado de

que se encontraba allí hasta ese momento. James también poseía aquella mirada sorprendida y cálida por verla allí.

Sintió cómo su corazón se aceleraba justo cuando Grayson captó su interés de nuevo.

—Va a tener que tener paciencia conmigo en el baile —sonrió.

Ella despertó de su aturdimiento y giró su cuello hacia él. Durante unos segundos le costó ubicarse, pero finalmente asintió.

—Estoy segura de que baila mucho mejor de lo que quiere hacer creer.

Dichas estas palabras, lord Grayson dio un paso hacia delante provocando que ella lo diese para atrás, antes de girar ambos al unísono.

—Por suerte para usted, este baile lo conozco…

—¿No debo temer entonces por mis pies? —bromeó Cassandra.

Él rio.

—No, de momento no. Puede estar tranquila.

Cassandra asintió y antes de dar una vuelta sobre sí misma buscó con la mirada a James, sin encontrarlo en el mismo lugar donde se encontraba antes. ¿Dónde se había metido?

Se giró hacia Grayson y le sonrió.

—¿Dónde se está alojando? —le preguntó ella.

—Por suerte, tengo una tía lejana que reside en Londres durante la temporada, en el barrio de Myfair.

—Es un barrio precioso —respondió Cassandra—. Había estado antes, ¿verdad?

Grayson situó una mano en su cintura y comenzaron a moverse por la pista.

—Hace unos cinco años —respondió—. Esa fue la última vez que aparecí por esta magnífica ciudad.

Ella lo miró sorprendida.

—No me extraña que la gente no lo reconozca, es un completo desconocido.

—Ya le dije que no me gustaba mucho la gente, que disfrutaba de la calma.

Ella asintió recordándolo.

—Sí —suspiró—, West Wycombe es totalmente diferente… —Se acercó levemente a él para susurrarle—, mucho más tranquilo y relajante.

—Y sin que la gente te mire de arriba abajo —volvió a bromear mientras escudriñaba a una mujer que lo miraba fijamente.

Aquel comentario provocó una risa en Cassandra.

—Es normal —rio ella.

Él asintió mientras la hacía girar de nuevo. La soltó y ambos rodaron sobre sus pies de nuevo antes de tomarse de la mano y dar unos pasos hacia un lado y hacia el otro.

—¿Cuántos días planea quedarse?

Él negó con la cabeza.

—No lo sé. Mi tía me ha informado que queda poco para que la temporada acabe, así que, bueno, quizá me tome unas semanas de descanso de mis obligaciones en el condado y las disfrute en la ciudad —aclaró.

—Seguro que las disfrutará, hay muchas cosas que hacer en Londres, puede pasear por Hyde Park, por la ciudad, tomar el té en grandes salones, ir de compras por… —Se quedó callada cuando se encontró de nuevo con los ojos de James que la observaban desde otra punta del salón mientras mantenía una conversación con unos amigos.

—Me gustaría ir a visitarla… si usted me lo permite. —Sintió cómo la respiración se le aceleraba cuando aquellos ojos azul claro se topaban con los suyos. James tenía unos ojos extremadamente celestes—, ¿le parece bien? —insistió al no obtener respuesta. Cassandra reaccionó en ese momento y lo miró sorprendida—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí… disculpe, me he distraído un momento, me ha parecido ver a una persona que hacía tiempo que no veía —comentó tímidamente.

Ambos se detuvieron cuando la melodía acabó y todos comenzaron a aplaudir.

—Le decía si le importaría que la visitase —repitió lord Grayson.

Ella se puso totalmente tirante y lo miró fijamente. Durante unos segundos se quedó sin saber qué decir.

—Sí, claro… me encantaría —aceptó con timidez.

Lo cierto es que lord Grayson le caía bien, era un hombre agradable y educado, además tenía muchas cosas en común con él, si bien no hacía que su corazón latiese a la misma velocidad que lo hacía cuando veía a James.

—Me gustaría pasear por Hyde Park, que me lo mostrase —le pidió tendiéndole su mano para que ella la tomase y acompañarla al mismo lugar donde estaban sus amigas.

Ella le sonrió mientras iniciaban el camino, aunque apretó los labios al ver al conde hablar con sus padres. Inspiró armándose de paciencia y siguió caminando hacia Christina y Adelaide.

Miró de reojo de nuevo hacia sus padres, pues no le gustaba nada que el conde estuviese hablando con ellos de una forma tan sonriente. Su padre parecía estar de muy buen humor. Por el rabillo del ojo pudo apreciar cómo James caminaba lentamente entre todas las personas, dirigiéndose hacia donde se encontraba.

¿Por qué pasaban tantas cosas a la vez? No podía estar pendiente de todas.

Lord Grayson realizó una reverencia que fue correspondida por Cassandra y se alejó lentamente.

Cassandra miró a un lado y vio cómo James se acercaba sorteando a varios de los invitados con la mirada clavada en ella, estaba claro que venía a hablar. Giró su cuello hacia el otro lado cuando observó que su padre asentía ante el conde y giraba su cuello hacia ella, comenzando a caminar directamente en su dirección. ¿Los dos venían hacia allí?

Cassandra carraspeó y se removió nerviosa. Por Dios, se le iba a salir el corazón del pecho. Miró hacia delante y comprobó que a unos metros lord Grayson tomaba una copa y se giraba hacia ella con una sonrisa. ¿Qué estaba pasando allí?

—Cassandra, ¿estás bien? —le preguntó Christina al ver que ella se removía nerviosa.

—Sí, ¿estás bien? —preguntó Adelaide también preocupada.

—Lady Cassandra —pronunció el conde a su lado.

Cassandra se giró hacia él y suspiró, en ese momento vio de reojo cómo James detenía más el paso y se quedaba a unos metros.

—Conde. —Le hizo una reverencia nerviosa.

—¿Me concede el siguiente baile?

El conde esperaba una respuesta, con una posición un poco altanera y la espalda recta. Miró al lateral, observando cómo James se había detenido a pocos metros de ella y los observaba.

Luego observó en dirección a sus padres que parecían esperar una respuesta por parte de ella, ya que la observaban fijamente.

—Por supuesto. —Se obligó a contestar.

Mientras tendía su mano sobre la de él, miró a James, el cual chasqueaba la lengua y se situaba en una posición cercana, sin duda con la intención de sacarla a bailar posteriormente. En ese momento vio cómo lady Elizabeth miraba a James con recelo, estaba claro que parecía haber perdido el interés por el duque, lo cual llamó bastante su atención, parecía que sus dos amigas tenían razón en lo que le habían explicado.

—Está preciosa, lady Cassandra —dijo el conde conduciéndola hacia la pista de baile.

Cassandra se situó ante él y sonrió con timidez. Su mirada voló de nuevo hacia James que no perdía ojo de cada uno de sus movimientos y, más atrás, se encontraba lord Grayson, el cual también mantenía la mirada fija en ella.

Sintió cómo comenzaba a faltarle el aire.

—Muchas gracias —respondió con timidez realizando una reverencia para comenzar el baile.

Comenzaron a moverse, aunque ella no le prestaba mucha atención, más bien estaba desesperada por acabar con aquel baile que acababa de iniciarse y poder hablar con James.

—Me alegro de que haya vuelto a Londres, me preocupé bastante cuando se marchó así sin avisar.

Ella lo miró y le sonrió quitándole importancia.

—Mi tía enfermó y me pidió que fuese a cuidar de ella. No podía negarme —contestó antes de buscar con la mirada a James, aunque de paso siempre se topaba con la de lord Grayson.

—Sí, eso me explicó su padre —dijo antes de girar con ella por la pista—. ¿Ha tenido un buen viaje?

Ella lo miró y le sonrió intentando aparentar que le prestaba atención.

—Sí, un poco largo, pero todo fue muy bien, mi tía mejoró rápidamente, por suerte —sonrió tontamente.

—Ya, me alegro mucho por su tía —respondió el conde tomando su mano. Ella giró y volvió a mirarlo con una sonrisa y una mirada perdida, pues sus pensamientos iban hacia otra persona—. Hay algo de lo que me gustaría hablar con usted —dijo.

Ella lo miró y asintió.

—Claro —respondió situando sus dos manos sobre las de él y girando al unísono—. Usted dirá.

El conde carraspeó un poco nervioso y finalmente se situó ante ella para tomarla de una mano y dar unos pasos hacia los lados.

—Me he tomado la libertad de pedir una audiencia con su padre… —Ella lo miró fijamente—, el martes que viene —acabó diciendo. Sabía perfectamente lo que significaba aquello. Durante unos segundos se quedó paralizada, aunque intentó recobrar los pasos lo más rápido posible—. Creo que tiene todo el derecho a saberlo.

Ella tragó saliva y, finalmente, se quedó paralizada en medio de la pista. El conde intentó seguir los pasos, pero se quedó quieto al ver que ella se mantenía como una estatua en la pista de baile.

Intentó calmarse. ¿Iba a pedir su mano? ¿Por eso la informaba?

Obviamente no tenía por qué hacerlo, pues aquello era algo que se hablaba entre los hombres, y agradecía mucho que tuviese el detalle de decírselo, pero… ¿de verdad su padre iba a aceptar la audiencia? ¿Iba a dar su mano?

Su mirada voló hacia su padre y su madre que la observaban consternados al verla paralizada en medio de la pista. De reojo pudo ver cómo James daba unos pasos hacia delante, como si quisiese ir a su rescate, pues intuía que algo no iba bien.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el conde.

Ella tragó saliva y lo miró.

—Supongo que no es una reunión para hablar de negocios, ¿no es cierto? Si no, no me informaría de ello —le susurró.

—Depende de cómo lo mire, son negocios —apuntó—, aunque le incumben a usted, por eso creo que es conveniente informarla de ello y de mis intenciones…

—Ya —dijo moviéndose hacia un lado para intentar mantener el paso de nuevo. Sintió cómo el corazón se le disparaba y le costaba respirar. El salón comenzó a hacerse más pequeño y las luces dejaron de alumbrar tanto, era como si todo se volviese más oscuro —. Le… le agradezco que me informe de ello. Es todo un detalle por su parte, conde —logró articular.

Sintió cómo sus piernas comenzaban a temblar mientras seguía dando pasos de un lado a otro. Sus ojos comenzaron a humedecerse. Entendía todo perfectamente, y de ahí la sonrisa de sus padres.

Aquello era totalmente injusto.

Se detuvo cuando la música cesó y su mirada voló directamente hacia James, el cual la observaba intranquilo, sospechando que algo no iba bien.

Cassandra tragó saliva intentando contener los nervios y las lágrimas. El conde era buen hombre, no podía discutirlo, y sabía que la trataría bien, pero no era lo que deseaba. Su corazón jamás podría pertenecerle. Si su padre le daba su beneplácito al conde, debería vivir el resto de su vida junto a un hombre al que no podría amar en su totalidad, pues James, con aquel beso que le había robado en la biblioteca, había sellado su amor para siempre. Nadie podría igualar lo que sentía por él.

Comenzó a caminar cogida de la mano del conde, en dirección a donde sus amigas la esperaban, pero se soltó antes de llegar a ellas. Hizo un reverencia al conde para despedirse de él y fue directa hacia sus padres intentando contener el llanto. Pasó frente a James, el cual dio un paso para interceptarla, pero ella lo rodeó y siguió caminando hasta su padre, situándose justo enfrente.

Su madre y su padre tenían una sonrisa en sus labios mientras Cassandra debía esforzarse por contener las lágrimas.

Su padre la miró y borró la sonrisa de sus labios.

—Me lo prometiste… —le susurró.

El barón inspiró hondo y miró hacia los lados.

—Aquí no, Cassandra —le devolvió el susurró.

Ella lo miró fijamente, tragó saliva y, finalmente, asintió.

Rodeó a sus padres y caminó en dirección a la puerta que la llevaría al pasillo.

Caminó a toda prisa y, por suerte, no tardaron más que unos minutos en traerle el carruaje. No podía quedarse allí o rompería a llorar delante de todos.

Se subió en el carruaje y dejó que toda su frustración saliese en forma de llanto mientras avanzaba por las calles encharcadas y oscuras de Londres.

29

Cassandra se limpió las lágrimas de sus ojos mientras miraba por la ventana.

Se había quitado el vestido con la ayuda de Johanna y le había pedido que la dejase sola. Sabía que había tardado mucho, que en parte era culpa de ella encontrarse en aquella situación. Debería haberse esforzado más. ¿Qué iba a hacer?

Estaba lord Grayson, el cual estaba segura de que estaba interesada en ella, quizá si pedía a sus padres esperar un poco podía conseguir que le pidiese matrimonio, cualquier cosa antes que el conde… sin embargo, aquella opción tampoco la salvaría de la pena. James, él era de quien estaba enamorada, no podía dejar de recordar aquel beso que había despertado en su interior una sensación que jamás antes había conocido.

Escuchó que llamaban a su puerta y se ató con más fuerza el cinturón de su bata de seda.

—Mamá —susurró ella al verla entrar por la puerta. Iba a llorar más cuando vio a su padre quedarse fuera de la habitación. Lo miró un segundo con lágrimas en los ojos y, finalmente, los cerró con fuerza. Inspiró hondo y se armó de valor—. Tienes una reunión con el conde el martes…

Su madre miró a su padre y este asintió.

—No la he pedido yo… —comentó Edward con voz grave—. Ha sido él, Cassandra —admitió.

Ella tragó saliva mientras intentaba pensar con claridad.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Cassandra.

Su padre suspiró y dio unos pasos al frente, situándose bajo el marco de la puerta de su dormitorio.

—Seré sincero contigo, todo lo que pueda… —Cassandra se removió—. Entiendo que me ha pedido audiencia para pedir tu mano.

Ella dio unos pasos al frente.

—Por favor, papá…

Su padre elevó su mano.

—Cariño, el conde es una buena persona. —Ella gimió al ver por dónde iba la conversación—. Si me pide tu mano, se la concederé.

Ella negó con la cabeza.

—Me prometiste que no me obligarías a casarme…

—Y he cumplido mi palabra tres años —pronunció lentamente.

—Cariño. —Avanzó su mano hacia delante—, no tienes ninguna otra proposición, y es tu tercera temporada. Es ahora o nunca —sollozó su madre—. Sabes que nosotros jamás haríamos algo que te perjudicase, tu padre nunca daría tu mano a un hombre que no supiésemos que iba a tratarte bien. Y serás condesa.

—No me importa el título… —balbuceó—. Por favor…

Su padre suspiró.

—Sé que no es una idea que te agrade, pero con el tiempo aprenderás a valorar al conde y estoy seguro de que serás muy feliz. —Cassandra se pasó la mano por la mejilla limpiando las lágrimas—. Cálmate, por favor.

Cassandra negó con la cabeza.

—No, no puedo… —Miró a sus progenitores—, no es justo —sollozó.

—Cassandra —intervino su padre de nuevo—, nosotros jamás haríamos algo que te perjudicase. El conde es buen hombre, te tratará muy bien y jamás te faltará de nada. No podemos arriesgarnos a una temporada más o tu valor desaparecerá. Confía en nosotros.

Ella tragó saliva mientras los miraba.

—Confié en vosotros… —susurró—, y me entregáis a un hombre al que no amo ni podré amar nunca.

Su madre suspiró y miró a su padre de reojo.

Sabía que era lo mejor para su hija, aunque ella se negase a aceptarlo en aquel momento.

—Descansa, te irá bien —susurró su madre.

Edward situó una mano en el hombro de su esposa y la obligó a salir. Se quedó mirando a su hija con tristeza porque recibiese la noticia así, lo que nadie sabía era que el corazón de Cassandra

pertenecía a otro hombre y que se encontraba perdida en aquel momento.

Su padre cerró la puerta lentamente, dejándola sola.

Cassandra se cubrió el rostro con sus dos manos y rompió a llorar. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil? ¿Por qué James la había besado? Por culpa de aquel beso su corazón le pertenecería para siempre… aunque no podía engañarse, no era solo el beso, era su actitud frente a ella, el cómo la había tratado todos los anteriores años, lo bien que se llevaban, la confianza que depositaban el uno en el otro, sin embargo, ahora, no sabía qué esperar de él. James había ido en su búsqueda a West Wycombe, ¿con qué intención? Sabía que él odiaba el matrimonio, que para él solo era una transacción económica, sin embargo… la había besado y no había hecho nada al respecto.

Tragó saliva y se giró hacia la ventana. Las calles estaban oscuras, aunque algún carruaje pasaba por allí. Por mucho que le doliese, no podía contar con él, le estaba demostrando que realmente no la amaba, si no hubiese acudido a buscarla… pero, ¿no había hecho eso en el viaje?

Se sentó en la silla situada al lado de la ventana y se hizo un ovillo subiendo las piernas hacia arriba y sujetándolas con sus brazos, permitiendo que las lágrimas bañasen su rostro y los nervios que estaba viviendo aflorasen.

Cerró los ojos y suspiró. Su vida se hundía, sí, puede que el conde la tratase bien, lo sabía, pero no era lo que ella deseaba, y se veía abocada a una vida donde siempre echaría de menos a James. No sabía cómo lo haría, pero debía comenzar a hacerse a la idea. En ese momento, se preguntó si no valdría más la pena optar por una vida de soltería como había hecho su tía Victoria, aunque ella le había confesado que no era tan feliz como pretendía demostrar.

Suspiró y echó su cabeza atrás mientras una largo suspiro salía de lo más profundo de su ser.

Despertó con unos suaves golpes en la puerta de su habitación. Se había quedado dormida en el sofá, encogida. Debían de haber

pasado unas cuantas horas porque la vela que alumbraba su alcoba se había consumido hasta la mitad.

Se puso en pie y se abrochó más fuerte el cinturón de su bata. Se pasó la mano por su rostro, aún húmedo de las lágrimas derramadas, y se alisó la bata.

—¿Sí? —preguntó.

Johanna abrió la puerta de su dormitorio lentamente y se asomó.

—Señorita… —susurró al verla de pie—, ¿está despierta?

Cassandra apretó los labios y asintió.

—No podía dormir —explicó.

Johanna asintió y abrió más la puerta.

—Acompáñeme… tiene visita.

—¿Visita? —preguntó y se giró para observar a través de la ventana. Era noche cerrada y se podía apreciar cómo, en ese momento, llovía copiosamente.

—Sí, señorita —confirmó indicándole con la cabeza que la siguiese.

Johanna la dejó pasar a un lado y le indicó que bajasen a la planta baja. Todo estaba a oscuras y parecía que sus padres y sus hermanos estaban dormidos hacía rato, ya que no se escuchaba a nadie despierto.

Gracias a la ayuda de un candelabro descendieron a la planta baja, pero en vez de dirigirse a la puerta principal o a la salita donde comúnmente le esperaría la visita, siguieron adelante en dirección a la cocina.

—¿Adónde vamos? —le susurró Cassandra.

Johanna le hizo un gesto para que guardase silencio hasta que llegaron a la cocina y la atravesaron. La puerta desde la cual se accedía al jardín trasero estaba medio abierta.

Johanna fue hasta allí y situó el candelabro sobre la mesa. Luego abrió la puerta trasera donde una persona esperaba.

Cassandra se quedó paralizada hasta que reconoció su figura. Tenía el cabello empapado y se enganchaba a su rostro, pues llovía bastante.

—¿James? —susurró asombrada de encontrarlo allí.

—Gracias, Johanna —dijo este dando un paso hacia delante para cobijarse bajo el pequeño porche.

—Esperaré en el salón, no tarde mucho —le apremió Johanna antes de dirigirse a la puerta para concederles intimidad.

Cassandra observó cómo se alejaba y luego dejaba la puerta entornada. Se giró hacia James que no osaba entrar en la cocina mientras se pasaba la mano por la nuca, nerviosa.

Se fijó en cómo la luz de la vela iluminaba su rostro, sus hermosos ojos azules y las gotas de lluvia que descendían por su mejilla.

Dio un paso al frente para asomarse al porche donde él se encontraba.

—Estás empapado —le susurró.

Él asintió, pero prefirió no entrar, quedándose bajo el diminuto porche que lo cobijaba levemente de la lluvia.

James tragó saliva mientras la observaba.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella se removió nerviosa y tuvo que contener un puchero. Quizá sería el momento idóneo para explicarle lo que le ocurría, todo lo que oprimía su pecho, pero no quería revelar sus sentimientos sin saber que él estaba dispuesto a corresponderle.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sin responder a su pregunta.

—Cuando te has marchado del baile parecías apenada… —indicó.

Ella enarcó una ceja al escuchar aquello. No sabía qué hora era, pero estaba segura de que la mayoría de los invitados habían abandonado el baile hacía horas.

Inspiró hondo y se abrazó a sí misma mientras su cabello era impulsado levemente hacia atrás por la corriente de aire. Se removió nerviosa e intentó controlar los nervios y las ganas de llorar.

—El conde ha pedido una audiencia con mi padre… —sollozó al final.

Pudo apreciar cómo la espalda de James se ponía erguida, cómo aquellas palabras provocaban un nerviosismo creciente también en él.

Cuando pronunció aquello no se atrevió ni a mirarlo, aunque sentía la mirada de él fija en ella.

—¿Tú quieres casarte con él?

Estaba claro que no hacía falta que le explicase para qué era aquella audiencia, estaba bien claro.

Cassandra se removió nerviosa y lo miró intentando evitar un puchero.

—Eso no importa… quien lo decide es mi padre. Yo no tengo nada que decir —sollozó al final.

James dio un paso hacia delante, más firme. En ese momento, se encontró con su mirada y, para sorpresa de ella, era una mirada cargada de fuerza.

—No te estoy preguntando eso… —pronunció situándose frente a ella—, te estoy preguntando si tú quieres casarte con el conde —acabó con un tono de voz firme. Ella lo miró unos segundos, pero se obligó a apartar la mirada de él mientras su labio inferior temblaba —. ¿Sí o no? —insistió con un tono de voz más fuerte, pues parecía que aquella revelación había provocado una furia interna en James —. Si quieres casarte con él simplemente dímelo y no volveré a sacar el tema, pero si es que no… —acabó más lento.

Aquella frase inacabada provocó que Cassandra aguantase la respiración. ¿Estaba insinuando lo que creía? Sintió cómo se le secaba la garganta y se quedaba sin oxígeno en los pulmones. Ni siquiera su mente podía ordenar las ideas en aquel preciso momento —. Cassandra… ¿quieres casarte con él? —insistió él al ver que ella movía su mirada de un lado a otro sin saber cómo enfrentar aquello —. ¿Sí?... ¿o no? —volvió a decir, aunque obviamente su preguntaba comportaba mucho más.

Finalmente, ella tragó saliva y lo miró con ojos cargados de lágrimas

Negó débilmente con su cabeza.

—No —sollozó ya sin contener las lágrimas.

James se quedó observándola y, finalmente, sonrió débilmente. No esperó más, no hacía falta que se dijesen más palabras, ella había sido muy concreta. Dio un paso hacia ella rodeando su cintura con su brazo y la atrajo hacia él.

Ambos se unieron en un apasionado beso mientras Cassandra rodeaba con sus manos el cuello de él.

Los labios de él se movieron sobre los de Cassandra con ansia. Habían pasado muchos días desde su único y primer beso, pero no había pasado un solo día en que no hubiese recordado la suavidad de aquellos labios. A medida que pasaban los días, la necesidad de volver a besarlos había ido apoderándose de él, haciéndole viajar incluso a West Wycombe solo con el deseo de volver a verla, de aclarar aquella confusión entre ambos…

Siempre se había considerado un hombre valiente, sin embargo, Cassandra conseguía ponerle los nervios a flor de piel y el miedo al rechazo lo tiraba para atrás.

Ahora estaba seguro de que era lo que debía hacer.

Se apartó suavemente de sus labios y apoyó su frente en la de ella, con los ojos cerrados y acariciando su mejilla.

—¿Cuándo tiene tu padre la reunión con el conde?

Ella tragó saliva mientras situaba su mano sobre la de él.

—El martes —respondió.

James asintió y besó su frente.

—Está bien —dijo mientras ella abría los ojos y lo miraba.

James le sonrió, bajó hasta sus labios besándola de nuevo de una forma rápida y, sin decir nada más, se alejó caminando bajo la lluvia.

Cassandra se quedó allí, abrazándose a sí misma, intentando asimilar todo lo que había ocurrido aquellos últimos minutos, ni siquiera era consciente de la conversación que había tenido con James y lo que realmente entrañaba.

¿Significaba eso que James iba a pedir su mano? Eso pensaba.

Dio unos pasos atrás y cerró la puerta de la cocina donde la luz del candelabro iluminaba parcialmente. Se apoyó contra ella y llevó las yemas de sus dedos hacia sus labios, acariciándolos suavemente. Volver a besar sus labios era como un regalo del cielo.

—Señorita, ¿todo bien? —preguntó Johanna.

Cassandra la miró sobresaltada y se recompuso al momento, poniéndose erguida y apartando los dedos de sus labios.

La miró y le sonrió.

—Todo bien —sonrió casi sin poder contener las lágrimas—. Ahora sí.

Sabía que si James pedía su mano su padre estaría obligado a entregársela. Cierto que su amigo era conde, pero James era duque, y con suerte lo haría antes del martes, por lo tanto, su petición sería la primera.

Inspiró y fue hacia Johanna con una sonrisa que no podía contener.

Había pasado en un segundo de la tristeza, la desesperación y el sufrimiento a sentirse la mujer más feliz del mundo.

Su doncella tomó el candelabro y avanzó ante ella, iluminando el salón.

En aquel momento estaba tan pletórica que no cabía en sí.

Solo esperaba que James no dejase pasar algunos días y que se diese el máximo de prisa posible, cuanto antes solucionasen aquel problema, tanto mejor.

James cruzó la calle y llegó a su vivienda.

Nada más entrar se quitó la casaca y se dirigió directo a la habitación donde la colgaría para que se secase.

Aquello era lo que había necesitado durante los últimos días. Había pensado en pedirle la mano en West Wycombe, pero la tía de Cassandra, Victoria, los había interrumpido. Hubiese sido mucho mejor si hubiese hincado rodilla, pero pensaba hacerlo.

Una vez obtuviese el visto bueno y el consentimiento de su padre, lo haría. Sabía que lo haría, lord Edward y él se conocían desde su nacimiento, siempre lo había tratado como a un hijo y se profesaban un cariño mutuo, sabía que, quitando la sorpresa del momento, su padre estaría encantado de que su hija se convirtiese en la duquesa de Norfolk.

Cerró la puerta tras él, depositó la casaca sobre una silla y fue hacia la ventana mientras se pasaba la mano por el cabello empapado.

Enviaría una licencia especial a la reina para evitar el periodo de espera y así poder casarse lo antes posible, cuanto antes mejor.

Al día siguiente mismo acudiría a hablar con lord Edward y, en cuanto le diese su consentimiento, hablaría de nuevo con Cassandra

para pedirle formalmente su mano y explicarle todo lo que había ocurrido.

Sabía que, en parte, necesitaba disculparse con ella por su comportamiento.

Se desabrochó los primeros botones de la camisola y se arrojó sobre el colchón con una sonrisa. Aquella iba a ser la primera noche en las últimas semanas en la que podría dormir a pierna suelta.

30

No había dormido más que un par de horas aquella noche, le había costado conciliar el sueño pensando y repitiendo en su mente lo que quería transmitir al barón.

Nada más salir el sol se había vestido y había bajado a desayunar. Sabía que hasta el martes no acudiría el conde a la audiencia con el barón para solicitar la mano de Cassandra, para ello faltaban dos días, así que, con suerte, en pocas horas, estaría comprometido con Cassandra.

Al pensar en ello se le erizaba la piel. Convertiría a Cassandra en su duquesa y, realmente, no imaginaba una mujer mejor que ella para que pudiese desempeñar aquellas funciones y como compañera de vida.

Al menos, aquel día, aunque nublado, no llovía, lo cual era todo un alivio.

Estaba nervioso, aunque seguro de lo que iba a hacer. Jamás había estado más seguro de algo. Era extraño cómo ahora el recuerdo de Cassandra y él jugando de pequeños le hacía sonreír. Su padre estaría orgulloso de que la escogiese a ella. Había barajado la opción de hablar con su madre e informarla de que iba a pedir la mano de Cassandra, pero quería tenerlo todo bien asegurado. Después de lo que había vivido su madre con la pérdida de su padre, no quería darle ningún disgusto más. Aunque sabía que conseguiría la mano de Cassandra sin problema, no quería arriesgarse.

Cuando marcaron las diez de la mañana, inspiró hondo y salió de su vivienda. Había escuchado a sus hermanos corretear por la cocina y el salón junto a su madre. Simplemente se había asomado para saludar y decir que no tardaría mucho en volver. No había querido decir a dónde iba, no quería poner nerviosa a su madre ni generar expectativas entre sus hermanos.

Cruzó la calle mientras se abrochaba correctamente los gemelos de las muñecas.

Se había puesto unos pantalones color crema, la camisa blanca y la casaca azul marino. En las mangas llevaba los gemelos de oro y vestía botas negras.

Normalmente solía vestirse arreglado, pues su título así lo demandaba, pero aquella mañana se había esforzado más en hacerlo.

Se situó frente a la puerta de los Lennox y llamó haciendo sonar la campanilla, sin titubear lo más mínimo. Aquel, sin duda, era uno de los momentos más importantes de su vida.

En cuanto la puerta se abrió y el mayordomo lo reconoció, se inclinó para recibirlo.

—Duque —lo saludó.

—Buenos días, Charles —respondió James en confianza mientras el mayordomo se echaba a un lado para que el duque pudiese entrar.

—Buenos días —respondió.

James entró y se colocó correctamente las mangas.

—¿Se encuentra el barón en casa? Me gustaría hablar con él.

—¡Duque! —escuchó que decía Edward desde el segundo piso. El barón descendió las escaleras rápidamente y miró al mayordomo —. Muchas gracias, Charles —comentó situándose a su lado. El mayordomo realizó una leve reverencia y se alejó para realizar otros quehaceres—. ¿A qué debo esta agradable visita? —preguntó con una sonrisa.

James le sonrió y miró hacia los lados.

—¿Tienes unos minutos? —El barón asintió—. Me gustaría hablar contigo en un lugar más privado, a poder ser. Aquella petición sorprendió al barón que, durante unos segundos, lo miró preocupado—. No te preocupes, Edward —rio James mientras daba unos golpes en su espalda—. ¿Vamos a tu despacho? —ofreció.

—Sí, claro —respondió el barón intrigado por aquella petición y porque no le revelase de qué quería hablarle hasta estar en un lugar privado. Normalmente, James le informaba sobre el tema que quería abordar, sin embargo, aquella no era una de esas veces. No obstante, el duque parecía totalmente relajado, sin nada que le preocupase.

Subieron a la segunda planta.

James miró de un lado a otro buscando a Cassandra, pero no la encontró, probablemente debía de estar desayunando con su madre en el salón, pues no creía que estuviese en el jardín, ya que el tiempo tampoco acompañaba mucho.

Edward dejó al duque que entrase primero y cerró la puerta tras él. Dio una palmada y se dirigió hacia la butaca tras la mesa de madera.

—¿Te apetece un té o un café? —le ofreció el barón.

—No, gracias, acabo de tomar uno en casa —respondió con una sonrisa mientras tomaba asiento.

Ambos se miraron unos segundos, Edward un poco preocupado, James con una mirada decidida.

—Bien, tú dirás —dijo Edward.

James tomó aliento. Sabía que aquel era uno de los momentos más importantes de su vida y, contrariamente a lo que él pensaba, no estaba nervioso, sino ansioso por obtener el permiso del barón para casarse con su hija, de la que estaba profundamente enamorado.

James asintió.

—Sabes que soy un hombre que siempre se ha preocupado por los suyos… —Edward asintió, aunque no comprendía por qué razón comenzaba diciendo eso—. Mi madre, mis hermanos… son lo más importante que tengo. —Inspiró hondo—. Ahora que mi padre ha fallecido y he heredado el ducado, tengo responsabilidades…

Edward asintió.

—Entiendo.

—Y no solo a nivel económico y de administración… —continuó James—, sino deberes con respecto a perpetuar mi título, esto es, tener un heredero, un futuro duque.

Edward seguía perdido, pero asintió.

—Claro, entiendo —lo interrumpió y lo miró sorprendido—. ¿Necesitas que te ayude con algo en concreto? —James hizo un gesto bromista—. Sabes que lo haré encantado.

James le sonrió con ternura, pues sabía que lo que decía era cierto.

—Me conoces desde niño. Nuestras familias siempre han estado muy unidas. Tú y mi padre erais íntimos amigos, y así también lo fueron tu abuelo y el mío. —Le sonrió—. Nuestras dos familias siempre han seguido un mismo camino.

—Ajá.

Edward lo miró aún sin comprender.

—Iré directo al grano. —Se puso en pie mientras el barón enarcaba una ceja—. Quiero pedirle la mano de su hija.

Edward dio un brinco sobre su asiento.

—¿De mi hija? —preguntó titubeante—. De… ¿Cassandra?

—Sí, claro… Sophie no —rio—. Me refiero a Cassandra —carraspeó y apretó los labios—. Siempre ha sido mi mejor amiga… —El barón abrió los ojos como platos—. Y no solo eso, desde pequeño he estado enamorado de ella… —puntualizó.

—Yo… —se removió nervioso—, no… no esperaba algo así.

—Lo sé —rio James—, pero puede estar tranquilo de que no habrá nadie que se preocupe más por el bienestar de su hija que yo. —Inspiró hondo—. Sé que el conde está interesado en ella… —pronunció, lo que provocó que el barón lo mirase—, usted mismo me lo dijo —rio—, en el baile cuando ella se había marchado a West Wycombe para cuidar de su tía. Me confesó que, por lo que usted pensaba, ella se había alejado de Londres para evitar la presencia del conde. —Edward carraspeó avergonzado por las palabras que había pronunciado—. Fui a buscarla… —En ese momento, Edward elevó la mirada hacia el duque, sorprendido—, intenté confesarle mis sentimientos, pero… —sonrió avergonzado—, no es fácil, pese a que uno esté seguro de lo que siente. La vi y… fui incapaz de expresarlo. —Se mantuvo unos segundos callado—. Ayer por la noche, durante el baile, al verla marchar casi llorando, me di cuenta de que si no espabilaba la acabaría perdiendo… y no puedo permitírmelo. Edward… —pronunció lentamente—, estoy total y profundamente enamorado de tu hija, la amo con todo mi corazón. Te ruego, por favor, que me concedas su mano.

Edward se quedó totalmente petrificado sobre el asiento, estaba claro que no esperaba algo así por parte del duque.

—Yo… —pronunció pensativo.

—Sé que tienes una audiencia con el conde en dos días, el martes…

Edward lo miró confundido.

—¿Cómo…?

—Se lo he preguntado a Cassandra —sonrió.

—¿Has hablado con ella? —preguntó sorprendido. Él asintió—. ¿Cuándo? —preguntó sin dar crédito.

—Ayer por la noche —sonrió con un atisbo de culpabilidad.

—Y… —se removió nervioso sobre el asiento—, ¿le indicaste lo que vendrías a hacer hoy aquí?

—Así es… —respondió lentamente—. Ambos nos amamos, desde siempre —pronunció con una sonrisa—. Nos hemos criado juntos… —rio divertido—. Quiero que ella sea mi duquesa —confirmó.

Edward abrió los ojos al máximo al escuchar aquellas palabras. Su hija… duquesa. Estaría en la escala social más elevada. De hecho, sabía de su gran amistad, que ambos se tenían un gran aprecio, pero no esperaba nunca que ambos acabasen casados, formalizando su unión. Le sonrió con cariño. Sabía que el conde se podía sentir insultado, pues él mismo había alentado aquella unión, pero lo que no podía hacer era negarle a Cassandra a quien realmente amaba.

Edward se puso en pie y miró a James pensativo.

—Está bien… —pronunció—, espera fuera, por favor.

James asintió y salió de la oficina rápidamente.

Sabía lo que haría su padre a continuación. Hablaría con su hija y si ella le confirmaba que lo amaba, les daría su bendición para poder casarse.

Tal y como había imaginado, Edward mandó llamar a Johanna, la doncella de Cassandra, para que fuese a buscarla.

Hacía tiempo que no dormía tan bien, de hecho, hacía tiempo que no se levantaba de tan buen humor.

Su madre la miraba con suspicacia mientras ella sonreía antes de dar un sorbo a su té y coger una galleta.

—Eh, eh… cariño —advirtió su madre a Sophie—, deja ya las galletas. Hoy vamos a la modista a que te bajen los bajos, además tienes que hacerte nuevos vestidos. ¿Pretendes no coger en ninguno? —ironizó.

Sophie rio con ironía hacia su madre.

—Mamá, si son nuevos me los hará desde el principio, cogeré, no te preocupes tanto por…

Su madre no la miraba, estaba distraída con Cassandra, la cual tenía una gran sonrisa en sus labios.

Sophie se quedó callada y miró a su madre también, mosqueada por la actitud de su hermana. ¿Había algo que no sabían?

—Qué buen día hace hoy, ¿no, Cassandra? —ironizó su madre.

—Pero si está nublado —intervino Sophie.

—Sí, hoy es un día maravilloso —respondió Cassandra con una gran sonrisa.

Sophie y su madre se miraron unos segundos y fue su hermana pequeña la que se encogió de hombros.

Jacqueline se removió nerviosa en la silla. La noche anterior había estado preocupada por su hija, pues le entristecía muchísimo verla sufrir de aquella manera, aunque supiese que al final todo iría bien con su compromiso con el conde, sin embargo, ahora su hija parecía totalmente feliz. ¿Había enloquecido?

—Cassandra… —la llamó tirando su mano hacia delante—, ¿estás bien?

Cassandra la miró y le sonrió más si cabía.

—Sí, claro, madre, estoy muy bien —confirmó ella—. ¿Queda más té? —preguntó incorporándose sobre la mesa para coger la tetera. Un mayordomo se acercó para servirle el té, pero Cassandra lo detuvo con la mano—. No, no, ya puedo yo, gracias.

Sin ninguna duda, prefería ver a su hija de aquel buen humor antes que llorando, lo que le mataba era no saber la causa.

La doncella, Johanna, entró en el salón y fue hacia Jacqueline.

—Señora… —la llamó—, el barón ha pedido que la señorita Cassandra vaya a su despacho —dijo mirando finalmente a Cassandra, a la que dedicó una gran sonrisa.

Jacqueline asintió.

—Sí, claro… —dijo mirando a su hija que se ponía en pie directamente.

Cassandra fue directa hacia la puerta del salón y aligeró el paso antes de llegar a las escaleras, luego miró a Johanna con una sonrisa.

—Él está aquí —le susurró la doncella.

—¿El duque? —preguntó ilusionada.

Johanna sonrió abiertamente.

—Ha estado reunido con su padre y, ahora, su padre quiere hablar con usted.

Cassandra apretó los labios al comprender lo que sucedía, seguramente ya habría pedido su mano y su padre quería hablar con ella. Sus ojos se humedecieron y se obligó a detenerse en uno de los escalones para calmar su respiración y aplacar los sentimientos que la embargaban. Su doncella fue consciente de ello y la tomó de la mano con cariño.

—Todo va a salir bien. Estoy segura de que va a ser muy feliz —le dijo con cariño.

Cassandra controló las lágrimas y sonrió con ternura a su doncella.

—Gracias por lo de anoche —susurró.

Johanna le sonrió.

—Será un secreto entre nosotras dos —contestó con una sonrisa mientras subían las escaleras.

Giraron por el pasillo y Cassandra se quedó paralizada al ver al final de este a James, mirando por la ventana situada al final. James se giró hacia ella y ambos se miraron. Una sonrisa se dibujó en la cara de James, rápidamente Cassandra le correspondió antes de seguir caminando hacia la puerta del despacho de su padre.

Tomó aire y llamó repetidas veces hasta que la voz de su padre sonó desde el interior.

—Adelante. —Cassandra abrió la puerta y encontró a su padre sentado a la mesa, en su gran butacón—. Gracias, Johanna —se dirigió a la doncella que aceptó su agradecimiento y se marchó—. Entra y cierra la puerta, por favor —le pidió a su hija.

Cassandra entró, aunque hubo una última mirada hacia James que observaba en su dirección fijamente.

Se giró y encontró a su padre estudiándola, aunque reaccionó de inmediato y le ofreció que se sentase.

—Supongo que sabes por qué te he mandado llamar.

Ella le sonrió con timidez mientras tomaba asiento.

—Creo que sí, papá.

Su padre asintió y se mojó los labios.

—James, el duque, ha pedido tu mano —pronunció y se echó hacia atrás—. La verdad es que no vas a encontrar a un mejor candidato que este, además, es como si fuese de la familia, todos lo queremos, pero lo que me preocupa realmente es… ¿tú lo amas?

Ella lo miró sorprendida.

—Papá… —exclamó—, ibas a casarme con el conde… ¿ahora te importa lo que piense? —ironizó.

—No, no… no me confundas —respondió calmado—. Entiéndeme, todo es muy precipitado…

Ella rio.

—¿Precipitado? Nos conocemos desde niños —le recordó.

—Lo sé, pero… ponte en mi lugar. Ayer por la noche te anuncié que tenía una audiencia con el conde este martes, obviamente ya sabemos para qué y, de repente, a primera hora de la mañana, aparece aquí James, el duque de Norfolk, a pedirte en matrimonio.

Ella lo miró confundida.

—¿Tienes algún impedimento para ello? —preguntó con timidez.

—No, no… faltaría más, por supuesto que no tengo ningún impedimento. Creo que él podrá hacerte mucho más feliz que el conde y, además, tendrás una vivienda con muchos más lujos, mejores carruajes… no te faltará de nada.

Ella le sonrió y suspiró.

—Ayer, cuando salí del baile llorando… —susurró—, James me preguntó… —Lo miró con una leve sonrisa—, y le expliqué lo que ocurría.

Su padre asintió.

—Algo me ha dicho el duque sobre ello… Y también me ha dicho que fue a buscarte a West Wycombe, ¿por qué no nos dijiste

que lo habías visto allí?

Ella se encogió de hombros.

—No creí que fuese importante, al fin y al cabo, tus intenciones eran las de casarme con el conde… —le recordó—, pero sí, vino a buscarme —le sonrió y miró a su padre con cariño—. Lo quiero mucho, papá… muchísimo —acabó sollozando.

Aquellas palabras provocaron que Edward se emocionase y apartó la mirada llorosa de su hija.

—Sé que con él serás muy feliz…

Ella sonrió también emocionada.

—Yo también lo sé —pronunció. Tragó saliva y ladeó su cuello—. ¿Y el conde? ¿Tendrás algún problema?

Su padre se encogió de hombros.

—No te preocupes por eso, no habíamos apalabrado nada… de hecho, no me había hecho la petición formal —explicó—. Puede que… me guarde un poco de rencor un tiempo o me mire mal por los pasillos de la Cámara de los Lores —rio—, pero somos grandes amigos, se le pasará. El duque se ha adelantado —concluyó.

—El conde es un buen hombre, y estoy segura de que encontrará a una mujer que le corresponda como se merece.

—Sí —respondió pensativo. Estuvo unos segundos así hasta que, finalmente, miró a su hija con un profundo cariño—. Siendo así, Cassandra, no tengo ningún impedimento a esta boda.

Cassandra no pudo evitar sollozar cuando su padre pronunció aquellas palabras. Se puso en pie, rodeó la mesa y se abrazó a él.

Sintió cómo su padre la abrazaba con fuerza y luego situó su rostro frente al de él. Su padre tenía lágrimas de felicidad en sus ojos, era como si se encontrase liberado tras dar su aprobación a un matrimonio que sí era deseado.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —le susurró—. Sé muy feliz.

—Lo seré, papá —dijo abrazándose de nuevo a él con fuerza.

—Y, ahora… habrá que decírselo a tu madre y a tus hermanos —bromeó.

Ella sonrió al escucharle decir eso. Lo besó en la mejilla y fue directa a la puerta.

La abrió y dio unos pasos adelante mientras se giraba para buscar a James, el cual esperaba al final del pasillo.

Sus ojos se encontraron de nuevo y caminó rápidamente hacia él. Iba a tirarse a sus brazos cuando su padre carraspeó desde el marco de la puerta.

Ambos se giraron para ver a Edward que los miraba con un profundo amor y una felicidad desbordada.

James fue hacia él, situándose enfrente, y le tendió la mano.

—Gracias, señor Lennox.

El barón enarcó una ceja.

—Ahora no empieces a llamarme así —pronunció gracioso—. Edward está bien. En fin, demos la noticia al resto de la familia —dijo girándose. Se le notaba feliz por la noticia que debía dar.

—Antes de eso… —lo interrumpió James, provocando que se girase de nuevo, y miró a Cassandra un segundo—. Quiero informarle de que me gustaría solicitar a la reina una dispensa especial para acelerar la boda.

Aquella noticia cogió de improviso tanto a Edward como a Cassandra.

Su padre lo miró de la cabeza a los pies.

—¿Por qué razón? —Miró a Cassandra confundido—. Mi hija ha mantenido su honor en todo momento, ¿no es cierto? —preguntó directamente.

—No tiene nada que ver con eso —respondió James con una sonrisa socarrona—, por Dios, Edward… —acabó abriendo los ojos como platos—. Es simplemente que creo que, dado que el conde tenía intenciones de pedir su mano antes que yo, lo mejor sería zanjar este tema lo más rápido posible, bajo mi punto de vista.

Aquellas palabras hicieron que Edward se quedase pensativo.

—Está bien, me parece correcto. ¿Podemos bajar ya? —insistió Edward que parecía estar deseando dar la noticia y ver la reacción de su familia.

Edward caminó en primer lugar en dirección a las escaleras, seguido por James y Cassandra. Ella se giró hacia James con una sonrisa y sintió cómo el vello de su cuerpo se erizaba cuando la mano de James rozó la suya. Se miraron a los ojos mientras bajaban

las escaleras, sin ser aún conscientes del todo de lo que iban a anunciar en pocos segundos.

Nada más bajar las escaleras, giraron a la izquierda y atravesaron la puerta del salón donde Jacqueline, Sophie y Thomas desayunaban.

Su madre no fue consciente al principio de que se encontraban en el salón hasta que elevó la mirada y observó a los tres. Su mirada recayó directamente en James. Se levantó de inmediato, sorprendida, y realizó una reverencia.

—Duque… qué agradable sorpresa —respondió rodeando la mesa—. ¿Quiere desayunar?

—No, gracias, Jacqueline —la tuteó.

—Lo cierto… —comentó su padre—, es que ambos deben darnos una noticia.

En ese momento, los hermanos de Cassandra sí elevaron la mirada, sorprendidos por el tono de voz de su padre.

Jacqueline puso su espalda recta y miró a James y a Cassandra sin pestañear.

James miró a Cassandra y asintió, indicándole que fuese ella quien diese la noticia.

—¡Estamos prometidos! —exclamó tomando la mano de James y alzándola como si fuese un triunfo.

—¿Qué? —gritó su madre llevándose las manos a la boca—. Oh… oh, Dios mío… —gritó sujetándose la falda de su vestido—. ¡Felicidades! —Corrió hacia ellos para fundirse en un gran abrazo—. ¡Qué ilusión! —gritó.

Cassandra se abrazó con fuerza a su madre mientras sus dos hermanos corrían hacia ella para abrazarla también.

31

La duquesa viuda, Margareth, había reaccionado de igual forma, abrazándolos a los dos con entusiasmo. La preparación de la boda la mantenía feliz y entretenida.

James había solicitado la dispensa a su majestad con carácter urgente. Su majestad la había aceptado, permitiendo que comenzasen su vida de casados lo antes posible.

A falta de una semana para el enlace, ambas familias se habían reunido en Ashby Hall para comer juntos. Tras la comilona, la mayoría se había distribuido por la casa para descansar y echar una cabezada.

Cassandra no podía dormir, estaba bastante nerviosa con el cercano enlace.

Acarició el lomo de uno de los caballos del establo y sonrió.

Desde el entierro del duque no había vuelto allí. Los recuerdos al caminar por allí la abordaron. Muchos de los momentos más felices los había vivido allí, en aquella casa y, en breve, se convertiría en su futuro hogar.

James le había dicho que disponía de una vivienda en Londres que le enseñaría en cuanto se casasen, pero, por el momento, preferían quedarse a vivir en el campo, de todas formas, la temporada en Londres estaba a punto de acabar y así harían compañía a su madre.

—Recuerdo aquella vez que te sorprendí en una de las caballerizas… —dijo una voz masculina desde atrás.

Cassandra dio un brinco y se giró de golpe, llevándose la mano al corazón.

—¿¡Por qué eres tan silencioso!? —exclamó dando un paso atrás.

James sonrió y ladeó su cuello.

—¿Qué haces aquí?

Ella se encogió de hombros.

—Todo el mundo está durmiendo… —dejó la frase sin acabar y se encogió de hombros—. Y sí, me gusta recorrer estos establos, hay tantos recuerdos felices… —le sonrió.

James sonrió y tomó su mano.

—Muchos… —dijo tirando de ella para comenzar a caminar—. Y más que construiremos juntos.

Ella le sonrió por sus palabras y se detuvo para mirarlo.

—¿Planeas hacer algo después de la boda? —preguntó ella.

Él la miró confundido.

—¿A qué te refieres?

Cassandra se mordió el labio y se soltó de su mano. Comenzó a caminar a paso lento.

—Tú tuviste la oportunidad de viajar, a mí también me gustaría descubrir mundo. —James sonrió—. Ahora, como mujer casada, junto a mi esposo, podría —lo señaló.

James rio y asintió.

—Eso es lo que más me gusta de ti. Tu espíritu aventurero. ¿Qué te gustaría ver?

Ella se emocionó y estuvo a punto de dar palmadas.

—Sé que sería un viaje demasiado largo ir hasta Anatolia…

—Un poco, sí, pero si es tu deseo…

—Me gustaría ver París —dijo rápidamente.

—Ajá.

—Los monumentos que me dibujaste… —Luego borró la sonrisa de su rostro—. Aunque creo que debería tenerte vigilado… —bromeó —, recuerdo lo que me explicaste sobre París.

Él chasqueó la lengua.

—Sí, ya… quizá debería haber guardado un poco más el decoro.

Ella se encogió de hombros.

—¿Crees que podríamos ir? —preguntó entusiasmada.

—Dalo por hecho.

—¿Y a Roma?

Él sonrió.

—Por supuesto.

Sin poder evitarlo, se abrazó a él, feliz. No era lo correcto, pero la felicidad que la embargaba desde la pedida de matrimonio le

hacía cometer locuras.

Iba a separarse, pero James no la dejó. Cassandra elevó su mirada hacia él.

—¿Dónde te crees que vas? —preguntó él.

Ella intentó aparentar serenidad, aunque se le escapó una sonrisa.

—Creo que a ninguna parte —bromeó.

Directamente, James descendió sus labios hasta los de ella. Ella se separó rápidamente de él y miró hacia los lados, asegurándose de que no hubiese nadie.

—Estamos solos —le susurró buscando sus labios de nuevo.

—Pero deberíamos esperar… al fin y al cabo, queda una semana.

—No, ni hablar… —dijo acercándola más a él. Cassandra inclinó su espalda como si huyese de sus labios—. No puedo esperar una semana más, necesito besarte —pronunció con desesperación antes de volver a atrapar sus labios.

Cassandra estaba riendo por el tono de voz que había empleado James cuando este la rodeó con los brazos por la cintura y la hizo dar unos pasos atrás, introduciéndose en una de las caballerizas.

—Así tendremos más intimidad —susurró contra sus labios antes de volver a besarla.

Sí, estaba mucho más tranquila allí dentro, aunque se despistó un momento cuando escuchó relinchar al caballo que se encontraba en la caballeriza contigua.

James la apoyó contra la pared de madera que separaba una caballeriza de otra y situó sus manos en sus caderas, acercándola a las suyas.

Aquel gesto provocó que Cassandra gimiese y se abrazase mucho más a él, con la necesidad de sentir más su cuerpo.

James acarició su cuello sin dejar de besarla y descendió su mano hacia su pecho.

Aquel movimiento provocó que ella despertase levemente de su ensoñamiento mientras James presionaba suavemente su pecho. James situó sus labios en el oído de Cassandra y susurró.

—Esto es que lo que va a ocurrir en la noche de bodas… —Ella tragó saliva y gimió—. Esto y mucho más… —continuó con voz lasciva antes de besar de nuevo sus labios.

Ella rodeó con fuerza su cuello, pegando su pecho al de él.

—¿Mucho más? —preguntó adormilada por el placer.

Él sonrió.

—¿No te acuerdas de nuestra conversación? —rio él frente a sus labios.

Cassandra abrió los ojos como platos y se separó levemente, como si hubiese olvidado todo lo explicado por James. Lo miró asustada.

Él rio.

—Vamos… ¿acaso no te gusta esto?

Ella miró su rostro y tragó saliva. Todo lo que le había explicado James le asustaba, sin embargo, en aquel momento su cuerpo había reaccionado a los besos y caricias de James y necesitaba aquel contacto mucho más.

—Sí —dijo buscando sus labios—. Sigue —le pidió.

James la abrazó de nuevo, presionando su pelvis contra la de ella y provocando que ella gimiese por aquel contacto tan íntimo. La besó apasionadamente y luego comenzó a descender por su cuello, paseando su lengua mientras Cassandra agarraba sus cabellos con fuerza.

James volvió a ascender sus labios, acariciando su piel hasta que llegó a sus labios y los besó de nuevo. Sus manos descendieron hasta su cintura. Cassandra permanecía en trance, en un universo de placer al que no había acudido nunca antes. Junto a James había experimentado dos veces las puertas de aquel lugar, aquella era la tercera, sin embargo, aquella vez era mucho más agresiva.

James besó sus labios y, de repente, se separó, observándola. Cassandra permanecía con los ojos cerrados y los labios en forma de trompeta, buscando los suyos. Sonrió al verla con aquel gesto tan divertido.

Cassandra abrió los ojos lentamente y se encontró con el gesto gracioso de James, observándola. Quitó sus labios en trompeta y miró a James extrañada.

—¿Qué haces? —preguntó aún en un tono adormilado.

James la soltó contra la pared de madera, provocando que ella perdiese un poco el equilibrio, pues las piernas le temblaban, y dio un paso atrás. Directamente, comenzó a arreglarse la ropa y fue hacia los puños de las mangas, colocándoselos correctamente.

—Por hoy ha acabado la clase… —comentó mirándose los puños.

Cassandra pestañeó varias veces sin dar crédito.

—¿La clase?

Él se encogió de hombros.

—Habrá que dejar algo para la noche de bodas, ¿no? —le sonrió gracioso.

Ella abrió los ojos al máximo y apretó los labios. Directamente dio un paso hacia él y golpeó su hombro.

—¿Te parece normal, James? —le gritó, lo que hizo que James riese—. Me dejas así… con ganas…

—No es apropiado, ya lo sabes —respondió él con toda la calma.

—¡Y una mierda! —sollozó.

—¡Señorita! ¡Esa boca! —la riñó divertido.

Ella resopló.

—¿Te parece normal besarme de esa forma? ¿Acariciarme? Y luego dejarme así con…

—¿Con temblor de piernas? —bromeó.

Ella convirtió sus manos en puños, con todos los músculos en tensión.

—¡Sí! —gritó.

—Shhh… baja el tono o nos descubrirán —rio él intentando calmarla—. En una semana te lo mostraré todo. —Le guiñó un ojo con complicidad.

Ella extendió sus brazos hacia los lados.

—Es que no quiero esperar una semana —gritó desesperada.

Él ladeó su cuello, mirándola, y se encogió de hombros.

—No… —la señaló—, le prometí a tu padre que conservaría tu inocencia hasta el día de la boda, como es debido…

—¡Deja de lado a mi padre! —suspiró y se pasó la mano por la frente y lo señaló también—. Eres malo… cruel… —James rio—. ¡No tiene gracia! ¡No la tiene!

—Cálmate… —pronunció lentamente, intentando que entrase en razón—, vaya… nuestra noche de bodas va a ser espectacular —rio.

Ella apretó los labios y lo miró enfadada.

—Bah —se quejó moviendo su mano ante él, directamente se giró y salió de la caballeriza avanzando por el establo para salir a las afueras, con paso marcado y espalda totalmente recta.

James miró asombrado cómo en la parte baja del vestido tenía unos brotes de paja enganchados.

—Deberías ir con cuidado —dijo avanzando hacia ella—. Llevas brotes de paja pegados.

Ella se detuvo y miró hacia atrás. Movió el vestido y lo sacudió con fuerza mientras movía sus pies.

James metió las manos en sus bolsillos y se detuvo observándola con una sonrisa.

Ella dejó de sacudir el vestido y lo miró. Rugió con furia hacia él por todo lo que le había hecho sentir y se giró de nuevo, avanzando de nuevo hacia la mansión.

James se quedó en el establo observándola alejarse nerviosa. Le había encantado su reacción. Cassandra nunca le defraudaba, y sabía que a lo largo de su vida viviría muchos momentos divertidos con ella.

Suspiró y se giró hacia uno de los caballos que comía paja.

Se quedaría un rato allí hasta que él mismo se calmase, pues, aunque había logrado alejarse a tiempo, la ansiedad por tenerla entre sus brazos había aumentado. Necesitaba relajarse antes de volver al interior de Ashby Hall y encontrarse con toda la familia.

La noticia de su enlace se había publicado hacía semanas en el Times y en el Illustrated London News, una vez les había llegado la dispensa de la reina permitiéndoles el matrimonio de forma urgente. Desde entonces, no habían acudido a ningún baile más. Ahora, habían decidido hacer acto de presencia en el último baile de temporada, a pocos días de su enlace.

Cassandra vestía con un largo vestido color azul claro que destacaba su pequeña cintura, a juego con sus ojos. Una de las primeras personas que vio y con la que coincidió la mirada fue Elizabeth, la cual alzó su mentón y, sin decir nada, sin siquiera acercarse a darle la enhorabuena, se había girado ofreciéndole la espalda como si no la hubiese visto. Sabía que se moría de envidia y se alegraba por ello. No debería sentirse así, sabía que no estaba bien regodearse con lo que ella había conseguido sin apenas buscarlo, pero después de cómo se había comportado con ella, Cassandra se había acercado a su apuesto prometido y se había cogido a su brazo muy sonriente.

No sabía si Elizabeth se había marchado del baile o simplemente la rehuía, pero no la había visto más por el engalanado jardín.

—¿Todo bien? —preguntó James.

Ella asintió con una sonrisa.

—Bien no, muy bien —respondió cogiéndose a su brazo con más fuerza.

Su madre, la baronesa, y la duquesa se acercaron. Siendo como era el último baile de la temporada al aire libre y con el enlace del duque en pocos días, la duquesa viuda había decidido hacer acto de presencia junto a su hijo, tal y como había hecho durante la temporada, aunque luego había decidido alejarse un poco de los bailes. Aquella era una magnífica ocasión para poder celebrar y olvidar, al menos en parte, su tristeza.

La mayoría de los invitados, al ver aparecer a la duquesa allí, se acercaban para felicitarla por la próxima unión de su hijo, y hacían lo propio con James y Cassandra.

—Parece que ahora se ha calmado un poco la cosa —pronunció James acercándose a su futura esposa.

—Sí —reconoció Cassandra—. La primera hora no hemos tenido ni un minuto para nosotros —reconoció con una sonrisa. James se situó a su lado y tomó su mano—. ¿Bailamos?

Ella le sonrió, aunque al coincidir con la mirada de lord Grayson borró la sonrisa de sus labios. Se quedó mirándolo y le sonrió.

—Si me permites, primero quiero hablar con una persona… —James se giró y miró en aquella dirección—. No te importa, ¿verdad?

James chasqueó la lengua.

—Teniendo en cuenta que el señor Dashwood vino aquí a conquistarte, permíteme que me ponga un poco celoso…

—Es un buen hombre —comentó ella con ternura.

James asintió.

—Eso parece, ve y habla con él, pero déjale bien claro que eres solo mía… —acabó mirándola fijamente con una sonrisa.

—Claro, James… —se burló ella—, así lo haré —dijo soltándose de su mano.

Grayson se removió incómodo mientras ella se acercaba y desvió la mirada a otro lugar. Cuando ella se situó a su lado, él finalmente suspiró y la miró con una sonrisa.

—Creo que debo felicitarla, futura duquesa de Norfolk —pronunció con sinceridad. Ella le sonrió—. Vi su próximo enlace en...

Ella asintió.

—Gracias —dijo situándose a su lado y le sonrió—. ¿Se va a quedar más tiempo por aquí?

—No… —respondió—, me marcho en dos días. Como ya sabe, no me gusta mucho la ciudad, soy un hombre al que le gusta el campo y la tranquilidad.

—Sí, ya lo sé —respondió Cassandra con una sonrisa y luego lo miró a los ojos—. Es un buen hombre, lord Grayson… me ayudó en un momento en el que yo lo necesitaba y me hizo recobrar la esperanza cuando pensaba que ya todo estaba perdido. —Él la miró —. Estoy segura de que encontrará a una mujer que lo valore como se merece.

Él le sonrió y asintió.

—Supongo, aunque no será en esta temporada —bromeó.

Ella le sonrió y miró al frente.

—No lo tengo tan claro. Usted llama la atención de muchas de las debutantes y mujeres casaderas. Quizá debería darse una oportunidad y quedarse unos días más en Londres.

Él chasqueó la lengua y negó.

—No, este año no, pero el año que viene puede que sí aparezca por aquí —le sonrió.

—Espero que si el año que viene acude a Londres venga a visitarme…

—Por supuesto, señorita Lennox. —Le sonrió divertido—. Quizá podría presentarme a alguna de sus amigas…

—Oh, señor Dashwood, delo por hecho —rio Cassandra y lo miró con ternura.

Él le devolvió la mirada.

—Sabe que la causa por la que vine aquí fue usted… —Cassandra apartó la mirada de él, intimidada por sus palabras—, pero me alegro de que haya encontrado lo que la hizo huir de Londres aquella vez. Espero que sea muy feliz —pronunció con sinceridad.

—Muchas gracias —pronunció ella.

Finalmente, el señor Grayson Dashwood le hizo una reverencia y se giró para alejarse.

Cassandra tragó saliva mientras lo veía caminar entre todos los invitados. Grayson era un buen hombre y estaba segura de que la vida le depararía fantásticas experiencias, entre ellas, encontrar a su verdadero amor.

Se giró y miró a su prometido que había entablado una conversación con Óscar, su gran amigo con el que había compartido tantas aventuras por el mundo.

Buscó a sus padres y le sorprendió ver que su padre hablaba con el conde, este parecía un poco reticente y no sonreía tanto como en las anteriores conversaciones, semanas y meses atrás, si bien, al menos, no le había retirado la palabra. Suponía que con el tiempo lo superaría. Al menos, el conde no había llegado a hacer su petición de mano formal, lo cual le permitía mantener la dignidad y no sentirse rechazado.

Había tenido suerte de que James hubiese tenido la valentía suficiente para hacerlo.

Observó a todas aquellas personas a su alrededor, saludándola con respeto cuando pasaban a su lado, consciente de que en pocos días sería la duquesa de Norfolk.

Sabía que su vida estaría llena de felicidad y amor al lado de James. ¿Cómo no iba a estarlo? Se conocían desde pequeños,

siempre habían sido grandes amigos, y aquella cercanía que habían mostrado desde niños era la que los había unido de adultos.

James situó una mano en el hombro de Óscar y se giró hacia su prometida que parecía haber acabado aquella charla con el señor Dashwood. Se acercó a ella esquivando a la gente que tomaba una copa o se disponía a dirigirse a la pista de baile y se situó a su lado.

—¿Ha sido una charla de provecho? —Ella le sonrió y asintió—. Él… —tragó saliva—, estaba interesado en ti, ¿verdad?

Cassandra se giró hacia él y ladeó su cabeza.

—Sí… —contestó con sinceridad—, vino a Londres para buscarme. Igual que tú fuiste a West Wycombe. —James asintió—. Pero te he escogido a ti, James… —le sonrió con ternura—. Siempre has sido tú, James —pronunció con naturalidad.

Él tomó su mano con cariño.

—Prometo que seré un buen marido, que jamás te sentirás sola a mi lado… que te haré feliz.

—No hace falta que me lo prometas, lo sé —respondió Cassandra.

Ambos se sonrieron unos segundos y, finalmente, James miró hacia la pista de baile.

—¿Me concedes este baile? —Ella asintió.

Ambos se dirigieron a la pista de baile mientras llamaban la atención de todos los allí presentes. Aquella era la primera vez que los dos prometidos iban a bailar un vals bajo las estrellas.

En pocos días, ambos estarían unidos para siempre. Aquel, seguramente, sería su último baile como solteros.

Bajo el suave resplandor de las candelas repartidas por todo aquel gran jardín, los ecos de las risas y la música, Cassandra y James, unidos en un abrazo, danzaban al ritmo de sus sueños compartidos. El jardín, testigo silencioso de gran parte de su historia, parecía vibrar y emocionarse con cada giro, cada mirada cómplice, recordándoles que, tras años de aventuras y promesas, finalmente habían encontrado su lugar el uno junto al otro. Y así, en aquella noche mágica para ellos, sabían que su amistad se había transformado en un amor eterno, iluminado por la luz de mil recuerdos y la promesa de un futuro juntos.

32

James besó con pasión los labios de Cassandra mientras sujetaba su pierna en el costado. Ella se unió a él en un largo gemido mientras recibía las embestidas de James y sentía que perdía el control de su cuerpo.

Aquella última semana, desde la boda, había sido, sin duda, la mejor de su vida.

Su noche de bodas había sido especial, mágica. Sí, había sentido temor, pero James había despertado en ella una pasión que jamás hubiese pensado que pudiese existir.

Tiempo atrás, cuando ni siquiera se planteaba un matrimonio con él, James, como amigo, le había explicado lo que ocurría en la noche de bodas entre un hombre y una mujer, pero jamás hubiese pensado que pudiese ser tan placentero.

A medida que pasaban los días y se unían en la cama, el escritorio, la escalera, el jardín… había descubierto cada vez más placer hasta el punto de perder la cabeza. Sí, sin duda, estar casada con James era mucho mejor de lo que había imaginado.

James se dejó caer sobre ella, intentando no cargarla con su peso y recobrando la respiración después de aquella intensa experiencia.

Cassandra se abrazó a él y acarició su espalda. Su mente aún era incapaz de procesar todo el placer que había descubierto. Era increíble cómo su cuerpo respondía a los besos y caricias de James.

James buscó sus labios y los besó de nuevo mientras Cassandra acariciaba su nuca. Se separó de ella y le sonrió.

—¿He podido complacer a la duquesa? —preguntó en tono jocoso.

Ella rio y asintió.

—Sí, estoy muy complacida —bromeó ella.

James volvió a besarla y se separó de ella. Se sentó en el filo de la cama y cogió la bata de seda. Se la puso y se levantó. Miró a su

esposa, tumbada sobre la cama, aún medio adormilada por el placer que ambos se habían profesado. Cassandra permanecía con la sábana blanca sobre su cuerpo, con todo el cabello rubio esparcido sobre la almohada. La visión era casi celestial.

—¿Quieres ir ya a cenar? —preguntó James.

Ella se incorporó sentándose sobre el colchón y también agarró su bata de seda blanca. Se la puso y miró a su marido.

—No, aún no. —Miró el reloj que colgaba de la pared y que indicaba que eran las seis de la tarde—. Esperemos un poco más —sugirió.

—Está bien —dijo él dirigiéndose a la silla donde reposaban sus pantalones y su camisa.

Cassandra se quedó observando el cuerpo de su marido. Su espalda era ancha y sus músculos se marcaban con sus movimientos.

Cassandra se puso en pie y se anudó correctamente la bata de seda blanca, luego se dirigió hacia la puerta que daba a un pequeño balcón.

Corrió la cortina y abrió la ventana para asomarse. El balcón era pequeño, lo justo para que dos personas pudiesen observar desde allí las maravillosas vistas.

Suspiró mientras se apoyaba en la baranda del balcón y sus cabellos rubios volaban hacia atrás por la corriente de aire.

James había tenido razón, las vistas desde la mansión privada Crillon, uno de los palacios más lujosos del mundo, situado a los pies de los Campos Elíseos, era maravillosa e hipnotizadora.

Reconoció la misma vista que, años atrás, James le había dibujado desde aquel mismo palacio. Era impresionante.

Una vez casados, habían pasado su noche de bodas en su vivienda del campo. Cassandra no tenía ni idea de la gran sorpresa que su marido le tenía reservada. Al día siguiente habían partido en dirección a París y aquella segunda noche ya la habían pasado en aquel palacio.

De eso hacía ya una semana y, en pocos días, partirían rumbo a Roma, donde también pasarían otra semana. Después volverían a Londres, pues James no quería dejar más tiempo a su madre sola.

Más adelante, cuando todo se calmase y tuviese controlado el ducado, le había prometido a Cassandra que harían otros viajes y que ambos descubrirían el mundo juntos.

James salió al balcón y rodeó a su mujer por la espalda, apoyando su barbilla en el hombro de ella. La noche era preciosa y el cielo parisino estaba salpicado de estrellas.

Cassandra situó sus manos sobre las de él y suspiró mientras James besaba su cuello.

—Si sigues besándome así, esta vez seré yo quien te arrastre hasta la cama —bromeó ella.

James sonrió y la abrazó con más fuerza.

—A mí no hay que arrastrarme, voy encantado.

Cassandra sonrió y se giró hacia él, situándose frente al rostro de su marido.

¿Qué más se podía pedir? Ambos se conocían a la perfección, así que sería una relación muy fácil de llevar, pues tenían tanta confianza que con una mirada ya sabían lo que querían decirse el uno al otro.

James se agachó y la besó bajo el manto estrellado de París. Desde aquel mismo lugar le había dibujado el paisaje de los Campos Elíseos sin saber que, años más tarde, estaría compartiendo aquellas vistas con su esposa.

Desde aquel balcón, Cassandra y James, ahora marido y mujer, contemplaban la inmensidad del cielo estrellado de París, sintiendo que sus corazones latían al unísono. Las risas y recuerdos de su infancia danzaban entre ellos como un vals eterno, un lazo irrompible que había sobrevivido a las tormentas de la vida.

Mientras las estrellas titilaban con complicidad, James tomó la mano de Cassandra en un gesto que evocaba promesas de amor y aventura.

—Siempre hemos sido inseparables —susurró James con la mirada fija en el cielo.

—Y siempre lo seremos —contestó Cassandra.

La ciudad, testigo silencioso de parte de su historia de amor, iluminaba sus caminos como una faro en la oscuridad.

En ese instante mágico, supieron que no solo estaban mirando las estrellas, sino también el reflejo de sus sueños compartidos, danzando eternamente en un vals bajo las estrellas donde el tiempo se detenía y el amor se volvía inmortal.

FIN

AGRADECIMIENTOS

No quiero dejar pasar la ocasión de agradecer a las personas que tanto me han ayudado.

A mi marido, Raúl, y a mi hija, Cora, gracias por estar siempre a mi lado, por ayudarme en estos momentos y ser la alegría y la fuerza que me impulsan a seguir adelante.

A Nerea Álvarez, gracias por ayudarme siempre con la documentación y por ser tan buena amiga.

A Marien Fernández, gracias por la portada y la maquetación. Siempre lo digo, pero es la verdad, es un placer trabajar contigo.

Tampoco puedo dejar pasar la ocasión sin agradecer a un grupo de personas que he conocido recientemente y que me están ayudando muchísimo: Isabel del blog Isabook, Malu del blog books.bymalu, Ana del blog lectorasdeana, Nerea del blog deboralibros, Lorena del blog Lorena_book y Ainhoa del blog Deborahlibros. Muchisimas gracias por haberme recibido con los brazos abiertos, por vuestra ayuda y por esas conversaciones que mantenemos hasta altas horas de la noche.

Y a todos los lectores: muchas gracias por darle una oportunidad a la novela, espero de todo corazón que la hayáis disfrutado.

Un fuerte abrazo.
Mariah.

---

[1] *Actualmente conocido como Estambul. Hasta 1923 se conocía como Constantinopla. El cambio de nombre se consolidó tras la fundación de la República Turca en dicha fecha.*

[2] *La prostitución de esclavas se prohibió formalmente con el Kanun de 1889.*

[3] *Conocida actualmente como Ankara.*